


SIGILLVM · COLLEGII · COLVMBIAE · NOVI · EBORACI
IN LVMINE TVO VIDEBIMVS LVMEN

M.40
300

EL MUNDO LITERARIO AMERICANO

BARONESA DE WILSON

EL Mundo Literario AMERICANO

Escritores contemporáneos. — Semblanzas
Poesías.—Apreciaciones.—Pinceladas

TOMO SEGUNDO

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—CALLE DE MALLORCA, 226 Y 228

Buenos Ayres
MAUCCI HERMANOS
Cuyo, 1070

México
MAUCCI HERMANOS
Primera del Relox, 1

1903



ECUADOR

(Continuación)

Mera (Juan León)



Siguiendo por el camino de Mocha, en el Ecuador y más allá de unas pampas históricas y de una loma donde en 1835 tuvo lugar la batalla de *Miñarica;* un poco más lejos de aquellos sitios inmortalizados por el cisne ecuatoriano, Olmedo, al doblar una colina, destácase risueña una ciudad tendida sobre lozano y pintoresco valle. Aquella paloma entre flores, aquel oasis que el manso río acaricia, es Ambato, donde nació el poeta ilustre, el político siempre fiel á sus convicciones, y el hombre bondadoso tan sencillo por sus costumbres, como por su carácter.

En su quinta «Atocha» pasó los años más felices, y allí escribió sus hermosas leyendas «La Virgen del Sol» y «Cumandá». De esta última ha dicho nuestro sapientísimo amigo Juan Valera, «no conozco libro que sea más americano ni español á la vez».

En las obras de León Mera se paladea el buen gusto adquirido en el estudio de los clásicos españoles y sucesivamente se admira en las novelas, poesías líricas, cantos populares y bocetos biográficos, que el ingenio ambateño ha producido.

«Cumandá» ha tomado carta de naturaleza en el idioma y patria de Schiller, así como también deleita en lengua francesa, siendo la primera producción ecuatoriana que ha tenido los honores de la traducción.

El cantor de aquella tierra exuberante en magnificencias incomparables, entró en la eternidad el 13 de Diciembre de 1894.

Saboree nuestro lector la hermosa oda que fué escrita y enviada á España para un certamen que no llegó á celebrarse.

A «LA UNIÓN ÍBERO AMERICANA»

—

¡Hirviendo está en mi pecho la alegría!
Partid, vientos veloces,
Desde las sierras de la Patria mía
Llevando á España mis ardientes voces.
Pasó ya el tiempo de sangrienta lucha
Cual de turbión las olas;
Ya del sañudo Marte no se escucha
El grito aquí ni en playas españolas.
Ya no hay brazo cruel que acero vibre
A herir pecho de hermano:
Al libre mundo de Colón su libre
Madre llama y provoca... ¡oliva en mano!
Vedla: nos abre bondadoso pecho
Y amable nos sonríe.

¡Sus! ¡á unirnos con ella en lazo estrecho
Que el tiempo y las pasiones desafíe!
¡Nudo de amor y paz!... Losa de olvido
Cubra de ayer el odio,
Y á que no torne el monstruo maldecido
Vele cada uno de la Unión custodio.
Viva en el bronce sólo y en la historia
La antigua cruda guerra,
Y viva de sus héroes la memoria
Para asombro perpetuo de la tierra.
Contra tí nuestros padres, noble España,
Acero audaz movieron,
Y en los abismos de la mutua saña
¡Cuántos miles de víctimas se hundieron!
Pero aqueste de horror cuadro inhumano
¡Qué excelsa gloria muestra
Digna del pueblo griego y del romano!...
¡Oh, no: que es digna de la Patria nuestra!
La saña pasó ya; mas sin penumbra
Ni ocaso, la luz viva
Del astro eterno de la gloria alumbra
Esta raza titánica y altiva.
Sí: la gloria de América en que ardiente
Sangre de héroes circula,
No para sí tan sólo el Continente,
Reino feliz de Libertad, vincula.
Es bien común de la familia hispana
Cual océano extendida
Allá y aquí, y en su unidad ufana
De sangre, historia, religión y vida.
Bolivar, de los Andes el coloso,
Brotó de la semilla
Que Pelayos y Cides al famoso
Suelo dió de Cantabria y de Castilla.
América á estos genios *suyos* llama,
Y España á la memoria

De aquél rinde homenaje, y le proclama
Genio español y de su nombre gloria.
¡Salve, España! Tus hijos, de remotas
Tierras habitadores,
Su corazón te envían y sus votos
De que el cielo te inunde en sus favores.
¡Salve, España! Si un día destrozamos
El cetro de tus Reyes,
Mientras más libres hoy, más acatamos,
De tí atraídas, las filiales leyes.
¡Plegue al cielo que el nuevo y santo lazo
De paz y unión fraterna
Haya como el sublime Chimborazo
Firmeza y brillo y duración eterna!
Y á par símil soberbio esta alianza
Encuentre en la que pronto,
Coronando con gloria una esperanza,
Celebrarán un Ponto y otro Ponto.
El gigante de ocaso y el de oriente
Van á enlazar sus manos;
Mas libre cada cual é independiente
Serán como hoy, entrambos soberanos.
¡Salve á la unión, de próspero futuro
Las puertas Dios franquea
A la Íbera familia: ¡que seguro
Por ellas al entrar su paso sea!
Vuelva la edad en que á esa heroica raza
Besaba el pie la tierra
Y cuya historia sin rival, abraza
Cuanto hay grande y glorioso en paz y en guerra.

Montalvo (Juan)

El más cervantesco y el más correcto de los escritores sud americanos; imaginación nutrida con ideas vigorosas,

incisivas y desplegadas sobre cimientos de incólume patriotismo. Orador de fama, brioso campeón de libertades; titán maravilloso con fuerzas para la lucha, que no se extinguen jamás en las almas privilegiadas.

Peleó con la pluma, sin tregua ni descanso, y hacía gala de ser el primero en las filas de aquellos que combatían contra las tiranías. Regocijábase cuanto más empeñado era el combate, y en *paso de ataque* acometía de frente disparando á quema ropa balas certeras que, derechas al corazón, mataban moralmente al individuo y lo anulaban para siempre.

No habrá en América ningún adalid del progreso y de las libertades que no haya admirado á Juan Montalvo, al sublime atleta que soportó persecuciones sin tregua, el ostracismo, y aun vió llegar la muerte lejos de su patria, sin desmayar en su propósito ni ceder en sus aferradas convicciones.

Es una figura gigantesca que crece y crece á medida que el tiempo pasa y se aquilata su recuerdo y su valor moral. El poder de su pluma fué inmenso, y á la vez que el estilo era por demás viril, tenía toques de un brillo singular. La instrucción era profunda; el talento de primer orden. Algunas veces podía tachársele la demasiada impetuosidad ó el apasionamiento político, pero aun así, estos defectos eran cualidades en el publicista que encantaba por la forma de sus escritos y por lo contundente é irrecusable de sus razonamientos.

Juan Montalvo nació en Ambato en 1833, en la poética ciudad que, como vergel de flores, se esconde en caprichosa hondonada en el camino que conduce á Quito, capital de la República. Desde muy joven manifestó las altas dotes que poseía y que por entero consagró á la causa liberal, dándose á conocer como escritor de lucha en unas cartas que escribía en Europa y que publicaba «La Democracia», en Quito. Continuando por el camino emprendido en donde ganaba nombradía y universal consideración, no per-

donó tirano de los varios que se han sucedido en América, ni medio para descorrer el velo de tinieblas y dar luz, mucha luz, á los senderos que descubría la civilización.

Errante, desterrado de su patria, eligió por fin á París para residir y descansar físicamente, ya que moralmente no lo logró, sino cuando la muerte le despojó de su vestidura terrenal en la capital francesa el 17 de Enero de 1889.

De su periódico «El Cosmopolita», que publicó en el Ecuador, extractamos framentos; ellos, mejor que pudiera hacerlo nuestra pluma, pondrán de relieve el *valer* intelectual del esclarecido ecuatoriano.

. . . .

. . . .

«No tendrán que sonreirse mis lectores de inverosímiles aventuras, ni les describiré saraos brillantes en mansiones de *señores*, porque no los he pasado. Pero sí navegarán el lago Averno y entrarán á la cueva de la Sibila de Cuma; les haré subir conmigo al Monserrate ó al Vesuvio; atravesaremos ese viejo Tíber, precisamente por donde lo pasó Clelia ahora dos mil años.

Yendo á conocer la roca Tarpeya entré por una puertecilla vieja y agujereada. Una mujer alta, pálida, de mirar profundo y vestir negro, fué quien me la abrió y me condujo hasta el borde de aquella famosa roca de donde Manlio fué precipitado por haber pretendido la corona de Tarquino. ¿Esta es Roma? decía dentro de mí mismo; ¿ese montón de ruinas que allá parece, entre las cuales está ladrando lúgubremente un perro, fué la ciudad que dió Escipiones y Pompeyos? ¿Y esa triste montañuela que da mezquino pasto á cuatro esqueletados búfalos, llamábase Aventino, y vió en sus faldas al pueblo romano y sus tribunos imponiendo la ley á los Quintios y los Claudios? Esos ladrillos casi negros hacinados aquí y allí formaron tal vez la morada del gran Júpiter: de aquel barranco, en donde veo durmiendo un pordiosero, mostró Antonio por ventura el cadáver de César sacudiendo su ensangrentada

clámide: por esa vereda espinosa, quizás la vía Apia en otro tiempo, huyeron Casio y Bruto, teñidos con la sangre del tirano *á buscar á Roma en donde no hallasen servidumbre.*

El mundo antiguo y grande rodaba en mi cabeza, y ni sentía yo la lluvia que caía sobre mí, ni la neblina que me circundaba como para concurrir á la funestidad de aquella escena. La mujer que me dió entrada se había retirado á la casuca donde vive, y me hallé solo en medio de tantas y tan grandes sombras como iban pasando delante de mis ojos. Ví á Lucrecia; ví pasar el cuerpo de Cicerón sin cabeza, y ésta rodando á los pies de su enemigo que reía á carcajadas; ví á Catilina corriendo como furia, con un tizón en la mano, poniendo fuego á los templos de los dioses; ví... ¿Qué voz podrá decir cuánto se puede ver en Roma? Al volver de mi sublime desvarío ví ya positivamen te: ví á la mujer romana que en su corredorcillo se estaba á contemplarme, curiosa de ver despacio un extranjero tan solitario y taciturno: ví las gotas de agua que caían monótonas sobre las piedras resbalando de la humilde choza: ví un jergón en donde estaba acurrucado un gato negro de ojos centelleantes: ví un gallo inmóvil sobre la pata izquierda durmiendo mientras llovía. Y á tiempo que ésto veía, el grito de las ranas subiendo del Foro, llegaba á mis oídos en uno con el balar distante de alguna hambreada oveja. Y volví á decir dentro de mí mismo: ¿Esta es Roma? Romas eran ambas: la una, la Roma de los prodigios, la Roma de las virtudes, la Roma de los grandes hombres y de las grandes cosas, la Roma de ahora veinte siglos. La otra, la Roma de los vicios, la Roma del hambre y la miseria, la Roma de la nada, la Roma de nuestros días. Y cuando salí haciendo este triste paralelo en mi ca beza, se confirmó mi juicio con la cantinela que bajo las murallas derruidas de la ciudad, alzaban los arrieros al tardo paso de sus mulos. La oyeron otros viajantes, la oí yo, la ha de oír todo el que tenga oídos para las voces de sentido grande y melancólico.

Roma! Roma! Roma!
Roma non é piu come era prima.»

¡Loor y gloria al paladín de ideas regeneradoras y sublimes! ¡Loor eterno de justa admiración al autor de «Los Siete Tratados» y al americano ilustre, que con toda su pureza puso de relieve el idioma castellano! ¡Lauro perdurable á la frente pensadora y al luchador insigne, que en ardua tarea empleó todas las potencias de su sér y todos los vigores de su cerebro!

Olmedo (José Joaquín)

Aun cuando no pertenezca precisamente á los escritores contemporáneos, es una figura tan culminante la de Olmedo en las letras americanas, que así como al inmortal Bello y á otros patriarcas de los ingenios que en el Nuevo Mundo han descollado, creemos un deber colocarlos en esta colección, que desearíamos fuera tan completa cual es nuestra aspiración, para poner de manifiesto el gran núcleo de talentos que han rendido culto en América á las musas y han creado literatura en cada nacionalidad.

José Joaquín Olmedo abrió sus ojos á la luz en la alegre ciudad de Guayaquil, en el último tercio del siglo XVIII y allá por el año de 1782. Los frescos valles fertilizados por el río Guayas; la naturaleza privilegiada de aquella zona ardiente y por demás rica, dieron al poeta todos los relevantes dones para que le alcanzaran el sobrenombre de Tirteo americano. Floreció precisamente en los momentos en que las convulsiones políticas, las hazañas de Bolivar, que le habían ceñido el laurel de Marte, fueran potente estímulo para que Olmedo se coronara á su vez con lauros inmarcesibles.

Dícese que Guayaqui es la Smirna de América, y ciertamente que hay pocas regiones que presten mayor contin-

gente para la inspiración poética que llegó á su más alto grado en el singular ecuatoriano, y bien merecido tuvo el epitafio que sobre su tumba se grabó: «Fué el Padre de la Patria; el ídolo del pueblo. Poseyó todos los talentos; practicó todas las virtudes; murió en el Señor á los sesenta y cinco años de edad.»

Pero ¡qué más alta gloria que la de haber sido *el cantor de Junín y de Miñarica!*

En la política se distinguió también é inmensos fueron los servicios que prestó á su patria. Hizo sus estudios en la Universidad de San Marcos, de Lima, una de las más preciadas y antiguas de América, y como sobresaliese desde muy joven, fijó la atención del partido liberal que lo atrajo á su seno. Fué sucesivamente diputado á las Cortes españolas, miembro del Gobierno provisional en 1820, y representante en el Congreso convocado en Lima en 1822 por el egregio San Martín. El libertador Bolivar nombró á Olmedo agente diplomático en varias Cortes europeas, y en 1828 volvió á su patria para ocupar el puesto de Vice Presidente del Estado del Ecuador, el que dimitió poco después para entregarse á las dulzuras de la vida doméstica.

El nombre conquistado por Olmedo, la sabiduría que descollaba en todos sus actos, y las alturas que habían alcanzado sus méritos, lo llevaron de nuevo al terreno político, y después de la caída del primer Presidente ecuatoriano general Flores, fué proclamado candidato para la Presidencia: sin embargo, en breve tornó á la deseada paz del hogar haciendo resonar sus cantos hasta un poco antes de su muerte. El 19 de Enero de 1847 bajó á la tumba para entrar en la vida de la inmortalidad.

Al consignar algunas de sus elevadas creaciones, rendimos tributo á la memoria del cisne americano.

AL VENCEDOR EN MIÑARICA

—

Fragmentos

Cual águila inexperta, que impelida
Del regio instinto de su estirpe clara
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo
Y elevándose ufana, envanecida
Sobre las nubes que atormenta el rayo
No en el peligro de su ardor repara
Y á su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo.
Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber donde va, pierde el aliento,
Y á la merced del viento
Ya su destino y su salud entrega:
O por su solo peso descendiendo
Se encuentra por acaso
En medio de su selva conocida,
Y allí la luz huyendo, se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida
Renunciando al imperio desfallece.

Así mi musa un día
Sintió la tierra huir bajo su planta
Y osó escalar los cielos no teniendo
Más genio que amor patrio y osadía.
En la región etérea se declara
Grande sacerdotisa de los Incas
Abre el templo del sol: flores y ofrendas
Esparce sobre el ara
Ciñe la estola espléndida y la tiara:
Inquieta, atormentada
De un Dios que dentro el pecho no le cabe
Profiere en alta voz lo que no sabe
Por ciega inspiración. Tiemblan los reyes

Escuchando el oráculo tremendo:
Revelaciones, leyes
Dicta el pueblo; describe las batallas:
De la patria predice la victoria
Y la aplaude en seráficos cantares:
De los Incas deifica la memoria.
Y á sus manes sagrados
Si tumba les faltó, levanta altares.

. . . .

Así cuando una nube repentina
Enluta el cielo, cuando el sol declina,
Se afanan los pastores recogiendo
El rebaño que pace descuidado.
Mas de improviso estalla un trueno horrendo:
El tímido ganado
Se aturde, se dispersa desoyendo
Del fiel mastín inútiles clamores;
Se pierde en precipicios espantosos
Que más lo apartan del redil querido;
Y entre tantos horrores
Vagan, tiemblan, caen confundidos
Ganados, y mastines, y pastores (1).

. . . .

¿Veis allá lejos ominosa nube
Ondeando en polvo de revuelta arena
Que densa se derrama y lenta sube?...
Allí está Miñarica. La discordia
Allí sus haces crédulas ordena:
Las convoca, las cuenta, las inflama...
Las inflama... después las desenfrena.

Flores vuela al encuentro, y cuando alzada
Sobre la hostil cerviz resplandecía

(1) Alude el autor á las plagas que asolaron á Guayaquil: la guerra, el hambre y la peste.

Su espada, reconoce sus hermanos:
Lejos de sí la arroja y les ofrece
El seno abierto y las inermes manos.
Mas fiera la facción se enorgullece:
Razón, ruego, amistad y paz desdeña.
Triunfa al verse rogada
Y en ilusión y en arrogancia crece;
Que rara vez clemencia generosa
El monstruo del furor civil domeña
Y aun más los viles pechos escandece.

. . . .

Rey de los Andes; la ardua frente inclina
Que pasa el Vencedor! A nuestras playas
Dirige el paso victorioso, en tanto
Que el himno sacro la amistad entona,
Y fausta la Victoria le destina
Triunfales pompas en su caro Guayas
Y en este canto espléndida corona.

A UN NIÑO

—

Soneto

Saber poner en práctica el amor
Que á Dios y al hombre debes profesar;
A Dios, como á tu fin último amar,
Y al hombre como imagen de su autor.
Proceder con lisura y con candor;
A todos complacer sin adular,
Saber el propio genio dominar,
Y seguir á los otros el humor.
Cual propio el bien ajeno promover;
Como propio el ajeno mal sentir;
Saber negar, saber condescender.
Saber disimular y no fingir:
Esta ciencia del mundo has de aprender;
Esta es la ciencia del saber vivir.

Sucre (Dolores)



La conocí en Guayaquil, suelo natal de la noble descendiente del Mariscal de Ayacucho, uniéndome con ella lazo amistoso y fraternal, tanto más fuerte cuanto que la poetisa me cautivaba renovando en mí el sentimiento de admiración que de largo tiempo habíame inspirado el guerrero y el prócer de la independencia.

Dolores Sucre es de aquellas escritoras que, al par de un ingenio lleno de gracia y donaire, poseen el verdadero talento é imprimen en sus obras el sello especial y la espiritualidad que sabe conmover y luce como estrella en sus producciones; las de la cantora guayaquileña son como un grano de incienso y mirra que embriaga los sentidos y los sumerge en dulcísimos éxtasis.

Hay cielos y climas más ó menos propicios para el desarrollo de la imaginación, para exuberancias poéticas, pa-

ra desplegar las galas de la inspiración. América tiene esos privilegios, y la influencia del aire, de la luz y de la naturaleza, crea glorias y astros de mágico esplendor.

La escritora ecuatoriana entonó sus cantos desde sus más tiernos años, y aun en medio de graves decepciones, desalentada por éstas, no dejó de pulsar la lira, siendo sus canciones clarísimo espejo de las pintorescas ilusiones en la adolescencia; de las amarguras que destrozaron su corazón más tarde, y del triste sentimiento que la malignidad humana hizo brotar en su alma, cuando se viera mal comprendida é injustamente juzgada.

Largo tiempo estuvo muda la alondra del Guayas, pero buscando consuelo á sus pesares volvió á pulsar el laúd, su amigo fiel de otros tiempos, cuando exclamaba:

¡Ah, perdonadme!... Con mis propias penas
Hoy mi mente exaltada se extravía,
Que ayer no más la muerte despiadada
Dejó en mi corazón profunda herida... (1)

Y tú que exhalas, de la patria ausente,
El ¡ay! desgarrador de tu agonía,
Bien sabes que mis lánguidos acentos
No iguala la ternura que los dicta.

Si á mí, piadoso, de su luz un rayo
Prestar quisiera el Dios de la armonía,
Del caro amigo las virtudes altas
En inmortales notas cantaría.

Mas sólo puedo, en mi dolor acerbo,
Tributarle mis lágrimas sentidas...
Que ante el misterio que la tumba encierra,
Opreso el corazón, calla mi lira.

---

(1) Alude á la muerte de un hermano.

De sus últimas composiciones regalamos dos al lector, para finalizar con ellas el rápido bosquejo de una de las escritoras americanas más digna de simpatías y de respeto.

A UNA HIJA DEL RIMAC

—

Cuando los hombres dicen á porfía
Que nunca las mujeres nos amamos,
Contra calumnia tan atroz clamamos
En santo amor unidas por un día;
Y luego con donaire y bizarría,
En bélico furor nos arañamos;
Y al astuto enemigo el triunfo damos,
Uniendo al desamor la hipocresía.
Mas si se atreven á poner en duda
Que como en todo el orbe, hay excepciones
Que salvan el honor de nuestras playas,
Diré, cantando la verdad desnuda,
Que hay Damas, como tú, de excelsos dones
Allá en el Rimac y en mi caro Guayas.

A BOLET PERAZA

—

Para Las Tres Américas

(Inscripción en mi retrato)

No digna soy de que tu egregia pluma
El lauro me discierna de la gloria;
Mas bien haces, amigo, si compartes
El martirio de un alma soñadora
Que en vano busca con tenaz empeño
La verdad en la vida transitoria:
Y solitaria en meditar profundo
Ni aplausos ni piedad le pide al mundo.

INSCRIPCIÓN EN UNA COLUMNA

9 DE OCTUBRE DE 1879.

¡Salud, hijos del Guayas. Honrando la memoria
De los preclaros héroes del mundo de Colón,
En este fausto día de espléndida victoria,
De América á los hijos brindemos paz y amor.

Y al escuchar absortos, el alma estremecida,
Que anuncia el formidable estruendo del cañón
Que las del Sur hermanas en lucha fratricida
Hoy á la faz del mundo eclipsan su esplendor;

Nosotros evocando la inmarcesible historia
De la que fué Colombia y al orbe deslumbró,
Al Porvenir marchemos en pos de nueva Gloria
Altivos exclamando: ¡La fuerza está en la Unión!

Veintimilla (Dolores)

Parecerá más bien un episodio novelesco que un perfil biográfico este, que se refiere á la cuanto inspirada como infeliz poetisa, nacida al pie del volcan Pichincha en la ciudad de Quito y en el año 1829. Sus versos, que tienen todo el carácter de una alma tierna y condenada al sufrimiento, conmueven é impresionan por los destellos de un corazón apasionado y por el grito que de él se exhala desgarrador é inconmensurable. Sus cantos personifican la pérdida de todas las ilusiones, el amargo despertar de aque-

lla que, viviendo para un amor desgraciado, soportó todas las decepciones, derramó lágrimas de fuego, y al cabo de padecimientos crueles y de mirar toda esperanza desvanecida, puso fin á su existencia cuando esta contaba veintiocho años y que la gloria tejía la corona de laurel para circundar su frente.

Su elevado espíritu, su inteligencia osada y fecunda brilló como un relámpago; la ardiente y novelesca imaginación le hicieron aspirar á la realización de ideales imposibles; ansiosa de una dicha que en lontananza viera aparecer, sin fuerzas para rechazar un sentimiento deshonroso para su nombre, luchó, sin embargo, contra la calumnia, contra el reproche social que se atrevía á manchar el honor de la esposa y de la madre. Dotada de un alma delicada y tierna, se sintió herida en lo más hondo de sus afectos y quiso encontrar en la muerte la tranquilidad y la ventura que en la tierra le había sido vedada.

Una noche, tal vez más exaltada que nunca por lo incierto y obscuro de su porvenir, comprendiendo que la mujer honrada no podía encontrar en su amor ilegítimo sino lágrimas y consecuencias desastrosas, resolvió poner un punto final á la tempestad que agitaba su pecho. ¡Cuán hermoso estaba su hijo durmiendo en la cuna! ¡Aquel ser inocente no logró, sin embargo, desviar de su funesto propósito á la extraviada madre! ¡Quién sabe, quién sabe si pensó que para la honra futura del niño que dormía, era preferible que ella desapareciese de la tierra! Apasionadamente besó el rostro infantil bañándolo con su llanto y después apuró el veneno que de antemano había preparado, y aquella mujer hermosa, joven y de un ingenio tan elevado, cayó como herida de un rayo. Sus grandes y bellísimos ojos se cerraron para siempre: su profusa cabellera castaña cubría su seno, sus hombros y parte de su pálido semblante, cual si quisiera esconderlo á las miradas ávidas y curiosas de aquellos que, al injuriarla en vida, acudieron á contemplar su cadáver.

Dolores Veintimilla fué perseguida hasta el sepulcro por la intransigencia humana: los sacerdotes la negaron sus preces y todo el rigor de la injusticia social se ensañó contra la desventurada muerta. Sólo años después dió la autoridad eclesiástica permiso para que los restos de la cantora ecuatoriana fueran sepultados en lugar sagrado.

El esposo de la pobre suicida estaba ausente; era un colombiano de apellido Galindo y médico notable. Aun para él hubo un recuerdo en la corta despedida que dejó escrita para su madre. «Perdón una y mil veces, adorada madre. No me llore. La envío mi retrato... ¡Bendígalo! La bendición de la madre alcanza hasta la eternidad. Cuide de mi hijo... Déle un adiós al desgraciado Galindo... Su Dolores.»

De sus hermosas producciones consignamos aquellas que gráficamente demuestran la amargura que anidaba en su corazón.

QUEJAS

—

¡Y amarlo pude!!! Al sol de la existencia
Se abría apenas soñadora el alma...
Perdió mi pobre corazón su calma
Desde el fatal instante en que lo hallé.
Sus palabras sonaron en mi oído
Como música blanda y deliciosa,
Subió á mi rostro el tinte de la rosa;
Como la hoja en el árbol vacilé.

Su imagen en el sueño me acosaba
Siempre halagüeña, siempre enamorada;
Mil veces sorprendiste, madre amada,
En mi boca un suspiro abrasador.
Y era él quien lo arrancaba de mi pecho;

El, la fascinación de mis sentidos,
Ideal de mis sueños más queridos,
El, mi primero, mi ferviente amor.

Sin él, para mí el campo delicioso
En vez de flores me obsequiaba abrojos;
Sin él, eran sombríos á mis ojos
Del sol los rayos en el mes de Abril.
Vivía de su vida apasionada;
Era el centro de mi alma el amor suyo;
Era mi aspiración, era mi orgullo...
¿Por qué tan presto me olvidara el vil?

No es mío ya su amor, que á otra prefiere;
Sus caricias son frías como el hielo:
Es mentira su fe, finge desvelo...
Mas no me engañará con su ficción...
¡Y amarle pude, delirante, loca!!!
¡No, mi altivez no sufra su mal trato,
Y si á olvidar no alcanzas al ingrato
Te arrancaré del pecho, corazón!

Versos más elocuentes y más llenos de pasión difícilmente pudieran escribirse: ellos encierran, á no dudarlo, una tragedia difícil de conocer en sus detalles, pues que nada concreto ha podido traslucirse, y aun se vacila en creer si fué la infidelidad del esposo ó el amor extraño á éste el que impulsó á Dolores á cortar prematuramente la carrera de la vida.

A MIS ENEMIGOS

—

¿Qué os hice yo, mujer desventurada,
Que en mi rostro, traidores, escupís
De la infame calumnia la ponzoña
Y así matais á mi alma juvenil?

¿Qué sombra os puede hacer una insensata
Que arroja de los vientos al confín
Los lamentos de su alma atribulada
Y el llanto de sus ojos ¡ay de mí!

¿Envidiáis, envidiáis que sus aromas
Le dé á las brisas mansas el jazmin?
¿Envidiáis que los pájaros entonen
Sus himnos cuando el sol viene á lucir?

¡No! no os burléis de mí sino del cielo...
Que, al hacerme tan triste é infeliz,
Me dió para endulzar mi desventura
De ardiente inspiración rayo gentil.

¿Por qué, por qué queréis que yo sofoque
Lo que en mi pensamiento osa vivir?
¿Por qué matáis para la dicha mi alma?
¿Por qué ¡cobardes! á traición me herís?

No dan respeto la mujer, la esposa,
La madre amante á vuestra lengua vil...
Me marcáis con el sello de la impura...
¡Ay! nada! nada! respetáis en mí!

SUFRIMIENTO

—

Pasaste, edad hermosa,
En que rizó el ambiente
Las hebras del cabello por mi frente
Que hoy anubla la pena congojosa.
Pasaste, edad de rosa,
De los felices años,

Y contigo mis gratas ilusiones...
Quedan en su lugar los desengaños
Que brotó el huracán de las pasiones.

Entonces ¡ay! entonces, madre mía,
Tus labios enjugaban
Lágrimas infantiles que surcaban
Mis purpúreas mejillas... Y en el día
¡Ay de mí! no estás cerca para verlas...
¡Son del dolor alquitaradas perlas!

¡Madre! ¡madre! no sepas la amargura
Que aqueja el corazón de tu Dolores,
Saber mi desventura
Fuera aumentar tan sólo los rigores
Con que en tí la desgracia audaz se encona.
En mi nombre mi sino me pusiste!
Sino, madre, bien triste!
Mi corona nupcial, está en corona
De espinas ya cambiada...
Es tu Dolores ¡ay! tan desdichada!!!

No resistimos al deseo de transmitir al lector la poesía postrera de Dolores Veintimilla.

LA NOCHE Y MI DOLOR

—

El negro manto que la noche umbría
Tiende en el mundo, á descansar convida;
Su cuerpo extiende ya en la tierra fría,
Cansado el pobre, y su dolor olvida.

También el rico en su mullida cama
Duerme, soñando, avaro, en sus riquezas;
Duerme el guerrero y en su ensueño exclama:
Soy invencible y grandes mis proezas.

Duerme el pastor felíz en su cabaña
Y el marino tranquilo en su bajel;
A éste no altera la ambición y saña
El mar no inquieta el reposar de aquél.

Duerme la fiera en lóbrega espesura,
Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme el reptil en su morada impura,
Como el insecto en su mansión florida.

¡Duerme el viento...! La brisa silenciosa
Gime apenas la flor acariciando:
Todo entre sombras á la par reposa
Aquí durmiendo, más allá soñando.

Tú, dulce amiga, que tal vez un día
Al contemplar la luna misteriosa
Exaltabas tu ardiente fantasía,
Derramando una lágrima amorosa,

Duerme también tranquila y descansada,
Cual marino calmada la tormenta,
Así olvidando la inquietud pasada
Mientras tu amiga su dolor lamenta.

Dejadme que hoy en soledad contemple
De mi vida las flores deshojadas;
Hoy no hay mentira que mi angustia temple...
Murieron ya mis fábulas soñadas!

Llegué al instante postrimero... amiga,
Que el destino cruel me señaló...
¡Propicio el cielo siempre te bendiga...!
¡De mi vida la antorcha se apagó...!

Veintimilla (Marietta de)



La ví por vez primera con todas las gracias de la mujer, con todo el brillo y esplendor de los diecisiete años. Era en 18,9 cuando, después de larga estancia en el Perú, pasé á visitar el Ecuador. Las tibias brisas de un clima incomparable arrullaron la cuna de la niña, que era ecuatoriana por su padre el general José Veintimilla, italiana por su hermosa madre muerta muy joven, y limeña por haber nacido en aquel pensil americano.

Un drama político, del que fué víctima el padre de Marietta, la dejó huérfana, pero amparada por el ciego cariño de sus tías y de su tío el general Ignacio de Veintimilla, Presidente de la República, y al lado de seres tan amantes recibía educación esmeradísima, desarrollándose con ella el claro ingenio de la que más tarde fué joya preciada de la sociedad quiteña.

En esa feliz época de su vida me encontré á su lado y en contacto íntimo con la futura heroína y escritora, que parecía estar muy lejos de conquistar un nombre en campos tan diversos, y diré con ingenuidad que, reconociendo en ella altas capacidades, no ví jamás en la joven mimada y graciosa, en la criatura alegre y casi frívola, energías y audacias no comunes en nuestro sexo, ni me pasó por las mientes lo que meses después leía con asombro: los detalles de la revolución que estalló en Marzo de 1882 y la actitud guerrera y heroica asumida por Marietta de Veintimilla.

Debo hacer una observación: en 1881 salía yo del Ecuador para Colombia, cuando mi amiga estaba próxima á engalanarse con el velo de desposada. Corta fué su dicha; el compañero, el elegido de su corazón, murió en breve, meses antes de los funestos acontecimientos durante los cuales se revelaron las especiales condiciones que no habían tenido ocasión propicia para manifestarse en la noble viuda, y que fueron origen del libro que tras largos meses de prisión y de sufrimientos escribió en Lima, en el ostracismo al que la habían condenado las pasiones políticas y los varoniles bríos que demostrara en los supremos instantes del combate. «Páginas del Ecuador» es el título de la obra donde están retratados los azarosos momentos de la lucha y aquel período agitadísimo de la política ecuatoriana en el que, valiente é indomable, expuso su vida en aras de un sentimiento patriótico á la vez que noble y elevado, intentando salvar á todo trance el prestigio del que era su segundo padre y que á la sazón se hallaba ausente.

Puede calcularse el efecto que produciría sobre las tropas el que la arrogante y bellísima mujer corriera á ponerse al frente de ellas electrizándolas con su serenidad, con la magia de su palabra, con su juventud y con el arrojo del guerrero, hasta el punto de sentir los soldados el vehemente deseo de morir por su *Generalito*, como cariñosamente la apellidaban.

Triunfó el levantamiento, y los vencedores impusieron largo y rudo cautiverio á Marietta de Veintimilla. «Páginas del Ecuador» son, pues, juicios más ó menos imparciales; apreciaciones históricas y políticas, á la vez que pormenores interesantes en extremo que prestan al libro relieve y deseo de leer hasta la última línea.

Lo que más me sorprendió fué el ver retratados de cuerpo entero y con pluma magistral á muchos personajes que en la historia ocupan ya importantes páginas. La novel escritora se me presentaba con la gravedad y la erudición de un avezado historiador, como podrá juzgar el lector por algunos párrafos, sobre todo en aquellos que presentan la figura de García Moreno, cuando ejercería la suprema magistratura de la República.

. . . .

«Después de Robles aparece en el solio una figura tremenda y que nos recuerda los personajes más famosos de la Historia por su alta capacidad, sus crímenes, y ¿por qué no decirlo?... sus virtudes.

»Mezcla absurda de Catan y de Calígula; extraño ingerto de las virtudes romanas con las prostituciones helénicas; amante ciego de la civilización en negro concubinato con la barbarie, todo eso es el hombre que se levantó en su patria lanzando un reto á la Humanidad entera, suspensa aun entre la admiración al patriota y el odio justificado hacia el verdugo.

»Signos opuestos concurrieron al nacimiento de este hombre, bastante puro en la administración para alcanzar el título de honorable, bastante sañudo con sus inermes víctimas para alcanzar también el de asesino. El que tuvo valor suficiente para arrostrar mil peligros, no conocía, pero en absoluto, la magnanimidad del héroe. El que pudo ser llamado por su desprecio á la vida un valiente, era al arrancársela á sus enemigos friamente, un cobarde. Quiso el bien de su patria, pero habría exterminado á todos los hijos de esa misma patria por satisfacer sus capri-

chos. Gabriel García Moreno es, pues, una de las personalidades históricas más singulares que han hecho su aparición en el mundo y á quienes es preciso juzgar de tantos modos favorables ó adversos como pasiones contradictorias les señalan al reflexivo estudio de la posteridad.»

. . . .

. . . .

«Ya en los primeros pasos indicaba García Moreno con su dureza de corazón las altas cualidades que también distinguen al mandatario. Serio, económico y desprendido, no manchó sus manos con el dinero nacional, ni permitió que nadie introdujese el desorden en las arcas fiscales. Llevaba su estrictez en lo tocante al manejo de las rentas públicas á un grado tal, que pudiendo hacerse millonario jamás salía de la mediana riqueza patrimonial. No hay bestia más limpia ni que conserve su piel más lustrosa que el tigre. Sin embargo, sus fauces abiertas inspiran horror... destilan sangre». . . . .

. . . .

. . . .

Hojeando «Páginas del Ecuador» encontramos algunas descripciones reveladoras del alma poética y á la vez observadora.

«Seguimos, dice, el camino á la costa. En pocas partes presenta la naturaleza perspectiva más variada que en aquellos parajes que recorríamos á caballo, siendo inútil ya la diligencia. Rompen la natural monotonía de las vegas muy anchas, multitud de chozas aquí y allá, sobresaliendo entre marcos verdes, pajizos ó morenos, como la tierra fresca antes de los brotes. Distingue el curioso viajero por donde quiera que vuelva la mirada, cercos de *maguey*, que, en imperfectos cuadrilongos separan la propiedad de los indígenas; bueyes arrastrando el arado con lentitud, ovejas esparcidas al pie de levísimas colinas que matiza de rojo el sol poniente; mujeres y hombres entregados al pastoreo con sus vistosos multicolores trajes, y

blancos penachos de humo elevándose al firmamento azul por la techumbre de las cabañas en el horizonte sin término.

»Esa misma tranquila sublimidad del paisaje llévanos á buscar un reflejo de luces en la fisonomía del indio. ¡Qué amarga decepción sin embargo! La ponderada frescura y buen humor del campesino europeo no tienen en América el trasunto que corresponde. Bajo un cielo mil veces más alegre, con una naturaleza imponderablemente más rica, el indio agricultor manifiesta por los rasgos de su semblante, algo que es muy contrario á la dicha y pasividad del campo. Humilde, en perfecta identidad con su buey y encorvado sobre la reja en el surco, no parece labrar la tierra para ganarse el sustento. La postración de su espíritu diciendo está que ese grano arrojado en las entrañas de la madre común fructificará para otro que no es su dueño... Rey destronado del Continente por las huestes de España, continúa bajo las pintadas banderas republicanas sirviendo á los hijos de esos conquistadores que le desprecian.»

. . . .

. . . .

Al acercarse al *Chimborazo* se inspira nuestra escritora diciendo:

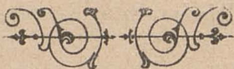
»Columna traquítica que se eleva á más de seis mil metros, suspende el ánimo de admiración y salvaje terror al considerar sus muros inconmovibles donde nacen y revientan las tempestades, sin operar mayor cambio en los flancos de la montaña que el que produce el leve soplo del viento sobre las catedrales macizas. El golpe de vista que da la nieve del *Chimborazo* es magnífico. Abraza una extensión inconmensurable ese blanco deslumbrador en la eminencia, necesitando de base como la que tiene para herir los ojos en forma de un lienzo enorme entre los peñascos y el cielo. Del cimborio de nubes que cubre constantemente esa altísima montaña, suelen desprenderse

algunos copos que bajan hasta la parte intermedia; pósanse allí un instante, y como si tomaran aliento, emprenden nueva marcha hacia arriba plateándose con la luz del sol á medida que más se elevan.»

. . . .

»Domina, pues, augusto el Chimborazo en aquellas soledades, como domina el Genio de la Libertad, sobre todas las culminancias del mundo.»

Como se ve, con solo un libro ha conquistado justa reputación literaria Marieta de Veintimilla, y vive en Lima, imponiéndose por su interesante tipo y por su talento, rodeada del respeto y de todas las consideraciones sociales á las que se ha hecho acreedora.





ESTADOS UNIDOS

Frank Leslie

(BARONESA DE BAZUS)



Periodista, literata, banquera, notable personalidad femenina por el ingenio, por la activa existencia consagrada á labores intelectuales, á resolver problemas financieros y á estudios profundos de los idiomas extranjeros, tales como el francés, italiano y español, que posee cual el idioma nativo, debiéndose á su propia iniciativa cuanto en su niñez aprendió.

De noble estirpe es la célebre norte americana á quien Europa acogió con plácemes y laureles, festejada en Madrid, París, Londres y demás capitales que ha visitado.

Hermosa y con las altas condiciones de un genio excepcional conquistó, cuando contaba catorce años, el primer

triunfo literario, continuando su tarea con creciente facilidad, con donaire sumo en prosa y en verso, hasta el punto de que, envuelta en las nubes del prestigio, llegó su nombre al publicista Leslie, y la joven escritora ocupó de repente el primer puesto en el «Almacén de las señoras», periódico importante, y al cual dió mayor vuelo la actividad y talento de la mujer que descendía de los barones ilustres de Bazus, condes de Lapeyrouse, familia que remonta su nobleza á los tiempos de San Luis, rey de Francia.

El contacto literario encendió amorosa llama en el corazón de Leslie, y entre los admiradores de la joven fué el preferido y á quien otorgó su cariño y su mano.

No hubo nubes en el cielo de su felicidad: compañera, amiga, consejera y poderosa auxiliar en múltiples publicaciones literarias, fué Frank Leslie para el hombre que en ella cifraba gloria y orgullo.

En su regia residencia «Interlaken» era la gran señora, y en los salones de Nueva York el astro de mayor brillo que avasallaba por su belleza, por su inteligencia.

Al radiante sol de la dicha sucedieron las horas sombrías del infortunio: la empresa latente, el nervio de la iniciativa poderosa comprometieron á Leslie y sobrevino la ruina á la cual no pudo resistir. Sucumbió; sus amarguras le llevaron á la tumba.

Entonces fué verdaderamente grande la singular mujer. Empuñó con mano firme el timón del buque náufrago, trabajó sin descanso, y lo fondeó en seguro puerto.

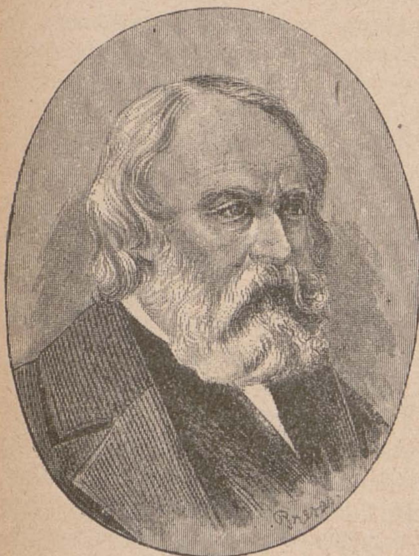
«La amazona del periodismo», nombre con el cual la saludó «The Pall Mall Gacette», ha sido el fénix que surgió más rico y más esplendente. Grandes entidades políticas han rendido homenaje á sus aptitudes sin rival y á la ha bilidad, á la cultura y discreción admirable y recto criterio de la singularísima norteamericana, que es un hombre por las energías periodísticas, por el finísimo tacto en las cuestiones arduas y por el incansable trabajo á que se entrega diariamente.

Mujer y dama de elevada distinción, cuando cruza arrogante por los salones, deja como un perfume de elegancia, de gallardía y de encanto indescriptible.

Frank Leslie, baronesa de Bazus, tiene un tesoro en diplomas que acusan su alta celebridad, y condecoraciones debidas á sus méritos, entre otras la del «Busto del Libertador», en Venezuela.

Genio excepcional; personalidad ilustre; escritora de correcto y pulido lenguaje, es la primera de las entidades contemporáneas femeninas en el grandioso cuadro de los Estados Unidos.

Wadsworth Longfellow (Enrique)



Considerado como uno de los primeros poetas de la gran República, tenía necesariamente que ocupar un puesto de honor en las páginas de este libro, tanto más cuanto que el carácter especial que descuella en las producciones de Longfellow, representa la verdadera literatura nacional, nacida á la sombra de la independencia, y que fué desde luego majestuosa, original y

sobre todo hermoso trasunto de aquella altiva naturaleza y de aquella libertad que ha sido gloria y engrandeci miento de la nación norte americana.

Enrique Longfellow nació en Portland, estado del Maine, el 27 de Febrero de 1807, siendo por su padre descendiente de antigua familia inglesa.

Con tanto aprovechamiento siguió sus estudios, que al contar 18 años fué nombrado profesor de lenguas moder nas, y un año después, es decir, en 1826, salió para Europa con el objeto de aumentar el caudal de sus conocimientos que le permitieran en campo más ancho llenar la misión que le había sido encomendada.

Ya por entonces había revelado sus tendencias y sus inspiraciones como poeta, precisamente en la época en que la poesía estaba como quien dice en mantillas y cuando la prensa comenzaba también á iniciarse bajo los auspicios del ilustre Bryant y de otros que procuraban con sus esfuerzos dar vida al periodismo, siendo Longfellow de los primeros que cultivaron la poesía y publicaron en las gacetas sus inspirados versos que más tarde adquirieron el verdadero sello de originalismo que ha he cho de Longfellow el bardo más popular de los Estados Unidos. En 1833 publicó el primer tomo de sus obras donde luce el exacto conocimiento del idioma castellano en la traducción de las «Coplas» de Jorge Manrique, pre cedidas de un «Ensayo sobre la poesía moral y religiosa de España.» Asimismo en el citado libro se saborean, trasladados al inglés, siete sonetos de Lope de Vega, de Aldana, de Medrano y de otros muchos.

Su reputación creció como la espuma al dar al público sus impresiones de viaje en Europa con el título de «Outre Mer», y después de nuevas excursiones por el Viejo Mundo enriqueció la patria literatura con numerosos libros, entre estos «Literatura anglo sajona», «París en el siglo décimoséptimo», sus poemas «Voces de la noche», admirables por el pensamiento que, como en el «Salmo de

la vida», traducen la riqueza de aquella imaginación privilegiada, más robusta aun en «Baladas», en cuya colección descuella como joyel preciado su bellísima composición «Excelsior.» Por tercera vez volvió á Europa, visitó Alemania, y sin duda las misteriosas leyendas del Rhin, las múltiples ruinas de los castillos feudales, *ese no sé qué* vago y fantástico que en las orillas del rey de los ríos impresiona el ánimo y sumerge el espíritu en extrañas alucinaciones, prestaron á la mente de Longfellow el lirismo que en muchos de sus versos publicados más tarde se observa.

Ya anteriormente, con su novela «Hyperion», habíase revelado en ese género de literatura que siguió cultivando con mayor éxito en «Kavanagh» y en «Al amor de la lumbre», editando sin descanso «La Leyenda de oro», «Cuentos de una posada», «Tres libros de cantos», intercalando entre estas y otras muchas obras, comedias, dramas históricos y atildadas traducciones del italiano, del francés y del alemán.

Disfrutó Longfellow de un privilegio que en su gran mayoría no alcanzan los escritores; el de vivir durante los últimos años de su vida en apacible bienestar, rodeado de su familia, considerado y admirado por todos, recibiendo el homenaje debido á su talento y á sus elevadas y características virtudes. Allí en Craige House dedicábase á sus queridas tareas literarias, y entre sus amados libros, sus discípulos y sus deudos, que le adoraban, murió el 24 de Marzo de 1882, á los setenta y cinco años de una existencia gloriosa y útil para su patria.

La obra á la cual verdaderamente debe el gran poeta norteamericano su mayor nombradía es el poema «Evangelina», que ha sido traducido á varios idiomas por las múltiples bellezas que encierra, tanto bajo el punto de vista del argumento hábilmente desarrollado, por el carácter descriptivo y por la galana inspiración, cuanto asimismo por el interés histórico que despierta en el

lector los bellísimos cantos de «Evangelina.» De ellos se exhala un perfume, una frescura, algo que trae á la memoria las florestas americanas, aquellas selvas vírgenes tan magistralmente descritas; aquella naturaleza dibujada con vívidos colores. A pesar de las correctas traducciones hechas de «Evangelina», no es posible apreciar todo el mérito del poema sino leyéndolo en inglés, donde campea el estilo original, pintoresco, y sobre todo muy americanista, es decir, que en los versos se retratan las pasiones más puras, las esperanzas y la dulzura de aquellos hijos primitivos del Norte América.

No fué Longfellow un escritor de grandes energías ni con tendencias á la poesía épica, pero ha bordado sus producciones con singulares encantos, dotándolas de interés, que se sostiene desde la primera página de un libro hasta la última sin decaer por un instante, mérito que le valió la inmensa popularidad que aun hoy conserva y que es el más hermoso de los florones en su corona poética.

Ya en el perfil biográfico de Fernandez Juncos consignamos una bellísima poesía del insigne norte americano, y á continuación de estas líneas damos la traducción de otra que, si bien no extensa, rebosa en inspiración. Longfellow formó parte de una brillante constelación á la cual debe el Norte América la creación de su literatura nacional; Holmes, Lowell, Emerson y Guillermo Bryant han sido los patriarcas que dieron vida intelectual á la gran República.

A Bryant puede calificársele como uno de los escritores más gloriosos de los Estados Unidos, tan eminente periodista como singularísimo poeta, y que ha dividido con Longfellow los laureles de una larga carrera literaria. Ambos han tenido el don de conservar incólume el favor popular.

Como alguno de los lectores de este libro pudiera no conocer el idioma inglés, nos abstenemos de reproducir

estrofas del poema «Evangelina», no teniendo á la mano ninguna de las traducciones que se han hecho en castellano:

VERSO DE ORO

Por rubios trigales de espigas doradas,
al soplo primero del mes tentador,
iremos buscando las cosas aladas,
las áureas abejas, los versos de amor.

Los pinos enhiestos sus copas levantan,
yo ciño tu talle de esbelto bambú;
oigamos, mi vida, las cosas que cantan:
yo, ritmos sonoros, y pájaros tú.

Siguiendo el arroyo donde ávidas toman
frescura las aves después de volar,
iremos buscando las cosas que aroman,
y versos y aromas podremos hallar.

Amor, si lo quieres, hará que ese día
la luz resplandezca, cual nunca lució,
seré yo el poeta, tú la poesía.
Tú serás más bella, más amante yo.



GUATEMALA

Cruz (Fernando)



En el año de 1845 y en la risueña ciudad de San José, República de Guatemala, nació el niño que más tarde debía figurar no sólo en la política y en la diplomacia, sino también en el foro y á la par en el Parnaso Centro Americano. Cuando hace algunos años conocimos al inspirado poeta y elocuente orador era entonces muy joven, y ya ocupaba altísimo puesto en

el Gobierno presidido por el general don Justo Rufino Barrios.

A la sazón era doctor en Derecho, y había ejercido su profesión de abogado obteniendo en ella no pocos y merecidos aplausos que tomaron mayor vuelo cuando sucesivamente desempeñó las carteras de Gobernación y Justicia, de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública.

Acreditóse como hábil diplomático durante su misión plenipotenciaria en Wáshington, y después, con el mismo carácter, en Alemania, Francia é Inglaterra, cargos elevadísimos que ejerció hasta el día de su muerte ocurrida en París.

Poeta y prosista á la vez, cautiva Fernando Cruz por la corrección y facilidad del verso, como podrá juzgarse por la bellísima composición «A mi hijo», á la cual damos cabida en estas páginas.

A MI HIJO

—

Tristes contemplo á la par,
Obscuros los dos, vacíos,
Los dos callados y fríos,
Mi corazón y mi hogar.
Ya todo es luto y pesar
Lo que fué esperanza y flores;
Que el ángel de los dolores
Cubrió con su ala sombría
La cuna en que ayer dormía
El hijo de mis amores

Ayer todo era halagüeño;
Mirábame yo en sus ojos,
Y huían penas y enojos
Ante su rostro risueño.
Hoy me parece de un sueño

Congojosa pesadilla:
Beso su helada mejilla,
Le llamó con ansia loca,
Y ni sonríe su boca
Ni su ojo empañado brilla.

Con infinita ternura
Besando la frente al niño,
Mil veces quiso el cariño
Leer su suerte futura.
Hermosa y rica en ventura
Se la fingía el amor;
¿Y quién pensara, oh dolor,
Que el ignorado misterio
Fuera que en el cementerio
Su vida cayese en flor?

Una noche, de repente,
Traidor el *crup* se levanta,
Y se enrosca en su garganta
Cual constrictora serpiente.
La limpia y cándida frente
Horrible angustia refleja,
Que el mal sin piedad le aqueja,
Y como rígida soga
Le aprieta el cuello, le ahoga,
Y hecho cadáver le deja.

Como un toque funeral
Vibra constante en mi oído
El angustioso silbido
De aquella asfixia mortal;
Y como agudo puñal
De hoja penetrante y fría,
Rasgando va el alma mía,
Metálico, áspero y seco,

El indescriptible eco
De la tos de su agonía.

Presente está á toda hora
Cuando se apaga su aliento,
Y convulsivo y sediento
Se agita, retuerce y llora.
La muerte ya le devora,
Y en honda mirada intensa,
En que, un momento, condensa
Todo su fulgor la vida,
El adiós de despedida
Me da con tristeza inmensa.

¡No entiendo, hijo mío, no,
Porqué misterio terrible,
De algún destino inflexible
Te vas y me quedo yo!
Para sufrir me dejó
Tan duros trances la suerte,
Y á tí, cuando apenas vierte
La aurora el primer rocío
Viene á arrancarte, hijo mío,
Inexorable la muerte!

¿Para qué, si el huracán
Rugió con bramido ronco,
Respeta el añejo tronco,
Y hojas y flores se van?
¿Para qué se quedarán
Sufriendo duelos prolijos,
En su pesar siempre fijos,
Los padres, cuando la suerte
Ha herido su alma de muerte
Robándoles á sus hijos?

Con la alegre primavera
Del árbol las hojas tornan,
Vuelven las flores y adornan
Con su matiz la pradera.
¡Si así también renaciera
La felicidad perdida!
¿Pero quién vuelve á la vida
Al que en el sepulcro cae?
¿Quién á mis brazos te trae
Otra vez, prenda querida?

¡Dichoso del que aun ignora
El acerbísimo duelo
Del padre que sin consuelo
Al hijo en la tumba llora;
Y triste del que devora
Mortal desesperación
Porque tronchada en botón
Cayó la ilusión florida;
Los hijos, luz de la vida,
Pedazos del corazón!

Mas si después, hijo mío,
Estas heces de amargura
Que el labio temblando apura
Te diera el destino impío;
Si este hielo, esté vacío
Sintieras que en mi alma siento,
Y en tí clavara el tormento
Sus garras, ¿á qué mis quejas?
¡Dichoso tú, que te alejas
Del valle del sufrimiento!

Y si tuvieras tal vez
Que atravesar el desierto,
A la esperanza ya muerto

Y ensangrentados los pies;
Si en la densa lobreguez
Rodaras al precipicio
Del mal, y el crimen y el vicio
Mancharan tu frente hermosa,
¡Bien haya, muerte piadosa,
Mi terrible sacrificio!

¡Bien hayas tú que entre flores
Reposas ya en dulce calma,
Sin que te haya herido el alma
La espina de los dolores!
Cual tierno canto de amores,
Y cual suavísima esencia
Se evaporó tu existencia,
Y pliegas tus blancas alas
Llevando intactas las galas
De tu cándida inocencia!

¡Bien hayas tú! Aquí cruel
Al hombre el dolor azota,
Y de placer cada gota
Se pierde en mares de hielo.
Aquí donde nada es fiel,
El corazón, de sus daños
La historia, con sangre escribe,
Y va contando sus años
Mas bien por sus desengaños
Que por los días que vive.

Estrada (Domingo)



Hay individualidades de una precocidad extraordinaria, y para corroborar lo dicho, sírvenos el escritor que inspira estos renglones. A los diez y seis años desempeñaba ya con madurez y acierto los destinos públicos encomendados á su juvenil talento. A los veintiún años, era abogado y ya oficial primero del Ministerio de Gobernación, Secretario del Consejo de Estado, y Subsecretario de Fomento en su patria la feraz República de Guatemala. Por su poderosa iniciativa, y como diputado en la Asamblea legislativa, diose la ley más tarde sobre el divorcio absoluto, y no por esos trabajos serios y concienzudos descuidaba el estudioso joven sus aficiones á la literatura, pues que en prosa y en verso, colaboraba activamente en diarios y revistas, tanto nacionales como extranjeras, lo que dióle un puesto culminante en las letras patrias.

Domingo Estrada es socio corresponsal de la Real Academia Española de la Lengua, y no contentándose con tan merecidas distinciones, alejóse en 1887 del campo admi-

nistrativo, donde hasta entonces había militado, para invadir la senda consular y después la diplomática. Cónsul General en San Francisco de California, Secretario de la Delegación de Guatemala en el Congreso americano de Washington, brillaba poco después como Secretario de misión extraordinaria en tres de las principales capitales europeas. Desempeñó también el Consulado General de Guatemala en París, y vémosle en la actualidad como habilísimo Secretario de la Legación en Francia, Italia, Alemania, Bélgica y Gran Bretaña.

Al ameno trato, á la instrucción sólida y á su elocuente decir, aduna Domingo Estrada facilidad suma para los idiomas extranjeros, y para probar que nuestra opinión es justa, publicamos la dificilísima y bella traducción de la poesía «*Les Djinns*», del inmortal Victor Hugo.

LOS DUENDES

—

LES DJINNS

Traducción libre de Victor Hugo

I

Es noche
velada,
profunda,
callada...
no se oyen
ruïdos
la calma
turbar;
no tienen
acentos
las olas,
los vientos:
parecen
dormidos

el campo
y el mar.

II

Aun liviano,
débil, vano,
cual zumbido
muy lejano,
por el llano
nace un ruido...
No es acento
que alce el viento,
ni el cercano
rudo aliento
del Oceano:
es lamento
sobrehumano,
parecido,
ya al gemido
con que clama,
ya al aullido
con que brama
de horror llena,
la alma en pena
sin abrigo,
que en castigo
sempiterno,
rauda sigue,
cruel persigue
roja llama
del infierno.

III

A cada instante
la bulla crece...
ahora parece,
no ya distante

vago murmullo,
sino barullo
de griterías,
de carcajadas,
de algarabías
endemoniadas:
y ya cercano,
ya en lontananza
se ve un enano
que huye y avanza
sin descansar;
y en un pie danza
con mil cabriolas
sobre las olas
que encrespa el mar.

IV

Resuena la grita
de voces cercanas
cual són de campanas
de iglesia maldita;
como un vocerío
de enorme gentío,
que agora se aleja
y en pos de sí deja
muriente rumor...
y luego que crece
tormenta parece,
que suena, que truena,
que muge, que ruge,
y el ámbito llena
de inmenso fragor.

V

¡Ah... son ellos, Dios clemente!
son los duendes nocturnales,

con su jácara estridente,
con sus voces sepulcrales...
Evitemos prestamente
la cruel turba fosca y fiera,
y con planta diligente
remontemos la escalera...
traspasando los umbrales
de la sala retirada;
y al abrigo de sus males
con la puerta bien cerrada,
esperemos la algarada
de los huéspedes fatales...

VI

Es de los duendes el tropel satánico,
que llega en huracán voraginoso...
bajo su raudo vuelo tormentoso
los árboles se rompen con fragor...
Viene mugiendo bajo el cielo lívido
la ominosa y fatídica parvada,
como la nube que, cual ígnea espada,
al flanco lleva el rayo del Señor.

VII

Están ya muy cerca; tengamos trancada
la puerta, dejando su furia burlada...
¡Qué estrépito el que hacen las torvas legiones
de odiosos vampiros y alados dragones...
Se rompen las tejas, los muros se inclinan,
las vigas se tuercen, las puertas rechinan,
y cómplice el eco, repite los gritos
de aquestos infames enanos malditos.

VIII

Son sollozos, son lamentos, quejas son desesperadas,
que se tornan en chillidos y en burlonas carcajadas...

¡Cómo gritan!... ¡Cómo aullan con incógnitos acentos!
¡Qué bochinche y confusión!...
Por momentos me figuro que mi casa, derruída
por el negro batallón,
como débil hoja mustia de la rama desprendida,
la arrebata el aquilón.

IX

¡Profeta! si salvas mi pobre morada,
y ahuyenta tu mano la turba endiablada,
verame de hinojos tu noble santuario
llenando de aromas el rico incensario;
pero haz que esta noche la puerta que cruge
no ceda á sus golpes, resista su empuje,
y que en las vidrieras de todas las salas
sus uñas se quiebren, se rompan sus alas.

X

¡Van á partir!... ¡Ya parten!... De los réprobos
alza su vuelo el batallón sombrío...
cual de fierros aspérrimo chirrío,
sus negras alas produciendo van;
y cuando pasan en la noche lóbrega,
trepida el suelo, el mar se arremolina,
y se desgaja la imponente encina,
cual si pasara horrísono huracán.

XI

Ya están lejos... el violento
rumoroso batimiento
de sus alas ya decrece...
ya un susurro me parece
de la vaga voz del viento...
ya es tan débil .. tan liviano,
tan confuso... tan lejano,
que oír creo en la llanura,

ó del bosque en la espesura,
la voz áspera y bizarra
con que canta la cigarra,
ó el rebote del granizo
sobre el techo de pizarra
de algún viejo cobertizo...

XII

Aun débiles notas,
sonando remotas,
llegando imprecisas;
aun múltiples voces,
con alas veloces
me traen las brisas...
Así, por instantes,
en noche serena,
que la luna llena
con su luz de plata,
se escuchan distantes
las trovas amantes
de la serenata;
y al pasar errantes
los aires del coro
que dulce embeleña,
tiene sueños de oro
la virgen que sueña.

XIII

Entre las lóbregas
tinieblas trágicas
los duendes fúnebres
ya lejos van:
buscando alígeros,
con pasos rápidos
el negro Tártaro
do está Satán.

Luces fosfóricas
de alas flamígeras
rompen con ráfagas
la obscuridad:
cual los relámpagos,
cuando recóndita
muge en los ámbitos
la tempestad.

XIV

El sonido
que decrece
me parece,
ya el plañido
quedo, suave,
con que el ave
triste canta
cabe el nido
ya desierto:
ya el gemido
de una santa
por un muerto:
ya un zumbido
de colmenas...
ó ya notas
de remotas
cantilenas...
. . . .
ahora apenas
se distingue
la voz vaga,
. . . .
ya se extingue...
ya se apaga...
. . . .

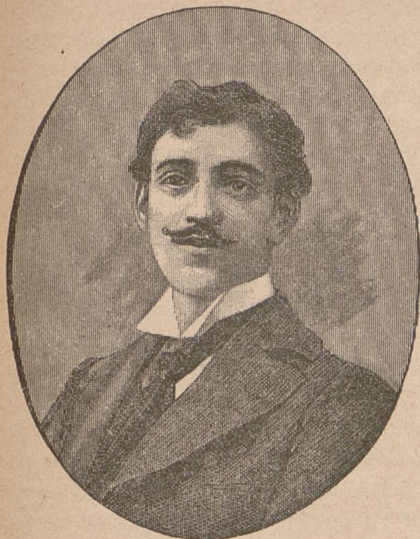
XV

La noche
se inunda
de calma
profunda...
no se oyen
del viento
las voces
cantar...
¡silencio
doquiera!
no tienen
siquiera
ni un débil
aliento,
ni un ruido
lejano,
ni el llano,
ni el mar.

XVI

El silencio
nada
turba:
la vil
turba
lejos
va.
De la negra
tuna
raza
ni una
traza
queda
ya.

Gómez Carrillo (Enrique)



Fecundísimo por demás es el joven escritor al que vamos á consagrar estas páginas. De él sí, puede decirse con toda exactitud que tiene estilo muy suyo, que se aparta por completo de la pléyade nueva de los publicistas de hoy, sin que por esto deje de ser modernista.

Como crítico, es acerado, y tiene un no sé qué singularísimo para señalar los defectos ó ensalzar los trabajos intelectuales, sin que ofenda ó haga herida punzadora ó halague sin exageración, como varias veces hemos podido juzgar en algunas de sus obras, tales como «Literatura Extranjera», «Almas y cerebros», «Sensaciones de París y de Madrid», y, por último, en «El Alma encantadora de París.»

Tiene una novela, «Bohemia sentimental», de la que todo elogio sería pálido; baste decir que se han hecho de ella cinco ediciones. Sus artículos «Bailarinas», tienen un corte *sui géneris*, como que están forjados en molde único.

Dice nuestro amigo el atildado periodista Antonio Cortón: «¡Juzgar á Carrillo!... ¡Qué aventura! ¿Quién, por im-

pulso verdaderamente espontáneo, sería osado á emprenderla?» Esta idea expresada en el prólogo de «El Alma encantadora de París», surgió en mi mente al leer algunas producciones del genialísimo é inspirado escritor.

Vale mucho más juzguen los lectores por los fragmentos que reproducimos del libro anteriormente citado.

Posee el don, Gómez Carrillo, de hacerse simpático, muy simpático, en todos sus relatos, en sus apreciaciones, en *su modo de ser* literario. Es un ingenio llamado á entronizarse en la cúspide del templo glorioso destinado para los elegidos.

Se impone al público, lo seduce y lo atrae por la discreción, por la cultura, por la amenidad y hasta por el atrevimiento de buena ley. En sus ideales es francés, muy francés, y tiene la *verve* de un verdadero parisien: éste es uno de los encantos que encierran sus libros. Veamos los siguientes párrafos:

«Los cortejos, tal como hoy existen en París, con su admirable carácter de realismo artístico, son una de las más recientes creaciones. Hace apenas quince años, los desfiles de cuadros vivos se confundían con las ceremonias carnavalescas. En los carros, hechos para ser vistos de lejos, en pleno día, por masas populares, había siempre algo de grotesco, un deseo loco de «hacer grande», de dar mucho color á los paisajes, de conservar á las figuras actitudes complicadas y de encarnar un símbolo claro. Y eran, entonces, en las fiestas parisienses, en la mi carême de la Ópera, en los días de aniversarios patrióticos, carretas altísimas con sus nombres, con sus leyendas, con su argumento. Era, aquí, el «Triunfo de la Verdad» imitado de Rubens, grupo majestuoso de robustas campesinas vestidas de terciopelo. Era, luego, «Cleopatra y Antonio», los sonetos de Heredia hechos carne, la divina reina en su galera de alas de púrpura, seguida de su séquito, viendo un mar inmenso cubierto de galeras furtivas. Era, más tarde, «Vercingetorix Victorioso» y sus galos vestidos de

hierro, y sus esclavas rubias, y sus sacerdotes solemnes. Era, en fin, á cada momento, con cualquier pretexto, «El nacimiento de Venus», el carro tendido de azules ondas de lienzo, el cuerpo blanco surgiendo de la blanca espuma. Y todo aquello resultaba convencional y pálido.

»El primer cortejo realista nació por casualidad una noche de adoración de la belleza femenina y fué, por decirlo así, un acto religioso. Celebrábase en el inmenso salón del Elysée Montmartre (que hoy ya no existe) el ruidoso baile de las Cuatro Artes. Los pintores, los escultores, los arquitectos y los músicos de las escuelas nacionales, habían organizado aquella fiesta con objeto de «divertirse lejos de los burgueses». Para entrar se necesitaba 1.º, tener genio; 2.º, ser bello; 3.º, ir maravillosamente vestido, y 4.º, llevar por lo menos la mitad de una mujer. A los veinte años todo esto es hacedero. Vestidos con una cortina ó dos sábanas, los chicos entraban, fieros como Zeus. En cuanto á ellas, las musas, más coquetas pero no más ricas, habían hecho milagros para presentarse bien trajeadas; y procediendo de un modo económico, aprovechaban lo mejor posible sus propios encantos para ahorrar tela. Las Venus abundaban tanto como las Ninfas. Una desnudez pagana, serena y risueña poblaba el salón de estatuas vivientes. Los guerreros griegos que, con una coraza prestada y un casco de papel triunfaban en la fiesta, herían los cuerpos desnudos con sus armaduras, al bailar. Un aire dionisíaco sacudía todas las cabelleras y el fuego del Olimpo encendía chispas gozosas en las pupilas adolescentes.

»De pronto un grito general llenó el espacio. Diez ó doce guerreros y otros tantos semidioses habían improvisado un cortejo. Sobre escaños, sobre sillas, en simples tablas, unas cuantas chicas esbeltas erguíanse en el esplendor ingenuo de sus divinas desnudeces.

»Aquello no era la encarnación de una leyenda, ni la evocación de una moda, ni la reconstitución de una época. Era menos. Era más. Era la belleza desordenada é in-

consciente, surgiendo de pronto en un ramillete de rubias carnes, de jóvenes senos, de esbeltas piernas, que no significaban nada de histórico y que no podían sugerir sino la idea concreta de la belleza misma. Aquello era el triunfo del arte por el arte, no sólo sin utilidad sino también sin asunto, sin sentido. Los cuerpos puros, cual alejandrinos, rítmicos cual estrofas, formaban un poema cuya única idea era la perfección humana.

»Tan grandioso resultaba el espectáculo, que los chicos se complacían en contemplarlo con ojos castos y que los sexos, en la sala ardiente, abolíanse poco á poco para no dejar subsistir sino una atmósfera de pureza casi religiosa, de adoración sin codicias carnales, de amor desinteresado de lo bello por lo bello.»

. . . .

Hay en el capítulo VII del libro que mencionamos algo muy hermoso al hablar del insigne cuentista Catulo Mendés. Lo reproducimos íntegro, terminando con él el bosquejo literario de Gómez Carrillo.

EL POETA DE PARÍS

—

(Catulle Mendés)

Ningún poeta, en ninguna época, en país ninguno, tuvo un destino comparable al de este Cátulo parisiense. Sin duda los hubo más grandes y más gloriosos. Los hubo que dieron su nombre á un siglo, que impusieron sus ideas á un pueblo, que encarnaron el alma de una raza, que fueron pastores de innumerables rebaños de almas. Los hubo que fueron pontífices, que fueron patriarcas, que fueron reyes. Pero antes de que éste naciera, no los había habido aún príncipes de todos los principados ideales.

Catulle Mendés es el primero á quien todos los maestros pudieron antaño considerar como discípulo y en quien hoy todos los adolescentes ven un maestro. La crítica severa dice esto de otro modo. Compara su obra con un mo

saico. Le considera cual un Frégoli artista, que sabe presentarse primero imitando la voz cíclica de Víctor Hugo, luego diciendo la honda oda de Leconte de L'Isle, en seguida haciendo líricas piruetas á la manera de Teodoro de Banville, siendo clásico un instante más tarde, y siendo, por último, decadente.

Dice también la crítica: «Es el inventor de la impasibilidad poética. Es el que, en un verso célebre, dijo: *Nada de quejidos humanos en el canto de los poetas.* Es el teórico del Parnasismo. Es puro como el mármol, frío como el mármol, insensible como el mármol».

*
* *

Pero esto no es justo. El maestro mismo acaba de declararme indignado:

—¿Impasible yo? ¡Es una locura decirlo!... ¡Impasible quien, día por día, lanza al viento sus pasiones, odios y amores entre las hojas aladas de los diarios! ¡Impasible el que ha escrito novelas de lágrimas, de rupturas de alma, de agonías de sentimientos; el que ha sufrido con sus héroes, el que ha gozado con sus heroínas! ¡Impasible, en fin, quien ora todos los días ante esas dos imágenes!...

Y con el dedo me señalaba dos retratos amarillentos colgados en la parte más visible de su sala de recibo. Era uno la imagen de Víctor Hugo y otro la de Wagner.

—Cuando escribo,— siguió diciéndome,— lo hago en nombre de ambos. ¿Cómo no tener emoción, pues, siendo un eco de dos liras eternamente vibrantes? Y por otra parte, la teoría histórica que presenta á los parnasianos como artistas impecables é impasibles, está muy desacreditada ya. En otro tiempo era natural que nuestros enemigos nos la echasen en cara, pues nosotros mismos la reivindicábamos. Verlaine, que fué el más sensitivo de los mortales, exclamó: «¿es ó no de mármol la Venus de Milo?»; nuestro maestro Banville dijo: «el poeta no tiene ni alma ni cerebro; sino sonidos, palabras y palabras»;

Teófilo Gautier, dirigiéndose á los que leían á los latinos, gritó: os ordeno que sólo leáis diccionarios, enciclopedias, obras técnicas que traten de oficios y ciencias, lo mismo que catálogos de piedras, metales, etc., con objeto de llenaros la memoria de infinito y variadísimo número de palabras. Es lo único de que el poeta ha menester»; Glatigny, en fin, tituló su más famoso poema: *Impasibilidad*. ¡La impasibilidad de Glatigny sí que hace reir! Justamente después de *Santa Teresa* se representará una comedia mía cuyo asunto será la vida atormentada, loca y admirable de Albert Glatigny.

***

¡Santa Teresa! En realidad, á lo que yo iba esta mañana á casa del maestro, era á pedirle noticias de su drama.

—Ya está hecho,—me dijo,—y Sarah lo estudia, desde hace algún tiempo, con ardor obstinado. Sólo esta admirable trágica es capaz de tamaños esfuerzos. En el *Aiglón* recita actos enteros, sola. En mi drama casi le sucederá lo propio. Pero nada le arredra, nada le fatiga. La mujer de cristal, frágil y dorada en apariencia, es en realidad un sér de hierro... También María Guerrero, á quien quiero y admiro, me ha pedido mi obra. Yo se la he negado en principio, porque sé que mi santa no es la santa española...

Un silencio.

El poeta parecía buscar algo en su memoria. Sus labios crispáronse ligeramente y su diestra nerviosa acariciaba con alguna rudeza su barba rubia. Al fin, clavándome en los ojos la mirada de sus pupilas azules, clarísimas, como de esmalte nuevo, me preguntó:

—¿Cuál es la visión de un español al oir el nombre de Santa Teresa?

Cuando le hube contestado, murmuró:

—¡Eso es!... ¡muy distinto!... ¡más humana!... ¡más católica!... Y es natural. Jamás ningún hombre ha podido penetrar en el alma de una raza que no es la suya. Yo lo

noto leyendo las obras extranjeras sobre asuntos franceses. Nunca nos comprenderá nadie, y nosotros no comprenderemos jamás á nadie. Lo único que logramos es transponer, interpretar. Yo he interpretado á la manera francesa la figura divina de la Santa de Ávila. He suprimido en ella la época de las tentaciones y he desdeñado en absoluto su carácter varonil de fundadora de conventos, de viajera, de propagadora de la fe... Lo único que me interesa es la visionaria, ¡ah! pero eso sí:—los detalles son escrupulosamente exactos. He leído todo lo que se ha escrito sobre la época española en que vivió mi divina heroína. Los personajes secundarios de mi obra son seres históricos. Felipe II, que llena todo el primer acto, es una creación documentada. Mi D. Tomás, el confesor de la santa, es, con otro nombre, un inquisidor célebre del tiempo aquel, y en mi provincial de jesuítas he hecho revivir la alta, la soberbia, la extraña figura de Ignacio de Loyola. Pero el personaje que más importancia tiene, desde el punto de vista poético, después de la protagonista, es Magdalena de la Cruz, monja clarisa de un convento de Córdoba, que era como una parodia negra de la santa, que imitaba sus milagros, que copiaba sus visiones, que plagiaba sus éxtasis, y que acabó, al fin, por confesar á los inquisidores su superchería.

Catulle Mendés paseábase á grandes pasos por la estancia y á medida que hablaba parecía más nervioso. Primero encendió una inmensa pipa de madera; luego se abanicó con una fotografía en que su esposa aparece de perfil, admirablemente bella; por último vino á pararse frente á mí, me cogió el brazo, y sacudiéndomelo con ímpetu:

—¿Querrá usted creerlo?—exclamó.—Pues Magdalena de la Cruz no fué quemada á pesar de su declaración...

***

Apaciguado el maestro, volvió á sentarse junto á mí, en una butaca muy baja. Viéndole siempre tan joven, tan

activo, tan lleno de ardor y de entusiasmo, comprendí una vez más la inmensa vanidad de las fechas. «Tiene sesenta años», dicen las biografías. En realidad tiene veinte, ó, mejor dicho, no tiene edad, es como un símbolo de gallardía invencible, de mocedad eterna, de vigor perdurable. Ya no es el rostro sonrosado de sus primeros retratos, ni la esbeltez de antaño, ni la gracia bironiana que adoraron las últimas marquesitas de las Tullerías. Pero aun es bello cual un dios wagneriano, con el rostro ligeramente encendido, con la cabellera echada hacia atrás en ondas de oro y plata, con la barba despeinada, rojiza; con los ojos de una claridad, de una vivacidad, de una intensidad admirables, sobre todo. El traje es siempre el mismo. La corbata blanca que aparece en las aguas fuertes de hace treinta años, cual una enorme mariposa loca, no ha variado. Ni el sombrero de fieltro, ni la americona muy amplia, ni las suntuosas camisas han variado. Seguro de su prestigio plástico, sigue el poeta imponiendo su dandismo bohemio y personalísimo.

—Lo único que continúa siendo como antes,—me dijo risueño,—es el alma. Lo demás envejece...

Pero no hay tal. Nada envejece. Hace un par de años, se batió en duelo con un obscuro periodista, porque éste dijo que Hamlet había sido un príncipe gordo y pesado. La herida fué grave y obligó al gran poeta á pasar tres meses en cama. Al sentirse curado, lo primero en que pensó fué en sacar de nuevo la espada.

—Al fin y al cabo,—me dijo,—cuando uno ha vivido tanto como yo, la muerte no tiene importancia.

Su existencia ha sido, en realidad, una de las mejor empleadas. Hablo en sentido nietzcheano y no con sentimiento católico. Sus grandes y bellas cualidades las ha aprovechado para gozar. Ha buscado, en la vida, las rosas, y las sonrisas, y el amor y los amores, todos los amores, los más nobles como los más extraños; y se ha embriaga-

do de luz, de perfumes, de madrigales. Y por encima de todas las cosas, ha adorado frenéticamente su arte.

*
* *

—¡Ah!—exclamó.—Eso sí es verdad. Las letras, las artes, lo que es mi oficio, me apasiona hasta el punto de que jamás he podido pronunciar una de las frases que en labios de los profesores son vulgares, como «gaya ciencia», «bellas artes», «humanidades», sin sentir una emoción profundísima. Muy niño aun, compuse una serie de poemas libertinos en lengua latina, y, aunque á causa de la edad prematura parezca esto mentira, puse toda mi alma en aquellas primeras estrofas. Luego, en francés, no he hecho más que continuar. Cada madrigal, cada soneto, cada cuento, cada acto, cada página de novela, más aún, cada crónica, está sentida, vivida, llorada, ó reída, ó amada, ú odiada. Balzac, derramando lágrimas cuando tenía necesidad de matar á uno de sus personajes preferidos, es para mí un símbolo. ¡Vaya usted, pues, á hablarme de impasibilidad! No. Los hijos de Víctor Hugo no pueden ser impasibles. ¡Víctor Hugo!...

No hay idea de la veneración palpitante con que Mendés pronuncia este nombre. Dice «Víctor Hugo» como los católicos dicen «El Todopoderoso». «En su obra se halla *todo*,—exclama.—Los simbolistas encontraron allí sus obscuridades, y los parnasianos sus claridades. Allí está el encanto doliente de Verlaine, la distinción gongórica de Mallarmé, la pureza autumnal de Moréas, la sencillez infantil de Francis Jamées. Allí está el mundo y los mundos. Su obra es el universo. Los que aseguran que su corazón fué sólo español, se equivocan. También fué alemán, inglés, griego, francés, italiano, turco, todo». ¡Todo! ¡Esta es la palabra que para Mendés explica mejor á Hugo «¡todo!» Los demás, á su lado, son semidioses ó á lo sumo dioses especiales. Banville es el dios de la alegría, Leconte de L'Isle el de las selvas, Baudelaire el del in-

fierno. Verlaine es Pan, Teófilo Gautier es Apolo. Pero Júpiter es Hugo, padre, rey de los poetas.

Y cuando hubimos hablado de todo esto, Mendés, risueño siempre, dió un salto, me cogió de nuevo por el brazo y, levantándome, me dijo:

—Ahora, márchese usted. Ha llegado el momento ineludible del trabajo!... ¡eh! Y hasta pronto.

Hall (Guillermo)

Nació por el año de 1858, heredando del dulcísimo poeta Eduardo Hall el sentimiento, la ternura y el tinte de tristeza que sobresale en sus composiciones. Sus tendencias y el ameno estilo se demostrarán en la composición lírica que copiamos.

AL PORVENIR

—

¡Funesto porvenir, no me acobarda
Mirar la estéril senda que me guarda
Tu negra y profunda obscuridad!
Erguido y con la frente siempre altiva
Dominaré mi suerte, y mientras viva
Triunfaré de tu obscura realidad!

—

¡Amedrentarme yo!... Siento en las venas
La sangre arder, cual arde las arenas
De un desierto voraz y abrasador;
En un cerebro siento que batallan
Mil ideas confusas que ya estallan
Y que rompen su cárcel; el dolor!

—

Mi corazón no está rendido; aun late
Con impulso febril y no se abate
Ni teme su furor ¡oh Porvenir!
Yo lucharé con la indomable suerte
Aunque sienta que el soplo de la muerte

Venga mis esperanzas á extinguir!

—

¿Qué es la existencia? ¡frágil flor que muere
Si con sus besos el invierno hiere
Su débil cáliz que á la luz nació!
¡Así es la vida!... el porvenir adusto
Troncha insensible el tallo del arbusto
Que erguido un tiempo su alta copa alzó!

—

¿Por qué hemos de llorar, pues si el futuro
Nos arrebata por camino obscuro
Y nos niega un sendero más feliz?
¿No vemos que no hay alma venturosa,
Que no hay mortal que en su alma lastimosa
No encuentre del dolor la cicatriz?

—

¡Oh porvenir! Temerte yo no puedo;
A tu lúgubre faz no tengo miedo
Porque en Dios mi esperanza cifraré:
La senda seguiré de mi destino,
Y alumbrará tan sólo al peregrino,
La estrella rutilante de la fe.

En la patria de Hall han lucido hermosos talentos como Juan Arzú Batres, poeta elevado y castizo; Miguel Urrutia; Rafael Goyena Peralta; Manuel Zavala, y el de brillante colorido, Salvador Barsutia; Francisco Lainfiesta, uno de los bardos más inspirados del Centro América, y el no menos insigne novelista é historiador José Milla.

Entre las poetisas, la más valiente es sin duda María Josefa García Granados de Saborio, que, aunque nacida en España, fué muy joven á Guatemala y bajo aquel cielo entonó sus cantares, siendo de gran mérito las estrofas dedicadas á la erupción del volcán de Cosigüina. Jesús La Parra es otra de las escritoras que goza de popularidad, por su talento y por las desventuras que han amargado su vida.



HAITÍ

Henry Chauvet

En aquella tierra benigna y rica que forma parte por su territorio de la antigua *Isla Española*, han tomado las letras, aunque no en gran espacio, carta de ciudadanía. Generalmente edúcanse en Francia la mayoría de los niños cuyas familias están favorecidas por los dones de la fortuna, para extender después sus conocimientos, transmitirlos, y practicar las nociones recibidas en literatura, comercio y derecho político.

El periodismo cuenta con hombres ilustrados, entre estos, Cheracuit, director del periódico «La Mañana»; Benito Sylvain, el decano en la prensa haitiana, Haudin, director de «El Pueblo», y otros. En la «Revista Mensual de Legislación» se aprecian artículos correctamente escritos en francés (idioma del país); y en libros publicados por los escritores Gentil y Chauvet, se observa y se admira el estudio profundo y la consagración para ensalzar la patria, así como el literato E. Selvé nos da á conocer, en su «Historia de la Literatura Haitiana», la inspiración de al-

gunos poetas, que no desmerecen de muchos de la raza blanca.

Henry Chauvet ha sido uno de aquellos que en prosa y en verso ha cantado las glorias indígenas; ha puesto de relieve las bellezas múltiples de esa perla de las Antillas, que presa siempre en las garras de las luchas civiles, no ha podido llegar á la altura de las Repúblicas sus hermanas, debido también á que su contacto con los europeos y con toda América no ha sido nunca íntimo, y he aquí por qué el movimiento literario no puede ser tan rápido como en los pueblos de la raza Caucásica.

En las aptitudes que caracterizan á la raza africana, resalta la de mancomunarse con todo lo ventajoso y que de provecho sea para su perfeccionamiento intelectual.

La mayor parte de las obras de Henry Chauvet tienen un sello patriótico digno de admiración, y aun cuando hay notas tal vez demasiado agresivas contra aquellos dominadores un día en Haití, primero los españoles, y después los franceses, ha de dispensársele en gracia de las persecuciones sufridas y en recuerdo de aquel noble Santos Louverture, que pereció en obscura prisión y tan tristemente en Francia.

«Flores y Lágrimas» es un precioso tomo de poesías, así como «Epcpeyas Haitianas», «El Toreador por amor», comedia bufa, «La hija del cacique», drama en cinco actos y en verso, «A través Haití», excursiones por la República, «Haití en la Exposición de Chicago», y «La Flor de oro», poema patriótico, son las obras que conocemos hijas del claro talento de Henry Chauvet. El escritor se complace en conducir al lector á través de los bosques vírgenes, y hace resaltar, muy particularmente en «La hija del cacique», el contraste singularísimo que presentaba Haití en la época del descubrimiento, entre los sencillos indígenas y los españoles, muchos de estos, ávidos de los tesoros que encerraba América, no vacilando por conseguirlos, en em-

plear los medios que la humanidad y la sana razón rechazan.

Un tipo sobresale en aquel conjunto que, á la cordial hospitalidad de los Indios, respondía con la amenaza y con la crueldad. Rodrigo es un soldado caballeresco, amante de la gloria por la gloria y entusiasta admirador del Nuevo Mundo; el amor le hace aún más justiciero y protector de los indígenas, y él es el héroe principal de la acción que se desarrolla, fácil, interesante y con carácter altamente dramático.

En boca de Mamona (1), la heroína india, pone estas gráficas palabras: «Las mujeres de Haití jamás mintieron, sobre todo cuando han dado su amor y su alma; ellas saben seguir al esposo amado hasta la tumba.»

Sabido es que Kaonabo combatió hasta su muerte; que fué preso y deportado, y que la carabela que le conducía á playas españolas se hundió en las profundidades del Océano.

Para concluir diremos que los personajes del drama están caracterizados con el mayor acierto.

No olvidemos citar entre los escritores haitianos el nombre del joven é inteligente publicista y diplomático Luis Bornó, ilustrada personalidad que ha publicado el «Código Civil de Haití», «El Código de Comercio», el de «Procedimientos Civiles» y «El Código Penal.»

Luis Bornó, es abogado notable y profesor de la Escuela Nacional de Derecho en Puerto Príncipe, capital de la República Haitiana.

---

(1) Hija del célebre cacique Kaonabo.



HONDURAS

Palma (Joaquín J.)

Aun cuando por su origen es cubano el inspirado bardo, cuéntale Honduras como hijo amoroso y predilecto, pues que radicando en la hermosa patria de Ferrera y del ínclito Morazan, tiene carta de nacionalidad y ha defendido al suelo adoptivo con todas las potencias de su pluma y con inmortales himnos á sus glorias.

En aquellas praderas de lujosa vejetación en que el *Ulua* y el *Guayape* serpentean por entre frescas y altaneras plantas llevando en sus arenas granos de oro arrastrados por la corriente, es donde ha encontrado la fecunda fantasía de Joaquin J. Palma, fuente inagotable para sus ternuras y para sus melodías de dulcísima entonación y de naturalidad encantadora; él nos lo revelará en las

TINIEBLAS DEL ALMA

—

FRAGMENTOS

¡Oh! mi amigo, tú no sabes
Mis recónditas congojas,
Yo soy un árbol sin hojas;
Yo soy un bosque sin aves.
Una fuente
Cuyo espejo transparente
No reproduce riberas
De acacias ni de palmeras;

Ni en sus bruñidos cristales
Fingen mágicos cambiantes
Las estrellas titilantes
De las noches estivales.

Muerde mudo y con furor
El dolor el pecho mío...
No hay silencio más sombrío
¡Que el silencio del dolor!...
Mis cantares
Son ecos de hondos pesares,
Los lanzo al mundo con miedo
Pero guardarlos no puedo...
Que en esta lúgubre calma
Vienen á ser mis canciones
Fugaces exhalaciones
De las tinieblas del alma.

¿Por qué un dolor y un afán
Perpetuos goces me vedan?
Mis desengaños se quedan
Mis ilusiones, se van!...
Los abriles
De mis años juveniles
El tiempo con mano fría
Los transforma en noche umbría.
Ya mi vigor se deshace
Nieve al cabello se adhiere,
Pues cada ilusión que muere
Es una cana que nace.

. . . .

¡Sueños de rosa y espumas
De mi regalado oriente:
Venid, rasgad de mi frente
Estas nieblas, estas brumas!
Juventud!
Con qué rauda prontitud

De mi horizonte te vas
Para no volver jamás!
Y al irte en rápidos giros
¡Ay! Ni siquiera me dejas
La música de las quejas,
El canto de los suspiros!

Un delirio, una ilusión
Fué, mi amigo, ¿y no te asombras?
La primer mancha de sombras
Que cayó en mi corazón:
Las mujeres;
Esos misteriosos seres
Hacen la vida querida
Para amargarnos la vida.
Y de lo bello al través,
Con halagos seductores,
Llenan el alma de flores
Y las marchitan después.

. . . .

¡Y yo amé! fecundo el riego
Bebió el alma estremecida
De ese elixir de la vida
En una copa de fuego,
¡Qué hechicera
En esa impresión primera
De una amorosa mirada
Allá en la noche callada...
Y qué suaves impresiones
Sentimos, si en dulce exceso,
El sacramento de un beso
Desposa dos corazones...!

Ella era un lirio del río,
Blanca y pura cual ninguna,
Hecha de rayos de luna
Y de gotas de rocío.

Su mirar
Era el suave luminar
De una estrella cuando asoma
Medio oculta en verde loma:
Ella en su rostro reunía,
Como en espléndida corte,
A la belleza del Norte,
La gracia del Mediodía.

. . . .

Ya la fe en mi sér no arde
Ni mi lira finge ufana
Los himnos de la mañana,
Los murmurios de la tarde.
Ya los días
De mis dulces alegrías
El tiempo cruel les ha echado
El sudario del pasado;
Por eso en tan triste calma
Vienen á ser mis canciones
Fugaces exhalaciones
De las tinieblas del alma.

El poeta cubano hondureño sobresale en las décimas, que tienen sin par galanura, facilidad y riqueza de imágenes, como en las que dedica á

ÁNGELA

—

¡Ángela, si el alma herida
Ya por la vejez odiosa,
Volver pudiera á la hermosa
Primavera de la vida!
Si de la ilusión perdida
Me reanimara el calor;
Si el oleaje del dolor
Tan rudo no me batiera,

Yo de tu hermosura fuera
Caballero y Trovador.

¡Cómo en mis fábulas bellas
Te revelara cantando,
Lo que me dicen temblando
Las flores y las estrellas!
Las misteriosas querellas
Que, en lánguido suspirar,
Riega la brisa al pasar,
Y te fingiera en mi anhelo
¡Mucho del azul del cielo!
¡Mucho del azul del mar!

Yo te hablara en mis canciones
De fantásticos jardines,
De gallardos paladines
Y de góticos salones:
Te contara tradiciones
De países extranjeros,
Te fingiera los primeros
Suspiros, las ansias vivas,
De castellanas cautivas
Por ingratos caballeros.

Pero el otoño me hiere
Y es infecunda la idea,
El pensamiento no crea
¡Y hasta el corazón se muere!
Al espíritu se adhiere
Profunda melancolía;
No vuela la fantasía
Que en este mar sin aurora,
Plega sus alas y llora
El ángel de la poesía.

Feliz porvenir te auguro
Porque tienes de divino,

Los ojos, verde-marino
Cabello castaño-obscuro.
  Corazón ardiente y puro
Donde la piedad rebosa,
Blanca tez, rostro de diosa;
Que te encerrara por bella
En el rayo de una estrella
Ó en el cáliz de una rosa.

  En tu rostro soberano
Que la inocencia embellece
Irisada resplandece
Luz del cielo americano.
  Es tu voz como el lejano
Arpegio que va á espirar;
En tu seno de azahar,
El aura perfumes bebe,
Tienes garganta de nieve
Y de antílope el andar.

  ¡Oh dichosa pasionaria!
Qué bien luces los colores
A los tenues resplandores
De la estrella solitaria!
  Eleva á Dios tu plegaria
En las alas del amor,
Que ascienda como el vapor
Que un rastro de lumbre deja
Para que salve y proteja
Nuestra patria y nuestro honor.

A MI AMIGA TERESITA

—

¡Tarde has llegado! Mi musa
ya desdeñosa rehusa
darme luz, darme calor!
¡Me niega hasta la plegaria

en la tumba solitaria
de mi patria y de mi amor!

Ella, garrida y parlera,
fué constante compañera
de mi ardiente juventud;
y cariñosa ceñía,
alas á mi fantasía,
guirnaldas á mi laúd.

Ella me contaba á solas
lo que murmuran las olas,
lo que susurra el palmar;
y esa plática divina
que forma el aura marina
con las espumas del mar.

Aun conservo en la memoria
la triste y última historia
que me vino á relatar,
de una abeja volandera
muerta en la red traicionera
de un capullo de azahar.

Mas hoy esquiva y sombría,
ni aun con lágrimas rocía
mi estéril inspiración;
y al pasar indiferente
me arroja nieve á la frente
y sombras al corazón.

Y, hoy como nunca, yo anhelo
luz de aurora, azul de cielo,
y notas de ruiseñor,
para ensalzar tu hermosura,
que nació de la ternura
de una estrella y una flor.

Quisiera ¡oh Teresa! en versos
limpios, armoniosos, tersos,

pintar tu garbo gentil;
y tu boca sonrosada
siempre fresca y perfumada
como una rosa de abril.

Quisiera decirte cosas
que por extrañas y hermosas
te hicieran estremecer,
y cantarte los amores
de los silfos y las flores
en sus noches de placer.

Pintara de tus pupilas
tiernas, brillantes, tranquilas,
la espiritual languidez:
de tu frente soñadora
ese resplandor de aurora
que encanta y quema á la vez.

Pero has llegado muy tarde;
ya en mi mente apenas arde
moribunda inspiración...
y no se entonan canciones
cuando el tiempo y las pasiones,
han gastado el corazón.

A MARÍA BOSQUE

—

Te ví; y el alma se ufana
En ilusión venturosa,
Porque eres, rosa temprana,
La trigueña más hermosa
De esta tierra americana.

Pasas, y parias te rindo:
Que tu talle me parece
Por lo flexible y lo lindo,
Pimpollo de tamarindo
Que el aura besando mece.

Son tus formas virginales
De atractivo singular
Y contornos celestiales,
Con más gracias y más sales
Que las aguas de la mar.

En tus ojos, del candor
Tiembla la luz vaga, incierta;
Y tu boca, urna de olor,
Parece rosa entreabierta
Por los dedos del amor.

Tú con tus acentos suaves
Enciendes castos amores
Aliviando penas graves,
Pues cantas como las aves,
Perfumas como las flores.

Feliz el que á tu sien ciña
De amor la blanca corona;
Porque tú eres dulce ¡oh niña!
Como la miel de la piña
Y el azúcar de la anona.

¡Adiós! Parto á otra región
En pos de triunfos y gloria;
Mas llevo, cual rico don,
«Tu recuerdo en la memoria,
Tu nombre en mi corazón»

Turcios (Froilán)

¿Quién es? Un inspirado de la pléyade nueva, un juvenil trovador que en las selvas enmarañadas, en las verdes faldas de las montañas, en las soledades vírgenes que aun conservan el regio sello de la creación, ha buscado los irisados colores para vestir sus versos y darles el perfume y los cambiantes que enriquecen el suelo hondureño. En los

versos de Froilán Turcios, reverberan los arreboles de la juventud, las risueñas ilusiones de aquel que aun no ha sentido el torcedor del pesar y que mira la vida como un paseo por el campo alfombrado de flores. Es un soñador que guarda en su espíritu las bellezas románticas; los revoloteos de alados cantores; los arrullos de la tórtola amante.

Su libro «Mariposas» es el espejo fiel de su alma enamorada y entusiasta: es el hermoso delirio del vate cantando los primeros amores; hay algo en él de primaveral, algo como las auroras de la estación de las flores. Nos lamentamos de no tener á la mano otro libro de Turcios, que ya debe ser del dominio público, y en el cual el joven poeta habrá tenido ancho campo donde desarrollar sus principios patrióticos. Si «Mariposas» es un himno á la mujer, el segundo lo habrá sido al patriotismo y á las gloriosas lides progresistas.

El escritor hondureño nos ha dado muestras en «Mariposas» *de su fácil decir*, tanto en prosa como en verso, y no parece sino que las páginas impregnadas en oro y azul fueran con su lectura la brisa embalsamada de las regiones centro-americanas. Son sus poesías y su prosa verdaderamente mariposas de múltiples colores, que al posarse sobre cada flor, nos regalan su ambrosía y nos hacen saborear el delicioso néctar que han libado.

Escogemos una, porque en ella se revela toda la gentileza de la fantasía, tan gallarda en la prosa como pudiera serlo en la más fluída de las poesías.

PÁGINA BLANCA

—

Cuando empecé á quererte... fué en mayo cuando cantaban los pájaros y se abrían las rosas: en ese mes de las tardes serenas y de las noches azuladas. Tu imagen luminosa se refugió entre las brumas glaciales de mi espíritu, inundándolo de luz. Te ví tan pura, tan inocente, que buscando un nombre que simbolizara tanto candor te llamé *Blanca* como los sueños que me inspiras, como tu

frente, como tu alma... No hay otro nombre que sienta mejor á una virgen como tú.

Eres toda castidad, toda luz y color: tienes la blancura del cisne ideal, de la paloma mística, de la nieve luminosa. Ala de ángel que proteje mi vida, pétalo de camelia, de lirio, que perfuma mis versos.

Tu blancura no es la del mármol de las estatuas, pletóricas é inmóviles en su frialdad eterna: es la blancura virginal y sensible que se estremece con una caricia y que un viento de pasión marchitaría: una blancura de luz de estrella, de rayo de luna, de lirio cándido; blancura de rosa té que se sonroja con una mirada y que palidece de amor.

Eres gloriosamente blanca. Cuando te sientas al piano y recorren tus dedos el teclado, me pareces una visión del cielo, y tus manos se me figuran dos bellos alabastros.

¡Oh mi novia! ¡oh mi artista! Cómo recuerdo aquella noche, primera de mi pasión, en que arrancaste al instrumento harmonioso las más tiernas melodías, que fueron el lazo que unió nuestros corazones. Era una música lánguida, conmovedora, llena de quejas y súplicas, de suspiros y tristezas de adiós. Comenzó vaga, melancólica, y después fué subiendo, subiendo, hasta convertirse en un inmenso sollozo de *Miserere*. Yo sentía el alma, desbordante de entusiasmo, que se arrodillaba ante tí, y que mis pensamientos, pájaros errantes, volaban acariciándote en pleno triunfo. Porque fué una victoria completa la de tu cariño sobre mi corazón escéptico: una victoria de tu ternura que hizo tuyas para siempre las ambiciones de mi vida.

Tú conmoviste todos mis sentimientos con el poder glorioso de tu alma lírica, espiritualizando mis deseos y convirtiéndome de nuevo en soñador romántico, enamorado de un perfume perdido ó de un rumor que se extingue á lo lejos. Tú hiciste vibrar con más vehemencia las cuerdas de mi lira rota y renacieron las esperanzas en el estéril campo de mis creencias. Por eso te amo, por eso no te olvidaré jamás... ¡oh mi artista!

. . . .

Ahora que estás lejos de mí es que he comprendido que te quiero mucho y sinceramente. Con razón se ha dicho que en la ausencia se prueban los afectos. El tuyo se ha quedado allá, en el fondo de mi alma, siempre grande y elevado, melancólico por el pesar, ennoblecido por la esperanza.

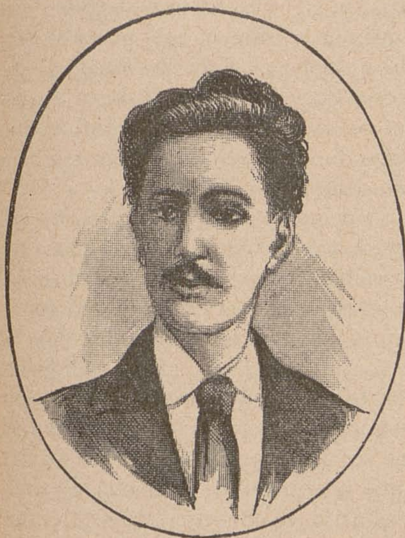
Ahora te veo en mis insomnios inmortal recuerdo de luz—como en aquellos días inolvidables en que empecé á quererte. Yo no admiré en tí la plástica belleza de la forma, sino la artística idealidad de la simpatía espiritual. Antes que á la mujer ví en tí la musa de mis versos primaverales, la heroína de mis cuentos azules, la virgencita pensativa y cariñosa que endulzará las horas negras de mi existencia. Después, poco á poco, te fuiste apoderando de todas mis facultades. Hoy te adoro, no con ese afecto místico del poeta á su ideal, sino con esa ardiente ternura que nos inspira la novia que va á ser nuestro consuelo. Angel, si tú no hubieras aparecido en el cielo de mi por venir, quizá habría zozobrado mi bajel en los mares del desencanto. Entre los nubarrones de mi lontananza surgiste, estrella esplendorosa, lampo rosado teñido de claridades de crepúsculo, y la aurora llegó después con su alegría de colores y su rejuvenecimiento de aspiraciones...

En el libro de mis recuerdos la página que ocupa tu nombre es la más blanca. Está llena de jazmines y flores de madreselva, con los pétalos marchitos de la rosa pálida que un día adornó tu cabellera. ¡Ah! También la han perfumado las violetas que colocaste en mi ojal en la noche inolvidable de la despedida.. Los «no me olvides» de la ausencia aun no han perdido su tinte azulado.

Amo las flores blancas porque se parecen á tí. ¿Y sabes cuál es entre ellas mi predilecta? El azahar simbólico que formando artística corona desprenderé de tus sienes en la noche suprema de mis amores...

MÉXICO

Acuña (Manuel)



En pocas de las naciones americanas ha alcanzado el cultivo de las Letras un vuelo tan alto y en tan ancho espacio como en México, en aquel clima eternamente primaveral, en aquel hermoso suelo donde todo fructifica con asombrosa feracidad; en la tierra que guarda tradiciones antiquísimas y bellezas arqueológicas sin par; bajo el influjo de un sol ardiente y vivificador, se ha desarrollado

la poesía con todos los bríos, con todos los ideales, que necesariamente y dadas las condiciones antedichas, debían producirse en imaginaciones llenas de fuego y en corazones vehementes y apasionados.

Manuel Acuña nació en el Saltillo, capital del Estado de Coahuila, el día 27 de Agosto de 1849; á los dieciséis años y cuando ya estaba muy adelantado en sus estudios, fué á la capital mexicana para seguir la carrera de Medicina, en la que prometía ser una lumbrera, no menos que en las Letras, que excitaban su señalada predilección, sin que ésta menoscabase el desarrollo de sus aptitudes científicas.

El joven mexicano fué fundador de la sociedad literaria «Netzahualcoyotl», y en ella fueron acogidos con alto beneplácito los primeros ensayos del poeta que en corto tiempo se ciñó la aureola gloriosa reservada al genio. Periódicos, Ateneos y Sociedades particulares, se disputaron las poesías del novel escritor, y su nombre voló de boca en boca, alcanzando rápido prestigio, consolidado al ponerse en escena su drama «El Pasado.»

Manuel Acuña era un poeta filósofo y su preclaro entendimiento le dió en edad muy temprana profundos conocimientos que se revelaban en sus producciones, así como lo impetuoso de su corazón y el pensamiento audaz en la forma correcta en el lenguaje elegante y florido.

En sus versos era Acuña pesimista, rasgo extraño en aquel carácter vehementísimo y que tan cortos años contaba de existencia, pero lógico á la vez por las amarguras y las decepciones que sufrió y que hicieron que su lira acusara el desaliento que le dominaba, y los eternos combates que agitaron su espíritu le condujeron hasta el suicidio.

Un amor funesto, la infidelidad de la mujer amada con delirio; la alucinación de su mente ofuscada por el desengaño; el ser Acuña de temperamento nervioso y de imaginación soñadora, le sumergieron en una especie de lo-

cura, le exaltaron hasta el punto de borrar en él toda noción religiosa, todo sentimiento de su misión en la tierra, toda fuerza de voluntad para sobreponerse al inmenso dolor que le produjera la falsía de Rosario y de alejarse de ideas que, paralizando su hermosa inteligencia, le hicieron buscar en un veneno el descanso y el olvido.

Contaba á la sazón veinticuatro años, y es indudable que de no haber tropezado en su camino con la mujer que en tan poco consideró aquella pasión purísima, ideal, de la que era indigna, hubiera sido Acuña el más ilustre, el más insigne de los bardos mexicanos, y aun así, en tan corta existencia, tiene primer puesto en la literatura patria.

El poema «La Gloria,» su poesía «Hojas secas,» «Lágrimas,» «Hidalgo» y «Ante un cadáver,» traducen toda la originalidad de su estro poético, toda la dulzura que en su corazón rebosaba, y todo el patriotismo que en su alma tenía altar.

Los dos cantos de su poema «La Gloria,» encierran tanta gracia, tal novedad y un corte tan especial, que sorprende y hace pensar, no en la juventud del autor, sino en la madurez del hombre que con el estudio ha perfeccionado su natural inspiración. Para su fama y para su inmarcesible corona de laurel bastan las composiciones con que enriqueció el parnaso mexicano; de ellas extractamos una para nuestra colección:

LA RAMERA

—

Á MI QUERIDO AMIGO MANUEL ROA

Humanidad pigmea,
Tú que proclamas la verdad y el Cristo,
Mintiendo caridad en cada idea:
Tú que, de orgullo el corazón beodo,
Por mirar á la altura

Te olvidas de que marchas sobre el lodo:
Tú que diciendo *hermano*,
Escupes al gitano y al mendigo
Porque son un mendigo y un gitano:
Allí está esa mujer que gime y sufre
Con el dolor inmenso con que gimen
Los que cruzan sin fe por la existencia;
Escúpela también... ¡anda...! ¡no importa
Que tú hayas sido quien la hundió en el crímen,
Que tú hayas sido quien mató su creencia!

¡Pobre mujer, que abandonada y sola
Sobre el obscuro y negro precipicio,
En lugar de una mano que la salve
Siente una mano que la impele al vicio;
Y que al fijar en su redor los ojos
Y á través de las sombras que la ocultan,
No encuentra más que séres que la miran
Y que burlando su dolor la insultan...!

Y antes era una flor, una azucena
Rica de galas y de esencia rica,
Llena de aromas y de encantos llena;
Era una flor hermosa
Que envidiaban las aves y las flores,
Y tan bella y tan pura,
Como es pura la nieve del armiño,
Como es pura la flor de los amores,
Y como es puro el corazón del niño.

Las brisas la brindaban con sus besos,
Y con sus tibias perlas el rocío,
Y el bosque con sus álamos espesos,
Y con su arena y su corriente el río;
Y amada por las sombras en la noche,
Y amada por la luz en la mañana,

Vegetaba magnífica y lozana
Tendiendo al aire su purpúreo broche:
Pero una vez el soplo del invierno
En su furia maldita,
Pasó sobre ella y la arrancó sus hojas,
Pasó sobre ella y la dejó marchita:
Y al contemplar sin galas
Su cáliz antes de perfumes lleno,
La arrebató implacable entre sus alas
Y fué á hundirla *cadáver* en el cieno.

¡Filósofo mentido...!
¡Apóstol miserable de una idea
Que tu cerebro vil no ha comprendido!
Tú que la ves que gime y que solloza
Y burlas su sollozo y su gemido...
¿Qué hiciste de aquel ángel
Que amoroso y sonriente
Formó de tu niñez el dulce encanto?
¿Qué hiciste de aquel ángel de otros días
Qué lloraba contigo si llorabas,
Y gozaba contigo si reías...?
¡Te acuerdas...! Lo arrancaste de la nube
Donde flotaba vaporoso y bello,
Y arrojándole al hombre,
Sin ver su angustia ni su amor siquiera,
Le convertiste de camelia en lodo:
Le transformaste de ángel en ramera!

¡Maldito tú que pasas
Junto á las frescas rosas,
Y que sus galas sin piedad les quitas!
¡Maldito tú que sin piedad las hieres,
Y luego las insultas por marchitas!
¡Pobre mujer...! ¡juguete miserable
De su verdugo mismo...!

Víctima condenada
A vegetar sumida en un abismo
Más negro que el abismo de la nada,
Y á no escuchar más eco en sus dolores,
Que el eco de la horrible carcajada
Con que el hombre le paga sus amores.

¡Pobre mujer, á la que el hombre niega
El sublime derecho
De llamar hijo á su *hijo!*
¡Pobre mujer, que de rubor se cubre
Cuando le escucha que la grita *madre!*
Y que quiere besarle, y se detiene,
Y que quiere besarle, y calla y gime,
Porque sabe que un beso de sus besos
Se convierte en borrón donde lo imprime!

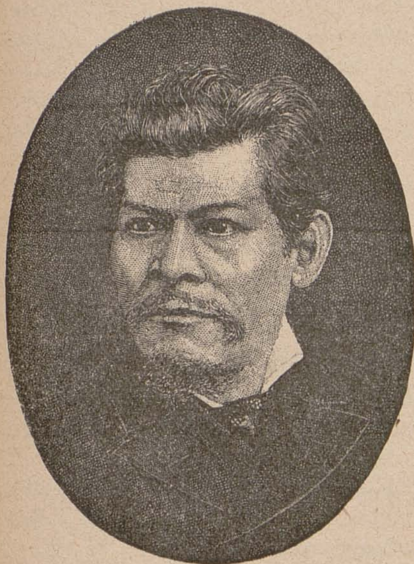
Deja de llorar, pobre criatura,
Que si del mundo en la escabrosa senda
Caminas entre fango y amargura,
Sin encontrar un sér que te comprenda,
En el cielo los ángeles te miran,
Te compadecen, te aman,
Y lloran con el llanto lastimero
Que tus ojos bellísimos derraman.

¡Y que te burle el hombre y que se ría!
¡Y que te llame harapo y te desprecie!
Déjale tú reir, y que te insulte,
Que ya llegará el día
En que la gota cristalina y pura
Se desprenda del lodo
Para elevarse nube hasta la altura.

Y entonces en lugar de un anatema,
En lugar de un desprecio,

Escucharás al Cristo del Calvario,
Que añadiendo tu pena
A tus lágrimas tristes en abono,
Te dirá como há tiempo á Magdalena:
Levántate, mujer, yo te perdono.

Altamirano (Ignacio)



Nació tan insigne literato en la risueña ciudad de Tixtla, que antiguamente llevaba el nombre de Téoïxtlan, en lengua india «Valle de Dios», y que hoy se la conoce por Ciudad Guerrero.

En los rasgos fisonómicos de aquel á quien en su patria llamaban el *maestro*, veíase estereotipada en toda su pureza la raza india, á la cual enorgulleciase de pertenecer, diciendo él mismo que era *sin mezcla*, y sellaba el dicho con lo selvático del carácter, con la suspicacia propia en los indígenas, y con la franca sencillez de aquéllos.

En sus primeros años fué el guía cariñoso de su infeliz padre, ciego, y como por sus aptitudes adelantaba rápida-

mente en la escuela, obtuvo el premio debido á su aplicación, tocándole en suerte aprovechar la ley reciente y favorable á los indios, por la cual fué enviado al colegio de Tolúca, á donde llegó pobre y descalzo pero rico de esperanzas y de amor al estudio.

Rápida fué su carrera; pronto el niño desvalido escaló las cimas del saber y como él ha dicho en unos versos célebres, «se preparó para los días sombríos en que la victoria huía lejos de su patria.» Altamirano fué el compañero fidelísimo de otro indio inmortal, Benito Juárez. Su buen golpe de vista, su consejo acertado, su oratoria brillante, fácil y apasionada, le daba prestigioso culto entre las masas; por otra parte su voz, su mirada, su revuelta cabellera negra y su impetuosidad, le concedían puntos de contacto con Danton y á la vez con Camilo Desmoulins.

Sería imposible en este corto espacio hacer una reseña de aquella vida fecunda para la patria en los campos de batalla, no menos que en la literatura, en la cual brilló como uno de sus primeros astros. ¡Qué valiosas filigranas se encuentran en todo lo que escribía! En sus poemitas en prosa, en sus episodios, en tres de sus poesías, tres joyas, y en sus famosas críticas dramáticas, que son el pedestal glorioso del *maestro*, porque en ellas se pone de relieve el atildado gusto clásico, los estudios históricos, el análisis preciso, certero, y el atinado y recto criterio.

La muerte de Altamirano fué un duelo para la patria; y al apagarse aquel entendimiento originalísimo quedaron huérfanas las letras mejicanas.

Como un homenaje á su memoria, recréese el lector con los fragmentos siguientes, que revelan en los primeros al sapientísimo, erudito y correcto poeta:

AL ATOYAC

—

Abrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar,

Y opongan en su lucha, las aguas orgullosas,
Al encendido rayo, su ronco rebramar.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce Primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forman tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal:
Y plácido murmuras al pie de las palmeras
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

En este Edén divino, que esconde aquí la costa,
El sol ya no penetra con rayo abrasador;
Su luz, cayendo tibia, los árboles no agosta,
Y en tu enramada espesa, se tiñe de verdor.

Aquí sólo se escuchan murmullos mil suaves,
El blando son que forman tus linfas al correr,
La planta cuando crece, y el canto de las aves,
Y el aura que suspira, las ramas al mecer.

Osténtanse las flores que cuelgan de tu techo
En mil y mil guirnaldas para adornar tu sien;
Y el gigantesco loto, que brota de tu lecho,
Con frescos ramilletes inclínase también.

Se dobla en tus orillas, cimbrándose, el papayo,
El mango con sus pomas de oro y de carmin;
Y en los ilamos saltan, gozoso el papagayo,
El ronco carpintero y el dulce colorín.

A veces tus cristales se apartan bulliciosos
De tus morenas ninfas, jugando en derredor;
Y amante las prodigas abrazos misteriosos
Y lánguido recibes sus ósculos de amor.

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares,
Y en tu salvaje templo comienza á obscurecer,
Del ave te saludan los últimos cantares
Que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

La noche viene tibia; se cuelga ya brillando
La blanca luna, en medio de un cielo de zafir,
Y todo allá en los bosques se encoge y va callando,
Y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces en tu lecho de arena, aletargado
Cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
También te vas durmiendo, apenas alumbrado
Del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas muelle; ni turban tu reposo
Del remo de las barcas el tímido rumor,
Ni el repentino brinco del pez que huye medroso
En busca de las peñas que esquiva el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
Ni el ronco que á los aires los coracoles dan,
Ni el *huaco* vigilante que en gritos lastimeros
Inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

En tanto los cocuyos en polvo refulgente
Salpican los umbrosos hierbajes del *huamil*,
Y las obscuras malvas del algodón naciente
Que crece de las cañas de maíz, entre el carril.

Y en tanto en la cabaña, la joven que se mece
En la ligera hamaca y en lánguido vaivén,
Arrúllase cantando la *zamba* que entristece,
Mezclando con las trovas el suspirar también.

Mas de repente, al aire resuenan los bordones

Del arpa de la costa con incitante son,
Y agítanse y preludian la flor de las canciones;
La dulce *malagueña* que alegra el corazón.

Entonces, de los *Barrios* la turba placentera
En pos del arpa el bosque comienza á recorrer,
Y todo en breve es fiestas y danza en tu ribera,
Y todo amor y cantos y risas y placer.

Así transcurren breves y sin sentir las horas:
Y de tus blandos sueños en medio del sopor
Escuchas á tus hijas, morenas seductoras,
Que entonan á la luna, sus cántigas de amor.

Las aves en sus nidos, de dicha se estremecen,
Los floripondios se abren su esencia á derramar;
Los céfiros despiertan y suspirar parecen;
Tus aguas en el álveo se sienten palpitar.

¡Ay! ¿Quién en estas horas en que el insomnio ar-
[diente
Aviva los recuerdos del eclipsado bien,
No busca el blando seno de la querida ausente
Para posar los labios y reclinar la sien?

Las palmas se entrelazan, la luz en sus caricias
Destierra de tu lecho la triste obscuridad:
Las flores á las auras inundan de delicias...
Y sólo el alma siente su triste soledad!

Adiós, callado río: tus verdes y risueñas
Orillas no entristezcan las quejas del pesar;
Que oirlas sólo deben las solitarias peñas
Que azota, con sus tumbos, embravecido el mar.

Tú queda reflejando la luna en tus cristales,
Que pasan en tus bordes tupidos á mecer
Los verdes ahuejotes y azules carrizales,
Que al sueño ya rendidos volviéronse á caer.

Tú corre blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duerman tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

LA BATALLA DEL CINCO DE MAYO DE 1862 (1)

—

FRAGMENTOS

. . . .

Entonces el sol ascendía ya fulgurante, rojo, imponente. El valle estaba silencioso, con ese silencio grave de las horas fatídicas. La desdichada México parecía aguardar en una actitud de dolorosa espectación, entre sus majestuosos volcanes, y se sentía difundirse en derredor de los combatientes algo poderoso y terrorífico como el aliento de Dios. Por fin la columna francesa atravesó lenta y silenciosa el espacio de Rementería al cerro, se perdió en ondulaciones entre las sinuosidades que están al pie, desapareció, y de repente la cabeza de los tiradores zuavos con la roja *calotte* coronando la tostada frente, con la mirada chispeante, asomó por entre las arrugas de la colina; sonaron los primeros tiros, y á poco la columna entera aparecía rígida, compacta, atrevida, trepando á paso gimnástico... Cuando se detuvo y dió un paso atrás, estremecida, en medio de una nube de humo y de fuego. Eran los zacapoaxtlas que se levantaban á su vez lanzando un grito salvaje, precipitándose al encuentro de aquellos leones, leones también ellos.

Negrete había dado orden á Zacapoaxtla de atraer al enemigo á la línea, y fué necesario repetírsela para hacerlo replegarse. Replegóse. La columna se adelantó poderosa, y entonces Negrete, sacando del alma palabras que no se preparan y del pecho una voz que sólo viene en los

(1) Esta batalla tuvo lugar en Puebla; mandaba las tropas el general Zaragoza.

combates, gritó: «Ahora, en nombre de Dios, arriba nosotros.» Sí; Negrete invocó el nombre de Dios é hizo bien. Era invocar la justicia contra el crimen, que se apoya en la superioridad.

. . . .

Nuestra línea avanzó; un silbido hizo callar al enemigo, y en medio de su silencio resonó una voz seca é imperiosa. La línea francesa se organizó de nuevo y cargó con furor. Negrete mandó replegar á sus soldados á sus antiguos puestos, y una vez á pie firme volvió á recibir al enemigo con un fuego terrible. Entonces este huyó desordenado y despedazado por nuestros valientes mexicanos.

¡Dios había protegido la causa del pueblo!

De la Cruz (Sor Juana Inés)



A mediados del siglo XVII nació en la pintoresca aldea que recostada está en la anchurosa falda del Popocatepetl, una niña, hija de hidalgo vascongado y de madre mexicana, y aun no contaba cinco años cuando leía y escribía con facilidad suma.

No pasaba de los ocho al revelar sus aficiones poéticas,

y la precocidad de su ingenio fué de tal suerte y sus ideas tan avanzadas, que hicieron fijar la atención general en la donosa é interesante niña.

Fué creciendo su fama hasta pasar los umbrales de palacio, y llegando al virrey, marqués de Mancera, le inspiró la idea de que quien tanto valía debía habitar en su morada, y al efecto la nombró dama de honor de la virreina.

No era la vida cortesana propia para sus ideas, y no cumplidos diecisiete años abandonó el palacio para trasladarse al claustro de las Teresas, profesando después en el de San Jerónimo.

Su existencia fué corta, pues murió á los cuarenta y cuatro años, pero el trabajo fué largo en tan corto espacio.

Legó á la posteridad poesías admirables, discretas, inspiradas, ricas en harmonías y en ideas.

Sor Juana Inés de la Cruz es la más egregia de las escritoras mexicanas, y también dió muestras de su fácil decir en la literatura dramática con su comedia «Los empeños de una casa.»

Sobresalió en el soneto y de su numen son gallarda muestra los dos que reproducimos, así como un hermoso romance.

ROMANCE

—

Gallardo joven ilustre,
Que en bien logrados abriles
De sazón temprana ofreces
Frutos que el otoño envidie.
Tú que en gloriosa palestra
De las literarias lides
Al alto honor de la ciencia
Nuevo añades sacro timbre.
Tú para que el tiempo nunca
En sus anales te olvide,
Con los instantes que logras,
Eternos espacios mides.

Cuyo nombre será siempre
En inscripciones plausibles,
Fatiga honrosa á los bronces,
Dulce afán á los buriles.
Cuyas cláusulas sonoras
Dan ocupación felice
A la fama, que las canta,
Y al eco, que las repite.
Porque impedido el aliento
Del bronce que lo comprime,
Pisó de la eternidad
Imaginarios confines.
Hoy que doctoral insignia
Tu dichosa frente ciñe,
Y que de la amarga siembra
Gustosos frutos percibes,
Goza el laurel, goza el premio
Que tu fama te apercibe,
Puro blasón que te adorne,
Cándido honor que te anime.
Gózale honroso, aunque corto,
Desigualmente compite,
El que tus sienes halaga
Al que tus méritos pide.
Goza el tan debido premio,
Y ese candor que te viste,
Si no corona tu ciencia,
Por lo menos la publique.
Águila del sol más alto
Registre sus rayos lince,
No menos que á tanto objeto
Tanto espíritu se incline.
Gózate excepción del tiempo,
Y porque el mundo te admire;
Vive tanto como sabes,
Goza tanto como vives.

SONETO

—

Rosa divina que en gentil cultura
Eres con tu fragante sutileza,
Magisterio purpúreo en la belleza,
Enseñanza nevada á la hermosura.

Amago de la humana arquitectura,
Ejemplo de la vana gentileza
En cuyo sér unió naturaleza
La cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa presumida,
Soberbia el riesgo de morir desdeñas,
Y luego, desmayada y encogida,

De tu caduco sér das mustias señas!
Con que docta muerte y necia vida,
Viviendo engañas y muriendo enseñas.

SONETO

—

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
Como en tu rostro y tus acciones veía
Que con palabras no te persuadía,
Que el corazón me vieses deseaba.

Y amor que mis intentos ayudaba
Venció lo que imposible parecía,
Pues entre el llanto que el dolor vertía,
El corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste,
No te atormenten más celos tiranos,
Ni el vil recelo tu virtud contraste.

Con sombras necias, con indicios vanos;
Pues ya en líquido humor viste y tocaste
Mi corazón deshecho entre tus manos.

Méndez de Cuenca (Laura)



En el gran círculo de preclaras inteligencias americanas, en el coro de brillantes ingenios, no ha quedado rezagada la mujer con sus iniciativas y con sus hermosas manifestaciones poéticas. Si en Chile han sobresalido como astros de primera magnitud la talentosa Mercedes Marin del Solar, admirable por su numen y por sus altas cualidades; si Rosario Orrego de Chacón, á las bellezas físicas, reunió un tesoro de sabiduría y legó á su patria perdurables cantos; si en otras Repúblicas ha sobresalido con no menos gloria la mujer, México puede contar tambien con inspiradas poetisas que merecen los aplausos de propios y de extraños, como Ester Tapia de Castellanos, Dolores Correa Zapata y Laura Méndez de Cuenca, que en aras de las letras ha rendido homenaje á todo lo grande, á todo lo bello y á todo lo sublime. En sus composiciones campea la delicadeza suma de sentimientos, la ternura que, como en cáliz divino, guarda la mujer en su

corazón, y la inspirada fantasía, donde la idea, al perfeccionarse, ha producido encantadoras armonías.

Laura Méndez de Cuenca ha viajado mucho; ha vivido largo tiempo en San Francisco de California después que la muerte la privara del amado compañero el notable escritor Agustín Cuenca. En la pintoresca ciudad californiana pulsó el laúd, dedicándose á la vez á las asiduas labores periodísticas.

La inteligente mexicana regresó á su patria y allí estudia, crea y escribe sin descanso. Bellísima es por sus conceptos, por su forma y por los castizos giros la composición que copiamos, purpúrea flor de su corona literaria:

EN EL ALBUM

de la señorita Matilde Olavarria y Láudarmi

Yo recuerdo tu faz nívea y rosada
Con esa vaguedad calenturienta
Con que la imagen de la edad pasada
A la voluble mente se presenta.

Surge á través de la movible bruma
Que desde el mar por el espacio asciende
La ciudad señoril de Moctezuma,
Que de azaleas y súchiles se prende.

Desvanecido en tenues lejanías
El perfil de una casa solariega,
Junto con las quimeras de otros días
Hasta el dintel de mi memoria llega.

Miró el balcón de antigua arquitectura,
De cuadrados y límpidos cristales,
Y tú asomas cual hada en miniatura
Que recuerda los cuentos orientales.

Aun contemplo la gracia peregrina
Con que las aureas hebras del cabello
Sujetaba una cinta purpurina
Cayendo en lazos por tu ebúrneo cuello.

La dulce languidez de tus miradas
Y la inocencia de tus cinco abriles,
Me resucitan cosas olvidadas
Que formaron tus dichas juveniles.

Para salvar el tiempo y la distancia
Azuzo la indolente fantasía,
Y hallo á la niña que dejé en la infancia
Tornada en diosa de la patria mía.

Llegan hasta mi oído los cantares
Que en tu loor ensayan los poetas,
Y me parecen perlas en collares,
Diamantes de fantásticas facetas.

¡Oh musa de la tierra americana!
Te soñaron el arte y la poesía,
Venus en mi jarrón de porcelana
Y Safo en la romántica elegía.

Bien haya quien es cándida y es pura;
Qué mucho que, aunque exenta de atavíos,
Ponga yo en el altar de tu hermosura
La humilde ofrenda de los versos míos.

Cedo al común impulso que me instiga
A tributar al mérito homenaje
Subyuga lo industrioso de la hormiga
Y deslumbra el faisán por su plumaje.

No espero que la suerte me conceda
Volverte á ver ni acariciar tu frente;
Tú en los vergeles de mi patria queda;
Yo sola y triste y de mi patria ausente.

Díaz Mirón (Salvador)



A BYRON

—

Eras á un tiempo el ángel y el vestiglo;
el astro y el espectro en el cometa:
Todo un siglo hecho hombre; todo un siglo
de befa y de pasión hecho poeta.

Te calumniabas con insigne dolo,
y bello y tentador y altivo y fiero,
fuiste un Don Juan que se cantaba solo,
un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstruo á Edipo;
pasmaste con enigmas la fe ciega;
te pusiste la máscara de un tipo
como el actor de la tragedia griega.

Del fango impuro á tu soberbia frente
subió un vapor que obscureció tu juicio:
te dejaste arrastrar por la corriente;
y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu numen fué entonces un mal hado
nutrido y lleno de impiedad sangrienta:
para cada fanal tuvo un nublado,
y para cada vela una tormenta.

Llegaste á las supremas ironías
como cediendo á impulsos espontáneos:
profanabas la tumba en tus orgías
bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron
el grito aterrador, el grito mismo
que los bajeles de Tiberio oyeron
bajo una tempestad sobre el abismo.

Sombra y desolación eran la suerte:
vino tu genio, codiciaba palmas,
y fué el corcel en que montó la Muerte
en ese apocalipsis de las almas.

Trágico, taciturno, sobrehumano,
entre tanta ceniza y tanto escombro,
pasaste con tu cítara en la mano
como un verdugo con su hierro al hombro.

Cual de una nube de borrasca y guerra,
y en medio de una convulsión, caíste:

pisaste ortigas al tocar la tierra,
y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración, jamás extinto,
te arrojó sin cesar sobre las naves:
errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te atraían; y mostrabas
vivo placer á las riberas solas,
cuando—soberbio nadador—rasgabas
desnudo y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,
reflejabas el cielo á que tendías;
y audaz y atronador y hecho montaña,
te alzabas hasta él y lo escupías.

No envidiabas al piélago sus dones,
tú tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
monstruos, perlas, vorágines y espumas.

¿Fuiste un loco?—Tal vez; pero esplendente.
¡El sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista, ni vidente,
ni paladín, ni redentor... ni nada.

¡Cuán grandes fueron tus postreros días!
¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!
¡Eras Manfredo en el Jung-Frau: querías
caer; pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte á la natal ribera?
¿Por qué robarte á Missolónghi? ¿Acaso
fué nunca tierra para tí extranjera
la tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
tu ilustre polvo con su aroma recia:
Grecia aguardó tu aparición sublime.
Tu verdadero monumento es Grecia.

Duerme. Tu gloria crecerá entre tanto,
mientras palpite el corazón de un hombre.
Descansa en paz. Las ondas de Lepanto
eternamente cantarán tu nombre.

Y cuando la razón fría y adusta
dispare un dardo á tu azarosa vida,
la heroica sombra de tu muerte augusta
interpondrá su redentora egida.

EL CZAR DE TODAS LAS RUSIAS

—

ARREGLO MÉTRICO DE UNA TRADUCCIÓN LITERAL

Ya fuiste bendecido y coronado:
Esplendorosamente consagrado,
En medio de una pompa sin igual,
Óyeme, pues, escucha los consejos
De quien fué, sin tu venia, á tus festejos:
¡Yo soy la Libertad!

Tú mandas cien millones de lacayos;
Diez mil cañones, que vomitan rayos,
Rompen en truenos, á tu voz triunfal;
Cuatro mares, esclavos de tu acero,
Besan tus plantas imperiales... pero
¡Yo soy la Libertad!

Sé bueno y justo, porque Dios se irrita:
¡Ama ese pueblo que á tus pies se agita

Con latentes hervores de volcán!
¡No me persigas más! Dame la mano,
Tiéndemela...'si no... ¡tiembla, tirano!
¡Yo soy la Libertad!

Tal es el mérito literario del poeta mexicano Salvador Díaz Mitón: quien como él escribe, quien como él canta, ha de tener cosechados muchos lauros y ha de ser y es uno de los literatos mexicanos de merecida nombradía.

Gutiérrez Nájera (Manuel)



En las postrimerías del siglo XIX resalta en la literatura americana la figura del escritor fecundo y simpático que, ya en la prensa donde esparció los centelleos de su espíritu, ya en sus versos que con buril magistral ha grabado en páginas y páginas, se levanta sobre pedestal marmóreo como uno de los poetas más espontáneos, más picarescos y que con acertadísima observación velaba su malicia finísima con admirable talento; era un artista, un pintor que por largo tiempo recreó no sólo al público mexicano sino al de toda América con las primorosas imágenes de su numen y con la forma delicada de sus versos, tejidos con rosas, nardos y claveles.

Tenía verdaderamente el poeta mexicano una inspiración nueva, elegante, rica en sus giros, y sobre todo valiosa en suavísimos detalles. Era poeta y lírico en toda la

extensión de la palabra, y de ello daremos espléndidas muestras que colocarán á Gutiérrez Nájera en el puesto altísimo que de derecho le corresponde, y en el que ya la fama y sus biógrafos le han colocado.

Decía el galano escritor en su composición:

NADA ES MÍO

Yo no escribo mis versos, no lo creo;
Viven dentro de mí, vienen de fuera:
A ese, travieso, lo formó el deseo;
A aquél, lleno de luz, la primavera.
A veces en mis cantos colabora
Una rubia magnífica: la aurora.
Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
De algún poeta inédito; del mirlo,
Del parlanchín gorrión ó de la abeja
Que silbando á las bellas mariposas
Se embriaga en la taberna de las rosas.

En Gutiérrez Nájera se sobrepujan las ideas unas á las otras, y ya en prosa ó ya en verso surgen á borbotones, á torrentes, y si en el *Duque Job* (1) admiramos la caprichosa pluma descriptiva, en los versos nos sorprende con las galas de su fecunda imaginación, como por ejemplo:

DESEO

¿No ves cual prende la flexible hiedra
Entre las grietas del altar sombrío?
Pues como enlaza la marmórea piedra
Quiero enlazar tu corazón al mío.

¿Ves cual penetra el rayo de la luna
Las quietas ondas sin turbar su calma?

(1) Pseudónimo que usaba el poeta en muchos de sus artículos en prosa y sobre todo en sus chispeantes revistas.

Pues tal como se interna en la laguna
Quiero bajar al fondo de tu alma.

Quiero en tu corazón sencillo y tierno
Acurrucar mis sueños entumidos,
Como al llegar las noches del invierno
Se acurrucan las aves en sus nidos.

Matizada de dulces recuerdos y de anhelos amorosos vibra su lira en estas notas:

EN SU ALCOBA

—

¡Oh blanca alcoba de mi bien amado!
¡Cómo al sentirte el corazón palpita!
Quiero entrar... y deténgome callado
Cual Fausto en el jardín de Margarita.

Todo en tu casto y amoroso ambiente
Respira calma, castidad, pureza:
Allí descansa la marmórea frente;
En esa silla por la noche reza.

Deja que aquí con avidez respire
El perfume de ella desprendido,
Que en el espejo en que se ve, me mire
Y que guarde la puerta de su nido.

Dejad que á su camita perfumada
Me acerque palpitante de rodillas,
Sus labios ponga al fin en la almohada
Que ha sentido el calor de sus mejillas.

Aquí como la aurora entre celajes
En la mañana al despertar risueña,
Descorre poco á poco los encajes
Que la envuelven y cubren cuando sueña.

Las flores que la envié por la mañana
Están allí con sus azules lazos,
Junto á la blanca y honda palangana
Que aun conserva el aroma de sus brazos.

Ese peine ha tocado sus cabellos,
Y ese níveo listón y aquellos rojos,
Son los que ciñen su divino cuello
Y desato al mirarla con los ojos...

¡Lámpara breve que su mano toca,
Cuéntame si á tus tímidos reflejos
Ves entornarse su carminia boca
Esperando los besos que están lejos!

¡Cortina que la ves dormir en calma
Cuando reina la sombra muda y fría,
Dime si por las noches sale su alma
Para hablar un momento con la mía!

Y por último, ya falto de juveniles aspiraciones, exclama:

TRAS LOS MONTES

—

¡Pobre alma! golondrina que no tiene
más nido que tu amor, dulce bien mío,
pájaro errante que á buscarte viene
empapadas las alas de rocío.
Deja, sí, deja que á tu choza vuelva;
hierven las aguas del arroyo inquieto
y extienden las encinas en la selva
sus inmóviles brazos de esqueleto.
El valle con la noche se ennegrece,
duermen las flores y las fresas rojas,
y á veces la luciérnaga parece
una lágrima de oro entre las hojas.
Huyen las aves con medroso vuelo,

rozan sus alas la campiña muda,
y negra nube atravesando el cielo
como gigante víbora se anuda.
¡Ay! ¡qué negra es la noche de la vida!
¡Qué largo este camino! Casi muerta
el ave de mi alma, entumecida,
ha caído sin fuerzas en tu puerta.
El bosque obscuro atravesar no quiere;
ya no quiere volar á la montaña,
la lluvia moja su plumaje, y muere
sin sentir el calor de la cabaña.
Ábrele, que en sus alas han caído
las hojas secas ya, de sus amores,
todas las nieves del eterno olvido
y la lluvia de todos los dolores.

A ALTAMIRANO

—

(SUS VERSOS)

Los NARANJOS están tristes,
y las AMAPOLAS secas;
en el aire no retozan
bulliciosas las ABEJAS.
En el monte no hay lumbradas
de festiva NOCHE BUENA,
y mirando al horizonte
pensativa está CLEMENCIA.
¿Por qué todo está tan triste?
¿Quién nos deja?
ATOYAC de zarcas ondas,
que entre guijas serpenteas,
¿por qué pasas, por qué huyes
y te quejas?

LOS NARANJOS

Bajo nuestras verdes hojas
cuyo perfume embelesa,
se buscan las bocas rojas
y muy quedito se besa.
Es cual virgen nuestra flor
que ansiosa á su novio aguarda,
y como su novio tarda,
está pálida de amor.
Pero hoy su palidez
no es la que colora un beso...
se va su amado... y por eso
es palidez de viudez.
Como del cisne las plumas
son los blancos azahares,
y hoy quisieran ser espumas,
ser espumas de los mares.
Ya cuando el aire los mueve
no figuran nupcial velo,
y parece que del cielo,
cae la nieve.

LAS ABEJAS

¿En qué rosas posaremos
nuestros áureos breves pies,
en qué versos libaremos
nuestra miel?
La colmena queda rota
puesto que huyes y te vas.
¡Oh! ¡quién fuera la gaviota
la gaviota de la mar!

EL ATOYAC

¡Tronco, aparta! ¡quita, roca!
¡Junco, ceja! ¡Sauce, atrás!

Con tus brazos no me anudes,
liana pérfida y letal.
¡A galope, mis corceles!
¡Mis hipógrifos, volad!
Vuestra blanca grupa azote
sin descanso, el huracán,
y de espuma, jadeantes,
las orillas salpicad;
que se oculten mis nereidas
en sus urnas de cristal,
y con súplicas no atajen
al colérico sultán;
que mi séquito de monstruos
no interrumpa el galopar
y á las barcas pescadoras
atropelle sin piedad...
Corro en pos de mi poeta.
¡Voy al mar!



Y cual Safo, envuelto en blanca
ancha túnica imperial,
al Océano turbulento
arrojóse el Atoyac.

LAS OCEÁNIDES

¡Se acerca, ya viene!
¡De prisa, que llega!
¡Que adornen corales
las húmedas trenzas!
¡Ya viene el amado!
¡Ya viene el poeta!
¡Aquí todo es suyo!
¡Aquí siempre reina,
que á él le debemos

inmensa riqueza!
Decidle, cantando,
¡oh hermosas sirenas!
que aquí de sus versos
la mar esta llena:
son versos en libro,
y en conchas son perlas.

LOS LAURELES

Dijo un laurel solterón,
por solterón egoista:
puesto que se va el artista
ya se va nuestro ladrón.
Y un laurel que se respeta
contestó: ¿A qué nos quedamos?
¿ya se va nuestro poeta?
¡Pues nos vamos!

ANTE EL MAR

¡Que espere el barco! La mañana fría,
con su túnica blanca y la corona
de húmedas rosas, á la mar desciende;
canta el gaviero; el marinero adusto
en su atezada pipa alegre fuma,
allá, doquiera, cual nevados cisnes
que de pie sobre el mar raudos caminan,
aparecen las velas de los botes;
se acerca el sol y puéblanse las ondas;
como de duendes áureos que traviesos,
luciérnagas acuáticas semejan;
los pescadores sus cabañas dejan
y, cansados al fin, duermen los besos.
¡Que espere el barco! Siga la mañana
muy quedo y muy despacio su camino;
una joven, la musa americana,

llorando se despide en la ventana
del poeta divino.
Le dice: «¡No te vayas todavía!»
como á su amante la gentil Julieta,
y entre besos respóndele el poeta:
«¡Me voy y vas conmigo: tú eres mía!»

López Portillo y Rojas (José)

Pocas son las composiciones que debidas al estro del cantor de Anahuac han llegado á nuestras manos, pero su libro «Armonías Fugitivas», presenta su inspiración en todas las fases: profundidad de pensamiento, novedad descriptiva, melodías de diáfano estilo, estrofas que ondulan y se mecen en hermoso cuadro lírico.

En Portillo Rojas hay el genial estilo de los grandes bardos, y su alma, á veces soñadora, á veces vigorosa y entusiasta, se espande en sus versos como si modelados fueran por escultórico cincel.

Su musa tiene relieves filosóficos que dan palmaria muestra del privilegiado numen.

Ponemos al lector en comunicación con el inspirado poeta:

ALMA NATURA

—

DEL LIBRO «ARMONÍAS FUGITIVAS»

Caminando del monte por la falda,
Miro huir á mi espalda
De la ciudad el triste caserío,
En tanto que á mis ojos anhelantes
Aparecen radiantes
El campo inmenso y el azul vacío.

Tíñese de rubor el alba pura
En la diáfana altura,
Y semeja el confín mar de escarlata;
Asoma el sol la rubicunda frente,
En el lejano oriente
Y por la esfera su esplendor dilata.

Sobre el primor de las campestres galas
Bate el vientc las alas
Y alegres himnos por doquier concierta;
De ruidos misteriosos se alza el coro,
Brama gozoso el toro
Y el eco aletargado se despierta.

El labrador alegre y satisfecho
Va en el amplio barbecho
Surcos trazando con el corvo arado,
Y la yunta obedeciente y silenciosa
Camina perezosa
Desde un extremo al otro del cercado.

Cruza el musgo gimiendo dulcemente,
La límpida corriente
En cuyas ondas se retrata el cielo,
Pareciendo decir en su cadencia:
«Es bella la existencia
Correr, gozar, morir, tal es mi anhelo.»

Envueltos en sus lánguidos capuces
Los copudos sauces
Se asoman á las aguas con tristeza,
Cual sabios que pensando en los engaños
De los rápidos años,
Inclinan gemebundos la cabeza.

Entre las frondas de la selva obscura,
En la fresca espesura,

Se oye el trinar de cadenciosas aves,
Que van cantando en argentinas notas
Sus ternuras ignotas,
Sus blandos goces y sus penas graves.

¡Salud, esplendoroso panorama!
De la vida la llama
Siento que en mí vuestro fulgor atiza,
Y entre contento, inspiración y pasmo,
El perdido entusiasmo
¡Vuelve á arder de mi pecho en la ceniza!

Mi rápido corcel de aire sediento,
La nariz abre al viento
Y el arqueado cuello alza gozoso,
Baña de espuma la apretada cincha
Y con fuerza relincha
Tascando el freno, de correr ansioso.

Al escuchar su acento entusiasmado,
Se detiene el ganado
Que la rica dehesa casi esconde,
Y sacudiendo la crinada frente,
Con relincho potente
Al saludo de júbilo responde.

Oprimiendo en la mano sacudida
La restirada brida
Que el noble ardor del alazán ofende,
Siento que yo también cruzar quisiera
En rápida carrera
El campo inmenso que ante mí se extiende.

Y volar, cual de vértigo llevado,
Al confín esfumado
Que se mira en los tenues horizontes,
Y embriagado de luz y de fragancia,

Devorar la distancia
Burlando abismos y salvando montes.

Soy átomo no más de tu grandeza,
Madre Naturaleza,
En mí la mágia de tu fuerza siento;
Con tu luz brillo, con tus himnos canto,
Ardo en tu fuego santo
Y me arrebata tu divino aliento.

Llevo en mí la aflicción del desterrado,
Del horizonte amado
El ansia inextinguible me consume;
Guía mis pasos el fulgor de un sueño,
Y aunque ignoto y pequeño,
Soy luz, inmensidad, nota y perfume.

José López Portillo y Rojas, desde luego nos pone de manifiesto la delicadeza y el colorido con que su inspiración viste las ideas. El vate mexicano pertenece al vasto círculo de la nueva y bella literatura.

Nervo (Amado)

Es un poeta; su inspirado numen se ha robustecido en aquellos floridos campos mexicanos donde las plantas, los ríos, los juguetones arroyuelos, los árboles de altivas frondas y las espesuras de misteriosas y casi desconocidas selvas, prestan fulgores á la imaginación y la visten con colores ya nítidos y suaves cual los de esas alboradas americanas, ó con los radiantes prismas de un sol de fuego.

Tales formas reviste la musa de Nervo, tanto en su libro *Perlas negras*, impreso en México en 1898, cuanto en el inédito *Un libro para ella*, colección que muy en breve será del dominio público.

En las poesías de Nervo se saborea la facilidad suma, esa inspiración que serpentea, que corre, que se desliza y compone el mayor de los encantos en sus versos, que seducen y hacen soñar con todos los entusiasmos del amor primero, con todas las bellezas de un corazón que rinde culto á los ígneos destellos que del firmamento se desprenden para iluminar la creación.

Dulzura infinita, fluidez, riqueza de ideas y forma atractiva, son las condiciones que hermosean las obras del bardo mexicano.

El lector juzgará por sí mismo leyendo los fragmentos extractados de *Perlas negras*, así como la composición «Canto de amor» tomada de *Un libro para ella*, siendo broche bellísimo que nos brinda (Savia enferma) las estrofas que copiamos para punto final:

*
* *

El cometa bohemio, que dilata
su cauda fulgurante por l'altura,
es el cinto de plata
con que ciñe la Noche su cintura.

Es etíope bellísima la Noche,
y Dios, de su belleza satisfecho,
en la luna le dió pálido broche
y complacido lo prendió á su pecho.

De las Pléyades limpias y distantes
que trémulas se agrupan en la esfera,
formóle una diadema de brillantes
y con ella encauzó su cabellera.

Y del lago tranquilo qu'en el llano
riza en plácidas ondas su agua pura,
un biselado espejo veneciano,
donde mira, coqueta, su hermosura.

La etíope ambicionaba más encanto,
reclamaba la reina más decoro,
y Dios espolvoreó sobre su manto
estrellas rubias como granos de oro.



Ha mucho tiempo que te soñaba
así, vestida de blanco tul,
y al alma mía que te buscaba,
Ana, ¿qué miras? le preguntaba,
como en el cuento de *Barba azul.*

Ha mucho tiempo que presentía
tus ojos negros como los ví,
y que, en mis horas de nostalgía,
la *hermana Ana* me respondía:
«Hay una virgen que viene á ti.»

Y al vislumbrarte, febril, despierto,
tras de la ojiva del torreón,
después de haberse movido incierto,
como campana que toca *á muerto,*
tocaba *á gloria* mi corazón.

Por fin, distinta me apareciste;
vibraron dianas en rededor,
huyó callada la Musa triste
y tú *llegaste, viste y venciste*
como el magnífico Emperador.

Hoy, mi esperanza que hacia ti corre,
que mira el cielo donde tú estés.
porque la gloria se le descorre,
ya no pregunta desde la torre:
Hermana Ana, dime, ¿qué ves?

Hoy en mi noche tu luz impera,
veo tu rostro resplandecer,
y en mis ensueños sólo quisiera
enarbolarte como bandera
¡y á ti abrazado por ti vencer!

CANTO DE AMOR

—

He rasgado mi capuz
y te muestro, ¿no te asombra?
el prodigio de una sombra
toda trémula de luz.
Espinas, gólgota, cruz:
¡no más! se han desvanecido.
Revientan la flor y el nido
en las ramas de mi huerto:
Amor, yo no estaba muerto,
¡estaba sólo dormido!

Eres, oh gracia infinita,
la palabra de batalla
que dice á la yema: «estalla»
y al corazón: ¡resucita!
Eres el numen que grita
con inflexión soberana,
el numen del *Ramayana*,
robusto como un atleta,
en el ánfora discreta
de una rima becqueriana.

Para que mi mente ejerza
su vigor, la galvanizas,
la despiertas, la electrizas
con heroísmos de fuerza.
¡Quién hay que de ti me tuerza
si el alma no te resiste!

A ti voy, pues que tú hiciste
con tu mirada ideal
una aurora boreal
de mi luna enferma y triste.

—

A ti voy dejando huella
de fulgor, joven señora,
voy mudo como la aurora,
pero radiante como ella.
La luz que mi sér destella
poblará la creación,
y animará la pasión
en ti, con el centelleo
del fuego de Prometeo
la estatua de Pigmalión.

Seré Apolo y seré Marte
por ti; vigor ó desmayo:
para protejerte, rayo,
y jazmín para tocarte.
Te vestiré toda de arte
para que tu alma presienta
el prodigio que me alienta,
y la canción que me inspiras
será un acorde de liras
glosado por la tormenta!

Te labraré, sola y fiera,
en marfil de Singapur,
una liz en campo azur:
la *realeza* en la *quimera!*
Y en campo de primavera,
con un rayito sutil,
dibujaré tu perfil,
tu perfil de medallón,
que brillará en la extensión
en las mañanas de abril.

Dí; ¿qué virtudes exhalas
que aunque esté de ti distante
hay en mi alma una constante
peregrinación de alas?
¿Por qué en mi espíritu igualas
con tu beldad á la intensa
visión de Dios? ¡Cuán inmensa
es la fe que te interroga!
Soy el cometa que boga
Y tú la estrella que piensa...

Oye, fuera un arrebol
por volverte nube hermosa,
oye, fuera nebulosa
con tal de volverte sol.
Oh mi alma! girasol
de una estrella soberana
que se angustia y que se afana
por bañarse en sus reflejos,
¿no ve que brilla muy lejos?
Y el alma dice: «¡mañana!»

...¡Tus ojos! lago risueño
ó doliente á donde llega
tenue luz y en que navega
cual góndola azul el sueño!
Oh, tus ojos! ¡qué beleño
dan á mis ansias, qué bellas
titilaciones de estrellas:
dos pupilas que son dos
milagros!... ¡Tan sólo Dios
es más hermoso que ellas!

—

No, yo no tengo en mi historia
un cariño al tuyo igual:
quererte es un ideal

y alabarte es una gloria.
¡Que perezca la memoria
de antiguas insensateces!
Sólo tú laude mereces
y ante tu alteza y mi amor
he de ser siempre mayor
puesto que tú me engrandeces.

¡Oh magnífica, un profundo
clamor diciéndome está
que eres un ángel que va
de incógnito por el mundo!
Tu poder al infecundo
estro donó la simiente,
y hoy es el estro potente
hasta unir en sus querellas
al salmo de las estrellas
la rapsodia del torrente.

Pero su fuerza no ignora
tampoco los cantos suaves:
Es mar que arrulla las naves
después de azotar la prora,
y para ti, mi señora,
pues que te quiero, no temas,
tendrá caricias supremas,
será leve como un tul
inmenso: un piélago azul
lentejueleado de gemas.

Y si ayer los embelesos
de tus dieciséis abriles
canto con versos gentiles
en que temblaban los besos,
hoy ya no más serán esos
tus pregones ideales:

Pues que tus gracias son tales,
te labraré con mis brazos
estrofas á martillazos
en granitos inmortales!

MI VERSO

—

Querría que mi verso, de guijarro
en gema se trocase y en joyero;
que fuese entre mis manos como el barro
en la mano genial del alfarero.

Que lo mismo que el barro, que á los fines
del artífice pliega sus arcillas,
fuese cáliz de amor en los festines
y lámpara de aceite en las capillas.

Que dócil á mi afán tomase todas
las formas que mi numen ha soñado,
siendo *alianza* en el rito de las bodas,
pastoral en el index del prelado,

Lima noble que un grillo desmorona
ó eslabón que remata una cadena,
crucifijo papal que nos perdona
ó gran timbre de rey que nos condena.

Que fingiese á mi antojo con sus claras
facetas en que tiemblan los destellos,
florones para todas las tiaras
y broches para todos los cabellos,

Emblemas para todos los amores,
espejos para todos los encantos
y coronas de astrales resplandores
para todos los genios y los santos.

Yo trabajo, mi fe no se mitiga
y, troquelando estrofas con mi sello,
un verso acuñaré del que se diga:
«Tu verso es como el oro sin la liga,
brillante, dúctil, poliforme y bello.

Payno (Manuel)

¿Quién no conoce en América y en España al ingenioso autor de «El Fistol del Diablo»? ¿Quién no ha saboreado tantas y tantas páginas como brotaron de aquella pluma singular y de aquel cerebro que era un archivo de episodios históricos y de ideas altamente republicanas y progresistas? Entre la juventud que surgía en el primer tercio del siglo XIX, y que se presentaba lanza en ristre para combatir los principios añejos y poner los cimientos del edificio que más tarde había de ser el templo de la democracia, dióse á conocer en el poderoso grupo vehemente, entusiasta y predicando ideales que entonces parecían imposibles en el terreno de la práctica, Manuel Payno, descollando en la célebre redacción del periódico «Siglo XIX», que por entonces comenzaba á publicarse, fundado por D. Ignacio Cumplido, y contando en sus filas á hombres como L. de la Rosa, Otero, Gómez, Pedraza, Tornel Lafragua, Morales y Prieto. De toda aquella pléyade de la generación que se imponía llena de gracia y brío, se encuentra más tarde la representación en los Congresos de la patria, en las tribulaciones de la misma, en la literatura nacional y en el magisterio que empezaba su vida propia.

Registrando las crónicas de los años luctuosos de 1847 y 1848, y las épocas tempestuosas que siguieron al desmembramiento de México por los norteamericanos, encontramos á Payno como hábil hacendista, que iniciaba

ideas económicas y reformas que ponían término á los desfalcos y á los escandalosos desórdenes que arruinaban al país, ocupándose á la vez en impedir el monopolio que se hacía con el tabaco, que de tan pingües resultados ha sido y es para la República.

Una nueva revolución hizo que Payno, abandonando las vías hacendistas, tornase á la lucha periodística y al comercio con las musas, escribiendo por entonces «El Fistol del Diablo». Las altas facultades del escritor y los elementos de su elevada inteligencia, le reclutaron una vez más para el espinoso campo del gobernante, en el que peleó á brazo partido hasta ser derrotado, y acusársele ante un Jurado Nacional, donde el impetuoso tribuno Altamirano, pidió para el exministro la pena de muerte, conmutada en larga y penosa prisión, la que tuvo por desenlace el destierro.

Entre los trabajos intelectuales del hombre político, cuéntase el informe hecho de los gastos del Imperio, demostrando en aquél el abuso, la corrupción y las fortunas improvisadas que á la sombra del trono de Maximiliano eran los poderes que tiranizaban al país. Amalgamadas con las tareas económicas continuaba el fogoso mexicano publicando leyendas, versos y narraciones por extremo interesantes, consagradas á poner de relieve la historia nacional, y cuando su voz resonaba años después en las Cámaras, nada había perdido de su influencia ni de su expresión, y brotaban las ideas no menos hermosas y entusiastas que anteriormente.

Manuel Payno sufrió desengaños que amargaron su corazón y le hicieron buscar en Europa tranquilidad y olvido.

Por los años de 1889 desempeñaba en Barcelona el cargo de cónsul general de México, puesto modestísimo para el que tan alto había estado colocado, y que en la diplomacia figuró en primera línea como representante de México en Inglaterra; varias causas habían influído para que

el escritor y el patricio viviera en una condición inferior á la que podía pertenecerle, siendo una de aquellas la terrible enfermedad que sufría una hija adorada, y para la cual le era preciso buscar con frecuencia en los viajes un saludable elemento para prolongar la existencia que se apagaba por momentos.

Era Esther Payno, una flor en su broche, un sér bellísimo idealizado por el sufrimiento; la tisis implacable acentuaba más cada día su obra de destrucción, finalizándola en Barcelona, y cuando la hermosa criatura contaba dieciocho primaveras. El golpe fué rudísimo para el corazón del padre amante, y herido de muerte anheló exhalar el postrer suspiro en la lejana patria; allí en la pintoresca quinta de San Angel fué á unirse con la muerta inolvidable.

Manuel Payno era una elevada personalidad, tanto en la política mexicana como en las letras, y lamentamos no tener á nuestro alcance ninguna de sus composiciones en verso, teniendo que limitarnos con la reproducción de un fragmento en prosa tomado de su episodio histórico «Alonso de Ávila», quien, partidario de Martín Cortés, hijo del conquistador de México y de la célebre Marina, intentó poner en sus sienes la corona, con tan mal éxito, que denunciada la conspiración al Visitador Valderrama, dió por resultado la ejecución de los culpables.

I

LA CONFESIÓN

En una noche obscura y lluviosa de fin de Julio de 1564, víctima el virrey D. Luis de Velasco de los más acerbos dolores que le ocasionaba una aguda enfermedad, entregaba su alma á Dios; á ese mismo tiempo, y entre las tres y cuatro de la mañana, un hombre envuelto en un raído y pardo ferreruelo, escurriendo por todas partes el agua que había mojado su sombrero y vestidos, tocaba

con gran estrépito la portería del convento de Santo Domingo de México; y los golpes duros y compasados producían un eco triste en las calles solitarias y en las bóvedas y estrechos corredores del cementerio. Parecía que el lego portero, que estaba dormido profundamente, era el único que no oía este ruido que sin interrupción continuaba, hasta que al fin una voz ronca y gruñona se escuchó del otro lado de la puerta, y al mismo tiempo una ventanilla se abrió y dejó pasar por sus pequeñas, pero espesas barras de hierro, un manojo de rayos de luz que fueron á iluminar las espesas y mojadas barbas del que tocaba.

—¿Quién es el imprudente que turba á estas horas el reposo de este convento, y qué quiere?—preguntó desde dentro el lego portero con visible mal humor.

—Su paternidad perdone. Soy Pedro Ledesma, criado de mi señor Fortun del Portillo, que está en la agonía, y su alma no espera más que al muy reverendo padre fray Domingo de la Anunciación para irse al otro mundo.

—Eso es otra cosa, Pedro,—dijo el lego,—y todo lo que sea para la salud del alma de tu amo, que es bienhechor de nuestro convento, debemos hacerlo. Espera un poco y arrímate al marco de la puerta, pues parece que llueve fuerte.—El lego sonó un gran manojo de llaves, metió una de ellas en la chapa, y en pocos minutos el rechinido de la enorme puerta anunció que el criado de don Fortun tenía espedita la entrada del sombrío é inmenso monasterio.

—No hay que perder tiempo,—dijo el lego,—acomodando en la cintura el manojo de llaves y tomando en la mano una linterna que despedía una luz rojiza;—cuando se trata del alma de un cristiano y de un buen español, no hay que dormirse ni que perder tiempo.

Los dos personajes subieron la escalera y se internaron por los corredores obscuros, dejando el uno un rastro de agua y el otro una nube de humo denso que despedía la mecha del farol. Llegaron á la celda de fray Domingo;

tocaron, y al escuchar el reverendo padre el nombre de Fortun del Portillo, se levantó resignado, se puso una montera que le cubría las orejas y los ojos, y envuelto en una especie de turca ó sayal negro, salió en compañía del criado, que encendió una tea de resina, y le siguió por las calles obscuras, llenas de charcos y lodo, hasta la casa del moribundo y penado caballero.

Fortun del Portillo era hombre como de más de cincuenta años: cara larga, barba cerrada y cana. Los ojos eran hundidos, pero las enfermedades se los habían retirado casi hasta el cerebro. Sufría un ataque agudo del hígado y estaba ya sin aliento ni fuerzas, tendido en su lecho y en los últimos instantes de su vida. La recámara estaba iluminada con velas de cera que ardían delante de varias imágenes de santos, y el cuello del paciente cubierto de reliquias y de escapularios. Luego que fray Domingo entró, todas las mujeres que asistían al enfermo y rezaban oraciones en coro, se agolparon á su derredor y le besaron la mano. El reverendo mandó apagar algunas de las velas y retirar á todas las rezanderas.

—Vamos, señor Fortun, ¿qué es eso? os creía, al contrario, muy aliviado... quizá Dios todavía hará un milagro, —dijo fray Domingo, acercándose á la cama del enfermo.

—¿Traéis los Santos Oleos? —preguntó el enfermo con voz trabajosa.

—No; y á fe que no os creía tan grave, y quizá...

—Dios me ha permitido,—interrumpió el enfermo,—que viva el tiempo necesario para que oigáis mi confesión, y ha querido salvar mi alma del infierno. Bendita sea su divina misericordia.

—Confiad en Dios,—replicó fray Domingo; y quitándose su negra capa, arrimó junto á la cama un tosco sillón y se dispuso á oír la confesión del enfermo, el cual, por su parte y con mil esfuerzos, se incorporó y se acercó lo más posible al confesor.

. . . .

Peza (Juan de Dios)



Es el trovador de las dulzuras del hogar; el poeta ternísimo, la musa lírica apacible y suave como las hermosas noches de su patria, que derrama en sus versos una lluvia de perlas y de harmonías que han dado al poeta merecida popularidad. México cuenta con numerosa pléyade de escritores que figuran en primera línea, tanto en Europa como en el Nuevo Mundo, y disfrutan gloriosa nombradía. Es aquella tierra, manantial fecundo de poesía, y puede afirmarse que desde el humilde campesino hasta el más encumbrado hombre de Estado, todos albergan en la mente y en el corazón rica savia poética, y á poco andar llegan á ser escritores de alto vuelo debido también á que la nación mexicana ha entrado desde hace mucho tiempo á velas desplegadas en los hermosos mares del progreso y del desarrollo intelectual. Más diremos: el gusto por la poesía lírica se encuentra con raíces seculares desde los tiempos primitivos, sobre todo refiriéndonos á la época en que los Reyes Aztecas extendían su dominio por el pintoresco Anahuac.

Estudiando la literatura antigua veríamos que en el último tercio del siglo XIV y en los albores del XV se habían señalado algunos regios poetas como Ixtlilxochtil y Ttzo-

zomoc, y el cantor más ilustre y más sabio, Netzahualcoyotl, del que nos proponemos hacer un estudio especial. Está, pues, establecido que la poesía lírica tiene carta de naturaleza en México desde los tiempos más remotos, y que á raíz de la conquista siguieron aquellas huellas notables ingenios, contándose entre éstos la celebérrima monja Sor Juana Inés de la Cruz y otros que, como historiadores, filósofos y cronistas, distinguiéronse en la época colonial.

Semejante á otras regiones ha tenido la literatura en determinadas épocas momentos de desfallecimiento y de marasmo, renaciendo más vigorosa, más rica y más saturada de inspiración desde los principios de la independencia. Los ardores del patriotismo, las luchas constitutivas, la efervescencia de las pasiones más impetuosas en el corazón del hombre, hicieron surgir dotes intelectuales que han dado á las letras mexicanas el más alto relieve y esplendor.

Juan de Dios Peza pertenece á la hermosa constelación donde brillan tantos por sus condiciones singulares y por su clarísimo talento; es el poeta de las castas dulzuras, de los amores apacibles de la familia, de las alegrías de la vida doméstica, sin que á pesar de esto, haya dejado de inspirarse también para los cantos épicos y patrióticos versos. Relevantes méritos atesora el poeta mexicano que en «Nieve de estío» y «Un consejo de familia» nos ha revelado el poder de su talento por la forma acabada, por el pensamiento hermoso y por la delicadeza en el manejo de la lengua castellana.

La riquísima imaginación del poeta desborda en todas y en cada una de las poesías de su tomo «Horas de pasión», y se fotografía esplendorosa en el siguiente soneto:

LAS DOS PERLAS

Nació en el fondo de la mar bravía,
En su cárcel de nacar refulgente,

La perla que hoy sobre tu hermosa frente
Roba su brillo al esplendor del día.
Así dentro de tu alma nacería
Esa furtiva lágrima candente
Que, brillando en tus ojos tristemente,
Miré rodar sobre tu faz sombría.
¡Ah! Tú no eres feliz con la riqueza
Y encubre tu esplendor tantos pesares
Como perlas ostenta tu cabeza.
Habla más á los séres no vulgares
Una perla del mar de la tristeza
Que las perlas del fondo de los mares.

Bellísima y robusta es la que sigue:

MEDITACIÓN

—

Labra en la torre parda golondrina
El nido que la hospeda en el verano;
Entre flores la abeja peregrina
Alza gótico alcázar soberano.

Son las rocas más tristes, y más solas
De la gaviota audaz seguro abrigo;
Y bajo el manto azul de inquietas olas
Vive el pez sin zozobra y sin testigo.

Nace el insecto bajo tosca piedra,
Y el cárabo infeliz muere olvidado
Donde con flores fúnebres, la hiedra
Cubre el muro del templo abandonado.

Vive el condor que en atrevido vuelo
Salva abismos tan hondos como grandes,
Bajo la augusta bóveda del cielo
En la elevada cima de los Andes.

¿Mas dónde? ¡oh Dios! tu poderosa mano,
Que al orbe presta impulso y movimiento,
Ha colocado el nido soberano
Donde se forma y crece el pensamiento.

El mar es un abismo, y lo sondea
El hombre en busca de grandeza y nombre;
Mas ¿dónde está la cuna de la idea,
Que aun no la puede descubrir el hombre?

¿Quién dió á Colón la inspiración secreta
Que realizó su esfuerzo temerario?
¿Qué libro consultó cada profeta,
Al anunciar los hechos del Calvario?

¿Quién ha encendido ese astro fulgurante
Que todo el cielo con su luz abarca?
¿Dónde encontró su inspiración el Dante,
Newton su genio y su pasión Petrarca?

¿Cómo ha podido, obrero sin segundo,
Alzar el hombre templos y ciudades,
En alas del vapor cruzar el mundo,
Y burlar las soberbias tempestades?

¿Quién le dió su poder á la conciencia,
Luz á los ojos, fuerza á la memoria?
¿Por qué amamos los triunfos de la ciencia
De la virtud, del genio y de la gloria?

¿En dónde ¡oh Dios! tu poderosa mano
Que al orbe presta impulso y movimiento
Ha colocado el nido soberano
Dónde se forma y crece el pensamiento?

¡Por todo el cosmos tu poder se extiende!

¡Sólo tú sabes lo que el hombre ignora!
Nadie el misterio de tu sér comprende
¡Oh eterno Dios! mi corazón te adora!

A GUADALAJARA (1)

—

Tierra galana y hermosa
que de mi patria en el suelo,
brillas cual brilla en el cielo
una estrella esplendorosa.
¿Qué voz dulce y misteriosa,
qué ritmo, qué grato acento
podrán las arpas del viento
prestar á mi humilde lira,
para decir lo que inspira
tu amor á mi pensamiento?..

—

Si fuera un bardo, cantara
un himno á tu porvenir,
mas lo que puedo decir
es poco, Guadalajara.
Vierte el sol su lumbre clara
y te esmalta en mil colores,
y como ángeles de amores
nublan tus mujeres bellas,
con tus ojos las estrellas
y con sus labios las flores.

—

¡Con qué afán te besa el sol
y en purpúreos cortinajes
prende entre rojos celajes
su vespertino arrebol!
Como el Edén español,
que se llama Andalucía,
eres de la tierra mía

(1) Ciudad mexicana.

perla de rica aureola...
Cante España á su manola,
¡mi patria á su tapatía!

—

Canto á la mujer hermosa
de talle esbelto y pie breve,
con la tez de grana y nieve
y las mejillas de rosa.
Que modesta y ruborosa
acata deberes fijos,
sin tener más regocijos
ni más joyas, ni más flores,
que el altar de sus amores
en la cuna de sus hijos.

—

Canto con pobre laúd,
con el alma entristecida,
esta tierra donde anida
la franqueza y la virtud;
que obliga á la gratitud
con santa hospitalidad
y que en anterior edad,
alzando el patrio estandarte,
fué trono, escudo y baluarte
del Sol de la libertad.

—

Elegida de la Gloria,
al defender sus derechos,
llenó con heroicos hechos
el libro de nuestra historia.
Yo los guardo en la memoria
llenos de brillo y honor;
si fuera digno cantor,
nuevo Homero los cantara...
¡quien dice: Guadalajara
dice: lealtad y valor!

De paso por tus confines
¿qué notas daré suaves?
¡tienes más bardos que aves
en tus risueños jardines!
tus genios, tus paladines,
tus mujeres, dignos son
de elevada inspiración;
yo te doy sin valimiento,
por lira mi pensamiento,
por trono, mi corazón.

Tierra de vírgenes bellas,
que tienes en tus amores
tu campo lleno de flores,
tu cielo lleno de estrellas;
al adornarte con ellas
tu suerte bendijo Dios;
yo voy de mi afán en pos,
de mi deber al reclamo...
¡Sé feliz!... como te amo
No puedo decirte: ¡adiós!

COMO ES MARGOT

—

Una comedia del día,
sin llanto y con regocijos;
personajes: yo y mis hijos...
teatro; la Juguetería.
Tengo, cual es de rigor,
una niña en cada lado,
y el varón está sentado
encima del mostrador.
Hay enfrente dos hileras
de bebés con labios rojos,
blancas frentes, negros ojos
y doradas cabelleras.

Rifles, tambores, cornetas,
vajillas de lujo y gala,
muebles, espejos de sala,
armarios de dos pesetas.
Locomotoras sin par,
coches de cuerda andadores,
barcos, peces de colores,
ballenas, en fin, ¡la mar!
Quiero—la mayor me grita—
aquel niño en esa cuna...
aquel armario de luna,
esa alfombra y la casita.
Y yo—agrega Juan—no quiero
más que un fusil, un cañón,
una pistola, un bastón,
un sable, un cinto de cuero.
Una lanza, una bandera,
una coraza, una gola,
aquella caramañola,
mi kepi y mi cartuchera.
Y prosigue la mayor:
—Pues yo quiero solamente
esa lámpara, esa fuente,
muebles para el comedor.
Dos cuadros, cuatro cortinas,
tres sartenes, un brasero,
dos candiles, un plumero,
un gallo con sus gallinas.
Un ratón de cuerda, un gato,
Un...—¡Basta! ¿y tú, Margarita?
Callóse la pobrecita,
miró todo largo rato;
Y con palabras sinceras
y natural regocijo,
alzó su rostro y me dijo:
—¡Yo, papá, lo que tú quieras!

—No; dí tu antojo, alma mía.
Y agregó alzando las manos:
¡Ya pidieron mis hermanos
toda la juguetería!...
—¿Y no quieres nada?—¡No!
—Algo pide.—¿Y si estás pobre?
Lo que dejen, lo que sobre
eso me lo llevo yo...
—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!
dije, y besé su frente...
Y no exagero: realmente
es así mi Margarita.
Bondadosa y resignada,
ninguna ambición concibe;
si algo le doy, lo recibe,
y si no, no pide nada.

UNA BODA

—

Á ELISA RICOY

La frente libre de duelo
Blanca como un azahar;
Blanca veste, blanco velo;
Los ojos color de mar
Y el alma color de cielo.

Por tan joven, seductora;
Por tan bella, soberana;
Por pura, deslumbradora;
Salió al templo una mañana
Inés, al rayar la aurora.

A su lado va el doncel
A quien le fué prometida
Y á quien idolatra fiel,

El limpio sol de su vida
Mirando amorosa en él.

Siguen tan gentil pareja
Allegados y curiosos;
Su alegría el llanto aleja
Que al ver dos séres dichosos
¿Quién padece? ¿quién se queja?

Ambos cuentan pocos años
Y van de su dicha en pos,
Sin miedo á propios ni extraños
Hácia la casa de Dios
Bajo encinas y castaños.

A Inés le pone el pudor
Las mejillas encendidas,
Pues oye que hablan de amor
Muchas aves escondidas
En las acacias en flor.

Con su esquila tosca y fea
En la torre secular;
Al pié del monte blanquea
Como alegre palomar
La parroquia de la aldea.

Junto al atrio, en la llanura,
Trazado por verdes palmas,
Alza su fachada obscura
La casa del cura de almas
Que á las almas vela y cura.

Panorama alegre y vario
Ofrecen, llenos de luz,
Prado, monte y santuario

Dominados por la cruz
Que corona el campanario.

No adornos deslumbradores
Tiene el templo en su interior,
Le bastan ramos de flores,
Ofrendas del tierno amor
De zagalas y pastores.

El llano al fin de través
Cruzan todos con presteza
Y al mirar la iglesia Inés,
Temblar siente, con tristeza,
La tierra bajo sus pies.

Recuerda con infinita
Aflicción y honda congoja
Lo que de su unión bendita,
Le dijo la postrer hoja
De una blanca margarita.

Inés, en su frenesí,
Preguntóla: «¿soy querida?»
«¿Seré su esposa? ¡ay de mí!»
¡Y quedó en sangre teñida
Una hoja diciendo: *sí!*

¿Por qué de carmín manchada
La hoja profética halló
En la flor predestinada?
¡Ah! desde entonces quedó
Inés confusa y turbada.

Pensaba entre mil sonrojos
Que algo funesto decían
En la flor, los puntos rojos,
Y rojos se le ponían
De tanto llorar los ojos.

Y quedóse en su aflicción
Tan pálida como un ampo
De nieve, que á veces son
Los oráculos del campo
Verdugos del corazón.

Hoy, con miedo al galán ve
Que no sospecha ni entiende
Que tan recelosa esté,
Pues mientras en él se enciende
Se apaga en ella la fe.

¿Quién tan obscuros arcanos
Puede osado descifrar,
Si aun los sabios son profanos
En medio del ancho mar
De los misterios humanos?

Entran al templo en que brillan
Las flores recién cortadas
Que por bellas maravillan,
Y del altar en las gradas
Conmovidos se arrodillan.

Llena regocijo inmenso
La religiosa mansión
Y de su recinto extenso
Sube al cielo la oración
Envuelta en nubes de incienso.

Brilla en todos la alegría,
De honradas almas tesoro;
Sólo Inés, triste y sombría,
Oye el órgano sonoro
Como ronca salmodía.

Pronto el cura se adelanta

De los amantes en pos,
Y ante ellos con firme planta
Bendice en nombre de Dios
Su unión insoluble y santa.

Es muy solemne en verdad
El acto, y lo ven las gentes
Con envidia, con piedad,
Algunas indiferentes,
Y otras con curiosidad.

El pueblo, absorto y callado,
No acierta entonces á ver
Que invade el templo sagrado,
Muy pálida una mujer
Con el pelo destrenzado.

Revela fieros enojos,
No acierta por donde pisa;
Rayos despiden sus ojos
Y una irónica sonrisa
Contrae sus labios rojos.

Callada como el pesar,
Sombría como la duda,
Agitada como el mar,
Lívida y medio desnuda
Llega hasta el pie del altar.

Un grito de admiración
Se alza agudo y sobrehumano
En la cristiana mansión,
Y el galán suelta la mano
De Inés con gran turbación.

—«Tu vil perjurio provoca
Mi venganza de mil modos...»
La voz se apaga en su boca,

Y entre tanto, gritan todos:
—«¡Que la saquen! ¡Está loca!»

—«No loca—responde airada—
Mi desgracia mayor es
Porque vivo deshonrada...»
Y en el galán y en Inés
Fija la torva mirada.

Y al ver el lazo de unión,
La coyunda terrenal,
De las nupcias expresión,
Rápida clava un puñal
De Inés, en el corazón.

La gente irritada avanza
Al altar; ella se entrega
Al primero que la alcanza,
Trémula, convulsa, ciega
De rencor y de venganza.

Inés el postrer aliento
En tenue quejido vago
Exhala en aquel momento,
Y pronto se forma un lago
De sangre en el pavimiento.

En llanto, duelo y pesares
Se torna el alegre afán,
Que al pie de aquellos altares
Manchados de sangre están
Veste, velo y azahares.

Y en medio de la infinita
Y ya unánime congoja,
Una aldeana recita
Lo que á Inés dijo la hoja
De la blanca margarita.

Y con muy vivos colores
Explica, describe, abulta,
Los augurios de esas flores
A las que el vulgo consulta
La suerte de sus amores.

Inspirada y conmovida,
Deja, hablando de tal suerte,
A la gente convencida
De ser augurio de muerte
La flor en sangre teñida.

Todos con la narración
Palidecen como un ampo
De nieve, que á veces son
Los oráculos del campo
Verdugos del corazón.

A LERDO DE TEJADA

—

¡Ya don Sebastián volvió...!
Cuando entre salvas y dianas
Por Querétaro pasó,
Dicen que se estremeció
El Cerro de las Campanas. (1)

Y halló coronas y altares
De la patria en el regazo,
Y al volver á nuestros lares
Dejó su sepulcro Juárez
Para darle estrecho abrazo.

Su hogar es la patria entera,
El pueblo libre, su corte,
Su juez, la Historia severa,
Su mortaja, la bandera
Salvada en Paso del Norte.

(1) **Sitio donde fué pasado por las armas el emperador Maximiliano.**

Plaza (Antonio)



Entre mis predilectos amigos y poetas mexicanos, cuento al tiernísimo vate Juan de Dios Peza, y grande fué mi alborozo cuando al caer en mis manos el libro de poesías de Antonio Plaza, titulado: *Album del Corazón*, leí el prólogo firmado por el genial escritor á quien he aludido.

Los párrafos que dedica al cantor de Guanajuato son tan tiernos, tan delicados, que desde luego recomiendan el libro y despiertan las simpatías del lector.

Los versos de Plaza son fluídos, armoniosos, dulces, dulcísimos y revelan la ternura de un corazón henchido de fe cristiana y á la vez la tristeza de aquel que vivió siempre entre decepciones, desheredado de la fortuna, que hizo su paseo por la tierra agobiado por la miseria y que sucumbió bajo el peso de ésta.

En sus composiciones hay lágrimas, y éstas suben del corazón á los ojos al leer las estrofas inspiradas por el hastío y por la lucha social. Rebosa también la fe bendita, aun cuando en el fondo acuse un descreimiento, hijo tal

vez de la ruda contienda sostenida contra el infortunio.

Demostración de nuestras palabras es la poesía que copiamos:

Á MARÍA LA DEL CIELO

—

> Y ya al pisar los últimos abrojos
> De esta maldita senda peligrosa,
> Haz que ilumine espléndida mis ojos
> De tu piedad la antorcha luminosa.
>
> *García Gutiérrez.*

Flor de Abraham que su corola ufana
Abrió al lucir de redención la aurora;
Tú del cielo y del mundo soberana,
Tú de vírgenes y ángeles señora;

Tú que fuiste del Verbo la elegida
Para Madre del Verbo sin segundo,
Y con tu sangre se nutrió su vida,
Y con su sangre libertóse el mundo;

Tú que del Hombre-Dios el sufrimiento
Y el estertor convulso presenciaste,
Y en la roca del Gólgota sangriento
Una historia de lágrimas dejaste:

Tú que ciñes diadema resplandente,
Y más allá de las bramantes nubes
Habitas un palacio transparente
Sostenido por grupos de querubes;

Y es de luceros tu brillante alfombra,
Donde resides no hay tiempo ni espacio,
Y la luz de ese sol es negra sombra
De aquella luz de tu inmortal palacio.

Y llenos de ternura y de contento
En tus ojos los ángeles se miran,

Y mundos mil abajo de tu asiento
Sobre sus ejes de brillantes giran:

Tú que la gloria omnipotente huellas,
Y vírgenes y tronos en su canto
Te aclaman soberana, y las estrellas
Trémulas brillan en tu regio manto.

Aquí me tienes á tus pies rendido
Y mi rodilla nunca tocó el suelo;
Porque nunca, Señora, le he pedido
Amor al mundo, ni piedad al cielo.

Que si bien dentro el alma he sollozado,
Ningún gemido reveló mi pena;
Porque siempre soberbio y desgraciado
Pisé del mundo la maldita arena.

Y cero, nulo en la social partida
Rodé al acaso en páramo infecundo,
Fué mi tesoro un harpa enronquecida
Y vagué sin objeto por el mundo.

Y solo por doquier, sin un amigo,
Viajé, Señora, lleno de quebranto,
Envuelto en mis harapos de mendigo,
Tinte en el alma, ni en los ojos llanto.

Pero su orgullo el corazón arranca,
Y hoy que el pasado con horror contemplo,
La cabeza que el crimen volvió blanca
Inclino en las baldosas de tu templo.

Si eres ¡oh Virgen! embustero *mito*,
Yo quiero hacer á mi razón violencia;
Porque creer en algo necesito,
Y no tengo, Señora, una creencia.

¡Ay de mí! sin creencias en la vida,
Veo en la tumba la puerta de la nada,
Y no encuentro la dicha en la partida,
Ni la espero después de la jornada.

Dále, Señora, por piedad ayuda
A mi alma que el infierno está quemando:
El peor de los infiernos .. es la duda,
Y vivir no es vivir siempre dudando.

Si hay otra vida de ventura y calma,
Si no es cuento promesa tan sublime,
Entonces ¡por piedad! llévate el alma
Que en mi momia de barro se comprime.

Tú que eres tan feliz, debes ser buena;
Tú que te haces llamar Madre del hombre,
Si tu pecho no pena por mi pena,
No mereces á fe tan dulce nombre.

El alma de una madre es generosa,
Inmenso como Dios es su cariño:
Recuerda que mi madre bondadosa
A amarte me enseñó cuando era niño.

Y de noche en mi lecho se sentaba,
Y ya desnudo arrodillar me hacía
Y una oración sencilla recitaba
Que durmiéndome yo la repetía.

Y sonriendo te miraba en sueños,
Inmaculada Virgen de pureza,
Y un grupo vía de arcángeles pequeños
En torno revolar de tu cabeza.

Mi juventud, Señora, vino luego,
Y cesaron mis tiernas oraciones;

Porque en mi alma candente como el fuego
Rugió la tempestad de las pasiones.

Es amarga y tristísima mi historia:
En mis floridos y mejores años,
Ridículo encontré, buscando gloria,
Y en lugar del amor los desengaños.

Y yo que tantas veces te bendije,
Despechado después y sin consuelo,
Sacrílego, Señora, te maldije,
Y maldije también al santo cielo.

Y con penas sin duda muy extrañas
Airado el cielo castigarme quiso;
Porque puso el infierno en mis entrañas;
Porque puso en mi frente el paraíso.

Quise encontrar á mi dolor remedio
Y me lancé del vicio á la impureza,
Y en el vicio encontré cansancio y tedio,
Y me muero, Señora, de tristeza.

Y viejo ya, marchita la esperanza,
Llego á tus pies arrepentido ahora.
Virgen que todo del Señor alcanza,
Sé tú con el Señor mi intercesora.

Díle que horrible la expiación ha sido,
Que horribles son las penas que me oprimen,
Díle también, Señora, que he sufrido
Mucho antes de saber lo que era crimen.

Si siempre he de vivir en la desgracia,
¿Por qué entonces murió por mi existencia?
Si no quiere ó no puede hacerme gracia,
¿Dónde está su bondad y omnipotencia?

Perdón al que blasfema en su agonía,
Y haz que calme llorando sus enojos,
Que es horrible sufrir de noche y día
Sin que asome una lágrima á los ojos.

Quiero el llanto verter de que está henchido
Mi pobre corazón hipertrofiado,
Que si no lloro hasta quedar rendido
¡Por Dios! que moriré desesperado.

¡Si comprendieras lo que sufro ahora!...
¡Aire!... ¡aire!... ¡infeliz!... ¡que me sofoco!...
Se me revienta el corazón.. ¡Señora!
¡Piedad!... ¡¡¡piedad de un miserable loco!!!

Trasladamos también á este libro alguna composición más para demostrar la decepción y desilusión del poeta:

AMISTAD

—

SONETO

¡Amistad!... ¡Amistad!... ¡frasismo vano!
El hombre, por esencia comerciante,
cuando puede comprar, es un gigante,
cuando quiere vender, es vil gusano.
Ya que hay en la amistad Mercurio y Jano,
me vuelvo como todos traficante,
me pongo al mostrador con buen talante,
y doy la mano al que me da la mano.

Al que no deja, mi prudencia evita;
al que no quita, mi candor corteja;
y en mi libro de caja queda escrita
la útil excelente moraleja:

Siempre algo deja lo que nada quita.
Siempre algo quita lo que nada deja.

DOS ENTIERROS

SONETO

Asomado al balcón, ví que pasaba
un gran entierro; su cortejo ingente
con pompa funeral, muy lentamente,
invadiendo tres calles desfilaba.

Y más tarde pasó... ¿pasó?... ¡volaba!
otro *entierrillo* rápido, impaciente;
iba el muerto en arcaz, hasta indecente,
y nadie al muerto aquel acompañaba.

Comparando, pensé: yo no me explico
lo que hay tras de la muerte, mas diría:
el pobre que la teme es un borrico,
que si la muerte da con saña impía
fin á la vida cómoda del rico,
también da fin del pobre á la agonía.

En las poesías de Plaza hay un fondo siempre filosófico, y á pesar de algunas incorrecciones que los críticos pudieran censurar, la inspiración es siempre bella, fluida y natural.

Pondremos punto final á estos apuntes con dos producciones de sentimientos diversos, é inspiradas una en amor inmenso, la otra en hastío infinito:

AMOR IDEAL

Á ***

I

¡Santo cielo! ¿Quién diría
Que tan grande amor sintiera,
Que ardiente llanto vertiera

Por tí, de noche y de día?
En mi existencia sombría
Un infierno has colocado:
Porque en mi sér desgraciado
Despertaron tus miradas,
Ilusiones olvidadas
En la tumba del pasado.

II

Sin fe, sin luz ni emociones,
Desgraciado y orgulloso,
Llegué á la edad del reposo
Burlando las ilusiones;
Pero al verte, mis pasiones
Sacudieron su beleño
Porque sentí con empeño
La sed de amor infinito,
Y ardió mi cráneo maldito
Con la fiebre del ensueño.

III

Sufriendo, la muerte llamo,
La vida me desespera;
Porque á tí, ¡quién lo creyera!
Más que á mis hijos te amo.
Desde que en amor me inflamo,
Todo gira indiferente;
Pienso en tí exclusivamente
Y soy con ellos mal padre. .
Tú, mujer, tú que eres madre,
¿Comprendes mi amor ingente?

IV

¿Por qué te amo?—No lo sé.
¿Quién eres tú? No pregunto;
Sólo sé que desde el punto
En que te ví, te adoré.
Por mi mal adiviné
Que á tu alma huérfana, sola,

Bárbaro destino inmola,
Y te dí mi fe profunda;
Porque á tu frente circunda
Del martirio la aureola.

V

Te amo con idolatría,
Te amo hasta la timidez,
Te amo, como en la niñez
Amé á la Virgen María.
Aunque es mi pasión impía,
La esperanza que acariño
Es casta como el armiño
Y como el fuego quemante;
Porque tengo alma gigante,
Pero corazón de niño.

VI

Siempre te veo... ¿lo creerás?
Huyéndote siempre estoy:
A donde tú vas yo voy,
Y voy cuando ya te vas,
Donde estuviste y no estás,
Triste, silencioso, aislado,
Permanezco allí extasiado
En aparente sosiego,
Y, al fin, con lágrimas riego
La tierra que tú has pisado.

VII

Cuando no sales, señora,
Temo ya no verte nunca,
Y queda mi vida trunca
Como noche sin aurora.
Triste, cual niño que llora
Cuando huérfano despierta,
Veo la calle tan desierta
Por donde pasas día á día,

Como la cuna vacía
Que deja una hija muerta.

VIII

Intento darme la muerte,
Porque á los muertos envidio;
Pero me espanta el suicidio,
Porque morir es no verte.
Si del cadáver inerte
El muerto cráneo soñara
Y el corazón palpitara,
Te juro, mujer preciosa,
Que entre el polvo de mi fosa
Un altar te levantara.

IX

Si existiere un más allá
De gloria ó condenación,
Mi volcánica pasión,
Eterna, eterna será;
Y si Dios justo, quizá
Por lo que sufro y sufrí
Me reserva gloria á mí,
Yo, que jamás he rogado,
Le rogaré arrodillado
Que te dé mi gloria á tí.

X

Basta ya..., secreto lloro
Comprendo que tu existencia
Destruye, y en la impotencia
Tu horrible pena deploro.
¡Adiós, martir!.. yo te adoro;
Pero ya no te lo digo,
Porque pobre, sin abrigo,
Sólo tengo, ¡maldición!
Lágrimas del corazón
Para verterlas contigo.

ES

Mi cuerpo un armazón de vil basura
Mi espíritu una sombra de tristeza;
Mi corazón un cáliz de amargura,
Y un ánfora de sueños mi cabeza
Donde guarda delirios la locura.

Prieto (Guillermo)

Es, á no dudarlo, el escritor más popular, el más reverenciado y el más fecundo de los escritores mexicanos. ¿Quién no repite en el antiguo Anahuac sus romances históricos y tradicionales? El decano de los cantores de aquellos hermosos valles; el vate de la libertad y de la reforma, ha sido el Tirteo de la raza mexicana, el inmortal heraldo de sus glorias, de sus aspiraciones, y el noble ejemplo para la juventud estudiosa y amante de las letras.

Guillermo Prieto ha sintetizado, dándole forma en verso, el heroísmo de su patria, llenando el inmenso vacío que que en la literatura mexicana había. Cuéntasele también entre los periodistas más notables, y sus méritos, como hombre político, no han sido menores que los que dan realce á su nombre como poeta. Patriota honradísimo, amigo sin rival y dotado de generosos sentimientos, quedará en la Historia mexicana como un tipo legendario y caballeresco.

Las venideras generaciones lo señalarán como tipo digno de veneración por el prestigio que ha dado á las letras patrias, hoy constituídas robustas, ricas y con vida propia, porque si bien ya desde el siglo XVI habían tomado vuelo durante el coloniaje, entraron en una nueva era por los años 1812, adquiriendo entonces el verdadero sello nacional

que las imprimieron Sánchez de Tagle, y más tarde, en 1821, Quintana Roo, con sus hermosos cantos patrióticos.

La literatura mexicana se apartó de los senderos trillados hasta entonces, creando lo que hoy admiramos por los ingenios que la prestan brillo y justísimo renombre.

Guillermo Prieto ha incrustado en ella el innegable valor de su talento como romancero nacional, y ha creado una escuela con su rimar galano, florido y saturado de interés.

De propósito copiamos una de sus composiciones más antiguas, pero llena de luz y de armonía, y que por estar dedicada al cantor de Granada á su llegada á México, tendrá doble encanto para los lectores:

AL SEÑOR DON JOSÉ ZORRILLA

—

Salud y lauros con placer te envía,
No abyecto adulador, no cortesano,
Quien de amigo del Genio y mexicano
En su retiro aciago se gloría.
¡Salud y honor! El sol de nuestra zona
Desplegue para tí su luz más pura,
Y encuentre en tu sonrisa la ventura
Cuando alumbre tu espléndida corona.
Ave viajera, el arrogante vuelo,
Suspende y canta, tu sonoro canto
Renovará su seductor encanto
Debajo del dosel de nuestro cielo.
Bardo español, el de la lira de oro,
Bardo cristiano, trovador errante;
El embeleso del francés y el moro,
México espera que tu voz le cante.
Mi patria que con flores te engalana,
Joya del Septentrión, pompa del día;
Vírgen del mundo la aclamó Quintana,
Mi voz tierna y humilde «¡Patria mía!»

Prorrumpe, ¡ó bardo! en tonos elocuentes,
Y al eco de tus mágicos acentos,
Himnos de gloria llevarán los vientos
Y cantos de alabanza los torrentes.

Canta, bardo; no esperes que palpiten
Las ruinas, de otros siglos osamenta,
Al escuchar tu voz, no que se agiten
Como la espuma cuando el mar revienta
Los recuerdos. Tu musa inspiradora
Ecos sublimes tiene en la tormenta
Y tintas delicadas en la aurora.
Esa fuente de luz que llamas lira,
Ese cáliz de angélicos perfumes,
Que alumbre nuestros campos y montañas,
Que vierta en nuestras auras sus aromas,
Y sus notas sentidas
Las repitan sonoras, melodiosas,
Las olas del Atlántico estruendosas;
Las olas del Pacífico dormidas.
Esa lira derrame los placeres,
Y si quieres que sepa de ternura,
Que le enseñen á hablar nuestras mujeres,
Y que aprenda á sentir de la hermosura.
¡Tagle sublime! ¡Calderón sentido!
¡Rodríguez inmortal! Digno este vate
Era de vuestra voz, digna la gloria
De prestaros su acento, y resonante
Llenar el orbe con fragor de trueno,
Para decirte: «¡Ven á nuestro seno!
¡Lauros al bardo del caduco mundo,
Coronas al cantor del Sarraceno!»
¡Ay! ¿qué se hicieron? La terrible suerte
Mostró á la patria furibundo ceño,
Y hoy á sus liras rotas y sin dueño
Envuelve triste el polvo de la muerte.

¿Cómo llenar la lira aduladora,
Esa santa misión? Dejad las flores
Que agosta el lujo, que marchita el vino,
Y que llene sublime su destino
La flor de los garridos trovadores.

Canta, bardo español; tiende la mente
Cual linfa clara de apacible lago,
Y retrate las nubes de escarlata
De franjas de oro en el inmenso cielo,
La cima del volcán de tersa plata,
De vaga niebla tras el blanco velo...
Ebria de vida, derramando encantos
La tierra de los trópicos potente,
Virgen salvaje elevará su frente,
Fascinada, Zorrilla, con tus cantos.

Bajo redes inmensas de follaje,
Filtra la luz sus vívidos albores,
Rinde la savia el cáliz de las flores,
Dobla el tronco la pompa del ramaje.
Todo es pasión y sentimiento ardiente;
El agua gira en rápido torrente,
O relucen sus linfas desplegadas
En lagos y en magníficas cascadas.
De la palma el espléndido abanico
Junto á las nubes ábrese gigante:
Cual plancha de esmeralda ostenta rico
Su hoja tendida el plátano arrogante.
En bandadas las aves melodiosas
Exhalan sus cantares,
Que empapan en su esencia los azahares,
El mirto, el liquidambar y las rosas.
En tanto que aparece en la cañada
Tan bella la feraz naturaleza,
Triste y severa, y llena de grandeza

Abarca la mirada
La cadena de montes calcinada.
  La mente entonces se remonta luego
Al tiempo ya perdido
En que hirviera el granito derretido
Rugiente en ondas de terrible fuego.
  En que sobre ese mar de ardientes senos
El Dios tremendo, el poderoso, el fuerte,
Pasara entre relámpagos y truenos,
Sobre el carro espantoso de la muerte.
  Eran llamas del mundo las entrañas:
Sonrió el Señor... las olas contenidas
Se apagaron, quedando convertidas
En risueñas colinas y montañas.
  Los torrentes de roca, las pavesas
Esperan tus pinceles,
Y valdrán á tus sienes más laureles
Que tus trovas á fadas y á princesas.
  Al mundo de Colón ven y revela
A otro mundo de luz y de harmonía,
Y el sol de la sublime poesía
Alumbre un orbe que el silencio vela.
  No castillos de góticas almenas,
No vegas ensalzadas por la historia,
Mas campos hay que bautizó la gloria
En otra edad que se recuerda apenas.
  Bellos serán los mágicos colores
Con que pintes las nubes y los cielos,
Trinos de enamorados ruiseñores
La voz de tu ternura y tus consuelos.
  Digno el empuje de tu ardiente acento
Pinte en nuestras inmensas soledades,
Raudo rodando el furibundo viento
Arrastrando en su pos las tempestades.

También nos revela al vate egregio la hermosa oda

leida por él cuando contaba más de setenta años, en la solemne inauguración de la Biblioteca Nacional de México:

FRAGMENTOS

Región de eterna luz, piélago inmenso
Que atraviesa el espíritu infinito
Para llegar á Dios; rasga tu velo,
Y deja que mi cántico bendito
Como ave complacida en el espacio
Se meza dulce recorriendo el cielo.

El alma es el valor; cuando yo siento
Que la gran creación en mi alma cabe
Y no acierta á medir el firmamento;
Cuando me aterra el mar, y la luz pura
A la espalda del sol se desvanece
Y en vuestro eterno hervor de astros sin cuento
Como átomo perdido desparece...
Entonces grito *¡Dios!* El horizonte
Retrocediendo al poderoso grito
De la vista espantada se retira,
Y anonadada el alma reverente
Exclama: ¡El infinito!... ¡El infinito!
A sólo percibir un tenue rayo
De la aureola del Sér Omnipotente.

Tú que le diste con tu mano amiga
Su transparente túnica á la aurora,
Tu dulce acento al cóncavo vacío,
Sus rayos de oro á la fecunda espiga,
Su música apacible al manso río,
Da á mi canto, Dios mío,
Tal luz, tal vibración, tanta armonía,
Que haga reverberar bajo tu amparo
El nombre amado de la patria mía...

. . . .

Para completar á grandes rasgos el boceto literario del escritor valioso, tomamos á la casualidad uno de sus bellísimos romances descriptivos:

PAISAJES

—

El sol se adivina apenas
Con sus resplandores bellos,
Y por las tintas del nácar
Con que ilumina los cielos,
Duermen sin sonar las aguas,
Apenas respira el viento,
Y en las cuencas de los valles
Pasta el ganado en silencio.
De una tórtola escondida
Se oye el tenaz ritornelo,
Y las sombras se desprenden
De los brazos del misterio.
Vuelvo los ojos y miro
A Chapultepec excelso
Do hacen su nido los siglos
En los sabinos soberbios.
¡Qué majestuosos descuellan
Esos gigantes del tiempo
Cual si audaces aspiraran
A lo sublime y lo eterno!
¡Cómo sus bosques de ramas,
Cómo su severo aspecto
Imperan con calma angusta,
En los dominios del trueno.
Y cual un montón de espuma
En las olas de un mar negro
Nos parece que se mira
El castillo romancesco,
Recuerdo de ínclitas glorias
Cuna de heroicos guerreros.

Al frente percibo un cuadro
De tan mágico embeleso,
Que si el pincel lo codicia
Seduce al alma por bello.
Que en cada onda de los aires
Lleva mis ardientes besos,
Y que al través de mi llanto
Lo acaricio y lo contemplo.
Ya es la llanura cual ninfa
De las lomas descendiendo,
Ya son agrupadas chozas,
Con su adobe al descubierto,
Por donde trepan las flores
Y hacen su sombra los fresnos.
Allí la humilde cabaña,
Adelante baños regios,
Entre tupido arbolado
Y desnuda loma á trechos...
Allí aislada la arquería,
Verdes campos descubriendo,
Los anillos de sus arcos
En calideoscopio bello.
Al Sur llanuras en alto
Su verde manto extendiendo,
Milpas de volubres hojas,
Trigalas de oro cubiertos
Culebreando las veredas...
Ranchos, molinos risueños,
Parvadas de casas blancas
De acomodados labriegos,
Tendiéndose en anchas franjas
Matizándose, subiéndose
En tropeles, en peldaños
Y en atrevidos descensos.
Al fondo están las montañas
Cerradas en cerco inmenso

Con sus fantásticas cimas
Como relieves del cielo,
Con sus ondas atrevidas,
Con claros de limpio espejo,
Por donde el sol de Occidente
Derrama chorros de fuego,
Pródigo, de sus grandezas
Único, grande, supremo
Enviando pálidos rayos
Al aislado cementerio
Que parece desdeñando
Desde la eminencia el suelo;
Circundado de altos pinos
Cual gigantescos guerreros,
Que parecen custodiando
La morada de los muertos,
Para que acoja sin ruido
Las confidencias del cielo...
Un giro más y percibo
Por las lomas ascendiendo
Bellas casas y palacios,
Y como castillos regios
En confusión, en tumulto,
En torbellino de pueblo,
A Tucubaya querido
Del niño dorado ensueño,
Tormento de las mujeres
Y consuelo de los viejos.
Allí sus aguas sonoras,
Allí sus parques soberbios
El fugurio del mendigo
Y el palacio del dinero.
Allí jardines floridos,
Que dan perfumes al viento,
Allí pájaros cantores

Forman alegres conciertos
Y dulces trovas de amores
De la noche en el misterio.
Y allí para mí escondido
De adoración el objeto
Que parece que me abriga,
Que abre en mi interior los cielos,
Que me acaricia en los aires
Que vela mi inquieto sueño...
El sepulcro de mi madre,
Las reliquias de sus huesos,
Con las que dichoso vivo
Y en las que llorando pienso.

Téllez Girón (Rafael)

En la numerosa serie de escritores mexicanos, hemos de consagrar siquiera sean algunas líneas al autor del pequeño poema «Nuevo Fausto», dedicado al insigne patricio general don Porfirio Díaz, presidente de la República. La idea fundamental del poema es la lucha de la ignorancia con el progreso, de las sombras con la luz, del caos con los esplendores de la civilización.

Hay estrofas que revelan gallarda inspiración, profundo estudio y el entusiasmo natural por las mágicas iniciativas que en el siglo XIX y comienzos del siglo XX son auroras de grandiosas y transcendentales creaciones.

Nos limitamos á reproducir los cantos II y XXVII del poema, para dar una idea de la elevada inteligencia del poeta y del pensamiento que ha inspirado su pluma:

II

Desde el fondo espectral de las edades
por la ley de abeternas atracciones,

como choque de inmensas tempestades
son de estrellas las grandes disyunciones,
de mundos son las mil afinidades,
son de almas las futuras ecuaciones;
símbolos de existencias portentosas
en la insondable arcanidad dispersos,
los simples son eternas nebulosas
que forman invisibles universos...
y entre nimbos nacientes y arreboles
hoy con mundos y mundos por alfombra
y hogueras increadas por crisoles,
nuevo Fausto es el numen de la sombra
que haciendo luz como ignición de soles
en la nueva retorta de su anhelo,
ya enuncia lo que aterra...
con el alma del mundo por modelo
analiza la tierra
para formar la síntesis del cielo.
Y sube audaz al trípode intangible;
como Dios á la cima donde crea...
se yergue, cual titán de lo imposible...
la página del cielo deletrea,
y al clavar su mirada en lo invisible
la inescrutable arcanidad sondea.

. . . .

. . . .

XXVII

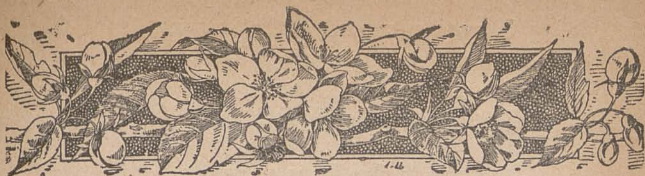
Fausto vuelve su vista,
y apuntando á una cumbre con el dedo,
le dice á Mefistófeles que insista
y que llegue á la meta con denuedo.
—«Allí está—dice Fausto—la conquista:
está sobre el altar de la conciencia
el Evangelio de los almos dones,

y un Código de suma refulgencia
donde brilla la ley de las naciones:
es la Ley Natural de la existencia.»

«Allí la institución bibliotecaria
los prodigios del verbo representa
dando luz tanto al genio como al paria
desde el foco de auroras de la imprenta;
y junto con el grande telescopio
que ve lo colosal del firmamento,
funciona el microscopio
contando de la forma en el acopio
las moléculas vivas del portento.»

»Allí está en cambio de la Ninfa Egeria
la retorta que al simple descalabro,
la balanza pesando la materia,
un hilo conduciendo la palabra,
un cable, de ambos mundos, como arteria,
una caldera cual corcel humano,
un tubo con la voz de las criaturas,
un leño como rey del océano,
un grifo de metal en las alturas;
y de la vida en el obscuro imperio
el microbio cual causa de la muerte
palpitando ante el buzo del misterio,
el catódico rayo que lo advierte;
un libro donde hay ráfagas de infierno
cual belleza de inmensas radiaciones,
y el pedestal del heroísmo eterno
como pacto de paz en las naciones.»





NICARAGUA

Arguello (Santiago)

COMO LA ROSA, LA MUJER

Entre los árboles de un prado,
Hallé una rosa en un rosal.
Cabe la rosa, deslumbrante,
Una mujer escultural.

Cabe la rosa, de los prados,
La niña estaba, flor también.
Era una rosa delicada,
Como la rosa, la mujer.

*
* *

Para el rocío, urna de seda,
Abre sus pétalos, la flor;
La otra sus labios coralinos,
Urna del beso tentador.

La rosa es nueva: en la mañana,
Cuando à prender vino la Luz
Las luminarias de la aurora
Bajo el gran palio de tisú,

Se abrió la flor, boca escarlata,
Ansiando el beso de su amor.
Igual la niña: quince abriles.
Rosa del alba, boca en flor.

Iguales ambas, ambas gráciles...
Hoy vino la una, la otra ayer...
Como la niña está la rosa;
Como la rosa la mujer.

*
* *

Sube el bochorno, es mediodía,
Y el sol esplende en el zenit.
Agil, nervioso, haciendo giros,
Pasa un inquieto colibrí.

Alguien le sigue por el prado;
Lleva mochila, es cazador,
Agil y rubio, con el arma
Que resplandece bajo el sol.

La rosa tiembla: quizá el viento...
Así la niña: el sol tal vez...
¿Por qué será que temblaría,
Como la rosa, la mujer?...

*
* *

Frote de plumas en el prado,
Sobre la rosa carmesí,
Alas abiertas, en el cáliz
Hunde su pico el colibrí.

Eco de arrubios (son los labios
Abierto cáliz en pasión.)
Hacia el pistilo, en vuelo ardiente,
El polen va fecundador.

¡Oye!... no sigas... es que el ave...
¡Detén tu paso! Es que el doncel...
Es que la rosa... Es que está amando
Como la rosa, la mujer.

***

Lleno de sombras está el cielo;
Véspero, triste, llegó ya;
Y abre sus alas el Silencio
Sobre la muda inmensidad.

El aire va con el sollozo
Entre las flores del pensil,
Y ya no tiene el Occidente
Su alegre risa de carmín.

Y aquella flor de la mañana
¿Por qué está seca en el rosal?...
Y aquella niña, ¿por qué llora?...
La niña alegre... ¿qué tendrá?...

El colibrí no está en el prado;
Tampoco el rubio cazador,
El que venía con el arma
Resplandeciente bajo el sol.

¡Pero la rosa está marchita!...
¡Pero la niña es muerta flor!...
¡Y la flor vino con el alba!...
¡Y la muchacha ayer nació!...

¿Por qué esa rosa está sin pétalos?
¿Por qué ese rostro viejo es?
¿Por qué vivió tan sólo un día,
Como la rosa, la mujer?...

El poeta nicaragüense demuestra, en la poesía que reproducimos, galana inspiración y novedad en la forma: bien merece su puesto en EL MUNDO LITERARIO AMERICANO.

Rubén (Darío)

Por el mundo vaga un poeta originalísimo, un soñador que encierra en su mente todas las filigranas y todo el lirismo, idealizado con encantos indescribibles, como inspirados en los hermosos lagos y al pie de los volcanes que levantan hasta las nubes sus nevadas crestas en el risueño y pintoresco suelo de Nicaragua. Él. por sí solo, bastaría como robusta y opulenta muestra de lo que vale y de lo que es el nervio poético en aquella zona centro-americana, donde tantos ingenios han brillado, á la par de los héroes y de los estadistas.

Rubén Darío satura sus versos con fragancias helénicas y como si brotaran en búcaros orientales, de tal modo que, en poco tiempo, y ya desde muy joven, logró envidiable fama.

Para recreo del espíritu consignamos las estrofas de una de sus más galanas y extrañas composiciones:

FRISO

A MAURICE DU PLESSIS

Cabe una fresca viña de Corinto
Que verde techo presta al simulacro
Del dios viril, que artífice de Atenas
En intacto pentélico labrara,

Un día alegre, al deslumbrar el mundo
La harmonía del carro de la Aurora,
Y en tanto que arrullaban sus ternezas
Dos nevadas palomas venusinas
Sobre rosal purpúreo y pintoresco,
Como olímpica flor de gracia llena
Ví el bello rostro de la rubia Eunice.
No más gallarda se encamina al templo
Canéfora gentil, ni más rïente
Llega la musa á quien favor prodiga
El divino Sminteo, que mi amada
Al tender hacia mí sus tersos brazos.

Era la hora del supremo triunfo
Concedido á mis lágrimas y ofrendas
Por el poder de la celeste Cipris.
Y era el ritmo potente de mi sangre
Verso de fuego que al propicio numen
Cantaba ardiente de la vida el himno.
Cuando mi boca en los bermejos labios
De mi princesa de cabellos de oro
Licor bebía que afrentara al néctar,
Por el sendero de fragantes mirtos
Que guía al blanco pórtico del templo,
Súbitas voces nuestras ansias turban.

Lírica procesión al viento esparce
Los cánticos rituales de Dionisio,
El evohé de las triunfales fiestas,
La algazara que enciende con su risa
La impúber tropa de saltantes niños,
Y el vivo son de músicas sonoras
Que anima el coro de bacantes ebrias.
En el concurso báquico el primero,
Regando rosas y tejiendo danzas,
Garrido infante, de Eros por hermoso

Émulo y par, risueño aparecía,
Y de él en pos las ménades ardientes,
Al aire el busto en que su pompa erigen
Formas ebúrneas; en la mano el sistro,
y las curvas caderas mal veladas
Por las flotantes, desceñidas ropas,
Alzaban sus cabezas que en consorcio
Circundaban la flor de Citerea
Y el pámpano fragante de las viñas
Aun me parece que mis ojos tornan
Al cuadro lleno de color y fuerza.
Dos robustos mancebos que los cabos
De cadenas metálicas empuñan,
Y cuyo porte y músculos de Ares
Divinos dones son, pintada fiera
Que felino pezón nutrió en Hircania
Con gesto heroico entre la turba rigen;
Y otros dos un leopardo cuyo cuello
Gracias de Flora ciñen y perfuman,
Y cuyos ojos en las anchas cuencas
De furia henchidos sanguinosos giran.
Pétalos y uvas el sendero alfombran,
Y desde el campo azul do el Sagitario
De coruscantes flechas resplandece
Las urnas de la luz la tierra bañan.

Pasó el tropel. En la cercana selva
Lúgubre resonaba el grito de Atis,
Triste pavor de la inviolada ninfa,
Deslizaba su paso misterioso
El apacible coro de las Horas;
Eco volvía la acordada queja
De la flauta de Pan. Joven gallardo,
Más hermoso que Adonis y Narciso,
Con el aire gentil de los efebos
Y la lira en las manos, al boscaje

Como lleno de luz se dirigía.
Amor pasó con su adorada antorcha
Y no lejos del nido en que las aves,
Las dos aves de Cipris, sus arrullos
Cual tiernas rimas á los aires dieran.
Fuí más feliz que el luminoso cisne
Que vió de Leda la inmortal blancura;
Y Eunice pudo al templo de la diosa
Purpúrea ofrenda y tórtolas amables
Llevar el día en que mi regio triunfo
Vió el dios viril en mármol cincelado
Cabe la fresca viña de Corinto.

Puede clasificarse á Rubén Darío en el número de aquellos brillantes bardos que recogieron con hábil mano los gloriosos restos del romanticismo, fundiéndolos en un nuevo molde y dándoles la forma maravillosa que admiramos en el idealista singular, que aparte de un estilo *suyo* ha mezclado los colores orientales, fotografiando con delicioso realce y atractivo cuadros helénicos con sello propio y reservado para un ingenio excepcional que encierra en sí todas las harmonías y todos los idealismos propios de los poetas árabes.

Hay en los giros y en los versos diamantinos de Rubén Darío algún punto de contacto con el inolvidable poeta André Chenier, aquel desventurado que en los anales de la Revolución francesa es un meteoro esplendoroso, un soñador interesante, una víctima de recuerdo imperecedero.

La musa fecunda de los griegos, compañera inseparable del escritor nicaragüense, ha tomado de las brisas juguetonas, del murmullo apacible de las olas que apenas rizan la superficie del mar Pacífico, de las florestas que se miran en el cristalino espejo del San Juan, el aliento suave y misterioso, los aromas de plantas y resinas desconocidas, el radiante colorido de las avecillas y las dulzuras de sus gorgeos.

Lo vaporoso, lo diáfano, lo esencialmente poético en el numen de Rubén Darío, deslumbra el espíritu y lo conduce á las regiones fascinadoras de lo sublime, dejando con sus versos un sabor nuevo y exquisito. El conjunto es siempre seductor, y los pensamientos, á cual más ricos y brillantes, acusan la poderosa facultad escativa y la inagotable inspiración.

Pongamos punto final á este bosquejo con rica pedrería robada al tesoro del inspirado soñador:

PROSAS PROFANAS

—

SONATINA

A la Desconocida

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la brisa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida, en su silla de oro;
está mudo el teclado de su clave sonoro;
y en un vaso olvidada, se desmaya una flor...

El jardín puebla el triunfo de los pavo-reales;
parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo, piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda ó de China,
ó en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
O en el rey de las islas de las Rosas fragantes,
ó en el que es soberano de encantados diamantes,
ó en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?...

¡Ay! la pobre princesa de la boca de rosa,
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar á los lirios con los versos de mayo,
ó perderse en el viento sobre el trueno del mar!

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
ni el balcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte:
los jazmines de oriente, los nelumbos del norte,
de occidente las dalias y las rosas del sur.

¡Pobrecita princesa de los sueños azules!
está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrel que no duerme y un dragón colosal.

—¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(la princesa está triste; la princesa está pálida)
¡Oh, visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volase á la tierra donde un príncipe existe
(la princesa está pálida: la princesa está triste)
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

—Calla, calla, princesa—dice el hada madrina,
en caballo con alas hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
á encenderte los labios con su beso de amor!

RIMAS

—

Allá en la playa quedó la niña.
¡Arriba el ancla! ¡Se va el vapor!

El marinero canta entre dientes.
Se hunde en el agua trémulo el sol.
¡Adiós! ¡Adiós!

Sola, llorando sobre las olas
Mira que vuela la embarcación.
Aun me hace señas con el pañuelo
Desde la piedra donde quedó.
¡Adiós! ¡Adiós!

Vistió de negro la niña hermosa.
¡Las despedidas tan tristes son!
Llevaba suelta la cabellera
Y en las pupilas llanto y amor.
¡Adiós! ¡Adiós!

LA TRISTEZA

—

A María C. Moyorga

Me preguntaste, María,
Qué es la tristeza, una vez,
¡Ay, amiga!
Que la doliente harmonía
De las ramas del ciprés
Te lo diga.

Pregúntale al arroyuelo
Que entre la pradera gime
Con ternura;
Y pregúntaselo al vuelo
Del aura leve que oprime
La espesura.

Que te responda el quejido
De la onda de la laguna
Que se mueve,

Y el acento repetido
Del ave que al ver la luna
Se conmueve.

Que te diga el arpa eólica
Que entre las ramas se mece
Rumorosa,
La harmonía melancólica
Que en el aire desaparece
Misteriosa.

Que te lo revele el giro
De los mil velos de brumas
Allá en la noche serena;
Que te lo diga el suspiro
Que al morir dan las espumas
En la arena.

Que te responda el lamento
Del poeta desgraciado
Que delira
Al mirar que lleva el viento
El cantar enamorado
De su lira.

Pues todo eso, amiga mía,
Que esparce melancolía,
Y toda esa
Vaguedad que inspira tanto
Es con su divino encanto
La tristeza.

RIMA

—

Tenía una cifra
Tu blanco pañuelo,
Roja cifra de un nombre que no era
El tuyo mi dueño.
La fina batista,

Crujía en tus dedos.
¡Qué bien luce en la albura la sangre!...
Te dije riendo.
Te pusiste pálida.
Me tuviste miedo...
¿Qué miraste? ¿Conoces acaso
La risa de Otelo?

ERA UN AIRE SUAVE

—

Era un aire suave, de pausados giros;
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
E iban frases vagas y tenues suspiros
Entre los sollozos de los violoncelos.
Sobre la terraza, junto á los ramajes,
Diríase un trémolo de liras eolias,
Cuando acariciaban los sedosos trajes
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.
La marquesa Eulalia, risas y desvíos
Daba á un tiempo mismo para dos rivales.
El vizconde rubio de los desafíos
Y el abate joven de los madrigales.
Cerca, coronado con hojas de viña
Reía en su máscara Término barbudo.
Y, como un efebo que fuese una niña,
Mostraba una Diana su mármol desnudo.
Y bajo un boscaje del amor palestra,
Sobre rico zócalo al modo de Jonia,
Con un candelabro prendido en la diestra
Volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.
La orquesta perlaba sus mágicas notas,
Un coro de sones alados se oía;
Galantes pavanas, fugaces gavotas
Cantaban los dulces violines de Hungría
Al oír las quejas de sus caballeros
Ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia,

Pues son su tesoro las flechas de Eros,
El cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.
¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fíe!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
¡La divina Eulalia ríe, ríe, ríe!
Tiene azules ojos, es maligna y bella,
Cuando mira vierte viva luz extraña:
Se asoma á sus húmedas pupilas de estrella,
El alma del rubio cristal de Champaña.
Es noche de fiesta, y el baile de trajes
Ostenta su gloria de triunfos mundanos.
La divina Eulalia, vestida de encajes,
Una flor destroza con sus tersas manos.
El teclado harmónico de su risa fina,
A la alegre música de un pájaro iguala,
Con los staccati de una bailarina
Y las locas fugas de una colegiala.
¡Amoroso pájaro que trinos exhala
Bajo el ala á veces ocultando el pico;
¡Qué desdenes rudos lanza bajo el ala,
Bajo el ala aleve del leve abanico!
Cuando á media noche sus notas arranque
O en arpegios áureos gima Filomela,
Y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque
Como blanca góndola imprima su estela.
La marquesa alegre llegará al boscaje,
Boscaje que cubre la amable glorieta
Donde han de estrecharla los brazos de un paje,
Que siendo su paje será su poeta.
Al compás de un canto de artista de Italia
Que en la brisa errante la orquesta deslíe,
Junto á los rivales la divina Eulalia,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.
¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,

Sol con corte de astros, en campos de azur?
¿Cuándo los alcázares llenó de fragancia
La regia y pomposa rosa Pompadour?
¿Fué cuando la bella su falda cogía
Con dedos de ninfa bailando el minué,
Y de los compases el ritmo seguía
Sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?
¿O cuando pastoras de floridos valles
Ornaban con cintas sus albos corderos
Y oían, divinas Tirsis de Versalles,
Las declaraciones de los caballeros?
¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
De amantes princesas y tiernos galanes,
Cuando entre sonrisas y perlas y flores
Iban las casacas de los chambelanes?
¿Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
Pero sé que Eulalia ríe todavía,
Y es cruel y es eterna su risa de oro!

EMELINA

—

Amada, espera, espera.
Florecerá la luz en los altares;
Y al llegar la amorosa Primavera
Te hallará coronada de azahares.

—

Eres buena, eres casta;
Y Dios belleza y gracia darte quiso.
Para hacer de un hogar un paraíso
¡Oh, mi gloria y mi luz! con eso basta.

SONETOS ÁUREOS

—

I

CAUPOLICÁN

Es algo formidable que vió la vieja raza.
Robusto tronco de árbol al hombro de un campeón

Salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
Blandiera el brazo de Hércules ó el brazo de Sansón.

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
Pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
Lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
Desjarretar un toro y estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día,
Le vió la tarde pálida, le vió la noche fría,
Y siempre el tronco de árbol á cuestas del titán.

¡El Toqui! ¡el Toqui! clama la conmovida casta.
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: «Basta.»
E irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

II

DE INVIERNO

En invernales horas mirad á Carolina;
Medio apelotonada descansa en el sillón,
Envuelta con su abrigo de marta cibelina,
Y no lejos del fuego que brilla en el salón.

El fino galgo blanco junto á ella se reclina,
Rozando con su hocico la falda de Alençón,
No lejos de las jarras de porcelana china
Que medio oculta un biombo de seda del Japón.

En languideces tibias la invade un dulce sueño;
Entro, sin hacer ruido, dejo mi capa gris,
Voy á besar su rostro rosado y halagüeño

Como una rosa roja que fuera flor de lis;
Y abre los ojos, mírame con su mirar risueño,
Mientras la nieve cae del cielo de París.

III

VENUS

En una negra noche mis nostalgias amargas sufría.
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.

En el obscuro cielo Venus bella temblando lucía,
Como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,
Que esperaba á su amante bajo el techo de su camarín,
O que, llevada en hombros, la profunda extensión recorría,
Triunfante y luminosa recostada sobre el palanquín.

«¡Oh, reina rubia! díjole, mi alma quiere dejar su crisálida,
Y volar hacía ti, y tus labios ardientes besar,
Y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida

Y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar.»
La brisa con su vuelo refrescaba la atmósfera cálida.
Venus desde el abismo, me miraba con triste mirar.

Somoza Vivas (Fernando)



Está en la lozanía de la edad, en las energías de la inteligencia, en la plenitud y vigor de la inspiración que centellea en sus escritos, y que pródiga le otorgó la espléndida naturaleza de su patria, de esas repúblicas del Centro América que han sido cuna de hombres meritísimos en las armas, en las letras y en el sagrado altar de la patria.

Apenas entraba en la senda de la vida juvenil, distinguióse Fernando Somoza Vivas en las lides de la libertad y del periodismo, siendo redactor de «El Rayo» en 1893: en el periódico «El Centro América» en 1894; en la «Bandera Liberal» en 1896 y en el «Partido Liberal» de Guatemala en 1897.

Reune galanura en la frase, hondos conocimientos de historia universal y ha saboreado con deleite y provecho la literatura española y los clásicos ingleses, que bien se traduce ese profundo estudio en sus trabajos intelectuales y en los triunfos que en los parlamentos ha conquistado por su facilidad y belleza oratoria.

Cuenta Nicaragua con historiadores de alto vuelo, y el general Somoza Vivas, con sus quince tomos de la historia Centro-americana, logra el envidiable primer puesto entre aquéllos.

Ojalá llegue á nuestras manos tan hermosa muestra de su clarísimo talento que el patriótico gobierno de Honduras adopta y hace que vea la luz pública en gloria de América y como honrosa recompensa para el autor infatigable.

Complácenos reproducir algunos párrafos de su artículo «El Patriotismo» en homenaje de afecto y para embellecer una página de nuestro libro.

EL PATRIOTISMO

—

PARA LA JUVENTUD DE CENTRO-AMÉRICA

No hay palabra más hermosa que la que nos trae á la memoria el recuerdo del suelo en que nacimos, de la tierra en que jugamos cuando niños, y donde la juventud se inicia lozana como esos árboles de brotes robustos, que ostentan el verde claro de sus follajes en nuestra eterna primavera.

El amor de la patria es tan sublime, que entre los egoís-

mos del corazón humano es el único que redime y eleva, el único ante el cual puede levantarse con orgullo el altar en que tributan culto las almas buenas, los cerebros sabios ofrendando grandes abnegaciones y los más estupendos sacrificios.

El que no es patriota, no puede ser bueno ni puede ser nunca honrado.

La patria es la luz que nos abrió los ojos con los colores de iris, es la campiña que nos brindó con sus frutos y sus sombras, es el seno de la madre que nos alimentó cuando niños, es la plegaria que, sentados sobre las rodillas, nos enseñaron nuestros padres dándonos á conocer al Sér Supremo, es el hogar, es la familia, los amores purísimos, todo lo santo que puede palpitar en la idea y el corazón del hombre.

Y cuando la patria sufra, cuando esté esclavizada ó dividida, entonces sus hijos deben amarla más, como se hace con una madre débil y enferma.

*
* *

Centro América es nuestra madre, ella es la esperanza de la juventud que medita y estudia y debe ser el consuelo de los ancianos que, al bajar los peldaños de la muerte, confíen sus ensueños patrióticos al porvenir, vientre del tiempo, de donde algún día brotarán la unidad y el progreso de cinco Estados que el egoísmo y la desgracia desgarraron.

Jóvenes: mañana seréis hombres; mañana, cuando vuestros brazos puedan llevar el fusil, empuñar el sable ó dirigir el arado, acordáos que los dos primeros sólo deben usarse por la justicia y por el patriotismo, mientras que el tercero ha de llevarse constantemente, porque el trabajo encarna la felicidad de la patria. Por ésta debemos estudiar, por ella debemos hacer todo lo que esté al alcance de nuestra inteligencia y de nuestro corazón.

Cuando viajero, proscrito y errante, he paseado mis

ojos por las costas del grande istmo, desde Ocós á Puntarenas, y las he visto perderse en las lejanías azuladas del Océano, he sentido que un nudo oprimía mi garganta, y sin querer, las lágrimas, lluvia del sentimiento, caían sobre la cubierta del barco que me arrastraba como un destino cruel.

Pero los sufrimientos por tan noble causa, los dolores que sirven de enseñanza, han de legarse á la juventud, de donde mañana saldrán las glorias del talento y de la abnegación de la Patria centro-americana.

*
* *

Pocos países tienen tantos ejemplos de patriotismo como los pueblos descendientes de Latium.

El condestable de Borbón, en venganza de haber sido prisionero largo tiempo, emigró á España, donde un noble español tuvo que hospedarle en su mansión señorial de orden del Emperador Carlos V; pero tan luego como salió de aquella casa, incendió su castillo por haber servido de morada á un renegado de su patria, es decir, á un traidor.

Ese castigo merece todo aquel que menosprecie el suelo donde vió la primera luz, y la maldición pesa sobre su conciencia hasta que una tierra extraña, porque ya ninguna puede ser la suya, oprime su cuerpo con desprecio y anatema.

El sentimiento de amor para toda la humanidad, es quizá la llamada universal que nos reserve el porvenir glorioso del hombre sin rivalidades y sin preocupaciones; pero mientras llegue ese día, el patriotismo será la luz y la esperanza para las almas generosas y honradas.

*
* *

Ondea en el espacio un trapo azul y blanco, blanco en el centro, simbolizando la tierra hermosa en que hemos

desarrollado nuestra carne y nuestro espíritu, azul en los extremos, recordando el mugidor Atlántico y el tranquilo Grande Océano: mares inmensos donde el trabajo y el progreso llaman nuestros esfuerzos y por donde más tarde nuestros barcos, con esa bandera, pondrán en comunicación las palpitaciones de la vida común centroamericana. Por eso cuando veáis que el pabellón blanco y azul suba ó baje, cuando ese símbolo de la gloria nacional permanezca izado, descubríos y jurad mentalmente que moriréis defendiéndolo antes de permitir que caiga deshonrado: porque sabed que el hombre que abandona su bandera merece el desprecio de sus conciudadanos, y las leyes imponen el castigo que se merece el renegado y el traidor.

*
* *

La lengua de nuestros padres también es respetable, porque es el idioma de nuestra Nación, porque en ella nos enseñó nuestra madre á pronunciar el nombre de Dios y el de los hermanos que junto á nosotros crecieron, porque en esa lengua oímos las primeras frases del amor y de la amistad.

Aprended otros idiomas: todo paso que se da en el camino de la instrucción, es paso que ganamos en el sendero de la luz; pero no reneguéis de vuestra lengua que en sus modulaciones están envueltos todos los recuerdos de la patria.

La humanidad en sus fines es una sola; pero el timbre de los pueblos es la historia de su raza; procuremos conservar las virtudes excelsas que adornan la nuestra y no reneguemos de ella, porque sería escarnecer la sangre de tantos antepasados que supieron glorificarla con el genio, el valor y el talento.



PARAGUAY

Criado (Matías Alonso)



Creemos recordar que el publicista sud-americano á quien dedicamos estos párrafos, es de nacionalidad paraguaya, á juzgar por los cargos que ha desempeñado en el Cuerpo Consular, y porque algunas de sus producciones intelectuales han sido publicadas en aquella tierra de valientes.

En diferentes ocasiones ha dado relevantes pruebas de su actividad en honra y gloria del Uruguay y del Paraguay, pues que de ambas repúblicas se ha ocupado y á las dos consagra su pluma y sus laudables esfuerzos morales é intelectuales.

Insertamos un pensamiento inédito y fragmentos de un artículo en el centenario de Colón.

EL PORVENIR DE LA RAZA

LA GUERRA DE LOS IDIOMAS

El crítico inglés Carlyle dice refiriéndose á su patria: «Si me dan á escoger entre la pérdida de Shakespeare y la pérdida del Imperio británico en la India, eligiría sin vacilar la pérdida de estas colonias, porque ellas han de perderse tarde ó temprano,» mientras que el idioma del inmortal dramaturgo será siempre lazo de unión y signo de fraternidad entre cuantas gentes hablen inglés en todas partes del mundo.

Lo mismo podemos decir todos los españoles. En los 406 años desde el descubrimiento se han ausentado de España más de 40.000.000 para venir á América. Desgraciadamente mientras que las colonias Inglesas y Portuguesas al emanciparse solamente formaron *una* nación de su idioma tan grandes como los Estados Unidos y el Brasil, desde California al Estrecho de Magallanes, los descendientes de España formaron *quince* naciones diferentes...

Sin embargo, como ha dicho un filósofo francés «*La lengue c'est la nation*», el idioma es el pueblo, el español ocupa el quinto lugar entre los idiomas civilizados.

El inglés lo hablan 120 millones, el ruso, 90; el alemán, 80; el francés, 60; y el español 50 millones; 40 el japonés, y 35 el italiano.

Descontados de la lucha de la moderna civilización el chino que lo hablan 300 millones, el indio 290 y el africano 200, por la extensión de los países del idioma español hay fundada esperanza de salir victoriosos en la guerra de los idiomas, si nuestra raza mira al porvenir más que al pasado, y se identifica con los progresos contemporáneos para hacer vida moderna.

PORVENIR DE MONTEVIDEO

—

. . . .

En las naciones americanas jamás ha dejado de revelarse este espíritu generoso y grande, y en ningún pueblo de un modo tan elocuente y simpático como en Montevideo. La República Oriental del Uruguay es también la única en todo el Continente americano que no arranca su declaratoria independiente contra España y la única también que no tiene *indios* en su suelo. Reune, además, la costa septentrional del Río de la Plata, antecedentes, méritos y atractivos especiales. Durante los trescientos años primeros del descubrimiento de América, se disputaron encarnizadamente su dominio España y Portugal, reuniéndose en el Congreso de Utrecht, en 1713, todas las naciones de Europa para resolver á quién pertenecía la *Colonia del Sacramento*, la llave, puede decirse, del estuario de los grandes ríos sudamericanos.

En el primer tercio del siglo XIX, en los albores de la independencia, perteneció Montevideo á seis naciones diferentes: España, Inglaterra, la Argentina, Portugal, Brasil, se disputaron su dominio, hasta constituirse en Estado libre é independiente bajo la garantía de la Inglaterra y países vecinos, de acuerdo con la Convención Preliminar de paz entre la República Argentina y el Brasil, en Agosto de 1828.

Ejemplo único en la historia, que pone en evidencia los atractivos de este pedazo de tierra, de posición y condiciones sin igual en todo el mapa de América.

. . . .

La posición geográfica de esta República, y muy especialmente la de su capital Montevideo, no puede ser más feliz ni ventajosa: está á la entrada de un río navegable en ochocientas leguas, por los ríos Paraná y Paraguay, hasta cerca de las fuentes del Amazonas, y la vía férrea remontará muy pronto á los orígenes del Uruguay; la fertilidad

de su suelo, la calidad de sus productos, la virilidad de sus hijos que han formado siempre en la vanguardia de los ejércitos, en la Argentina, Brasil y Paraguay y en territorio nacional, probada en hechos que, siendo recientes, parecen fabulosos, y mil otras condiciones diversas, debidas unas á la naturaleza y otras á combinaciones fisiológicas de su población, hacen que nuestro espíritu no se abata y se levante entusiasta á la busca de una intuición más conforme con el ideal de la justicia y de la verdad histórica.

¿Por qué, en efecto, Montevideo no ha de llevar la iniciativa gloriosa de una obra de unión de voluntades y de concentración de fuerzas, que cambie sus aflicciones en lisonjeras esperanzas? ¿Por qué no ha de ser en el Río de la Plata lo que fueron Prusia en Alemania y el Piamonte en Italia?

. . . .

Montevideo, con el primer puerto natural sobre el Atlántico, para comunicarse con el exterior, y los ríos más grandes y navegables de Sud América para comunicarse con el interior del Continente; Montevideo, decimos, tiene un gran porvenir, una gran misión que cumplir en la historia de América.

La gran ciencia de los estadistas estriba en la previsión.

Se ha dicho que ellos deben pasar el tiempo trazando líneas en los mapas y cifras en la estadística, como pasan el tiempo los astrónomos estudiando el cielo para predecir la aparición de los cometas ó los fenómenos del cosmos, que se relacionan con las variaciones, sacudimientos y cataclismos de este planeta sublunar.

Segundo Decoud (José)

Desde que en crónicas y en folletos históricos había leído los detalles de la lucha gigantesca sostenida por el pueblo paraguayo contra el Brasil, la República Argentina y el Uruguay, fijé más mi atención en esa nacionalidad

rica en bellezas de vegetación y en paisajes de espléndida grandeza, que se renuevan á cada momento al surcar las aguas del Nilo del Nuevo Mundo, el Paraná, *padre del mar*, en idioma guaraní, y que mezcla sus ondas con las del ancho y profundo Amazonas. No menos lozanas y risueñas son las hermosas perspectivas del Paraguay, á orillas del cual está tendida la Asunción, capital de la República, fundada por Juan de Ayolas, quien puso los cimientos el día 15 de Agosto de 1536.

Feraz por extremo se destaca la región americana que ha dado en diversas ocasiones ancha medida del valor de sus hijos y de su patriotismo, el que, puesto á prueba, dió al mundo ejemplos de heroísmo dignos de imitación, y tanto más cuanto que, incomunicados con el resto del universo y sin los medios de defensa con los que en casos semejantes pudiera contar otra nación, se batieron como leones en lucha tenaz, sangrienta y desfavorable para los paraguayos.

Nadie ignora el resultado de aquella campaña, que terminó en Cerro-Corá el 1.º de Marzo de 1870.

Rico por demás es aquel suelo; y grande ha sido el desarrollo que ha logrado en todas las esferas, durante un espacio de veinte años, merced á los gobernantes que con habilidad suma han conducido la nave del Estado.

Hombre ilustradísimo, publicista notable y noble patriota, ha descollado en el Paraguay José Segundo Decoud, esclavo del bien nacional, periodista atildado y estudioso, y diplomático, á la vez que político hábil en los altos cargos que en el Gobierno ha desempeñado, en los Ministerios de Justicia, Instrucción Pública y Relaciones Exteriores.

En su vida pública y en la privada ha recogido popular aplauso, y su colaboración para el desarrollo de la instrucción pública, sobre todo ínterin estuvo á su cargo la dirección del Colegio Nacional, granjeáronle más y más el cariño de sus conciudadanos.

José Segundo Decoud es altamente práctico en sus ideas;

en las tareas periodísticas ha sobresalido por la elocuencia del lenguaje, por la precisión en los conceptos y por el brío desplegado en pro de la prosperidad de su país en los debates del Parlamento, á la par que brillaba en el foro.

Sólo un pensamiento, grabado en estas páginas, bastará para retratar al insigne paraguayo.

COLÓN (1)

«A medida que la América se engrandece por el trabajo, por la inteligencia y por la influencia poderosa de las instituciones libres, más grande y sublime es el sentimiento de admiración y gratitud que despierta el genio inmortal de Colón.

»Mientras que España contempla alborozada su obra, millones de hombres libres saludan con religioso fervor el nombre del ilustre descubridor del Nuevo Mundo.

»Colón había concebido la idea de implantar la fe cristiana en medio de las selvas vírgenes de las dilatadas regiones que había descubierto. Creíase inspirado por el cielo para proseguir la obra del Apóstol de los gentiles. Pero una República cristiana sin el soplo vivificante de la libertad, era inconcebible á la luz de los principios de la filosofía política, y en la hora solemne de los momentos supremos para los pueblos, habían de surgir próceres y héroes sublimes luchando por el triunfo de la democracia y de la dignidad humana.

»¡Gloria á aquellos ilustres y esforzados varones que fundaron la república en suelo americano!

»¡Gloria á Colón, que dió un mundo que había de transformarse más tarde en tierra bendita de la libertad, en patria de hombres libres, en asilo sagrado de todas las creencias y en teatro de los progresos humanos.»

(1) Fué inspirado en 1892, al celebrar en Montevideo el primer centenario del audaz navegante.

PERÚ

Cabello de Carbonera (Mercedes)



Pensadora de alto vuelo; filósofa profunda; atildada y correctísima escritora, corazón grande y noble, capaz de todas las energías ajenas por lo general á la mujer, y á la vez tiernísimo centro de afectos puros, de sentimientos amantes, generosos y exentos de pequeñeces humanas y de raquíticas aspiraciones.

El ardiente sol peruano dió tintes brillantes á su privilegiada imaginación, enriqueciéndola con filigranas riquísimas y con grandiosos ideales, que en el crisol del

estudio adquieren forma real y se visten con severos pero hermosos atavíos.

En todas las obras de la galana escritora se descubre la viveza del ingenio, el poder gráfico de un buril finísimo, delicado, seductor, al par que enérgico y firme, elegante en las líneas y científico en el pensamiento que la inspira.

Sus libros son espejos, fieles reproductores de costumbres y de tipos: son análisis de caracteres magistralmente dibujados por pluma práctica y habilísima; en sus páginas revélase una erudición sana, robusta y de honda trascendencia. Conozco pocas mujeres de un criterio más reposado, más recto y menos sistemático que el de la filósofa peruana y esto con la madurez que presta el asiduo trabajo de investigación, no con aquella que desarrollan los años y que las canas hacen natural y lógica.

Admírase en Mercedes Cabello la elevación de ideas, la sensatez de quien piensa mucho y bien; la cultura desarrollada á merced del contacto perenne con los clásicos y con autores de convicción y de escuela, los cuales analiza viviendo con ellos familiar intimidad.

¡Qué días tan hermosos he pasado en fraternal consorcio con el espíritu y el alma generosa de Mercedes! ¡Cuántas veces hemos identificado nuestras impresiones ya entusiastas, ya tristes ó seductoramente poéticas, y también de realismo amargo y de subido positivismo! Puedo repetir aquí las palabras de un escritor peruano: «Mercedes Cabello de Carbonera, decía, es amiga, casi hermana en la hermandad de las letras, de la Baronesa de Wilson».

Hace pocos días llegó á mis manos una de sus últimas labores intelectuales, en donde brilla en todo su esplendor el talento de la escritora insigne. *El Conde León Tolstoi* titúlase el folleto, que presenta de relieve al ilustre campeón de la escuela realista rusa. Duéleme no tener espacio para reproducir tan bello y notabilísimo trabajo, del que copio algunos párrafos para que se juzgue, siquiera sea muy sucintamente, del mérito analítico.

«*La Sonata de Kreutzer*, la más atrevida y hermosa de todas las novelas de Tolstoi, es un tratado de fisiología de las pasiones, realzado por observaciones, y situaciones de ánimo tan nuevas, tan naturales, tan bien descritas, que el lector se siente subyugado y sin poder protestar de ciertas doctrinas fuertemente excéntricas y novadoras en demasía.

»¡Cuánto conocimiento del corazón humano!... ¡Cuánta luz derramada sobre ese eterno problema de la unión sexual, que es el vínculo misterioso é íntimo de la vida matrimonial!

»Ni Balzac, ese novelista del análisis, con sus grandes investigaciones psíquico-pasionales; ni Flaubert, ese otro novelista de la anatomía con sus estudios del instinto y la pasión, ni Zola con todo su árbol genealógico de los *Rougon Macquart*, en que con tanto ahinco ha pretendido estudiar el *documento humano*, nadie como Tolstoi, ha descorrido con mano atrevida el velo de la vida matrimonial, para señalar la llaga viva, sangrienta, cancerosa, que es la causante de las desventuras conyugales.

»*La Sonata de Kreutzer* es una obra escrita á modo de proceso jurídico, en el que el juez ha debelado faltas, quizá crímenes, hasta hoy considerados como cosas naturales, como deberes sagrados, no sólo por el vulgo, sino aun por la gente culta.

»Quizás en *La Sonata* haya deducciones exageradas y abultamiento de las causas del mal; no es dable en una obra de arte, cuyas tendencias son revolucionarias, permanecer en el término medio, en el punto justo de la razón y la conveniencia.

»Pero sí podemos decir que es el grito de alarma dirigido hacia esas legiones, á quienes Schopenhauer llama el *eterno femenino:* legión que avanza hacia la conquista de los derechos de la mujer, creyendo equivocadamente poder alcanzarlos, olvidando que la causa de su esclavitud

no reside en ella misma, sino en las pasiones concupiscentes del hombre.»

. . . .

Más adelante sublévase Mercedes Cabello contra los juicios emitidos por varios escritores, en sus comparaciones más ó menos apasionadas entre Zola y Tolstoi. Júsguese por las siguientes líneas:

. . . .

«Los que dicen que Tolstoi sigue la escuela naturalista de Zola, hacen una afirmación de incalificable ignorancia. Zola al lado de Tolstoi es un novelista que adolece de miopia intelectual; no alcanza á ver sino lo superficial, lo que tiene muy cerca de su vista. Si nos encanta y nos seduce, es por el colorido, por la magia con que nos describe aquello mismo que diariamente vemos. Tolstoi, á semejanza del bacterialista, descubre familias y mundos desconocidos para el vulgo, para ese vulgo que mira la naturaleza y la vida sin más auxilio que su propia vista.

»En las novelas de Zola hay largas páginas pesadas, inútiles, desabridas, que el lector perezoso podría muy bien suprimirlas, sin que le interrumpan la relación, ni le mutilen el cuadro.

»En Tolstoi, un párrafo dejado de leer, quizá define una situación de ánimo interesante, quizá contiene una idea que despierta en el lector un mundo de profundas reflexiones..... Zola diluye sus ideas en un océano de papel; Tolstoi las sintetiza, las extracta, de tal suerte que un párrafo, una línea, una palabra, dejaría un vacío en aquel todo armónico, que forma la urdimbre de doctrinas y enseñanzas que en todas sus novelas se encuentran.

»Zola ocupará en la historia del arte de fines de este siglo, el puesto de poeta, de cantor de las perversiones humanas. Los *Rougon Macquart* serán, en lo porvenir, la epopeya de la *bestia humana*, lo épico de la corrupción de este siglo, que bien puede justificar sus grandes faltas con sus grandes cualidades. Zola ha calumniado á su raza y á

su época. Su imaginación, dominada por esa obsesión sugestiva, que le representa imágenes de seres repulsivos y neurópatas, no ha alcanzado á retratar esos cuadros normales en que la sociedad y la Naturaleza actúan y se agitan al impulso del corazón y del sentimiento. Sus novelas hanse convertido en clínicas de vesania, donde el asesinato impulsivo, la bestialidad inconsciente aparecen como los arquetipos de su escuela »

Resalta en el estudio del conde Tolstoi un paralelo admirable; refiérese á las doctrinas de Augusto Comte y á los principios de Tolstoi: es la nota culminante de la escritora: bastaría por sí sola para colocar en primera línea á nuestra pensadora americana, si ya *La Religión de la Humanidad* y otros estudios de elevada filosofía, no la hubieran señalado un puesto *exclusivo* en el santuario de los Inmortales.

. . . .

Continuaremos comunicando al lector algunos de los pensamientos de la filósofa escritora tomados de uno de sus artículos.

«Nada tan amargo en la vida, como vivir en intimidad con seres desposeídos de toda cualidad moral y de toda luz intelectual.

»Amáis el arte; ellos no lo comprenden, no quieren comprenderlo. Vislumbráis el bien, las innovaciones sociales, el perfeccionamiento humano; ellos no tienen idea de estas cosas, y para nada les hacen falta. Soñáis con un ideal superior; los ideales de ellos se mezclan y confunden con las necesidades de su prosaica vida..... ¡Ah! ¡es como vivir entenebrecido y mirando allá lejos un foco luminoso que produce luz, calor y vida!

»La juventud es una fiebre deliciosa de la que no nos damos cuenta sino así que ha pasado su ardor. El exceso de la vida nos hace considerar como gran desgracia, ya una *soirée* perdida, ya una ilusión deshojada, ó bien una esperanza defraudada. Después, cuando los vergeles del

alma han sido arrasados por la mano brutal de la realidad, convertimos la mirada hacia esa hermosa alborada, y llegamos á decir, como dijo alguien: —«Felices tiempos en que yo me creía desgraciada!.....»

De su juicio crítico dictado por un libro «Literatura Extranjera» del joven y aventajado literato Enrique Gómez Carrillo, damos á conocer cortos fragmentos como una muestra del atildado lenguaje con que se distingue la pensadora peruana.

. . . .

«El estudio ligero, pero chispeante, artístico, elegante, que de los literatos y poetas franceses nos presenta, es interesantísimo, por lo mismo que de esas brillantes agrupaciones literarias no llegan á esta nuestra América, ni aun sus resplandores.

»Y, qué mucho que nosotros, que vivimos en otro Hemisferio, desconozcamos cierto movimiento intelectual de Europa, si España que se avecina y se comunica bien de cerca, ignora tanto ó más que nosotros, todo lo que se relaciona con ese mundo revolucionario y «fin de siglo,» como se le ha dado en llamar.

»En América y quizá también en Europa, Gómez Carrillo ha sido incluído en el grupo de los decadentes y simbolistas descendientes de Baudelaire, é hijos legítimos del París moderno.

»Aunque la estética de los decadentes sea incomprensible para los que no estamos iniciados en dogmas de difícil sistematización, no por esto dejamos de conocer á los decadentes *pur sang* y á los afiliados, á pesar de ellos y de sus libros.

Y cómo no ha de ser embrollada y obscura su clasificación, si en sus derroteros han intervenido y colaborando escritores y poetas de índole y tendencias abiertamente opuestas y contradictorias, los unos á los otros, como son: Victor Hugo y Schopenhauer, Carlos Baudelaire y Teófilo Gautier, Gustavo Flaubert y Leconte de L'Isle.

»No obstante estas irregularidades, bien se podría afirmar, sin temor de decir un despropósito, que el autor del libro que nos ocupa, no pertenece al ciclo de los decadentes europeos, ni mucho menos al de los americanos.»

. . . .

«Gómez Carrillo pertenece á la generación nueva, es cierto; á esa que nos da la medida de la crisis del intelecto moderno, de la evolución moral que en este momento se está realizando, proveniente de la tabla rasa que el espíritu de análisis ha hecho, y sobre la cual alborean nuevos dogmas, nuevas religiones y arte nuevo.

»Para terminar diremos que «Literatura Extranjera» es uno de esos libros de que se puede decir que, quien lee una página desea leer un capítulo, y quien lee un capítulo desea leer todo el libro.

»La virilidad del estilo y la originalidad del proceso idiológico, unidos á la apreciación estética, justa, alta, noble, hacen de este escritor uno de los más vigorosos y espontáneos de cuantos luce esta generación joven y revolucionaria de América.»

El hábil manejar de la pluma, los tipos descritos con exacta realidad, revelan los elevados méritos de Mercedes Cabello y sus ideas prácticas que han creado escuela en la literatura hispano-americana. «Un conspirador», «Blanca Sol» y otras novelas de costumbres, han dado á la escritora nuevos florones para su corona ceñida ya á su frente por sus publicaciones relacionadas con las ciencias teóricas y por bellísimos estudios como el de «La novela moderna» y otros que la colocan en primera línea entre las escritoras más ilustres.

Las glorias de Mercedes Cabello de Carbonera, los lauros que han ceñido su frente, hacen brotar en mi corazón el orgullo que resulta de cosa propia ó de legítima admiración que inspira todo lo que colabora en la grande obra del perfeccionamiento moral y universal.

Esa misma consagración á estudios profundos, esa ta-

rea filosófica, hace que al terminar estas pinceladas biográficas, sea exhalando un ¡ay! de consternación y de pesar.

El cerebro brillante, la imaginación creadora, la luz vivísima, se han obscurecido tal vez para siempre.

Zoila Aurora Cáceres (Evangelina)



El siglo pasado fué indiscutiblemente el soberano del vapor y de la electricidad; pero, según creo, la centuria presente ha de ser fecundísima por lo rápido de las concepciones y porque, dado el espíritu de la época, todo ha de tener un desarrollo fabuloso y con triple velocidad que la alcanzada en los mejores tiempos de su antecesora.

Tengo para mí que hoy las inteligencias se desenvuelven con imponderable é increíble prontitud, y que siguiendo la rotación universal, se forman las reputaciones y llegan á la cúspide en cortísimo espacio sin que hayan menester de años y años, de trabajosas luchas, para conquistar puesto elevado en las artes, en las ciencias ó en la literatura.

Desde luego los estudios son más profundos é inculcan

en las imaginaciones ideas y ambiciones, que eran desconocidas antes de la edad juvenil.

No anduvo desacertado el autor que, en los comienzos del siglo XIX, formuló la célebre frase: «Ya no hay niños», porque es lo cierto que la precocidad ha sido, desde hace algunos años, el privilegio de aquellos que en los colegios y en los conventos se formaban para la actual generación.

El pensamiento se ha engrandecido, se ha vigorizado, ha tenido ambientes propicios para adquirir instantáneo desenvolvimiento, haciendo la evolución rápida de crisálida á mariposa.

Hemos visto niños con toda la aureola de sabios, y mujercitas que, aun con el traje de colegialas, seducían ya por las singulares manifestaciones de su talento.

Verdaderamente la carrera de la humanidad es vertiginosa; hay que reconocer, admirar y aplaudir este inconmensurable afán, esa inspiración latente por alcanzar un nombre y señalarse en las diferentes escalas del saber humano, y ésto cuando los ideales de la ciencia moderna descubren horizontes tan hermosos, tan brillantes, tan cuajados de promesas, que hacen más fácil el camino, menos punzantes las espinas y no tan ariscos los abrojos que anteriormente eran la rémora para todas las grandes capacidades.

El hondo estudio de los problemas sociales, el moderno empuje que han tomado las ideas en el terreno científico, han hecho brotar como por encanto, adeptos de la nueva escuela que, al consagrarse á ella, han puesto de relieve sus aptitudes intelectuales.

La ciencia universal, que abraza en su conjunto raudales de pensamientos, y es en su forma, inmensa cúpula de colosal edificio, presenta tan variadas y múltiples fases, que necesariamente encadenan, enamoran y convidan á engolfarse hasta en lo más recóndito de la exploración analítica, que asume carácter especial, dominador y singularmente atractivo.

Hay en París una famosa escuela de Altos Estudios Sociales, donde se aquilatan los conocimientos más extensos, y se profundiza en cuestiones de elevada trascendencia, en todo lo que se relaciona con los más grandiosos ideales, el progreso, á la altura de este siglo de luz y de electricidad. En la citada Escuela se desarrolla el genio, toma colorido más acentuado, y acaba por perfeccionar la obra más hermosa de la naturaleza; el entendimiento.

Allí, en ese centro, piensa, medita, observa y puebla de ideas nuevas la pensadora mente, una joven, casi una niña, tan noble por su belleza como por su talento.

Descuella como la flor en su broche, con todas esas delicadas seducciones de la mujer peruana que reune en sí el donaire, la dulzura y la vivacidad de una inteligencia tan despejada como sólida.

Evangelina es una de esas organizaciones á las que hacíamos alusión en los principios de este artículo; sus aptitudes intelectuales se desenvolvieron con indescriptible rapidez, y sin desfallecer ni abatirse ante la magnitud de la idea, se apartó de la vida real, para soñar con la gloria. Sus primeros escritos fueron acogidos con aplauso, y en breve plazo obtuvieron merecida popularidad.

No vacilo en creer que algunos de los lectores del Album Salón habrán saboreado los bellísimos *Cuentos Literarios*, publicados en Buenos Aires, en la *Ilustración Sud-Americana*, reproducidos en la *Paz*, (Bolivia), en el periódico *Literatura y Arte* y en otros importantes diarios de Guayaquil y de Montevideo.

El primer éxito estimuló á la precoz escritora, y con mayor ahinco se consagró á estudios tal vez demasiado serios para su edad temprana, pero á los cuales le inclinaban las condiciones singulares de su carácter, no siendo ajena tampoco á esas tendencias la atmósfera en que se había encontrado desde niña.

Todo escritor crea estilo que responda á la especialidad de sus condiciones intelectuales, á los idealismos de su

imaginación y al mayor ó menor grado analítico de sus estudios.

Hay, además, la riqueza descriptiva, la forma propia, la frase afiligranada ó pulida, que también acusa á veces cierta rudeza ó desaliño, el sello ya filosófico ó bien poético, todo lo cual hace reconocer el escritor, sin apelar á la firma, autorizándolo en todas sus obras.

Evangelina pertenece al número de aquellos talentos privilegiados que tienen estilo propio, y en sus correspondencias, en sus artículos ó en labores imaginativas más extensas, resalta un corte especial, reflejándose en sus trabajos literarios el espíritu observador y el sentimiento más exquisito y más puro.

Colabora en el *Pensamiento Latino*, revista internacional que ve la luz pública en Santiago de Chile, en sus columnas regístranse artículos psicológicos, jurídicos, científicos, artísticos y de amena literatura, correspondiendo por entero todos los colaboradores al credo del periódico, y acusando la austeridad de las ideas, á cuya propaganda se ha consagrado el *Pensamiento Latino.*

En *El Grito del Pueblo*, importante publicación ecuatoriana, aparece la firma de Evangelina, acreditando siempre en sus producciones el clarísimo ingenio, la delicadeza y finura de su pluma y la crítica sutil y razonada, hija de un recto criterio y de la variedad y riqueza de conocimientos literarios, artísticos y científicos.

También se enorgullece con sus correspondencias *El Mundo Latino* que, á favor de titánica lucha, publica en Madrid el docto é incansable escritor M. G. Madueño.

La noble joven, americana por su nacimiento y europea por lo profundo y vasto de su instrucción, se inspira siempre en la escuela de la verdad humana y en los anchos horizontes de esta edad, progresista por excelencia.

Lo venidero, el futuro para Evangelina, se destaca entre irisados colores y destellos de mágica luz. La gloria

comienza ya á tejer la corona de laurel que ha de ceñir su hermosa frente.

Hija de un hombre ilustre, supremo mandatario en el Perú y militar valeroso, el general Andrés Avelino Cáceres, ha templado su alma en las energías de aquél, vigorizándola también en las luchas políticas de su patria, las cuales ejercieron magna influencia en la vida del soldado que luchó sin tregua y en diferentes ocasiones por salvar el honor nacional.

Aun la joven escritora anhela más elevado rango: más alta perfección: jerarquía sólida en el campo de las letras.

Los problemas sociales y sensacionales obtienen la predilección de Evangelina; encuentra en ellos tanto encanto, tanta novedad, tan anchos horizontes, que hablan con idioma nuevo á su alma y á su mente enamorada de lo desconocido.

Laureles no han de faltarle á la estudiosa y gallarda hija de aquel clásico suelo de los Incas.

A la gloria noble aspira. Hacia ella va. En el santuario hermoso se grabará su nombre.

Santos Chocano (José)



José Martí, el cubano egregio, creó una escuela y legó discípulos á la posteridad que son gloriosos reflejos de aquel soñador invicto, dotado de una alma tan grande que sucumbió al generoso empuje de ella misma.

Entre aquellos que siguieron en un todo el derrotero señalado por Martí, citaremos á José de los S. Chocano, inspirado simbolista, que en su libro «En la aldea» traduce la variedad de pensamientos que allá en el santuario de la imaginación se agitan: ya cuando sonríe en plácidos madrigales; ya cuando admira la grandeza única y las majestuosas iras del Océano, ó bien al remedar los murmullos suaves de las brisas ó el imponente rugido del huracán.

En las páginas de «Iras Santas» hay ideas atrevidísimas, osadas, que surgen de versos fluídos, de estrofas dulces, á través de las cuales y como envueltas en diáfanos velos, se transparentan los principios que pugnan por establecerse de lleno é inculcarse en el espíritu del lector.

«Iras Santas» despiertan impulsos de combate; anhelos

de vengar agravios y algo así como sombrío rencor hacia todo lo que no está bañado con los hermosos prismas de la libertad; antítesis de estos sentimientos son los que bullen y campean «En la aldea», libro destinado á ofrecer todos los castos amores, todas las primicias de los frutos y flores primaverales.

Sabrosa miel destilan los versos y grato aroma brindan en las sencilleces campestres, como juzgaremos por este soneto:

Joven asno que trotas y te alejas
Con tu carga de amor, oye mi acento,
Y no porque te zumbe alegre el viento,
Sacudas tus larguísimas orejas.

Óyeme, asno cruel, ¿por qué no cejas?...
¿Por qué huyes con tu aldeana en el asiento?
Si símbolos de dicha son, jumento,
Las herraduras que estampadas dejas.

¡Joven asno, oye bien! Yo te daría
Este rincón que es el mejor del prado,
Este arbol que hace sombra todo el día,

Este arroyuelo que temblando arranca...
Por ese pie que aprieta tu costado,
Por esa mano que palmea tu anca...

De su «Selva virgen» se desprenden rumores de follaje, perfumes selváticos, olores de resinas y hasta el aleteo de los pajarillos entre las copas de los gigantescos árboles.

Arrogante se muestra en las notas de su lira, que extractamos.

ARTE

—

Yo el mismo que en magnífico arrebato
Zumbo mis versos con empuje rudo,
Y luchador intrépido y sañudo
Toda ley y todo orden desbarato.

El arte puro con dulzura acato,
Y me arrodillo tembloroso y mudo
Ante la estatua del Amor desnudo,
A cuyas plantas mi canción desato...

Cuando el numen se incendia en el artista,
El artista sacude su melena
Y al firmamento azul alza la vista...

Y envuelta en la tersura de su adorno,
Surge la estrofa impávida y serena,
Llena de perfección, como hecha á torno...

¡TEMED!

—

Si luchar por la ley es ser Quijote,
Quijote soy, y en medio del camino
Quiero quebrar las aspas del molino
De mi segura lanza el recio embote.

¡Oh! no extrañéis que por encima brote
Del populacho imbécil y mezquino;
Tal vez soy en los mares del Destino
Un cadáver moral que sale á flote...

Pero ¡ay! temed la cólera que escondo
Bajo la dulce faz. Si vierto lumbre
Es porque tengo llamas en el fondo...

La nube que con plácido desmayo
Rocío bienhechor vertió en la cumbre,
¡Puede en la cumbre descargar el rayo!...

El talentoso poeta peruano tiene vigoroso estro como chispea en el soneto «Primera página», que es como si dijéramos la rica portada para «Selva virgen».

«Roja es la pasta de mi libro rudo,
Roja es la inspiración del contenido;

Justo es que el ave herida manche el nido,
Y el herido campeón manche el escudo...

¿Y quién vencerme en la contienda pudo?
¿Y quién me reta? El corazón herido
Se lavará en las aguas del olvido,
¡Y yo entraré á luchar hosco y nervudo!

—¡Aquí hay algo!—gritó grandilocuente
Un vate, con impulso giganteo,
Y alzó la mano y se golpeó la frente...

Yo el mismo acento entre mi canto vibro:
—¡Aquí hay algo también! grito, y golpeo
La ensangrentada frente de mi libro.»

A la vista tenemos otra composición, traductora en más ancho espacio del estilo de José de los S. Chocano.

EL MONÓLOGO DEL NUEVO HAMELET

—

FRAGMENTOS

¿Me ama ó no me ama? Indiferencia es sólo
Ese su frío resplandor interno
Que semeja un crepúsculo en el polo?
O es de cariño arrobador y tierno
Esa faz que con lánguida pupila
Lívida muestra como un sol de invierno?
¿Me ama ó no me ama? El corazón vacila,
Se anubla la razón. Quien ama en vano,
La conciencia tener quiere tranquila.
El amor no es laguna: ¡es oceano!

. . . .

¡Oh su adorable cabecita! El vago
Nimbo, que la rodea
De atracción rara y misterioso halago,
Cómo de guía le sirviera al mago
Que en pos fuese de Venus Citerea.

¿Y qué aves tenderán ahí su vuelo?
¿Qué ensueños alentará? ¿Qué dulce idea?
¿Qué raras flores abrirán su broche?
¿Y qué amor será el sol para ese cielo?
¿Y qué preocupación será la noche?
¡Cómo poderlo conocer! En vano
Sus inquietudes compulsar anhelo.
Que no hay belleza que no sea un velo
Detrás del que está Dios como un arcano!

Quizás, quizás con inconstancia impía
Blasfema de este amor que me engrandece,
Que va sufriendo más cuanto más crece,
Que es la noche volcada sobre el día;
Y yo que resistir nunca sabría
De ninguna mujer tal despotismo,
Yo que hice del amor un socialismo,
Proclamo la absoluta tiranía
De esa sola mujer sobre mí mismo.

¿A qué meditar más? Bello ó sombrío
Porvenir de verdad mi amor anhela.
Si para navegar se hizo el navío,
Yo me quiero lanzar al nuevo mundo
Dejando en pos inacabable estela;
Que me gusta escuchar más que el sombrío
Monólogo del ancla en lo profundo,
Los diálogos del viento con la vela!

Amando he de saber qué amor la inflama
O amando he de saber qué odio la enfría.
Hundirla quiero en mi pasión inmensa
Y al envolverla con el alma mía
Darle ideal de mi amor, luz de mi llama,
Para poder pensar lo que ella piensa
Y poder afirmar: *¡me ama ó no me ama!*

El cantor del Rimac milita en la vanguardia literaria

moderna: su musa es romántica, y de sus poesías se desprende el giro de quien ha penetrado hasta el fondo de la literatura francesa.

«El Poema del Moro», es un nuevo fruto de su ingenioso numen y sabemos ha obtenido premio en torneo literario.

Larriva de Llona (Lastenia)



La poetisa se presentará por sí sola y las galas de su ingenio serán el más fiel retrato de la que tanto vale y tanto resalta en la literatura contemporánea americana.

Dulce, amorosa, con ricas harmonías en su lira; con la mente poblada de bellezas, canta y gorjea; siente y pinta con la maestría de consumado artista. Deja estelas esplendorosas y frescor en el espíritu, como las brisas de su bella y risueña patria. Los arreboles de su talento fulguran en sus cantos, Veamos y juzguemos.

EL PADRE NUESTRO

—

CUADRO NOCTURNO

(A mis hijitas Clemencia y Rosa Lastenia)

Escenario: una alcoba, entre albas nubes
De transparente gasa y lazos rosas,
Aguardando á sus dueños, tres querubes,
Tres diminutas camas primorosas.

Actores: una madre, dos chiquillas
Que no suman entre ambas nueve años,
De ojos negros y mórbidas mejillas,
Cabellos ondulantes y castaños;

Un chiquitín que goza sueño blando,
Al seno de la madre suspendido,
É invisibles, cuatro ángeles, velando
Por la dicha inefable de ese nido.

Las dos niñas se han puesto de rodillas,
Y alzando hacia la joven sus miradas,
Unen con santa unción sus manecillas
Y recitan las preces consagradas.

—*Padre nuestro*, comienza en tono grave
La religiosa dama, y las pequeñas
—*Padre nuestro*, repiten con voz suave,
Y—mamá, mire al niño que hace señas
Y se ríe,—interrumpe la chiquita.
—¡Silencio! Ahora rezad: tú, Luisa, empieza:
Padre nuestro...
—Mamá, lo sé solita:
Padre nuestro que estás... Julia no reza.
—Vamos, ¿no seguiréis? *Que estás*

—*Que estás*
En los Cielos...
—*Los Cielos*
—¡Claro, ea!
—¿En los Cielos, mamita?—¿allí no más?
Papá me ha dicho que, aunque no le vea,
Él se halla en todas partes...
—¡Pizpireta!
Vais á empezar de nuevo, por castigo.
—Mi papá me ha ofrecido una peseta...
—Y á mí también...
—Si de corrido digo
Los *Mandamientos* y la *Salve* entera.
—¡Pero tú no los sabes y yo sí!
—¿Que no los sé? Verás, *Los Manda...*
—Espera.
—¿Vais á reñir?
—Si Julia...
—¿Yo qué? Dí.

—Basta, que ya me enojo. ¡Quietecitas!
¿De ver al niño no tenéis vergüenza,
Más formal que vosotras?
—Las manitas,
Mamá, las ha enredado aquí en mi trenza
Y sabe tirar duro... ¡Ay, señorito,
Suelte!...
—No grites que ya arruga el ceño.

Mas por fin, ¿no rezamos un poquito?
—Muy poquito, que estoy muerta de sueño.

—Volved á arrodillaros. Ya está: ahora,
Tornad hacia esa imagen vuestros ojos
Y á la Virgen pedid, Reina y Señora,
Con el alma también puesta de hinojos.

Que de talento en vez, belleza y oro,
Os dé de un alma justa la templanza,
De cristianas virtudes el tesoro,
Santa Fe, ardiente amor, viva esperanza;

Humildad, mansedumbre y obediencia
A todos los preceptos celestiales;
Pues los bienes mayores serán males
Si tenéis una mancha en la conciencia.

Pedidle que conserve sin mancilla...
Mas ¿qué veo, dormís?...
Sí; ya reposa
En graciosa actitud, sobre una silla,
De Julia la cabeza primorosa;

Mientras que de su madre en el regazo,
Mezcla con los rosados piesecillos
Del goldinflón *bebé*—doblado un brazo,
Y sobre él acostada—los anillos.

De su cabello, la hechicera Luisa...
Vaga aún por los labios sonrosados
De entrambras niñas, plácida sonrisa...
Venid, venid, pintores inspirados.

Venid, grandes poetas y escultores;
De esos niños la angélica figura,
De los maternos ojos los fulgores,
¡Copie el mármol, el verso ó la pintura!

EN LA MUERTE DE LA SEÑORITA M. V.

—

Mirad: yace sin vida. De sus ojos
El brillo soberano se apagó;
Y ya no vaga por sus labios rojos
La plácida sonrisa del amor:

Allí, extendida sobre el casto lecho
Reposa en melancólica actitud,
Y sostienen, unidas sobre el pecho,
Sus blancas manos la sagrada cruz.

Frescas rosas circundan su alba frente
Símbolo de pureza virginal,
Y de la estancia fúnebre el ambiente
Con su perfume embalsamando están.

La Muerte robó ya con mano impía
A su semblante el fúlgido arrebol;
Mas la belleza existe todavía
Con que plugo dotarla el Hacedor.

Se oye como el rumor de suaves alas
Y una música tierna y celestial...
¡Es que abrió el Paraíso ya sus salas,
Y bajan por este ángel los de allá!

De hinojos ante el cuerpo inanimado
De la que fuera su delicia ayer,
El grupo de dolientes, consternado,
Alivio á su dolor busca en la Fe.

Por dardo agudo el corazón herido,
Su madre sin consuelo gime allí;
¡Ah! ¡no mata el pesar, cuando ha podido
A la hija de su amor sobrevivir!...

¡A tu Luz ha seguido tu María!
¡Las dos prendas más caras de tu hogar!
Y donde antes reinaba la alegría,
Soló llanto y suspiros suenan ya.

Pero oye: calma tu dolor profundo;
A los Cielos no ofenda tu aflicción:
Porque era indigno de María el mundo

Le dió asiento á su lado el mismo Dios.

Dejó aquí los misérrimos despojos
Que encerrará bien pronto el ataúd;
Mas vuelve á lo Alto los dolientes ojos,
Y en un océano la verás de luz.

Bella, virtuosa, inteligente y pura,
En dulcísimos sueños se meció;
Mas la terrestre efímera ventura
Por otra eterna le cambió el Señor.

Como la estrella que á los Reyes Magos
Condujo hasta el pesebre de Belén,
De los caminos de la vida aciagos
Ella disipará la lobreguez.

J. Madueño (Mariano)

Era todavía muy niño cuando salió de la Escuela Militar de Lima para ingresar ya como oficial en el ejército peruano; y en la revolución liberal, acaudillada por el general Pradc, recibió el adolescente su bautismo de fuego. Entre sus compañeros de armas se singularizó por su carácter reflexivo y por sus aficiones á los estudios filosóficos, que determinaron en él principios eminentemente progresistas.

Sirvió en el ejército diez años como subalterno, y al establecerse en la Universidad de Lima la Facultad de *Ciencias Políticas y Administrativas*, asistió á ella cursando con notable brillo todas las asignaturas, siendo el discípulo predilecto del sabio tratadista de Derecho Internacional, Pradier Fodesé, decano fundador de la mencionada Facultad. Finalizados sus estudios empezó á señalarse Mariano J. Madueño por sus importantes trabajos perio-

dísticos, que fueron reproducidos con aplauso en los periódicos extranjeros, así como varias de sus composiciones poéticas que traducen todas sus profundas ideas filosóficas, alcanzando no menos popularidad por sus artículos en prosa y sus folletos políticos y sociológicos.

Fe de sus méritos militares y de sus alientos patrióticos es la cruenta campaña en la que tomó parte bajo las órdenes del esforzado general Cáceres, campaña que terminó por la jornada de *Huamachuco*, ascendiendo entonces al alto grado de coronel y funcionando más tarde como secretario general y pertinaz sostén de la situación presidida por el caudillo Puga, al que los azares de la guerra hicieron más tarde encaminarse á Trujillo, separándose de Madueño, que marchó á Tunin como Comandante en Jefe del ejército del Norte.

Notables fueron su actividad y el impulso dado á los asuntos públicos en casi la mitad de la República, multiplicándose y tomando parte en las operaciones militares y llevando consigo una imprenta para editar el periódico «La Nueva Era», dirigido y redactado por el infatigable peruano y que era la espuela que sostenía el vigor popular contra los invasores chilenos. Antes de la funesta época citada, estuvo emigrado Madueño en Bolivia, donde luchó en la prensa con entusiastas bríos en favor de la unión Peruana-Boliviana, mereciendo que en un banquete oficial, el Presidente de la República, Belisario Salinas, le dedicara un interesante brindis por los esfuerzos que en pro de la alianza de ambos pueblos había hecho.

Más tarde se acentuaron más sus tendencias progresistas, y ya como autoridad de algunos departamentos del Norte, ya en el periodismo sembró la semilla federalista, sobre todo en la provincia de Loreto, donde proclamó sus principios en 1896.

Sería extraño á la índole de este libro el detallar la serie de acontecimientos que sobrevinieron en aquel movimiento federal que fracasó, dando en tierra con el nuevo

y regenerador principio acaudillado por Madueño. Verdaderamente es interesante y tiene mucho de fabulósa la retirada del caudillo, efectuada en pequeñísima canoa y únicamente acompañado por unos cuantos de sus fieles partidarios, descendiendo el Amazonas por largo espacio y á través de peligros miles y burlando la persecución de los vapores del Gobierno que á cada paso podían apresarle; su varonil esfuerzo le salvó.

Ya en Pernambuco, publicó un hermoso manifiesto, nutrido con ideas por extremo elevadas y rico en doctrinas federalistas, que merecieron las felicitaciones de nuestro eminente Pi y Margall, el apóstol del federalismo español, cuando meses después efectuó su viaje del Brasil á Europa.

En escala gigantesca ha emprendido en España una tarea noble y grande: la de la unión de la raza latina, concibiendo y poniendo en práctica el hermoso pensamiento de un diario inter-continental, «El Mundo Latino», con bases ciclopeas de un radio inmenso y de colosales trascendencias, pues que reflejará los latidos del corazón y del cerebro en ambos mundos. «El Mundo Latino» es el pórtico grandioso para el siglo XX.

A grandes rasgos hemos fotografiado al hombre y réstanos ahora presentar al escritor. Veamos cómo se expresa el poeta en algunos fragmentos de su oda

HAZAÑA DE LA «UNIÓN» (1)

—

. . . .

¡Vedla salir! ¡cuán rápida y ligera
la prepotente flota desdeñando,
avanza deslizando,
su esbelta quilla por las mansas ondas!
¡Cómo hiende la mar! ¡con qué osadía
abandona orgullosa la bahía,

(1) Uno de los buques de la escuadra peruana en la guerra contra Chile.

á la espléndida luz de hermosa tarde!
¡Las cinco y cuarto!... En sus anales guarde,
de refulgente aureola revestido,
la historia patria el atrevido instante
en que partió la «Unión» libre y triunfante..
¡Solemne inspiración! ¡fuego del cielo!
baja á mi corazón, baja á mi mente;
rompe el obscuro velo
que diario me circunda
y en torrentes de luz baña mi frente!
¡Con tu fecundo ardor mi pecho inunda
y en el fondo de mi alma centellea,
cual un sol interior, en tanto vea
terminado este canto,
que á la justicia y al valor levanto!

¡Oh tarde sin igual, tarde esplendente!
En fondo azul celajes de topacio
del sol decoran la dormida frente.
¡Sublime panorama!
Un soberbio dosel es el espacio,
en cuyo centro como escudo brilla
del astro rey la gigantesca llama.
Lenta la noche por oriente sube,
la faz envuelta en purpurino velo;
y en forma de bajel dorada nube
aparece de súbito en el cielo:
en ella Grau, los mártires de Angamos;
Nelsón, Churruca, el inmortal Gravina
y otros marinos de eternal renombre
asomados están: desde aéreo bordo,
á la tierra los rostros inclinados,
en actitud fantástica contemplan
de la intrépida «Unión» el triunfo heroico;
del cañón al estruendo convocados,
á presenciar la lucha descendieron;

y en los variados lances del combate
más de una vez se oyeron,
los ardorosos vivas
que de sus senos impalpables dieron
esos manes sagrados
¡sombras rivales de los altos montes!
de su postrer aplauso el eco inmenso
resonó por los vastos horizontes,
y allá á lo lejos tras del sol poniente
la nube se perdió resplandeciente.

. . . .

Del Ponto inmenso por la faz undosa
y de los aires por el seno vago,
va dejando después de tanto estrago
en su glorioso rumbo,
blanca estela espumosa,
ancho y luengo penacho de denso humo.
Se dirije al Callao. ¡Cuán hermosa
aun á la mente mía
se muestra entre la bruma!
Absorta el alma, la mirada espacia
del piélago infinito en la hermosura
y con suprema é íntima alegría,
De seguirla en su triunfo no se sacia.
Rápida como el viento cruza y vence
la líquida llanura:
cual una sombra allá en el horizonte
del Callao á los ojos aparece:
la reconoce el pueblo,
el pueblo altivo del glorioso Mayo...
¡es ella, sí, la «Unión»...! y un grito inmenso
de indecible placer llena los aires:
¡locura sin igual!... mas ¿quién pudiera
tan elocuente ser, que se atreviera
la ventura á pintar y el entusiasmo
que en la patria causó la heroica vuelta

de la nave querida,
que sin duda se dió ya por perdida?
¡Callad, lira vehemente!
en vuestro noble y ardoroso orgullo,
recogida gozad, que es el silencio
la expresión más solemne y elocuente
del júbilo, cuando es grande y profundo.
Muda, convulsa, con ferviente celo,
contemplad de la patria el alto triunfo:
sobre su hermoso cielo
de lumbre y humo ornado,
entre himnos de placer y de victoria
su carro de marfil mueve la Gloria;
en él sentado va el dios de la Fama,
de esplendores la frente revestida,
sacudiendo en la mano el oriflama
de la nación cual nunca enaltecida;
y llamando á la «Unión» con voz potente
le arroja una corona refulgente,
perdiéndose después entre los velos
de la celeste altura;
mientras que por los ámbitos resuena,
de los peruanos lares,
grito entusiasta que el espacio atruena
y repercute en los profundos mares.

Del extenso folleto *La prensa y sus derechos*, que mereció ser reproducido por los principales diarios de América, entresacamos los siguientes párrafos:

. . . .

La prensa, más que la espada, ha fundado la libertad moderna; ella es el foco luminoso del cual parten y hacia el cual confluyen todos los rayos aislados de la actividad social, para volver en seguida en esparcimiento completo y unido á todos los puntos de la circunferencia: amanece diariamente, como la luz del sol, bajo la puerta de todas

las habitaciones, llevándoos noticias de todo lo que ha ocurrido de más notable en la localidad y en todo el mundo; es el corredor diligente y múltiple de todos los pobladores, que de todo les da cuenta, no cobrando sino una muy módica comisión por su trabajo, en cambio de incalculables servicios.

Y así como se juzga el grado de civilización de un pueblo por el número y calidad de sus escuelas, se juzga también su grado de libertad y progreso por el número y calidad de sus periódicos; por las consideraciones y garantías de que goza su prensa.

Cuando la prensa enmudece, parece que el sol de la verdad se nublara y que un silencio de muerte reinara en la naturaleza.

En la libre discusión y emisión de las ideas y sentimientos de cada uno, está encerrada toda la vida intelectual y moral de un pueblo; y esa libertad es el signo, á la vez que el derecho más sagrado, de una nación adelantada.

Los buenos gobiernos nada tienen que temer de ella; antes la aman y la respetan, porque facilita su tarea alumbrándoles el camino: sólo la tiranía y la corrupción en el poder la temen, porque no pueden resistir sus miradas y porque es su enemigo natural y más temible y el principal obstáculo en su marcha tortuosa. Por eso es lo que primero ataca el despotismo al establecerse en una sociedad: su primera medida, antes de herir otras libertades, es acallar la prensa cuando no puede comprarla y envilecerla.

La prensa ha combatido en todo tiempo y en todo lugar á la tiranía y al despotismo, apoyándole sólo por excepción y corrupción. Las mismas plumas que los sostuvieron por paga, han sido en su caída sus primeros cuchillos.

Institución mil veces benemérita, no hay consideración de que no sea digna, ni libertad ni mérito que no reflejen en ella su existencia; es el apoyo y la gloria de los gobiernos fuertes, justos y populares y el latido de los pueblos libres y dichosos.

Inmensas son sus ventajas, insignificantes sus inconvenientes; y es el único poder que en el organismo social tiene su freno en sí mismo; «la prensa se combate con la prensa»; es un pensamiento que ha pasado á la categoría de un axioma.

. . . .

¡Divina, formidable palanca: recibe mis preferentes y entusiastas homenajes!

Por ti los hombres, sin movernos de nuestros hogares, nos conocemos y comunicamos de polo á polo; sentimos mutuamente las palpitaciones de nuestras sienes, los latidos de nuestros corazones: por ti conocemos nuestro pasado y nuestro presente é inferimos con certeza nuestro espléndido porvenir; por ti sabemos la historia, el curso y carácter de los siglos y las etapas y eslabones del progreso á través del tiempo y de las distancias: por ti alternamos con todos los hombres grandes que han existido y existen; tú nos das á conocer sus obras, su vida, sus pensamientos, su acción y su influencia en la marcha de la humanidad, de los principios y de las instituciones: tú eres el gran mar de la historia y de la vida moral del mundo, adonde van á reunirse y á estereotiparse todas las ideas, todos los acontecimientos y todas las escenas de la vida: los adelantos de la industria, las concepciones del sabio, las hazañas del héroe, los sueños del poeta, las creaciones del novelista, la palabra del orador, los planes del político, el vapor, el telégrafo, el teléfono, todo va á reflejarse y á desaguar en ti, como los ríos en el Océano.

¡Sol de las inteligencias: yo te consagro mi más ferviente saludo, porque iluminas más que el sol de la naturaleza!

Matto de Turner (Clorinda)



Recuerdo, como si fuera ayer, que en una de las veladas literarias que semanalmente se celebraban en Lima, en casa de la fecunda escritora argentina, Juana Manuela Jorriti, dióse á conocer una arrogante joven que despertó general interés.

Vestía de luto y presentábase acompañada por su esposo y precedida por sus antecedentes poéticos.

Era Clorinda Matto de Turner la escritora que había invadido el campo literario en su ciudad natal, el Cuzco, capital que fué de los Incas y célebre por sus recuerdos históricos y por los portentosos vestigios que aun guarda de aquellas remotas generaciones.

El pseudónimo cubrió con misterioso velo á la poetisa durante algún tiempo y varios periódicos engalanaron sus columnas con poesías chispeantes de ingenio.

Después se reveló al público, con sus artículos clásicos los unos, románticos otros, y por último en tradiciones y en estudios históricos.

La escritora cuzqueña está versadísima en el francés y

en el inglés así como en la lengua *qqechua* que ha estudiado hasta el extremo de versificar correctamente en ese idioma de los indios y que la inspiró su drama «Hima-Sumac» y otros trabajos críticos é interesantes novelas. En «La Romería á Cayma» hay detalles descriptivos de pincel magistral, y si allí campean las risueñas tendencias de la imaginación, en las páginas de «Entre dos luces» reverberan los esplendores del carnaval, gratos efluvios del corazón. «Entre las sombras,» «Getsemaní» y «Armonías,» son otros tantos florones para su guirnalda que se completa con su bellísimo artículo «Laquena,» que habla al corazón y retrata las melancolías que en el rancho del indio son inseparable huésped. «En la Paz de Dios,» «Malccoy,» «¡Aleluya!» y «Música y Amor,» ha derramado la autora flores, suspiros y gráficos detalles que participan del estilo griego y del indígena americano. Tienen estos cuadros originalidad suma, vaguedades tristes, crepúsculos y auroras de corte ideal.

Se casó adolescente con un hijo de esa nación donde las nieblas guardan perenne asiento que prestan á sus hijos interesante melancólica faz. Muy niña quedó huérfana Clorinda; muy joven se encontró viuda y la desgracia invadió su hogar; todo lo perdió; seres queridos, y la fortuna que estos le habían legado, lo que obligó á la mujer de varonil entereza, á ganarse el sustento y á pensar en el futuro con obstinada tenacidad.

Fué poco después cuando se encargó de la redacción en jefe de «La Bolsa», de Arequipa, y precisamente cuando resaltaron sus aptitudes periodísticas y su acrisolado patriotismo; empeñado el Perú en la sangrienta guerra con Chile, hubo menester de las abnegaciones peculiares en sus hijos, y tanto con su pluma como con su actividad, estuvo Clorinda Matto á la altura de las circunstancias.

A sus esfuerzos respondieron valiosos donativos y por suscripción vistió y equipó el batallón «Libres del Cuzco.» No era bastante lo hecho para satisfacer sus alientos de

patriota, y animosa y resuelta prestó su hogar en Tinta, donde á la sazón residía, para hospital de sangre, convirtiéndose en verdadera hermana de la caridad.

Después establecióse en Lima y publicó «Herencia,» «Índole» y «Ave sin nido,» novelas de costumbres que demuestran las distintas escuelas que hoy se disputan la supremacía en la arena literaria.

La escritora peruana ha cultivado la tradición con singular empeño, y lo ha hecho con tal acierto que pudiera creerse habían brotado de la mente fecunda de Ricardo Palma. Páginas hermosas de finísimo tejido han dado realce á sucesos que sin las galas de la fantasía estarían sumidos en profundo olvido.

El relato, las descripciones, los tipos y caracteres han adquirido bajo la presión mental de la tradicionista, colores perdurables, tintes locales y ese especial sabor de lo antiguo y de lo fantástico. Para concluir este incorrecto bosquejo añadiremos que en Lima fundó el periódico político «Los Andes;» meses después abandonó su patria trasladándose á la República Argentina donde, llevada de su amor al periodismo, creó el «Búcaro Americano», donde continúa luciendo las bellezas de su inteligencia. Servirá de pálida muestra la tradición que copiamos.

LAS ANTIPARRAS DE UN ESCRIBANO

(Tradición peruana)

—

A. ABR. Z. LÓPEZ PENHA

Tiempos de la *ruda* en maceta eran aquellos en que se cultivaba la honradez á campo raso y, con todo, hubo un escribano cuyas antiparras dejaron *archivada* la fe pública.

Era el año 1721. Campeaba en la ciudad del Cuzco un notario mayor, de nombre Juan de la Cruz y de apellido Sahuaraura, no sé si pariente del prójimo, su colombroño, que después de 1884 servía en el despacho de fe pública en

Sicuani. Juan de la Cruz, recién advenido al oficio, escribano flamantito, dióla de escrupuloso, puntual, pundonoroso y demás *comas* que hacen respetables á los hombres, pero que así hablan de lo que se llama el *cedacito nuevo*, como no dejan, en el día, tela para vestir un San Benito, ni mucho menos abren gotera de metal acuñado.

Cierto día le entró el comejés de la codicia, y la uña de Judas arañó el corazón del hombre por mano de un rematista de sisa de Chilques; y así antaño pasó en pellejo de escribano lo que hogaño se repite en estómago de mandatario. Parece increíble la influencia que en nuestros días ha venido á ejercer la mesa. La elocuencia del Padre Torres ha sido trocada con la de los banquetes para asegurarse la estimación de los que, en grande ó en pequeño, manejan el bastón de la autoridad, que, sea dicho de paso, y en puridad de experiencia, ya no es tampoco la vara del patriarca para dar azucenas sino la penca que produce abrojos.

Y bien. Era preciso que el escribano de este cuento firmase y sellase un protocolo sin ver las letras para no enterarse del contenido, y como el escribano tenía ojos, el interesado creyó prudente asegurarse de que ellos no viesen. El tal rematista mandó fabricar un par de antiparras de oro bruñido con dos solitarios de brillantes que lucían como grandes pupilas en ojos parleros y picarones. Con esta valiosa prenda se encaminó á la notaría de Sahuaraura. Que el rematista supo acomodarse para traer á tela de codicia las antiparras, está muy claro, porque el escribano al calárselas declaró, con sorna sobreentendida, que aumentaban la visual de tal manera que era capaz de ver las orillas del rio Apurimac, donde vuelan moscas de cuatro patas. En tal momento el rematista presentó el protocolo, diciéndole:—«Es de estas antiparras que V. S. necesita para los arduos trabajos de la escribanía.»

Nuestro hombre quedó convencido y estampó una cruz y una rúbrica más larga que la de don Agustín Alvarez

Sánchez Pérez de Caria González Ferreti Andino Moreno Mérida y Wite, autor de un tratadito de veterinaria que tal vez hayan tenido ocasión de hojear los lectores del *Almanaque de Prieto.*

* * *

¡Quién lo creyera! El brazo del enemigo debió trabajar, pues desde aquella fecha es fama que no pocos escribanos miran á través de grueso *cristal* metálico que aumenta las proporciones de la fe, que reparten con más abundancia que bendiciones de obispo. Lo peor del caso es, todavía, que las antiparras del escribano han dejado descendencia numerosa, cayendo sobre los ojos de los que más claro debían ver en materia de administración y de justicia pública, conservándose la moda por más que los croniqueros protesten y griten.

Melgar (Mariano)



El valle de Arequipa se encuentra en la falda occidental de los Andes peruanos y se extiende encerrado entre las altas sierras y las costas. El nombre de Arequipa tiene su leyenda, pues que deriva de *Are-quepay,* lo que significa: *Bien está; quedaos.* Refiérese que uno de los *Incas* acampó con su numeroso ejército en aquellas florestas, y que los soldados, seducidos por la

belleza de los paisajes y por la altiva majestad del *Misti*, rogaron al monarca les diera su beneplácito para fundar allí una ciudad. *Are-quepay*, - exclamó el Inca: «Está bien, quedaos», y tal palabra constituyó el nombre de aquella población, fundada hará unos siete sigios.

Al viajero que desde Mollendo sube hasta el valle donde la primavera prodiga sus galas todo el año, donde fértil y risueña como pocas se presenta la madre Naturaleza, le produce un asombro, una sorpresa tanto más grata, cuanto que ha pasado horas y horas cruzando un verdadero desierto estéril, árido, sin fruto ni flores y sin agua, como á mil metros sobre el nivel del mar, y sin otra cosa que llame su atención más que los famosos *Médanos*, ó inmensas pirámides de arena, que el viento caprichoso conduce de un lado á otro y derriba ó forma á su antojo.

Así, pues, la belleza del oasis regado por cristalinos arroyuelos, las praderas frescas y lozanas, las perspectivas de aquellos parajes, influye moral y físicamente en el bienestar del espíritu, que se dilata y se extasía en aquella ciudad alabastrina, que aparece coma bañada por la blanca espuma desprendida del gigante volcánico: el Misti.

No es Arequipa de las ciudades menos favorecidas por la inteligencia de sus hijos, señalándose entre éstos Mariano Melgar, cuya figura ha conservado á través del tiempo todo su prestigio; hay más, su vida y su muerte han quedado estereotipadas en el pueblo arequipeño y como una tradición inolvidable. ¡Cuántas veces hemos escuchado por las calles y en boca de los indios, los *yaravíes*, tan dulces como un quejido, acompañados por la *quena*, ese instrumento indígena que habla al corazón é impresiona como la caña en Andalucía! ¡Cuántas veces, en altas horas de la noche, ha llegado á nuestros oídos ese «¡ay!» que traduce un amor desventurado, como por ejemplo:

¿Conque, al fin, tirano dueño,
Tanto amor, clamores tantos,

Tantas fatigas
No han conseguido en tu pecho
Más premio que un duro golpe
De tiranía?

. . . .

El escritor que en cortísimo espacio de tiempo dió tanto colorido á la literatura peruana, debe figurar á la par de aquellos que iniciaron la nueva era en los comienzos de esta centuria.

Fué sorprendente su precocidad, pues que al cumplir tres años ya sabía leer, y antes de contar ocho hacía las veces de maestro para con sus condiscípulos; siendo tal su afición al estudio, que robaba tiempo al sueño y á las comidas para más ampliamente dárselo á sus libros, y no podremos extrañar que de ese modo terminara su carrera literaria á los veinte años.

Fuéronle familiares la Filosofía, Historia, Teología, Matemáticas, Idiomas y Bellas Letras, descollando en el saber humano, porque sus conocimientos tenían la profundidad debida para ejercer el profesorado. Siendo un niño, habíale conferido el señor Chaves de la Rosa, obispo de de Arequipa, la primera tonsura destinándole al sacerdocio; pero estudiándose á sí mismo y recapacitando que los deberes religiosos no eran su vocación, ni había de cumplirlos con la austeridad que reclaman, dejó á un lado los hábitos y entró en la vida social para derramar el bien y ser un ciudadano rico en talentos y en virtudes.

El corazón y la mente de Melgar eran foco de grandes pasiones y amó con todas las fuerzas de su sér; amó hasta el punto de no perdonar sacrificio para obtener la posesión del objeto amado, y, á fin de conseguirlo, marchó á Lima para examinarse y adquirir el título de abogado. Desgraciadamente, *Silvia* no estaba á la altura de los delirios del poeta ó, más bien, guiada por los consejos de su familia, recogió las promesas hechas y desgarró el corazón de Melgar, que exhaló su dolor en estos versos:

YARAVI.

—

. . . .

Tú me intimas que no te ame
Diciendo que no me quieres
¡Ay vida mía!
¡Y que una ley tan tirana
Tenga de observar perdiendo
Mi triste vida!
Yo procuraré olvidarte
Y moriré bajo el peso
De mis desdichas;
Pero no pienses que el cielo
Deje de hacerte sentir
Sus justas iras.
Muerto yo, tú llorarás
El error de haber perdido
Un alma fina.
Y aun muerto sabrá vengarse
Este mísero viviente
Que hoy tiranizas.
A todas horas mi sombra
Llenará de mil horrores
Tu fantasía;
Y acabará con tus gustos
El melancólico espectro
De mis cenizas.

En aquel mar de combates y decepciones se dedicó más que nunca á la poesía, sin sujetarse á reglas ni seguir más impulsos que los de su inspiración, observándose por esto forma incorrecta en muchas de sus composiciones, pero ricas en sentimiento, en estilo y en ideas.

Surgía por entonces con toda su fuerza, en el Perú, la lucha por la independencia, y Melgar, á la voz de la patria,

empuñó la espada, y soñando glorias y viendo en lontananza lauros y triunfos para su país natal, sintió en su pecho todos los ardores bélicos y los entusiasmos patrióticos de quien abriga sentimientos elevados y nobles. Fuerte oposición encontró en su familia, que miraba con terror los peligros á que se exponía el poeta y las dificultades de aquella empresa, que el general Pumacagua capitaneaba.

Una hermana cariñosa trató con sus palabras de apartarle del propósito que le había hecho soldado, y hasta invocó el nombre de Silvia para que la esperanza de reanudar aquel lazo tan poderoso para él le hiciera desistir de la marcha proyectada.

—¿Te quedarías si quisiera ella volver á tu cariño?

—No sé lo que haría—contestó Melgar—si ella espontaneamente me satisfaciera; pero no, no... no la digas nada; podría creerlo insinuación de mi parte; «voy á morir y seré uno de los primeros».

La despedida fué cruel. El padre, octogenario, le estrechó en sus brazos; la hermana, angustiada y llorosa, procuraba detenerle; la madre no tuvo lágrimas, el hondo pesar las paralizaba. Armándose de valor, dió el padre su bendición al hijo amado; la madre y la hermana le abrazaron sin pronunciar una palabra, y Melgar abandonó la estancia y la casa paterna para no volver jamás!

La batalla de Humachiri tuvo un resultado desastroso para los independientes, y en ella cayó Melgar prisionero después de haber combatido valerosamente. Poco después selló su patriotismo en el patíbulo. Arequipa honró sus despojos, dándoles sepultura en su seno y guardando como en urna cineraria la memoria del joven escritor y del patriota que, á los veintitrés años, dió su existencia por la patria.

De su colección de poesías extractamos un soneto por demás curioso, incluyendo también otra composición que ha visto la luz pública en un periódico local, «La Bolsa».

LA MUJER

—

No nació la mujer para querida
Por esquiva, por falsa y por mudable,
Y porque es bella, débil, miserable;
No nació para ser aborrecida.
No nació para verse sometida,
Porque tiene carácter indomable;
Y pues prudencia en ella nunca es dable,
No nació para ser obedecida.
Porque es flaca, no puede ser soltera;
Porque es infiel, no puede ser casada;
Por mudable, no es fácil que bien quiera.
Si no es, pues, para amar ó ser amada,
Sola ó casada, súbdita ó primera,
La mujer no ha nacido para nada.

RIMAS PROVENZALES

—

El puro afecto mío, mi ternura
va á recibir el golpe más funesto;
¡ay, Silvia mía! de tus ojos presto
no veré más el fuego y la hermosura.
Hasta hoy entre mis penas fuí dichoso;
tu rostro hermoso
fué el dulce encanto,
con que mi llanto
volver solías
en alegrías;
pero ¡ay! lejos de ti ya no hay consuelo;
todo pena será y continuo duelo.

Jamás han pretendido mis amores
otra corona que el honesto lazo,
y nunca en ellos pude dar un paso

sin tropezar en penas y dolores.
Hoy más que nunca, tierno é inocente,
mi fuego ardiente
hace más pura
mi fiel ternura;
pero entre tanto,
¡duro quebranto!
hoy más que nunca mi cariño pena
y el cielo á triste ausencia me condena.

Llora el celoso ardiendo en vivo fuego,
mas siendo cuerdo no llorara tanto;
un olvidado se deshace en llanto,
mas llora porque el suyo es amor ciego.
Pero ¡que un justo amor viva alejado
del bien amado!
¡Que en el empeño
de ver su dueño
sólo consiga
mayor fatiga!
Este sí que es tormento y dolor fuerte,
y este golpe me da mi dura suerte.

Mil males en tu amor he tolerado;
sin ver lo fino de nuestra inocencia,
el odioso rencor ¡dura inclemencia!
á llorar nos había condenado.
Enemigos feroces me quitaban
cuanto deseaban
mis ansias tiernas;
iras eternas
han perseguido
mi pecho herido;
y hoy sobre él tantos golpes dan de nuevo,
que hasta las heces su amargura pruebo.

Siquiera, en medio de contradicciones,
para mi alivio á veces te miraba,

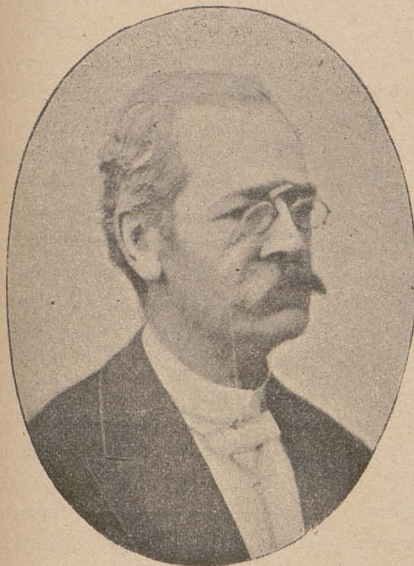
y tu amoroso rostro demostraba
que en mí no recelabas variaciones.
Este solo mirar fué mi contento;
y mi tormento
desaparecía;
cuando veía
tu rostro afable,
dulce, invariable;
mas ya este bien cual humo se deshace,
muere el remedio cuando el mal renace.

Aun cuando la crueldad y tiranía,
de tu vista privó mi vivo anhelo,
verte pisar conmigo un mismo suelo
alivió un tanto mi melancolía.
En los momentos de la noche obscura,
de mi amargura
supe aliviarme,
con acercarme
á tu morada
¡mi Silvia amada!
Y hoy muere aún este alivio tan pequeño;
lejos me voy, ¡ay! lejos de mi dueño!

¡Qué haré, cielos! ¿Qué haré? Ya ¿qué me resta
después que en Silvia cuanto tuve pierdo?
¿Cómo he de reparar con un recuerdo
la pérdida mayor y más funesta?
Esta imagen amable y dulce idea
que hoy me recrea,
será mañana
furia tirana
que me destroce,
mientras no goce
del bello original que ví primero,
del bello original que sólo quiero.

¡Ay! diga el llanto lo que yo no puedo:
al dolor cedo
de mi partida;
y si la vida
pierdo en el llanto,
por dolor tanto
tú, Silvia, Silvia, con amor sincero,
¡acuérdate de mí que por ti muero! (1)

Palma (Ricardo)



Al ocuparnos del más culminante ingenio peruano, lo hacemos con el sentimiento de no poder consagrarle extensísima biografía, dados los límites que en este libro podemos dedicar á tantos como en América, dan gloria y relieve á las letras. Bastarían las famosas *Tradiciones* para que el nombre de su autor fuera universalmente conocido y ensalzado entre propios y extraños. En toda América, así como en España, ríndese culto al

(1) Publicada en el «Parnaso Peruano», editado en Valparaíso, en 1871.

talento del literato limeño, que como ha dicho el singular poeta Ruben Darío, es la primera figura literaria del Perú.

Fué su cuna la risueña ciudad que las apacibles ondas del Simac arrullan y acarician, y ciertamente que el 7 de Febrero de 1833 es y será de venturosa memoria en los anales de su patria, siendo pocos, muy pocos los escritores sudamericanos que habrán logrado tan alto renombre ni popularidad tan ilimitada.

No se ha distinguido solamente Ricardo Palma en esos cuadros que retratan con tan pasmosa naturalidad los sucesos y los personajes de épocas muy anteriores al siglo XIX, y que al evocarlas con galanura y gracejo peculiares en el escritor peruano, diríase que nos encontrábamos en aquellos tiempos en que el sol no se ponía en los dominios españoles. Domina nuestro limeño el lenguaje castellano con facilidad suma, y píntase solo en aquello de dibujar con la pluma austeros magistrados, virreyes legendarios, conquistadores atrevidos y gloriosos aventureros, no sabiendo qué admirar más, si el conjunto de las figuras, ó las descripciones *gráficas* con las cuales realza sus libros en los que se saborea la originalidad y sencillez más encantadora y los maliciosos chistes del inspiradísimo numen. Además de su correcta prosa ha regalado al público Ricardo Palma atildados y sonoros versos los cuales enaltecen más si cabe la gloria del *tradicionista* que todo lo ha invadido, de todo se ha ocupado, siendo no menos importantes sus conocimientos en lo que á crítica se refiere, pues en este terreno ha sostenido polémicas por extremo transcendentales como en la que se refiere á Simón Bolivar, y así también los notables estudios históricos de Monteagudo, Sánchez Carrión y San Martín, que fueron base de controversias semi-continentales, de refutaciones acaloradísimas, promoviendo manifestaciones hostiles contra Ricardo Palma en varias de las repúblicas hispano-americanas.

Es la historia literaria del notable escritor, tan fecunda, tan amena y tan henchida de luz y movimiento que sería

imposible encerrarla en estos desaliñados renglones, tanto más cuanto que plumas autorizadísimas y gallardas han consignado todo lo que vale aquella preclarísima inteligencia que en lucha con los años ha ganado y se ha sobrepuesto á éstos conservando toda su frescura, la riqueza del lenguaje, la maravillosa variedad y el magistral *savoir faire* del maestro.

Con su plectro de oro ha rendido homenaje á varios de los poetas indígenas entre los que descollaba Netzatmalt, rey de Tezcoco, demostrándonos en una bella traducción las ideas profundas y filosóficas de aquel monarca. No podemos resistir al deseo de dar á conocer algunos de sus versos.

La pompa mundanal se me figura
De los sauces coposos la verdura
O el agua del arroyo enrarecida
Que no vuelve al caudal que la dió vida.
Lo que fué ayer no es hoy. Sobre el mañana
Nada os hará afirmar la ciencia humana.
La tumba vuelto polvo pestilente,
Encierra á quien ayer fué omnipotente.
Es la gloria, quimera que el hombre ama,
De otro volcán Pocatepelt la llama.
¿Qué fué de las innúmeras legiones
Que impusieron la ley á otras naciones?
¿Qué de los tronos? ¿Qué de las famosas
Obras de grandes sabios, portentosas?
¡Nada sé! ¡Nada sé! que el cielo esconde
La misteriosa cifra que responde
Al enigma fatal, enigma sumo...
¡Todo sobre la tierra, todo es humo!

¿No es cierto que el sabio rey podría haber brillado entre los pensadores de este siglo?

Del precioso libro «Filigranas», que hace algunos años

publicó Ricardo Palma, tomamos dos para satisfacción del lector.

SIC SEMPER

—

Una estatua de corcho y otra de oro
Del mar cayeron en el hondo abismo:
Se hundió la que valía gran tesoro,
Y la otra se salvó del cataclismo.
De la santa justicia con desdoro
Entre los hombres ví pasar lo mismo:
Aquel que vale, se hunde en mar ignota...
¡Pero el hombre de corcho, siempre flota!

CABELLOS BLANCOS

—

No los arranques, no los ultrajes,
Pálidas flores de invierno son;
Acaso, acaso les prestan savia
Latidos últimos del corazón.
Para las tumbas, joven, respeto:
Para las canas, veneración;
Que toda cana, flor es que brota
Sobre el sepulcro de una ilusión.

Muy leído y muy aplaudido viene siendo desde hace largo tiempo el peruano ilustre, y nada más justificados que los encomios que se prodigan á su brillante ingenio.

Al merodear en los floridos campos de sus producciones damos con una destinada á los muchos que se han admirado y admiran de las aficiones del escritor á todo lo antiguo y olvidado.

***

Razona así el egoísmo
Del siglo razonador,
Y así vamos por vapor
Y en línea recta al abismo.

Fe y sapiencia, nombres vanos
Como hogaño no eran antes;
Hoy presumen de gigantes
Hasta los tristes enanos.

Hoy ya no inspira entusiasmo
Lo serio, sino el cancán,
Y en leal consorcio van
La duda con el sarcasmo...

. . . .

El presente, á mi entender,
Con sus luces y progreso
Es muy prosaico... por eso
Pláceme más el ayer.

Hoy es el mercantilismo
La vida del pensamiento;
Es Dios el tanto por ciento
Y es su altar el egoísmo.

¡Son nuestros tiempos fatales!
Por eso, por eso vivo
Hecho un ambulante archivo
De historias tradicionales.

Y á veces tanto, en verdad,
Me identifico con ellas,
Que hallar en mí pienso huellas
De que viví en otra edad.

Entre tantos relatos y tradiciones, escogemos algo de esa singularísima prosa terminando con ella este boceto, que es pobre tributo de admiración hacia el fecundo literato, que ha vestido sus obras con esmaltes y colores inimitables.

AMOR DE MADRE

—

Crónica de la época del virrey Brazo de plata

A Juan Francisco Pazos.

Juzgamos conveniente alterar los nombres de los principales personajes de esta tradición, pecado venial que hemos cometido en *Muerta en vida* y alguna otra. Poco significan los nombres si se cuida de no falsear la verdad histórica; y bien barruntará el lector que razón, y muy poderosa, habremos tenido para desbautizar prójimos.

I

En Agosto de 1690 hizo su entrada en Lima el Excelentísimo Señor Don Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, conde de la Monclova, comendador de Zarza en la orden de Alcántara y vigésimo tercio virrey del Perú por Su Majestad Don Carlos II. Además de su hija doña Josefa y de su familia y servidumbre acompañábanlo desde México, de cuyo gobierno fué trasladado al de estos reinos, algunos soldados españoles. Distinguíase entre ellos por un bizarro y marcial aspecto Don Fernando de Vergara, hidalgo estremeño, capitan de gentiles hombres lanzas, y contábase de él que entre las bellezas mexicanas no había dejado la reputación austera de monje benedictino. Pendenciero, jugador y amante de dar guerra á las mujeres, era más que difícil hacerle sentar la cabeza; y el virrey, que le profesaba paternal afecto, se propuso en Lima casarlo de su mano, por ver si resultaba verdad aquello de—estado muda costumbres.

Evangelina Zamora, amén de su juventud y belleza, tenía prendas que la hacían el partido más codiciable de la ciudad de los Reyes. Su bisabuelo había sido, después de

Jerónimo de Aliaga, del alcalde Rivera, de Martín de Alcántara y de Diego Maldonado el rico, uno de los conquistadores más favorecidos por Pizarro con repartimientos en el valle del Rimac. El emperador le acordó el uso del Don y, algunos años después, los valiosos presentes que enviaba á la corona le alcanzaron la merced de un hábito de Santiago. Con un siglo á cuestas, rico y ennoblecido, pensó nuestro conquistador que no tenía ya misión sobre este valle de lágrimas, y en 1604 lió el petate legando al mayorazgo, en propiedades rústicas y urbanas, un caudal que se estimó entonces en medio millón de pesos.

El abuelo y el padre de Evangelina acrecieron la herencia; y la joven se halló huérfana á la edad de veinte años, bajo el amparo de un tutor, y envidiada por su inmensa riqueza.

Entre la modesta hija del conde de la Monclova y la opulenta limeña se estableció en breve la más cordial amistad. Evangelina tuvo así motivo para encontrarse frecuentemente en palacio en sociedad con el capitán de gentiles hombres, que á fuer de galante no desperdició coyuntura para hacer su corte á la doncella, la que al fin, sin confesar su inclinación amorosa que el hidalgo estremeño había sabido hacer brotar en su pecho, escuchó con secreta complacencia la propuesta de matrimonio con Don Fernando. El intermediario era el virrey nada menos, y una joven bien endoctrinada no podía inferir desaire á tan encumbrado padrino.

Durante los cinco primeros años de matrimonio, el capitán Vergara olvidó su antigua vida de disipación. Su esposa y sus hijos constituían toda su felicidad: era, digámoslo así, un marido ejemplar.

Pero un día fatal hizo el diablo que Don Fernando acompañase á su mujer á una fiesta de familia y que en ella hubiera una sala donde no sólo se jugaba la clásica malilla abarrotada, sino que al rededor de una mesa con tapete verde, se hallaban congregados muchos devotos de los

cubículos. La pasión del juego estaba sólo adormida en el alma del capitán y no es extraño que á la vista de los dados se despertase con mayor fuerza. Jugó, y con tan aviesa fortuna que perdió en esa noche cien mil pesos.

Desde esa hora, el esposo modelo cambió por completo su manera de ser y volvió á la febricitante existencia del jugador. Mostrándosele la suerte cada día más rebelde, tuvo que mermar la hacienda de su mujer y de sus hijos para hacer frente á las pérdidas y lanzarse en ese abismo sin fondo que se llama el desquite.

Entre sus compañeros de vicio había un joven marqués á quien los dados favorecían con tenacidad, y Don Fernando tomó á capricho luchar contra tan loca fortuna. Muchas noches lo llevaba á cenar á la casa de Evangelina, y terminada la cena los dos amigos se encerraban en una habitación á *descamisarse*, palabra que en el tecnicismo de los jugadores tiene una repugnante exactitud.

En vano Evangelina se esforzaba por apartar del precipicio al desenfrenado jugador. Lágrimas y ternezas, enojos y reconciliaciones fueron inútiles. La mujer honrada no tiene otras armas que emplear sobre el corazón del hombre amado.

Una noche la infeliz esposa se encontraba ya recogida en su lecho cuando la despertó Don Fernando, pidiéndola el anillo nupcial. Era éste un brillante de crecidísimo valor. Evangelina se sobresaltó; pero su marido calmó su zozobra, diciéndola que trataba sólo de satisfacer la curiosidad de unos amigos que dudaban del mérito de la preciosa alhaja.

¿Qué había pasado en la habitación donde se encontraban los dos rivales de tapete? Don Fernando perdía una gran suma, y no teniendo ya prenda que jugar, se acordó del espléndido anillo de su esposa.

La desgracia es inexorable. La valiosa alhaja lucía pocos minutos más tarde en el dedo anular del ganancioso marqués.

Don Fernando se estremeció de vergüenza y remordi-

miento. Despidióse el marqués y Vergara lo acompañaba á la sala; pero al llegar á ésta volvió la cabeza hacia una mampara que comunicaba al dormitorio de Evangelina y al través de los cristales, vióla sollozando de rodillas ante una imagen de María.

Un vértigo horrible se apoderó del espíritu de Don Fernando y rápido como el tigre se abalanzó sobre el marqués y le dió tres puñaladas por la espalda.

El desventurado huyó hacia el dormitorio y cayó exánime delante del lecho de Evangelina.

II

Abramos un paréntesis para ocuparnos de historia.

El conde de la Monclova, muy joven á la sazón, mandaba una compañía en la batalla de Arras, dada en 1654. Su denuedo lo arrastró á lo más reñido de la pelea, y victoriosas las armas españolas, fué retirado del campo casi moribundo. Restablecióse al fin; pero con pérdida del brazo derecho que hubo necesidad de amputarle. Él lo substituyó con otro plateado, y de aquí vino el apodo con que en México y en Lima lo bautizaron.

El virrey *Brazo de plata* sucedió en el gobierno del Perú al ilustre Don Melchor de Navarra y Rocafull. Con igual prestigio que su antecesor, aunque con menos dotes administrativas, dice Lorente, de costumbres puras, religioso, conciliador y moderado, el conde de la Monclova edificaba al pueblo con su ejemplo y los necesitados le hallaron siempre pronto á dar de limosna sus sueldos y las rentas de su casa.

En los quince años y cuatro meses que duró el gobierno de *Brazo de plata*, período á que ni hasta entonces ni después llegó ningún virrey, disfrutó el país de completa paz, la administración fué ordenada y se edificaron en Lima magníficas casas. Verdad que el tesoro público no anduvo muy floreciente; pero fué por causas extrañas á la política.

Las procesiones y fiestas religiosas de entonces recordaban, por su magnificencia y lujo, los tiempos del conde de Lemus. Los portales, el cabildo y la galería de palacio fueron obra de esa época.

En 1694 nació en Lima un monstruo con dos cabezas y rostros hermosos, dos corazones, cuatro brazos y dos pechos unidos por un cartílago. De la cintura á los pies poco tenía de fenomenal, y el enciclopédico limeño don Pedro de Peralta escribió, con el título de *Desvíos de la naturaleza*, un curioso libro, en que á la vez que hace una minuciosa descripción anatómica del monstruo, se empeña en probar que estaba dotado de dos almas.

Muerto Carlos el Hechizado en 1700, Felipe V, que lo sucedió, recompensó al conde de la Monclova haciéndolo grande de España.

Enfermo, octogenario y cansado del mando, el virrey *Brazo de plata* instaba á la Corte para que se le reemplazase. Sin ver logrado este deseo falleció el conde de la Monclova el 22 de Septiembre de 1705, y su sucesor, el marqués de Casteldorius, no llegó á Lima sino en Julio de 1707.

Doña Josefa, la hija del conde de la Monclova, siguió habitando en palacio después de la muerte del virrey; mas una noche, concertada ya con su confesor, el padre Alonso Mesia, se descolgó por una ventana y tomó asilo en las monjas de Santa Catalina, profesando con el hábito de Santa Rosa cuyo monasterio se hallaba en fábrica. En Mayo de 1710 se trasladó doña Josefa Portocarrero Lazo de la Vega al nuevo convento, del que fué la primera abadesa.

III

Cuatro meses después de su prisión la Real Audiencia condenaba á muerte á Don Fernando de Vergara. Este, desde el primer momento, había declarado que asesinó al marqués con alevosía, en un arranque de desesperación

de jugador arruinado. Ante tan franca confesión no quedaba al Tribunal más que aplicar la pena.

Evangelina puso estérilmente en juego todo resorte para libertar á su marido de una muerte infamante, y en tal desconsuelo llegó el día designado para el suplicio del criminal. Entonces la abnegada y valerosa Evangelina resolvió hacer, por amor al nombre de sus hijos, un sacrificio sin ejemplo.

Vestida de duelo se presentó en el salón de palacio, en momentos de hallarse el virrey conde de la Monclova en acuerdo con los oidores, y expuso: que don Fernando había asesinado al marqués, amparado por la ley: que ella era adúltera y que sorprendida por el esposo huyó de sus iras, recibiendo su cómplice justa muerte del ultrajado marido.

La frecuencia de las visitas del marqués á la casa de Evangelina, el anillo de ésta como gaje de amor en la mano del cadáver, las heridas por la espalda, la circunstancia de haberse hallado al muerto al pie del lecho de la señora y otros pequeños detalles, constituían motivos bastantes para que el virrey, dando crédito á la revelación, mandase suspender la sentencia.

El juez de la causa se constituyó en la cárcel para que don Fernando ratificara la declaración de su esposa. Mas apenas terminó el escribano la lectura, cuando Vergara, presa de mil encontrados sentimientos, lanzó una histérica carcajada.

¡El infeliz se había vuelto loco!

Pocos años después, la muerte cernía sus alas sobre el casto lecho de la noble esposa y un austero sacerdote prodigaba á la moribunda los consuelos de la religión.

Los cuatro hijos de Evangelina esperaban arrodillados la postrera bendición maternal. Entonces la abnegada víctima, forzada por su confesor, les reveló el tremendo secreto.—El mundo olvidará, les dijo, el nombre de la mujer que os dió á la vida; pero habría sido implacable para con

vosotros si vuestro padre hubiese subido los escalones del cadalso. Dios, que lee en el cristal de mi conciencia, sabe que ante la sociedad perdí mi honra, porque no os llamasen un día los hijos del ajusticiado.

LA VIEJA DE BOLIVAR

—

Con este apodo se conoce hasta hoy (Julio de 1898) en la villa de Huailas, departamento de Ancachs, á una anciana de noventa y dos navidades, y que, á juzgar por sus buenas condiciones físicas é intelectuales, promete no arriar bandera en la batalla de la vida sino después de que el siglo xx haya principiado á hacer pinicos. Que Dios la acuerde la realidad de la promesa, y después ábrase el hoyo, ya que

todo, todo en la tierra
tiene descanso;
todo... hasta las campanas
el Viernes Santo (1).

***

Manuelita Madroño era, en 1824, un fresquísimo y lindo pimpollo de dieciocho primaveras, pimpollo muy codiciado, así por los Tenorios de mamadera ó mozalvetes, como por los hombres graves. La doncellica pagaba á todos con desdeñosas sonrisas, porque tenía la intuición de que no estaba predestinada para hacer las delicias de ningún pobre diablo de su tierra, así fuese buen mozo y millonario.

En una mañana del mes de Mayo de aquel año, hizo Bolívar su entrada oficial en Huailas, y ya se imaginará el lector toda la solemnidad del recibimiento y lo inmenso del popular regocijo. El Cabildo, que pródigo estuvo en fiestas y agasajos, decidió ofrecer al Libertador una corona de flo-

(1) El 12 de Julio escribí este artículo y ¡curiosa coincidencia! en ese mismo día falleció la nonagenaria protagonista, como si se hubiera propuesto desairar mi buen deseo.

res, la cual le sería presentada por la muchacha más bella y distinguida del pueblo. Claro está que Manuelita fué la designada, como que, por su hermosura y lo despejado de su espíritu, era lo mejor de lo mejor en punto á hijas de Eva.

A Don Simón Bolívar, que era golosillo por la fruta vedada del Paraíso, hubo de parecerle Manuelita *bocato di cardinale*, y á la fantástica niña antojósele también pensar que era el Libertador el hombre ideal por ella soñado. Dicho queda con esto que no pasaron cuarenta y ocho horas sin que los enamorados ofrendasen á la diosa Venus

Si el fósforo da candela
¡qué dará la fosforera!

Y sea dicho en encomio del voluble Bolívar que, desde ese día hasta fines de Noviembre, en que se alejó del departamento, no cometió la más pequeña infidelidad al amor de la abnegada y entusiasta serrana que lo acompañó, como valiosa y necesaria prenda anexa al equipaje, en sus excursiones por el territorio de Ancachs, y aun lo siguió al glorioso campo de Junín, regresando con el Libertador que se proponía formar en el Norte algunos batallones de reserva.

Manuelita Madroño guardó tal culto por el nombre y recuerdo de su amante que jamás correspondió á pretensio nes de galanes. A ella no la arrastraba el río por muy crecido que fuese.

*
* *

Hoy, en su edad senil, cuando ya el pedernal no da chispa, se alegra y siente como rejuvenecida cuando alguno de sus paisanos la saluda, diciéndola:

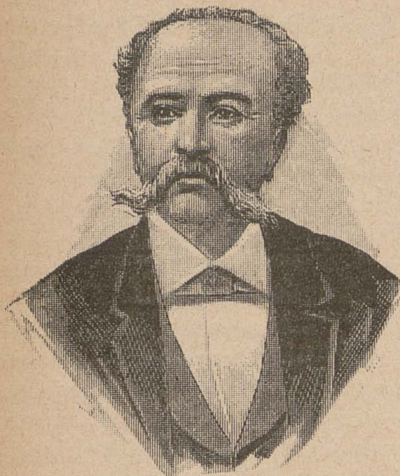
—¿Cómo está *la vieja de Bolívar?*

Pregunta á la que ella responde, sonriendo con picardía:

—Como cuando era *la moza.*

Paz-Soldán y Unánue (Pedro)

(Juan de Arona)



Bajo un cielo siempre puro y azul, siempre risueño, en la bulliciosa Lima corte un día de los virreyes españoles, vió la luz primera en 1839 el soñador y el poeta que por tan merecidos títulos ha legado su nombre á la posteridad, ya se le juzgue como filólogo ó literato insigne, bien cual crítico eruditísimo y de acerada pluma la que puso de manifiesto los vicios de aquella época.

Era Juan de Arona poeta descriptivo por excelencia y su poema «Los Médanos» puede servir de modelo en el clasicismo escepcional.

Versado en siete idiomas, con vasta y honda instrucción, dotado de espíritu observativo que aquilató en prolongados viajes por Oriente y los prolijos estudios hechos en el campo de autores clásicos, le dieron la supremacía sobre los escritores peruanos de este siglo en el que, por sus aficiones y carácter, así como por el criterio, que se apartaba de todo lo general, era planta exótica y vivía encerrado en sí mismo, luchando con la tristeza, su compañera fiel, y con el desaliento.

Sus poemas descriptivos de la «Flora y Fauna Perua-

nas» pudieran compararse á diáfano y limpio cristal por sus imágenes, por el sabor de los versos y por la pureza que resalta en ellos. Son rico tesoro de pensamientos luminosos, que sin esfuerzo se hermanan con las harmónicas notas del conjunto.

En «Las Ruinas» hay lujo de galas poéticas y los «Estudios sobre la inmigración» y «Páginas Diplomáticas» revelan la profundidad de los conocimientos que atesoraba el escritor. Sus «Viajes al Oriente» enamoran, cautivan el espíritu y le embargan hasta el punto de olvidarse de la realidad y vivir durante la lectura en aquellas apartadas regiones.

Pedro Paz Soldán y Unánue, al engolfarse en el estudio de las civilizaciones orientales, había adquirido los acentuados giros escépticos que fueron el norte de toda su vida, prestándole un *no sé qué* de extraño que impresionaba y atraía: tal efecto me produjo en la primera conversación que con el erudito peruano tuve en Lima, y que á más del deleite de su trato, grabó en mi mente perdurable recuerdo. Su existencia fué por demás triste y sombría; la escasez de recursos había llegado á su colmo y trabajaba sin descanso para ganar el pan cotidiano para sus hijos; era un sér decepcionado, sin esperanzas, sin aspiraciones, y siempre dispuesto al aislamiento y á buscar en el estudio los consuelos de que carecía en el mundo real; por eso era incomprensible para muchos y se le miraba como un ente raro y huraño, como un verdadero misántropo.

Crecieron en alto grado sus tendencias amargas y sus reconcentraciones con la muerte de su mujer, única compañera de sus pesares y de sus aspiraciones; cuántas veces, encontrándose tan solo, exclamaba: «El talento y la ternura de Cipriana me hacían soportable la vida. ¡Cuánto la extraño á cada momento!» Hubo otro dolor que señaló con puntos negros su existencia, la pérdida de una hija adorada; y á propósito de esto, refiérese que llamado por aquélla en la agonía, no accedió al supremo deseo. «Cuán-

to me pesa, decía más tarde, no haber complacido á Virginia, pero me faltaba valor para verla moribunda, me horrorizaba la idea de verla morir». Y extrañábanse las gentes mirar á Juan de Arona sin negros crespones, no comprendiendo que el dolor rebosaba en su corazón. La vida del poeta puede encerrarse en dos palabras: infortunio y nostalgia; por lo demás, en aquella naturaleza se albergaban todas las originalidades, todas las aptitudes, todas las sabias y brillantes manifestaciones de quien había nacido tal vez fuera de su época, y con ideas anómalas en el centro en que se agitaban.

Sirvan de sublime demostración de su talento las tres composiciones que por la forma y por el pensamiento acusan la inspiración del poeta peruano, que, joven todavía, bajó á la tumba, encerrándose en ella con las amarguras de su alma y con las arideces de su carácter.

EL SARGENTO DEL 50 DE LÍNEA

(Traducción del francés)

—

Contábamos alegres de la ciudad la toma;
concluímos el asalto, la tarde iba á caer;
cuando entre el humo denso la blanca luna asoma
para que se pudiera más claramente ver:
y un viejo veterano, sargento del «Cincuenta»
herido cual los cuatro que iban de él en pos
al General decía que le tomaba cuenta:
—«¡La ciudadela es nuestra, loado sea Dios!»

—

Decía, y le faltaba la voz desfalleciente
que exangüe el desdichado se iba quedando ya;
y el General frunciendo con cólera la frente:
—«Pero tu compañía, le dice, ¿dónde está?
¿Qué suerte le ha cabido, responde, qué se ha hecho?
¿Por qué ante mi presencia comparecéis así?»
Y él contestó, mostrando su séquito maltrecho:

—«¡La compañía, vedla, mi General, aquí!»

—

«Esto es lo que ha podido salvar de la metralla,
cinco hombres mal heridos, cinco hombres, nada más,
pero aunque fué tan cruda bendigo la batalla,
que al cabo al enemigo llevóse Satanás!»
—«Al batallón regresa.» Temblando el entrecejo
el General repuso ya apaciguado al fin;
y él, otra vez mostrando su lívido cortejo:
—«¡El batallón, miradlo, mi General, aquí!»

—

El General entonces quedó desconcertado
y dijo:—«Como bravos batiéronse ¡pardiez!
Mas, puesto que la noche su manto ha desplegado,
y á todos nos envuelve la muda lobreguez;
ya puedes, buen amigo, volver al regimiento
donde tus camaradas se inquietarán por tí.»
Y con voz casi extinta le replicó el sargento:
—«¡El regimiento vedlo, mi General, aquí!»

—

El jefe, del sargento cogió la mano ruda
vertiendo algunas gotas de llanto abrasador;
y luego como presa de una horrorosa duda;
—«¿Será posible, dijo, que falte un mal mayor?
¿El águila que aliento nos brinda sobrehumano
también el estandarte se habrá perdido allí?»
—«No, dijo, descubriendo su pecho el veterano,
sólo un retazo queda; ¡pero miradlo aquí!»

MI TUMBA
(JACULATORIA LÚGUBRE)

—

Hay en la iglesia de Arona,
Es decir en la capilla,
Un sitio junto al altar
que á sepultarse convida.

¡Oh, sitio! puedan en ti
Mis restos dormir un día
Para que cuando ya el cuadro
De mi familia no exista,
Y haya yo muerto y ninguno
De los míos sobreviva,
Y bajo férula extraña
Llore la paterna finca,
Oiga el nocturno trisagio
Y la pascual *jualigía*,
Y los cantos que acompañan
Las dominicales misas.
Y así me arrullen eternos
Dentro de mi tumba fría
Los mismos cánticos caros
Que me arrullaron en vida.
Las voces que entonces suenen,
De las que hoy escucho hijas,
Tendrán idéntico timbre,
Su inflexión será la misma,
Siempre volverán el eco
De la fuente primitiva
A cuya música grata
Dormirme un tiempo solía,
Penetrando por los poros
De mi mansión soporífera
Como un rumor conocido
Que la distancia amortigua!
Y por disfrutar mejor
De la agreste sinfonía
Yo tenderé á incorporarme,
Aunque la losa lo impida.
No así la muerte me aterra,
Antes me halaga y cautiva
Que así mi muerte será
Continuación de mi vida,

Y pueda el nuevo señor
Cada vez que se dirija
Ante el mausoleo extraño
Seguido de su familia,
Pueda leer en mi lápida
Más ó menos estas líneas:
«Aquí yace Juan de Arona»
(Y entre paréntesis siga
«Pedro Paz-Soldán y Unánue»)
«Nació el 39 en Lima
»Visitó Europa, el Oriente,
»Y tras tantas correrías
»Vino á morir en la hacienda
»De Arona» —y luego, en la esquina
De la losa, en caracteres
Enormes y entre comillas:
«¡Ruégale al cielo que nadie
»Saque de aquí mis cenizas!»

A CIPARINA

—

El cambio de tu nombre no te asombre
Que quien este anagrama me sugiere
Es el amor, que por mi boca quiere
Dulcificar y embellecer tu nombre.

Una isla en tu nombre me recuerdas,
Chipre azulada, voluptuosa ondina,
Y porque nada de tu nombre pierdas
Ni estallen de mi cítara las cuerdas,
Permite que te cante, Ciparina.

Fresca cereza que el abril colora
Es tu boca, engarzada en dos hoyuelos
Entre los cuales la alegría mora,
Y el inefable gozo de los cielos
Dormita en tu pupila encantadora.

Y esa genial simpática franqueza
De tu serena conglobada frente,
De tus ojos la luz y la viveza,
Y la forma gentil de tu cabeza
Artística, gallarda, inteligente.

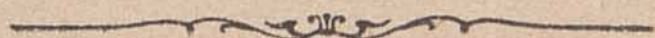
Vueltos atrás tus elegantes hombros,
Turgente el seno y la cabeza erguida,
Cruzas por el sendero de la vida
Como ágil mariposa por escombros.

Parece que los ángeles en coro
Junto á tí sacudieran cascabeles,
Y que fueras vertiendo lluvia de oro
Cuando avanzas risueñas como sueles
Golpeando el suelo tu botín sonoro.

Si el suelo pisas con menudo paso
Eres entonces la avecilla sola
Que de una playa por el terso raso,
Que la luz del poniente tornasola,
Va huyendo fugitiva de la ola.

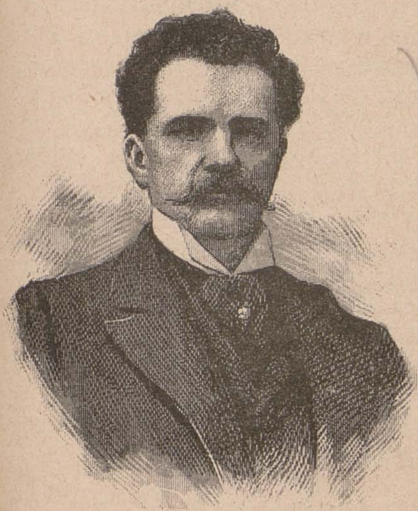
Tu nombre y cual tu nombre tu anagrama,
Música son del corazón que te ama,
Y si hoy eres laurel de mi corona
Algún día serás Ciprina rama
Sobre la tumba del infausto Arona.

Y cuando el polvo que me cubra frío,
A oprimir vayas con tus plantas bellas,
Yo oiré el rumor desde el sepulcro mío,
Y salpicando pasarán tus huellas
Como si fueran gotas de rocío.



PUERTO-RICO

Brau (Salvador)



En la costa occidental de Puerto Rico, en un escondido lugar llamado Cabo Rojo, dióse al mundo la simpática figura del que hoy milita con gloria entre los publicistas de aquella ex antilla española y que por su laboriosidad adquirió desde niño títulos sobresalientes en las escuelas, consagrándose poco después á tareas comerciales, pero encontrándose dispuesto para ello comenzó á borronear papel, y, tal vez con sorpresa suya propia, produjo su pluma un brioso estudio dramático que con el título de «Héroe y Mártir» despertó la codicia de

empresas teatrales y la atención pública, porque el escritor que entraba con tal empuje en la lid literaria no lo hacía con vacilantes pasos, sino con todas las energías de aquel que está seguro del triunfo y que se presenta con ideas fijas y ya trazado su plan político y literario, pues que en las bien desarrolladas escenas del drama con el que iniciaba su carrera de labor intelectual, se destacaban ya las aspiraciones y las tendencias del autor que á más de literato servía como cajero en la Tesorería general de la provincia, cargo que habíale sido conferido por sus antecedentes de honradez acrisolada, dándose el caso de que los dos empleados principales, que eran el intendente y el tesorero, pusieran en manos de Brau las llaves de la caja; tal era la reputación de integridad que el noble publicista tenía.

Más tarde trasladóse el escritor á San Juan de Puerto Rico y no tardó en atraer sobre sí todas las miradas como redactor de «El Clamor del País», cuando en 1887 agitábase Puerto Rico y protestaba contra las medidas arbitrarias del general Palacio. Precisamente fué entonces cuando se demostraron en toda su plenitud la prudencia y el tino del que era ya director y redactor *único* del periódico citado.

«La ofrenda del Miliciano», «La Pasionaria», «La Campesina», los inspirados versos de «Patria», poesía que obtuvo un laurel de gloria en competente jurado presidido por nuestro inmortal Núñez de Arce; todas estas producciones habían dado á Salvador Brau inmensa popularidad y envidiable renombre.

Citemos, para corroborar lo dicho, hermosísimos rasgos de «Patria».

. . . .

Nací colono; mas la sangre fiera
A que brindan mis venas cauce estrecho

La heredé con mi nombre y mi bandera.
Esa triple divisa nobiliaria
Herrumbre corrosiva no tolera.

Yo quiero que en mi tumba solitaria,
La cruz que al nombre maternal va unida
Recoja de mis hijos la plegaria.

Formulada en la lengua esclarecida
Que de cultura al verbo prodigioso
Estremeció la América escondida.

Yo quiero que mi fúnebre reposo
Ampare con su sombra esa bandera
Que dió á mi cuna pabellón hermoso;

Y que, al soplo de brisa placentera
Muestra ufana el ibérico linaje
Que el polvo de los siglos no vulnera.

. . . .

El escritor autonomista ha sido diputado por Mayagüez y secretario general de la Agrupación que representaba las ideas autonómicas, trabajando sin descanso para el triunfo de sus más bellos ideales, sin temor á la lucha ni á los desengaños que generalmente se recogen en el escenario político.

Lo mejor, lo más bello, lo que más valor tiene á nuestros ojos y esto sin que en nada desmerezcan las demás producciones literarias del brillante poeta, es la que fué laureada en el Ateneo Portorriqueño en el certamen de 1886 y por delegación del de Madrid, que presidía Echegaray (Don José). Dice así:

MI CAMPO SANTO

—

FRAGMENTOS

A Antonio Cortón

«Audi me Job: tace, et docebo te sapientiam.

¡Lo he vuelto á ver! La tapia carcomida
que hiende al arraigar la parietaria;

del portalón la verja corroída;
la cruz entre las hierbas, solitaria;
las hondas grietas del osario inmundo
donde la iguana suspicaz rastrea,
acechando al insecto vagabundo
qne en los húmedos cráneos merodea;
de los almendros el ramaje erguido
que arropa los sepulcros con su sombra;
los surcos del terreno removido,
velados de la grama por la alfombra;
los rudos pantëones,
de aristas y contornos desiguales,
con sus cifras, emblemas é inscripciones,
injuria de las lluvias torrenciales,
y las fauces abiertas, pavorosas,
de los nichos murales,
alveolos donde larvas orgullosas
pretenden eludir en hora extrema,
de la transformación la ley suprema.
Todo lo he vuelto á ver, con la divina
fulguración de la risueña infancia:
dulce visión guardada en mi retina,
de la edad á despecho y la distancia.
¡Todo, todo lo hallé! La misma loma
de corruptos cadáveres ahita:
la misma fuerza que á la vida doma
y en que la vida en gérmenes palpita.

¿Quién allí me condujo? Ansia vehemente,
cual la que acosa al infeliz viajero
que, tras jornada inútil, diligente
del olvidado hogar torna al sendero.
Mas ¿qué importa volver al viejo nido
si el maternal calor ya no le orea?
¡Há largo tiempo que en mi hogar querido
de esa lumbre el fulgor no centellea!

¡Há largo, largo tiempo que, trazadas
de un muro entre las páginas abiertas,
dos líneas, del curioso á las miradas,
revelan donde yacen apiladas
de aquella lumbre las cenizas yertas!
Esas cenizas de mi hogar primario
son la postrera, veneranda ruina.
¡Eso queda no más de aquel santuario
cuya apagada luz aun me ilumina!
Besar de ese santuario los despojos,
reavivar el calor de su fe santa,
y al rescoldo acogido, los enojos
de la angustia olvidar que me quebranta,
he aquí de mi ambición la pesadumbre...
¡Ambición mentirosa! ¡Desvarío!
¡Por entre el hielo de la andina cumbre
estalla el cráter de volcán bravío!

Verdad que al pie del descarnado muro,
de la tarde en la vaga somnolencia,
vi surgir, como el eco de un conjuro,
la alborada gentil de mi existencia.
Y todo, todo á la ilusión brindaba.
El aura, henchida de fragante esencia,
que mi cálida frente acariciaba,
los besos maternales me fingía,
y el rumor de la tarde, vagabundo,
remedaba á lo lejos, en la umbría,
el canto de la esclava, gemebundo,
que mi sueño y sus penas adormía.
Del espacio los cárdenos vapores
que recorta del sol tinta bermeja,
simulaban los trasgos bullidores
de la nocturna, familiar conseja,
y la llama del Véspero, incipiente,

que en fondo de zafiro se divisa,
como el primer destello de mi mente
irradiaba fantástica, indecisa.
Y luz y sombra, y cielo y tierra unidos,
con su mudo lenguaje,
como hermanos queridos
evocaban recuerdos bendecidos
para alegrar la vuelta de mi viaje.

. . . .

Panorama bullente
bajo aquellos cendales se divisa.
Allí perdida en un rincón de Oriente,
ansiando de la aurora una sonrisa,
la colmena viviente,
que en ropajes de espléndida verdura
esconde su esperanza y su amargura.
Allá, á lo lejos, la empinada sierra
que rico el iris de matiz recama,
rebelde esclava que el temor destierra
y horizontes sin límites reclama.
Y el valle al pie: magnífico, ostentoso,
dando abrigo, en agreste melodía,
al rumor de las cañas vagaroso
y al rugir de la inquieta factoría.
Allí la vida; allá el combate rudo.
De un lado la ilusión, de otro la pena;
y en medio á entrambos el osario mudo,
inflexible eslabón de la cadena.

¿A qué, pues, ese afán; á qué ese anhelo
que en tenaz ambición el alma enciende,
si al cabo esa ambición rueda en el suelo
cual hoja que del árbol se desprende?
¿Qué importa un nombre en mármol esculpido,
póstumo alarde de grandeza vana,
si detrás de ese mármol corroído

ni polvo acaso quedará mañana?
Gloria, saber, riquezas, hermosura,
rey ó vasallo, sér ó muchedumbre,
el crisol de la yerta sepultura
disuelve en asquerosa podredumbre.
¡Almacenad en urnas cinceladas
vuestras momias menguadas,
los que leyes dictáis á la fortuna!
¡Ciudad que vuestros féretros lujosos
no mancille la fosa en que se aduna
el jugo de mendigos y leprosos!
¡Alzad sobre opulentos panteones
la soberbia hinchazón de vana gloria;
el tiempo con sus fieras convulsiones
vuestra esperanza tornará ilusoria,
y acaso en cenotafio solariego
abrevarán rebaños corderiles,
mientras la corva reja del labriego
dará surco á los granos,
de los esclavos con cenizas viles
escorias revolviendo de tiranos!

. . . .

Así, al medir la mezquindad humana,
del despecho aguzaba el paroxismo
dardo impotente en la blasfemia insana,
cuando el ritmo de tenue melodía,
apagando la sed de mi organismo,
á otra región alzó la fantasía.
Era la esquila de la vieja torre
que la oración crepuscular pedía.
En lentas ondas su gemido corre
de valles y cañados por los huecos;
sus acentos repiten,
como un sollozo, los lejanos ecos;
el pájaro que trina en la espesura,

la res que muge en el verdoso prado,
el aire que en los árboles murmura,
el arroyo que bulle despeñado,
parecen responder con sus clamores
á las preces que el bronce solicita,
y sonidos, perfumes y colores
en que invisible espíritu palpita,
juntan en un suspiro sus primores,
perdiéndose en la atmósfera infinita.

¡Acorde misterioso! Su embeleso
mueve del corazón la fibra eterna,
con el arrullo angelical del beso
que ofrece el niño á la bondad paterna.
Y en vano, en vano gladiador rendido,
nueva duda el pensar aleve esgrime:
aquel himno, en la atmósfera perdido,
que en la conciencia la verdad imprime.
«¡Torpe—me dice—que lo instable lloras,
á lo infinito tu razón levanta!
Si de la vida la ruindad deploras,
¿por qué el silencio sepulcral te espanta?...

La miés bajo la hoz se multiplica,
tras la agostada flor el grano crece,
con la segur el árbol fructifica,
nuevo retoño suple al que envejece,
y en el *detritus* que la tierra abona,
la palma regia de la hirviente zona
nutre el próvido tallo y resplandece.
Miope la vanidad del egoísmo,
el tránsito vital de horrores viste;
en el armazón del cósmico organismo
la nada es fuerza que no existe.
Gravitación, impulso, movimiento,
onda, destello, ráfaga, perfume,
átomo, sér, inercia, pensamiento,
todo la ley universal resume.

Todo á un conjunto harmónico se aplica;
nada flota ó se pierde á la ventura;
la inmensidad al límite avasalla,
un germen á otro germen amplifica,
y al órgano gastado, cuando estalla,
recoge, funde, extiende, alza y depura,
en génesis peremne, la natura.
¡Obrero rudo! ¡Altivo Prometeo,
que del buitre los ímpetus conllevas,
y en el empuje audaz de tu deseo
hasta el Supremo Artífice te elevas,
deja en paz la materia corrompida
que la embrionaria gestación afronta,
y de su esencia productora cuida,
que á buscar en el éter se remonta
el espíritu eterno de la vida!
Guarda esa esencia, fruto sazonado
que la humana labor al hombre lega.
¡Vuelve al taller, obrero descarriado!
¡El cincel cobra, voluntad despliega,
y al rendir afanoso tu jornada,
si oyes de la natura el puro acento,
tiende á la humanidad una mirada
y á Dios bendice, que te dió su aliento!»
Calla el rumor, y mi despecho cierra.
Doblo la frente, póstrome de hinojos,
é imprimiendo mis labios en la tierra
consagrada del hombre con despojos,
del santuario me lanzo á la pelea,
de la vida más fiero en la demanda.
Que aquel himno de amor habló á mi idea
como la voz de Cristo en la Judea:
«¡Lázaro, surge, resucita y anda!»

No podemos resistir al deseo de que nuestros lectores conozcan el valor descriptivo de la prosa que en Salvador

Brau encierra todas las galanuras del verso y todos los reflejos de una inspiración tan fresca como risueña. Con los párrafos que de «Puerto Rico y su Historia» extractamos, podrá juzgarse en más ancho espacio de la brillantez de esa inteligencia y de esa pluma.

«Entre la grama lujuriosa de nuestros prados no se esconde la víbora artera ni rastrea el crótalo ponzoñoso; en nuestros bosques, perfumados por las flores del cafeto y sombreados por el musa opulento y la próvida palmera, no se esconden el jabalí y el gamo que incitan á la sangrienta cacería, ni se albergan el lobo ó el jaguar que imponen la lucha por la personal defensa; no surcan las corrientes de nuestros mansos riachuelos ni el *aligator* monstruoso ni el temido *temblador*; no interrumpen la correcta curva de nuestras suaves colinas, la cortadura de rocallosa sima ni el cono de pavoroso volcán; extensa alfombra de verdura, mantenida por perpetua primavera, apaga la solar irradiación; el mar lame mansamente nuestras playas, ofreciendo la tersa superficie de un lago á la endeble barquilla del pescador, ni páramos estériles interrumpen la feracidad del suelo, ni selvas impenetrables dan abrigo á desalmados malhechores; la tierra multiplica sus cosechas, ávida de reproducción, y el labriego, al retirarse por la tarde á su cortijo á reparar las agotadas fuerzas, arrulla su descanso con el himno de amor que desde las frondosas *bambusas* ó desde los *guamos* florecientes, columpiados por tenue y adormecedora brisa, entonan la calandria parlera, la tórtola gemidora y el sinsonte arrullador.

»Todo parece conspirar á la mansedumbre y al sosiego en esta tierra privilegiada, cuyas condiciones bien pudieran justificar la tradición, evidentemente apócrifa, de que se valiera algún cronista, para suponer que los indios consideraban á Boriquen como el paraíso primitivo, cuna del género humano.

»*Tierra creada para el amor*, la ha llamado algún escritor en nuestros días; mas no para el amor volcánico, tem-

pestuoso, que gasta en orgías crapulosas las facultades más nobles del alma—me permito yo añadir,—sino para ese afecto sosegado y tierno que se ampara de las intimidades de la familia, y acendra las virtudes anodinas del hogar y del terruño, y eleva las augustas funciones de la maternidad hasta los transportes fanáticos de la idolatría.»

Cortón (Antonio) 7



Gran simpatía y predilección tengo por el escritor que va á ser objeto de estas líneas, por el periodista de lucha que ha conquistado en la ruda política contemporánea influencia señalada, valiéndose de todos los medios imaginables, de todos los recursos de su talento para obtener el resultado apetecido y el triunfo de sus principios.

Antonio Cortón nació en la florida ciudad de San Juan de Puerto Rico el día 29 de Mayo de 1854. Por su madre doña Asunción del Toro pertenece á la familia fundada en la época de la conquista por el capitán don Miguel del

Toro, uno de los valerosos compañeros de Ponce de León. Por su padre don Francisco Cortón, está ligado á Galicia, y allá en la risueña provincia de la Coruña, en el recóndito y pintoresco pueblecillo de Cedeira, ha podido el celebrado autor de *Pandemonium* tener la satisfacción de visitar un día el solar de sus antepasados. A estas dos tradiciones responden sin duda los dos amores que han sido la nota característica de Cortón tanto en política como en literatura: el amor á Puerto Rico y á sus libertades y el amor á España.

Por el primero no ha sido bien quisto de los peninsulares en las Antillas, ni ha logrado en Madrid, en la literatura ni en la política, los elevados puestos que otros alcanzaran con menos títulos. Por su predilección á España, desarrollada, como es natural, en treinta años de vida y labor incesante en la Península, no ha sido bien comprendido por los portorriqueños amantes de la independencia del país, no habiendo querido reconocer en Cortón la pureza de las intenciones y el honrado móvil de sus campañas.

Estudió las asignaturas del bachillerato en un seminario que los Padres de la Compañía de Jesús tenían establecido en San Juan. Y por cierto que en aquel mismo tiempo figuraban también en las aulas de aquel centro de enseñanza otros dos portorriqueños que, como Cortón, han gozado después de renombre en los centros literarios de la Península: Luis Bonafoux y Salvador Canals.

A la sazón contaba el joven americano dieciseis años, y ya comenzaba su vida literaria con varias composiciones en verso que aun se encuentran en las colecciones de los periódicos de aquella época como *La Araña*, *El Progreso*, *Don Simplicio*, *La Razón* y otros, así como también en los volúmenes de los Almanaques Aguinaldos que editaba entonces el ilustre historiador portorriqueño don José Julián de Acosta. Los ensayos poéticos de Cortón le dieron gran popularidad en su país; pero desgraciadamen-

te abandonó las musas al trasladarse á España en 1873, y desde esa época ha sido la prosa su campo de acción. Antes de llegar á Madrid estuvo en Inglaterra y Francia y abrigó la idea de estudiar Derecho en la Corte española para regresar después á ejercer su profesión en Puerto Rico. Pero ni terminó los estudios de la ciencia de Justiniano, ni volvió á su patria; en cambio, frecuentaba las aulas de la facultad de Filosofía y Letras asistiendo á las cátedras de don Francisco de P. Canalejas, de Salmerón y de Revilla á la vez que escribía en los periódicos.

Su primer trabajo de alto vuelo fué la biografía de *Toussaint L' Ouverture*, publicada en diez ó doce números de «El Globo» y reimpresa después en un folleto, revelándose ya en esta obra el literato como historiador concienzudo y crítico notable. En 1881 fué elegido por el «Círculo Nacional de la Juventud,» ateneo rival entonces del de la calle de la Montera, para secretario primero de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, y encargado para exponer en una memoria el tema que había de ser objeto de los debates de la sección, escribió y publicó el folleto *Patria y Cosmopolitismo*, que obtuvo éxito inmenso y fué traducido por Mr. Rey al idioma de Racine; poco después el Círculo eligió á Cortón secretario primero de la Junta Directiva y presidente de la Sección de Literatura y Bellas Artes.

En el mismo año, al celebrarse en Madrid el centenario de Calderón de la Barca, perteneció Cortón á la Junta Directiva de la prensa que inició el pensamiento, organizó los festejos y despertó, no sólo en España, sino también en toda Europa, un provechoso entusiasmo por nuestras glorias nacionales.

Por este tiempo la Asociación de escritores y artistas eligió á Cortón secretario de la Junta Directiva, cargo que ha desempeñado con tanta actividad como inteligencia durante diez años.

En 1883 dió á la estampa el libro titulado *La Literata*.

Esta obra—que lleva una carta-prólogo de Julio Nombela—suscitó en España y América interesantes y humorísticas discusiones.

Fué también por entonces cuando dirigió «El Tribuno», periódico fundado por el malogrado Perillán y Buxó, y escribió á la vez notables crónicas políticas y literarias para «La Revista», «El Liberal» y «El Buscapié, de Puerto Rico. De una gacetilla de «El Tribuno» nació la ruidosa cuestión personal, que aun recuerdan muchos, entre Cortón y el célebre *Clarín.*

La sociedad «Unión íbero americana», que se fundó por aquellos días, contó á Cortón entre sus iniciadores más entusiastas. Las necrologías de Victor Hugo y de Gambetta, escritas y leídas por Cortón en las veladas literarias y políticas de aquella Sociedad, fueron muy aplaudidas por el público y muy celebradas por la prensa.

El año de 1887, año famoso en la historia de Puerto Rico, fué de gran actividad para Cortón. Gobernaba su isla natal el general Palacios, que inició una serie de persecuciones contra los liberales portorriqueños. Se amordazaba á la prensa, se encarcelaba á los patriotas, se resucitaban los más atroces suplicios de la Inquisición, y el pánico reinaba en toda la isla. Cortón, con su palabra y con su pluma, en compañía de Labra y Vizcarrondo, de Miguel Moya y Juan Gualberto Gómez, poniéndose al frente de la colonia portorriqueña de Madrid, llevó su voz de indignación y protesta hasta el gobierno que presidía Sagasta y excitó la opinión hasta tal extremo y con tal fortuna que logró bien pronto la victoria de que se decretase el relevo de aquel gobernador de triste recuerdo en la pequeña Antilla.

En la vida literaria de Antonio Cortón hay que señalar con piedra blanca la fecha de 1889, pues fué cuando publicó su libro titulado *Pandemonium*, obra de más de 600 páginas, donde recopiló sus principales trabajos de crítica literaria. El éxito de este libro, así en España como en

América, superó las esperanzas del autor. Los críticos de mayor fama, como Picón, Luis Alfonso y Vidart en la Península, y Valdivia, Fornaris y Fernández Juncos en las Antillas, saludaron en el autor de *Pandemonium* á uno de nuestros primeros prosistas.

En el año siguiente, don Miguel Moya, director de «El Liberal» y diputado por Puerto Rico, presentó al Congreso una proposición de ley pidiendo la reparación de mandos en las Antillas. La comisión de diputados nombrada para dar dictamen sobre dicha proposición abrió una información pública, y ante aquélla hubo de presentarse Cortón para leer una Memoria, de cuya lectura, no bien la había empezado, tuvo que desistir, obligado á ello por las interrupciones del presidente, que acabó por retirarle la palabra, asustado ante la dureza de los ataques dirigidos por el autor de la Memoria contra el régimen militar imperante en las Antillas. Pero la Memoria de Cortón, si no pudo ser leída en el Congreso, corrió por el mundo en tren exprés, haciéndose de ella multitud de ediciones en Madrid, en Puerto Rico, en Cuba y en Filipinas. Una de estas ediciones fué hecha por el periódico «Gil Blas», de la Habana, que la dió como regalo á sus suscriptores.

Tanto en Puerto Rico como en Cuba fué candidato del partido autonomista en las elecciones para diputados á Cortes, pero estaba escrito sin duda que no había de tener representación en el Congreso sino en la hora aciaga de la catástrofe y de la muerte. Por aquel entonces falleció su anciana madre, única compañera de la inquieta vida del escritor, su único culto en la tierra, y tan hondo pesar llevó á Cortón, después de veinte años de ausencia, á la tierra donde nació. Allí le acogieron la gratitud, el cariño y el entusiasmo de sus conciudadanos, que miraban en él al fiel defensor de sus libertades; y durante su permanencia en la patria querida, inspiró verdadero delirio facilitando esto sus trabajos políticos.

En 1894, y ya de regreso en Madrid, fundó «El Correo

de Ultramar,» combatiendo en él denodadamente y atacando con rudeza á determinadas individualidades, consagrándose á la política liberal por entero y arriesgando su modesta fortuna, puesto que «El Correo de Ultramar», si dió fama y preponderancia á su director, no le proporcionó en cambio ningún resultado pecuniario. *Salvador Brau y Frasquito Oller* y el libro *Las Antillas*, editado en Barcelona por la casa Bastinos, han sido las únicas producciones literarias que distrajeron al escritor de la política activa.

En las elecciones de 1898 fué electo diputado á Cortes por quince mil votos, enviándole Puerto Rico dos actas, una por la circunscripción de Mayagüez y la otra por el distrito de Guayama. La recompensa de sus afanes no podía ser más grata para su corazón, pero llegaba demasiado tarde....... El mismo día en que juraba su cargo se recibió la infausta noticia del bombardeo de Puerto Rico por los norte americanos.

Numerosos periódicos han publicado biografías y retratos del fogoso liberal, pero el juicio emitido por el ingeniosísimo publicista portorriqueño Fernández Juncos es, á nuestro parecer, el más perfecto: copiamos algunos párrafos.

«Es joven, alto, grueso y de arrogante figura; rostro ovalado y varonil, de una palidez limpia y marmórea y de correctas facciones; ojos vivos y grandes, de inteligente y bondadosa expresión; buena frente, mejor cabeza, pelo abundante y rizo, y su bigote sedoso, juvenil, que parece haber nacido á pesar suyo, para velar un poco aquellos labios baironianos de una expresión característica, entre desdeñosa y sensual.

»Es uno de los buenos críticos de España (que no abundan en nuestros días), y sería más perfecto aún si una invencible propensión de su espíritu pesimista no le llevara constantemente á la sátira desesperada y cruel. Tiene admirable facilidad para descubrir el lado ridículo de las cosas, y su implacable pluma tiene insistencias y ensaña-

mientos capaces de exasperar al mismísimo Job... si Job resucitara convertido en mal poeta ó en diputado de pacotilla.

»Posee Cortón una cultura intelectual rica y variada, que no se manifiesta en alardes pedantescos ni extemporáneos, sino que se trasluce en la claridad y firmeza de los juicios (algo absolutos á veces) y en el dominio fácil y general de las diversas materias que trata y analiza en sus producciones.

»Su dicción es abundante, fácil y correcta, y su estilo nervioso, acerado, incisivo, acre y mordaz en ciertos casos, sarcástico y zumbón en otros, y siempre con marcado sello personal.»

Ni en lo físico ni casi tampoco en lo moral es el Cortón de 1902 el que retrató Fernández Juncos en 1886. Dieciseis años no pasan en balde sobre el cuerpo y sobre el espíritu. Cualquiera reconoce al juvenil autor de *Pandemonium* en el fatigado periodista de hoy, obrero de las casas editoriales y redactor jefe de «El Liberal» de Barcelona...

Hoy reside en esta ciudad. Vive exclusivamente de la pluma, colaborando asiduamente en las principales revistas y periódicos. De los trabajos que en los últimos tiempos ha publicado, el que ha tenido mayor resonancia es *Las letras en el siglo XIX*, larga serie de artículos que vió la luz en «La Vanguardia» y en que se estudia el movimiento literario en Europa y América durante la pasada centuria.

Para utilizar unas fotografías que reproducían escenas de la India, el editor de la revista «Hispania» encargó á Cortón que fingiese un viaje por aquellas regiones. Cortón se trasladó con la imaginación á Bombay y Calcutta, y así se escribió *La India en fotografía*, narraciones de viaje que vieron la luz en varios números de «Hispania». Del mismo modo, para dar salida á otros grabados, escribió Cortón *Un viaje á la China*, que firmó con el pseudónimo de lord Harrisson, y que también se publicó en la Revista citada.

El último libro de Gómez Carrillo, «El alma encantadora de París,» lleva un prólogo escrito por Cortón y que ha sido objeto de vivas discusiones.

Las «Crónicas barcelonesas» para *El Liberal* de Madrid y los folletines literarios y los artículos de fondo de *El Liberal* de Barcelona, de cuyo diario es redactor jefe, son los trabajos que en la actualidad ocupan preferentemente la atención del literato y periodista de cuyo ingenio, lozano aún, pueden esperar nuevos frutos sus admiradores y amigos.

Con placer sumo he consignado en gran parte los más culminantes rasgos de esa existencia tan accidentada como fecunda, limitándome á presentar en *pequeño* una muestra de la correcta prosa de Cortón.

LA GÉNESIS DEL CATALANISMO

—

¡Ah! ¡Los poetas!... Ya casi no existen... Pocos, muy pocos quedan, y aun esos mismos, según la implacable profecía del Ateneo de Madrid, están llamados á desaparecer. Desde que tienen la audacia de pedir dinero á los editores pretendiendo vivir de *su lira*, no salen del rincón del hogar doméstico. Pasaron, aunque tal vez volverán, los tiempos en que el poeta ejercía influencia sobre la multitud, porque él mismo empezaba por hacerse eco de los sentimientos dominantes en el medio social. Espronceda, con el alarido de su desesperación satánica; Quintana, con el énfasis augusto de sus estrofas; Zorrilla, con la potente catarata de su inspiración semi oriental, esos tres Goliats de la poesía, que murieron sin prole, solían dejar algún rastro de su espíritu, de su entusiasmo y de sus quimeras en la juventud que aplaudía sus cantos... Ya eso pasó... Las generaciones atormentadas que hoy cruzan febrilmente por el teatro de la vida piensan y sienten en prosa...

Pero antes de ahora, antes de la irrupción del materialismo, cuando aun gastaban laúd y melenas, ¡qué cosas no

hacían los copleros!... Hacían, entre otras cosas, *la opinión*, y eran los iniciadores, los propulsores de los grandes movimientos sociales. Vestales del fuego sagrado del patriotismo, podría llamárseles propiamente si no hubiesen gastado bigote y perilla; patriotismo, por supuesto, entendido á su modo, localizado, limitado por una montaña ó por un río, el río de *su* PATRIA, el único que habían visto, el único que deseaban ver, porque en no ver otro jamás consistía—ya lo dijo uno de ellos—la suprema ventura. A la sombra del árbol secular y querido, rodeado de alegre coro de aldeanos, narra el *versolari* las leyendas de la tierra eúskara, no de otro modo que allá lejos, en región distinta, al pie de otras montañas, á orillas del Miño melancólico y dulce, otro cantor, casi siempre anónimo, dice aladas estrofas que semejan canto de alondra ó murmullo lejano del viento... Para mí y para cualquiera que desconozca el habla en que tal poesía popular se expresa, aquello no es más que melodía, música, esparcimiento, tal vez arte... Para ellos aquello es *Religión*...

Tras el canto popular, anónimo, cuyo autor es el pueblo, viene la labor del literato culto. Y entonces ya no es todo inspiración natural y expontánea. El poeta de revista ó de salón sabe de antemano que tales ó cuales sentimientos, expresados en artificiosos versos, han de agradar y establecer una relación simpática entre él y sus lectores, y escribe para agradar. El sentimiento puro, digno de respeto como religión y como culto interno, se convierte en idea política, sobre lo cual es ya necesario discutir. Se sondea en los mares de la historia, de la filología, de la etnografía y de la economía política para buscar datos y ejemplos que justifiquen la aspiración de un pueblo á poner casa aparte. Y ya en el camino de la predicación sin obstáculos, del entusiasmo por el ideal defendido, nace el desamor hacia las ideas de los otros, y así las cosas, aparece en la escena el trovador gentil, el laúd en la mano y la *pluma de* GACELA en el cinto, lamentando en sonoras co-

plas que Cataluña haya conocido á Castilla, y el cual, esto no embargante, llega en Castilla al ministerio de Ultramar, para que á su vez Ultramar tenga que lamentar haberle conocido á él...

En la historia del catalanismo, la viejísima institución de los Juegos Florales desempeña papel muy brillante. El idioma ¿es la patria? Tal vez. El entusiasmo, no sé si hipócrita ó sincero, de Puerto Rico ante un invasor que habla inglés, es un dato en contra. El conterráneo de Muntaner y Clarís levantando su personalidad política sobre la base del idioma, es un dato en pro. Sea como fuere, es indudable que la poética fiesta que en el primer domingo de Mayo reune en esta ciudad y en otras de la región á los amantes del *gay saber* ha sido un estímulo poderoso para el cultivo y conservación del idioma en el cual se ha creado una literatura que es *en cuerpo y alma* exclusivamente catalana y que ha producido ingenios como Verdaguer, el primer poeta épico de la península; como *Pitarra*, un dramaturgo excelente; como Oller, un novelador de primer rango, como muchos otros cultivadores de esta lírica catalana, modelo de ingenuidad y ternura íntima, poesía casi sin forma, gemidora como la gaita pastoril, vaporosa y fresca como la brisa que resbala sobre las olas del Mediterráneo azul.

Diego (José de)



Con sólo fijarnos en los rasgos característicos del joven escritor, en su mirada profunda, y en la expresión pensadora de esta, se adivina desde luego que el sufrimiento y las decepciones han marcado con su sello especial este semblante melancólico y noble á la par. Por los años de 1866 nació José de Diego en Aguadilla, y adolescente aún hizo un viaje á Europa para estudiar en Logroño y en Barcelona, encaminándose más tarde á Cuba donde recibió su título de abogado. Poco después encontró en Arecibo una mujer que por sus cualidades morales y físicas conquistó el corazón del poeta y que haciéndola su esposa tuvo en ella una compañera tan abnegada como incomparable. Difícil sería dibujar en cortas líneas la accidentada vida del que representa una de las glorias más bellas y más puras por sus conocimientos, por sus facultades como escritor, y por las persecuciones sufridas como periodista que varias veces le llevaron de cárcel en cárcel en la Península española, hasta que en Madrid fué indultado de los delitos de imprenta que habían sido base de todos sus

infortunios. Fué el iniciador de la escuela realista que con facilidad y corrección inauguró en el originalísimo poema «Sor Ana» publicado en 1883 y así también en su folleto «Los Grandes Infames,» del que, y de la obra anterior renegó su autor algún tiempo después, cuando una notable evolución en sus ideas le trasformó fatalmente haciendo de él un ser indulgente y un gráfico modelo de tolerancia. En una correspondencia íntima, dice José de Diego aludiendo á los citados libros: «Ramón Chies y Tomás Camacho, «Las Dominicales,» el «¿Verán ustedes?» y «El Motín,» me quisieron dañar el corazón y el entendimiento. Fermentación de ideas bestiales fué el poema «Sor Ana,» que quisiera ver quemado, y antes que «Sor Ana» aquel folleto titulado «Los Grandes Infames,» colección de sonetos políticos y ateos, infame como el título.»

José de Diego ha escrito la «Codificación Administrativa» y «La criminalidad en Puerto Rico.» Se ha distinguido el publicista por sus ideas autonomistas y republicanas y ha publicado versos hermosísimos de los cuales damos una muestra en su oda «Patria.» Con amor, fe y entusiasmo cultiva las letras el aventajado portorriqueño cuando apenas cuenta treinta y cuatro años y tiene delante de sí un porvenir de gloria.

¡PATRIA!

—

¡Oh, Patria! Eva sublime y redentora,
Cuyo seno fecundo
La sangre de los pueblos elabora.
¿Quién á tus pies no se arrodilla y ora
Si eres la madre universal del mundo?...

¡Oh, Patria! Eva sublime,
Hostia del alma, cáliz de la vida,
¡Quién se olvida de ti, de Dios se olvida!
¡Quién comulga en tu templo, se redime!

Llamad en el abismo más obscuro:
Si la fe no responde,
La esperanza es crisálida que duerme
Sin que el capullo de la sombra ahonde.
Calla el amor, en éxtasis impuro,
Y se rastrea por el alma inerme,
Gusanillo de luz, el pensamiento.
«¡Patria!» decid con poderoso acento,
Y veréis como, al mágico conjuro,
Pone Dios, en la urna funeraria
Del corazón más duro,
Vuelos de arcángel y alas de plegaria,
En el supremo instante
En que al oir el portentoso grito,
Lázaro se levante
Y al cielo ascienda, desde el polvo yerto,
Por el sagrario azul del Infinito!

¡Y es que, al arrullo de su voz amante,
Del corazón, á la dulzura abierto,
Los latidos se acallan y suspenden
Y en todo sér vital, ruin ó gigante,
Del patrio amor las llamaradas prenden!...

No hay pecho alguno á su reclamo muerto,
Y lo mismo defienden
El león la llanura del desierto
Y el águila la cumbre de la sierra,
Que su morada el ruiseñor del huerto
Y la hormiga sus átomos de tierra.

Porque á la Patria, como al alma, unida
Va su dulce gemela
La Libertad, la Libertad querida
Que, en sus mismos altares,
Culto á la vez que majestad recibe...
¡Angel guardián, que sus ensueños vela,

Viviendo, al caro abrigo de sus lares,
Como en su concha vive
La pálida divina de los mares!

Cuando falta del alma del patriota
La libertad, la perla se ha perdido...
¡Y es templo inútil que vacío flota
La pobre concha rota
Que conservar la perla no ha sabido!

—

Así la Patria, al combatir, prefiere
A ajeno yugo propia sepultura
Y, héroe de su derrota,
Pudiendo vivir sierva, mártir muere;
El sublime dolor la transfigura,
Y al caer, con los últimos temblores
De su hermosa agonía,
Aun amagando al déspota, murmura:
—¡Patria sin libertad, cuna vacía;
Nido sin ave, virgen sin amores;
Arpa sin harmonía,
Hogar sin madre, corazón sin guía,
Infinito sin Dios, campo sin flores!

. . . .

—

Así la Patria, celestial Proteo,
Brilla con varia luz, muda de forma,
Diversos cultos á la vez recibe,
Encarna en el amor y en el deseo,
El sueño, el canto y la ambición hermana,
Pero, una en todo sentimiento, vive,
Verbo, espíritu, norma,
Alma divina de la esencia humana.
Venid si no. Acercaos
Al pobre lecho de infeliz proscrito...
¿Veis en su frente palpitando el caos?...
¡La mariposa está en el Infinito!

...Se anima su faz triste...
¡Ahora con más agitación resuella!
...La alondra huye... el cazador insiste...
Con el labio risueño
Persiguen en el abismo á una doncella...
¿Que quién es ella? ¡Es Ella!
¡El alma de la Patria, que se viste
Con la carne purísima de un sueño!

Mas si, con el zumbido
Con que aletea el colibrí riqueño,
Un nombre de mujer late sonoro
Alrededor de su alma y de su oído,
Y murmuran sus labios un «¡te adoro!»
Y chispea el amor en su mirada...
¡Es que se han confundido
La imagen de su tierra y de su amada!

Y cuando, en tono suplicante, implora
La protección sagrada,
De palidez y lágrimas cubierto,
¿Llora de su destino los azares?...
Tal vez sus penas llorará despierto.
¡Pero, soñando, llora
Las desventuras de sus patrios lares!

Y, si con leve resplandor de aurora,
Late, bajo su frente enardecida,
Con ímpetus de atleta,
El dios del arte, que en el alma anida,
Y, del temblante labio suspendida,
Bulle la estrofa inquieta...
¡Es la patria también, que está dormida,
Y quiere que la arrulle su poeta!

—

¡Díganlo esta alma mía y estos sueños,
Huérfanos ya dos veces en la vida,

Ausentes de sus lares borinqueños!
Así como en el prisma que colora
La luz se multiplica y desparrama
Con los siete matices de la aurora,
La Patria es, en mi sér, grito que aclama,
Alma que duda, fiebre que devora,
Canto que brota, corazón que ama,
Virgen que sueña, decepción que llora!

Tú, Puerto Rico, anidas en la llama
Que el pecho me consume,
Cual del incienso en la espiral umbría
Vive, como un relámpago, el perfume,
Tú, en mis horas de paz ó de agonía,
De ardiente lucha ó de infecunda calma,
Eres el *Deus Ignotus*, Patria mía,
Del *Panteón* sagrado de mi alma.
Tú, sol del mediodía,
Haces con inmortales esplendores
Que, siempreviva inmensa, mi memoria
Abrigue, en dulce cáliz, sus amores
Y que del sueño en las dormidas flores
Prendan los fuegos fatuos de la gloria.

Tú, á lo más hondo de mi sér desciendes
A separar el oro de la escoria
En el crisol azul de mis delirios...
¡¡Y, de tus besos al calor, enciendes
Los funerarios cirios
Que, en el altar mayor del templo santo,
Iluminan la faz, lívida y yerta,
De aquella pobre muerta,
De aquella madre que me quiso tanto!!...

Tú, de un alba de Abril, recién nacida,
Entre la débil claridad incierta,
Fíngesme eternamente en lontananza

La imagen de la vida de mi vida...
¡Espejismo ideal, sueño querido
Que se muestra á mi amor y á mi esperanza,
Como se muestra al árabe sediento
El oasis, del cielo suspendido,
Hijo hermoso, nacido
Del maridaje de la luz y el viento!

Y—¡tierra virgen que nacer me viste!—
Cuando del alma en los abismos siento
Que luchan, en titánica pelea,
Ambición que desea,
Amor que se resiste,
Cielo y mar, corazón y pensamiento,
Si, entre el fragor del túrbido oleaje
El verso centellea,
Buscan de tus montañas los aromas
Las notas de mi cántico salvaje,
Golondrinas, al ir hacia tus lomas,
Pero, al volver, palomas
Que no se atreven á emprender el viaje!

Si así eres, Patria; si en tu seno pío
El alma vive, que á tus hijos dieras,
Y si, como en el mío,
En todo noble corazón imperas;
Si, ora del rudo combatir bravío
En el afán violento,
Ya de la paz en las dulzuras santas,
Cual tienen, para darte,
Su rayo más fecundo el pensamiento
Y su más bella inspiración el arte,
Tiene la humanidad, muda á tus plantas,
Ojo de Providencia para verte,
Sangre de Redentor para salvarte,
Corazón de mujer para quererte,
Y alma de ruiseñor para cantarte...

...Es cierto, Eva sublime,
Hostia del mundo, cáliz de la vida,
¡Quien se olvida de tí, de Dios se olvida!
¡Quien comulga en tu templo, se redime!

Fernández Juncos (Manuel)



El publicista que durante largo espacio del siglo ha dedicado todos sus esfuerzos y ha consagrado los vigores de su inteligencia al adelanto y reformas en la exuberante isla de Puerto Rico, nació en Ribadesella, provincia de Asturias, que abandonó cuando apenas contaba ocho años para trasladarse á América donde su familia intentó siguiera la carrera del comercio y el estudio de diferentes idiomas.

No eran las tendencias de Fernández Juncos las mismas que acariciaban sus parientes, sino más bien se inclinaban á la literatura y á las luchas periodísticas en las cuales estaba llamado á distinguirse pues que contaba sólo veintidós años cuando empezó á dar palmarias muestras de su claro talento, de su justo criterio y de la sinceridad é independencia que resaltaban en sus opiniones y en sus escritos. Con perspicacia suma estudió honda-

mente las necesidades y aspiraciones del país que comenzaba á tener anhelos de innovaciones políticas y administrativas indispensables ya y favorables para que la madre patria afianzase más y más los lazos y el dominio en aquella porción de América.

La aptitud de Fernández Juncos, á la par que le granjeó popularidad, hizo también que se viera frente á frente contra los elementos burocráticos que no pocas veces han sido contrarios á España, y vémosle por espacio de veinticinco años, combatiendo sin descanso y estudiando cada día más profundamente, el carácter, costumbres y esperanzas de aquel suelo que miraba como su patria adoptiva.

Hubo de todo en la accidentada vida del español-americano, que á este doble título responde el que hoy figure su nombre en la serie de escritores citados en este libro. No escasearon las persecuciones, ni las amenazas, ni el verse con frecuencia privado de la libertad sin que por tales medios se lograse vencer ni atenuar la energía de aquel luchador incorregible que en las columnas de su periódico «El Busca Pié» se empeñaba impertérrito en abrir los ojos á los gobiernos españoles, poniendo de relieve los escollos administrativos que amenazaban al poder ibérico en la gallarda Antilla.

Tras años de errores, diósele la razón á Fernández Juncos y desgraciadamente cuando era demasiado tarde. El escritor, que tan gallardas manifestaciones había hecho de su entrañable amor á Puerto Rico, y de su interés no desmentido por España, ha publicado obras críticas notables, libros de literatura, de costumbres, de viajes, y no ha desdeñado los encantos de la poesía, ni tampoco ha dejado en el olvido la instrucción pública, consagrando á ésta páginas sensatas y elocuentes.

La diosa Fortuna no ha sido pródiga para el literato que sólo debe á su pluma el bienestar suyo y de su familia y que continúa su tarea laboriosa, gestionando cuanto cree propicio para el comercio español y trabajando activa-

mente en pro de los intereses portorriqueños y peninsulares. Versadísimo en el idioma inglés, copiamos la bella traducción expresamente hecha para figurar en este libro, y que ha escogido con singular acierto por ser una de las más lozanas del gran poeta norte-americano.

EL HERRERO DE LA ALDEA
(DE LONGFELLOW)

—

Bajo un alto nogal, copudo y viejo
Está la pobre fragua de la aldea.
Allí trabaja el artesano fuerte
(Herrero y herrador en una pieza)
De alta estatura, de robustos hombros,
De recia mano y músculos de atleta.
Su cabello abundante, negro y rizo,
En hermoso desorden juguetea
Por la frente curtida, donde asoman
Del honrado sudor líquidas perlas.
Gana alegre su pan, ama el trabajo;
No fomentó jamás odios ni deudas;
Puede mirar á todos frente á frente
Con ánimo tranquilo y faz serena.
Semana tras semana, día tras día,
Su formidable brazo martillea,
Imitando el sonido clamoroso
De la cercana esquila de la iglesia.
Allí los niños en alegre corro,
Al volver á sus casas de la escuela,
Van á ver cómo el hierro enrojecido
Al golpe forjador chisporrotea.
Los domingos al templo se dirije
Y entre los niños plácido se sienta.
Oye al grave pastor que ora y predica,
Y otra voz oye de dulzura llena,
La de su hija, en el cristiano coro,

Que de viva emoción su pecho llena.
  Aquella voz de timbre delicado
Otra voz muy amada le recuerda:
La de su buena madre, que está en gloria.
Necesita ¡oh dolor! pensar en ella..
Brilla luego en sus ojos una lágrima,
Que con la mano encallecida seca.
  De su existencia en el camino avanza
Trabajando entre goces y entre penas.
Del tiempo los instantes que transcurren
Con ruda exactitud calcula y cuenta,
Las mañanas por obras comenzadas
Y las puestas del sol por obras hechas.
¡Así sólo al descanso de la noche
Con derecho cabal se considera!
  ¡Gracias, gracias á ti, mi buen amigo,
Por la lección que das á mi experiencia!
Las fórmulas del bien así se baten
En la fragua tenaz de la existencia.
Actos y pensamientos, uno á uno,
Forjando sobre el yunque se modelan.

Gautier Benítez (José)

RENACIMIENTO (1)

FRAGMENTOS

Cuantas veces después al ir ansioso
tras de orgías y músicas
Al deleitar mi corazón ardiente
la próxima aventura,
Me volvió la razón y la prudencia
surgiendo del recuerdo
Como un blando fantasma en mi memoria
la lagrima del muerto.
J. G. B.

Porque surja á mi mente en el pasado
la lágrima postrer del moribundo,

(1) Estos fragmentos forman parte de la Oda que, con el título de *Renacimiento*, dejó escrita su autor. pero cuyo original remitido á un amigo suyo, residente en New-York, no se ha podido obtener.

no está mi ardiente corazón gastado,
ni odio la vida, ni me cansa el mundo.

Ni la amarga experiencia
viene á brindarme su mortal hastío,
ni, en mezquina indolencia,
en la roca fatal de la impotencia
postrado yace el pensamiento mío.

Mi inspiración el poderoso vuelo
tiende en los campos de la hermosa idea,
toca en la tierra, se remonta al cielo,
pinta y conmueve y engalana y crea.

Y hoy, más que nunca, tras la blanca huella
de mi ideal el corazón se lanza,
y amo la vida, porque encuentro en ella,
la hermosa realidad de mi esperanza.

Hoy tiene el cielo para mí fulgores,
la flor aromas y murmullo el río,
los astros resplandores,
y el himno del placer y los amores
resuena en las regiones del vacío.

Y es que mi nave se desliza osada,
sobre la onda que á la barca anega,
y en su timón y fuerza confiada,
el ancho lino al huracán desplega;

Y allí do un pobre corazón perece,
donde á un genio vulgar la duda alcanza,
el alma del poeta se engrandece
con más fe, más amor, más esperanza.

. . . .

Yo... ¡no puedo negar! Si cruda guerra
me declaró el destino,

hallé noble amistad sobre la tierra
y he encontrado el amor en mi camino.

¡La amistad y el amor! ¡flores divinas
que aroman gratas el jardín del alma!
¡antorchas peregrinas
de la honda noche del dolor sin calma!

¡Amistad, amistad! ¡ah! cuántas veces
me brindaste un consuelo en mi quebranto,
y, ¡cuántas, cuántas! del dolor las heces,
tú me evitaste al enjugar mi llanto.

Yo te he visto en el borde de mi lecho,
cuando en honda agonía,
mi pobre corazón sentí deshecho;

Cuando á la muerte con furor llamaba,
cuando sacio de pena y de amargura,
mi razón extraviaba
la fiebre del dolor y la locura;
tú me abriste, amistad, ancho camino
mostrando sin cesar á mi memoria,
tras el denso nublado del destino
los hermosos espacios de la gloria.

Mas ¡ah! también es cierto
que no sabe de flores y vergeles
el nómade habitante del desierto,
y el amor y amistad niegan osados
los que arrastran su vida por el mundo,
de amistad y de amor desheredados.

¡Pobres parias, venid; venid, mi acento
animará vuestra conciencia muerta,
yo os hablaré como habla el sentimiento
y ya veréis si el corazón despierta.

Los que en torpe marasmo

os dejáis dominar del egoísmo,
yo os brindaré raudales de entusiasmo
al hablaros de patria y heroísmo,
y cual Moisés de la desnuda roca
hizo brotar el agua cristalina,
veréis si las palabras de mi boca,
os arrancan la lágrima divina
que la dulzura del amor provoca;

Vosotros ¡ay! por quienes nunca brilla
de la esperanza la radiante lumbre,
y que sentís doblárseos la rodilla
del dolor á la inmensa pesadumbre,
vosotros, que engañados
por el valor con que la cruz asísteis
á la mitad del Gólgota cansados
sobre las rocas áridas caísteis;

Los que lleváis oculto
dentro del alma un hondo sentimiento,
como un cadáver gélido, insepulto,
que á la tumba á su vez os va inclinando,
y miráis acercarse la partida
sin atreveros á soltar llorando,
aquel resto que os une con la vida,
mientras va vuestra vida aniquilando:

Todos venid, y os brindaré consuelos
que calmarán vuestra alma dolorida,
yo sé romper del corazón los velos
y el bálsamo conozco de la herida.

Venid, los que me odiáis, que yo os ofrezco
el olvido ó perdón. Llegad tranquilos
que ese mismo rencor os agradezco.

Si á mi cielo de amor y poesía
lanzáis la nube con odioso anhelo,

como el hermoso luminar del día,
con ella el sol de la conciencia mía
dibuja el iris y engalana el cielo.

Si una gota de hiel dáis á mi alma
con el inicuo afán de entristecerla,
yo sin perder mi sonreida calma
os la devuelvo transformada en perla.

. . . .

Vosotros, los que todo
con el metro y compás medís avaros
y estáis sumidos en riqueza y lodo
del genio altivo, del cantor ignaros;

Y censuráisle que desprecie el oro
de vuestra vida deleitable encanto
¡á él, que lleva un tesoro
en su áurea lira y entonado canto!

Cesad en vuestros bárbaros empeños,
porque el poeta sobre el mundo impera,
y no cambia uno solo de sus sueños
por vuestra vida real, torpe y grosera.

Para él no existen las humanas leyes,
y cuando altivo el cántico desata,
á emperadores, déspotas y reyes
de igual á igual en sus desdenes trata.

. . . .

¡A la muerte nombráis! ¿y qué es la muerte?
sino un muro gigante en el camino,
traidora puñalada de la suerte
al que noble luchó con su destino.

Y matar no es vencer, no es la victoria,
es impedirle con crueldad á un hombre,
que escuche él mismo repetir su nombre
por los áureos clarines de la gloria.

Vence el que cae, mas con la frente erguida
como en el circo el gladiador romano,
y aun levanta su voz enronquecida,
torpe la lira y trémula la mano.

. . . .

Cual desciende despacio
el rojo sol á su mansión mortuoria,
la de lumbre y de gloria
carrera terminando en el espacio,
y el valle deja en opaca penumbra,
al hundirse en el cárdeno horizonte,
mientras su rayo con amor alumbra
la altiva torre y el erguido monte,
el poeta al sentir que se derrumba
el frágil cuerpo que su vida encierra,
del borde de su tumba,
al tender la mirada por la tierra,
debe dar á lo grande, bello y santo,
su último aliento y su postrero canto.

¡Oh! sí, que nunca el pensamiento mío
ante el dolor humano se doblegue,
ni al contemplar la tumba y el vacío
como un ave medrosa el vuelo plegue;
que lleguen al final de mi partida,
y hasta mi misma cámara mortuoria,
los bellos ideales de mi vida,
amor y patria y libertad y gloria.

—

Dice el publicista don Antonio Cortón, que si José Gautier Benítez no es el primer poeta de Puerto Rico, es en cambio el más popular, el más querido y el más portorriqueño.

Hijo de Alejandrina Benítez de Gautier, de aquella inspirada poetisa á quien decía Abigail Lozano desde Venezuela:

«Ya escuché tus cantares,
Alejandrina,
Cual lamento lejano
De aura marina;
Como el suspiro
De tórtola que llora
Su bien perdido.»

Gautier Benítez heredó de su madre la inspiración poética. Ella fué su primera maestra; la que preparó las cuerdas de su lira; la que sembró en su corazón el entusiasmo por todo lo bello.

Corta fué la vida del escritor que con sus versos *Renacimiento* ha sido la base de estas páginas á él dedicadas. Vivió para cantar. Sirvió en España como teniente de Infantería, pero ya porque el clima fuera nocivo á su organismo débil, ó bien porque su carácter no se prestara para el servicio militar, es lo cierto que, abandonando la carrera de las armas, regresó á su país natal, donde en la mayoría de los periódicos, entonces existentes, se publicaron numerosas composiciones suyas; siendo una de ellas la que por sus alusiones políticas suscitara que Pérez Moris, director del «Boletín Mercantil», le tildase de *separatista* El joven escritor se defendió con varonil entereza, sin que por entonces tuvieran otro resultado sus alardes patrióticos.

En un certamen literario obtuvo el primer premio su poesía «Canto á Puerto Rico», y el vate selló con ella el buen nombre que disfrutaba.

En un número de «El Correo de Ultramar» encontramos una carta íntima que el poeta escribió á un amigo suyo, residente en Madrid, y en la que hacía alusión sin duda á observaciones que le había hecho su amigo acerca de la poesía laureada. Copiamos algunos párrafos por extremo interesantes.

«Yo quisiera que usted me conociera más á fondo para

que pudiera juzgar mejor mis palabras; ya que esto no es posible, ¡paciencia! y ojalá que estas líneas no me capten un enemigo cuando mi deseo es hablar á un amigo con toda la franqueza de mi alma, franqueza que tal vez lastime, pero detrás de la cual no queda nada oculto.

. . . .

»Esos pueblos de la América del Sud nos llevan á nosotros la ventaja de haber andado en parte el mal camino, camino que las otras naciones, aun las más pacíficas y mejor reglamentadas, recorrerán á su vez. Tienda usted la vista por Europa: en Rusia, el nihilismo; en Alemania, los socialistas; en Francia, los comunistas, los demagogos, los rojos—el nombre no importa;—en Inglaterra, las huelgas; en nuestra España, el pauperismo, el pueblo en todas partes, las grandes masas contra unos pocos, el Cristo eterno cansado de su cruz. Yo no soy ni nihilista, ni socialista, ni comunista; ninguno de esos males me alcanzará, *porque yo me iré pronto;* y, sin embargo, los deploro, porque *soy hombre* y porque veo que no se evitarán; por eso, al pensar en el futuro, digo á mi país:

»Antes que el mal en tu recinto nazca
y contemplarlo con espanto pueda,
¡que disponga el Señor cuando le plazca
de este resto de vida que me queda!

. . . .

»Hijo del siglo, están de acuerdo conmigo sus ideas sobre *el planeta, el espacio, la humanidad*, etc.; pero sólo en su parte filosófica, no en su aplicación moral y práctica.

»El corazón, cuando se enferma, nos mata por la atrofia y por la hipertrofia, y la idea de patria muere, ó por circunscribirla al campanario ó por extenderla hasta el planeta. Todo eso es muy bello en teoría: en la práctica es egoísmo. Yo soy portorriqueño, con los vicios y virtudes de tal, y digo siempre: «A los míos, con razón ó sin ella.»

»*Crearse en la fantasía una patria cuando no se tiene*, será todo lo heroico que usted quiera, pero yo no amo esa he-

roicidad: prefiero amar y cantar *la mía,* tal cual es, como amo y respeto á *mi* madre, aunque haya otras mujeres más favorecidas por el destino en poder y riqueza, como amo á *mis* hijas, y me embeleso viendo sus rostros infantiles, que á mí me están divinos, aunque sé que hay niñas más hermosas y con las cuales ha sido más pródiga la naturaleza.

»Sigue un párrafo sobre Alfieri, Lenau, Heine y Leopardi. Este encierra un *reproche*, que, aunque embozado, no lo admito ni puedo admitirlo. Yo escribí una composición para el certamen del Ateneo—¿me entiende usted? —para ser *leída públicamente* en aquel local y que después la reprodujera la prensa. Si hubiera sido una elegía como la de Espronceda, ¿hubiera podido llenar completamente su misión? Usted sabe que no, y vuelve usted á ser injusto.

»Tiene usted razón: nunca me he propuesto imitar tal ó cual poeta, ni esta ni la otra composición. Conozco á Campoamor, apasionado y amargo á veces; á Núñez de Arce, siempre viril y entonado; al Zorrilla de antes y al Zorrilla de ahora, entre los que hay una diferencia enorme; á Bécquer, imitador de Heine; á los germánicos, escuela llena de escollos, pues la *sencillez* y *realidad* unas veces lleva á sus adeptos á la vulgaridad, y otras *lo nebuloso*, ese *dejar adivinar*, en el que, las más de las veces, consiste su encanto, los lleva á lo incomprensible y á *no decir nada*, por decirlo tan velado, que es necesario que el mismo autor venga á descifrar lo escrito. Ninguna escuela me seduce bastante para adoptarla exclusivamente: todas tienen bellezas y aplicación á diferente clase de composiciones. Todo el *Intermezzo* de Heine no vale lo que una oda de Quintana, y ninguna de las odas del laureado vate sirve para decir todo lo que dice el *Intermezzo*.

»*Sabía* que el subjetivismo es un gran escollo, como usted dice (aunque haya quien lo niegue), pues un poeta que siempre nos habla de sí y de sus sentimientos, podrá encantarnos un rato, pero sus obras no tendrán nunca

trascendencia. Sírvame de disculpa que esa introducción no era un golpe de efecto, ni quería hacerme el *interesante*; la escribí sintiendo lo que decía, después de haber esputado sangre varias veces, en cama, devorado por la fiebre y acribillado á cáusticos. Los que, estando aquí, sabían eso, me dispensarían el *subjetivismo*, en gracia de la *verdad.*

»En todo lo que dice usted sobre las luchas que tiene que sostener aquí el que escribe, estamos completamente de acuerdo. ¡Ah! Si toda su carta hubiese sido como ese párrafo...»

Esa hermosa carta era como un presentimiento y como en ella decía el poeta, *se fué pronto* víctima de horrible tuberculosis y en la flor de su juventud, cuando su despejado talento prometía tanta gloria para las letras patrias.

Muchos eran entonces los ingenios que en la risueña isla cultivaban la gaya ciencia, señalándose: Lola Rodríguez de Tió, Fidela Matheu, el poeta Padilla (el Caribe), Corchado, Amy, Cortón, Rafael del Valle, Sánchez Pesquera, Puente Acosta, Rodríguez Castro, Monge, Dávila, Dambón y otros.

Cuando Gautier Benítez, abandonó esta tierra de miserias, publicóse la colección de sus poesías, é iniciándose una suscripción popular se erigió el mausoleo que, coronado por el busto del malogrado cantor, se admira hoy en el cementerio de San Juan de Puerto Rico...

Muñoz Rivera (Luis)

Nació en Barranquitas, pueblecillo de escaso número de habitantes y de escasa riqueza, pero pintoresco y hermoso como todas las poblaciones de la campiña portorriqueña donde la naturaleza derramó todos sus hechizos. En la soledad y el aislamiento de su pueblo natal pasó Muñoz su infancia y su adolescencia. Poseedor de una pequeña fortuna dedicaba su actividad al comercio rindiendo así culto

desde los primeros años de su vida á la dura ley del trabajo, reservando sus horas de ocio á los estudios literarios y á la lectura de buenos autores, de tal modo, que sin maestros y sin estímulo formó su gusto artístico pensando en la futura gloria no menos que en el prestigio y la prosperidad de su país.

Hizo y publicó en los periódicos multitud de composiciones poéticas, las primeras cantando á la naturaleza y al amor con el subjetivismo que es peculiar á la mayor parte de los líricos de América; las segundas cantando á la libertad y dando desahogo en rimas melancólicas á la tristeza de su alma patriótica. En 1887 nació Muñoz Rivera á la vida política, y aunque muy joven fué electo Presidente del Comité Autonomista del pueblo de Barranquitas. Por aquel entonces escribió su inspirada poesía «Nulla est Redemptio,» y reproducimos al final de este bosquejo biográfico sus esculturales tercetos como magistral trabajo literario y cual hermosa muestra de valor cívico. Por la misma época se encargó Muñoz de la dirección de «El Pueblo,» dándose á conocer como periodista brillante, fogoso y demoledor; sus artículos eran cantos á la patria.

Sus polémicas, como la sostenida con el periodista señor Cepeda, á quien hizo abandonar muy mal trecho, el país, tenían carácter de verdaderas batallas á sangre y fuego. En la colección de «La Democracia,» periódico de su propiedad, que fundó por entonces, pueden encontrarse muchos testimonios del ardimiento de Muñoz como periodista; y, entre otros, el célebre artículo titulado *El Insulto*, trabajo verdaderamente revolucionario que provocó el retraimiento del partido autonomista en las elecciones para diputados á Cortes.

Toda la laboriosa existencia de Muñoz Rivera ha sido fructífera para las letras y para la patria, y en los últimos sucesos de 1898 al 99 tomó gran parte en la política como Secretario de Gobernación y de Gracia y Justicia del Gobierno autonómico, distinguiéndose por su brillante orato-

ria, y poco después, al arriarse la bandera española en el palacio de la fortaleza, salió Muñoz Rivera para los Estados Unidos, y á su regreso á Puerto Rico fué reconocido como jefe del partido federal trabajando con ahinco en pro de las libertades y del progreso de su patria, así como en gloria de las letras.

En la época de Muñoz Rivera, que es la de actualidad, han brillado en Puerto Rico como poetas Gordils, Negrón Sanjusjo, Matos Bernier, Eleuterio Lugo, Escudero Miranda, Cestero y otros muchos.

En la prosa deben consignarse los nombres de Morales Ferrer, Mariano Abril, Guzmán Rodríguez, González García, Ponce de León, Contreras Ramos, Rodríguez Castro, Cordovés y Berrios, Casanova, Elíseo Font y Guillot, Martínez Quintero, Llorens Torres y otros distinguidos escritores.

NULLA EST REDEMPTIO

—

Noble y altivo, generoso y bravo;
Robusto y fuerte, de entusiasmo lleno;
Dueño del mundo y del deber esclavo;

Alma fogosa, corazón sereno;
Brazo nervudo, voluntad entera;
La fe por guía, la razón por freno;

La libertad por única bandera;
Sin la cobarde sumisión del paria
Ni el sanguinario instinto de la fiera.

Así, en mis sueños de ambición precaria,
Quise en mi patria contemplar un día,
No la turba rebelde y tumultuaria

Que en algarada inútil se extravía,
Sino el pueblo viril, heroico y fuerte,
Que, sin vanos alardes, desafía

El recio golpe de contraria suerte,

Y mostrar puede al invasor triunfante,
El desprecio sublime de la muerte.

Ilusión fué que acarició un instante
La febril ansiedad de mi deseo:
¡Ay, al crugir el látigo insultante,

No se irguió con impulso gigante,
Y ni aun supo imitar, sobre su roca,
La fiera convulsión de Prometeo!

En vano la injusticia le provoca:
Humilde y manso, en las hinchadas venas
El ardimiento tropical sofoca,

¡Quién sabe! En la sombría lontananza
Aun el iris radiante no fulgura:
La ola de cieno formidable avanza,

Y presa el alma de letal pavura
Teme que nunca encontrará salida
A ese erial de vergüenza y amargura.

¡Ah, mi dulce ilusión desvanecida!
¿Dónde podré llenar, cuando pereces,
El vacío que dejas en mi vida?

¡Te acaricié con ansia tantas veces!
¡Diste á mi lira vibración tan grave,
Y á mi canto tan rudas altiveces,

Que enmudezco, al perderte, como el ave
Que, roto el árbol en que está su nido,
Cantar no puede y sollozar no sabe!

En esta roca tropical nacido,
Jamás pensé que el infeliz colono
Su propia dignidad diese al olvido.

Sufrir de algún jerarca el duro encono;
Llevar á los altares su primicia
Y sus tributos á los pies de un trono:

Sentir que su fortuna se desquicia,
Que hasta al rústico albergue campesino
Tienden su zarpa el dolo y la codicia:

Es del ilota el mísero destino:
Él soporta la inmensa pesadumbre,
Y recorre indolente su camino.

¡Sumisa y desdichada muchedumbre
Que en servil ignorancia vive y muere;
Por voluntad, por medio, por costumbre

Se prosterna ante el brazo que la hiere!
Pueblo que el triunfo á la humildad confía,
Ni libre ser, ni respetado espere.

No era ese el pueblo que sonó algún día
En su anhelar irreflexivo y ciego
Mi arrebatada y loca fantasía:

Era un pueblo viril, de alma de fuego,
Con el valor tenaz del espartano,
Y la altivez indómita del griego:

Un pueblo inteligente y soberano,
Que rechazaba, enérgico y activo,
El rudo azote con resuelta mano.

¿Cómo hallar el potente reactivo
Que restituya á nuestra sangre helada
La antigua fuerza y el calor nativo,

Si sólo encuentra, absorta, la mirada
En esta tierra que sus males llora,
El vacío absoluto de la nada?

¡No hay redención! La anemia nos devora;
La inacción nos enerva y nos abate;
La fiebre nuestros pómulos colora,

Y del derecho en el marcial combate,
La mente duda, el pulso no palpita,

El labio calla, el corazón no late.

¡Qué horrible despertar! Tras la infinita
Extensión de ese mar que airado ruge,
Y, al contemplarnos, su oleaje irrita,

Cien y cien pueblos, con soberbio empuje,
Avanzan sin cesar, mientras el mundo
Sobre sus ejes trepidando cruje.

Es del progreso el hálito fecundo
Que á la gigante Humanidad caldea;
Es de la Ciencia el meditar profundo;

Es el poder divino de la idea,
Á cuyo esfuerzo, en brusca sacudida,
Tiembla el altar y el trono bambolea.

Mientras aquí, con calma suicida,
Se entrega Borinquén á su amargura,
Paria que al fin su servidumbre olvida,

Y así se agosta, virgen sin ventura,
Lejos, muy lejos del concierto humano,
Como una mancha estéril de verdura
Perdida en la mitad del Oceano.

Y besa con cariño sus cadenas,
Y endulza, al brusco son de sus cantares,
El dejo amargo de sus hondas penas,

En tanto que se enlutan nuestros lares,
Y el rojo sol que por Oriente asoma
Astro es que anuncia duelos y pesares.

¡Oh! Sin llegar al esplendor de Roma,
Sufrimos vergonzosa decadencia,
Y nuestra fe vacila y se desploma.

Este sopor que invade la conciencia;
Esta suprema indecisión helada;
Este olvido del Arte y de la Ciencia;

Este miedo á la pólvora y la espada,
Diciendo están que en el naufragio triste
Una idea, una sola, sobrenada.

Pompas y galas deslumbrantes viste;
De áureo metal y de crugiente raso;
Nada á su influjo constrictor resiste.

Es la *idea del éxito*: á su paso
Inclinan todos la marchita frente;
Siguen tras ella con rubor escaso,

Y marchan á merced de la corriente,
Llevando cada cual bien escondido
Lo que cree, lo que piensa, lo que siente;

Y ocultando lo que es y lo que ha sido,
Como la verde y sosegada fronda
Oculta de las víboras el nido.

¡Qué desventura irremediable y honda!
Á la voz del honor y del decoro,
¿No habrá conciencia honrada que responda?

¿Ha muerto el ideal? La sed del oro,
La fiebre del poder; la ruin envidia,
De la ambición el vocear sonoro,

El vil recelo, la traidora insidia,
El torpe afán de lucro y de privanza,
¿Han de vencer en la infecunda lidia?

G. Padilla (José)

Fué en la ciudad condal que se extiende rica, civilizada y arrogante en las orillas del mar Mediterráneo, donde José G. Padilla bebió en las fuentes de la ciencia, la pureza y la corrección del idioma castellano y los conocimientos que más tarde habían de otorgarle celebridad y el po-

pular aplauso de la ex-Antilla española que había sido su cuna.

Extraña coincidencia. *El Caribe*, pseudónimo que constantemente usó Padilla para sus poesías, esparció su primera mirada por el mundo de las luchas en Añasco el 12 de Julio de 1829, y allí también abrió sus ojos á la luz de la inteligencia otro portorriqueño ilustre cuyo nombre acude á nuestra memoria: José Alvarez Peralta.

Padilla tuvo en sus escritos toda la austeridad de aquel que en comercio íntimo está con los clásicos; y su patriotismo descolló á la par de las composiciones poéticas que deleitan el ánimo y dejan el recuerdo de un estilo inimitable.

Dos de sus composiciones darán la medida del alto valer de aquel que en Barcelona, precisamente, en la población donde pudiera haberse relajado lo castizo de la rica lengua castellana, adquirió el sobresaliente giro de sus hermosas producciones.

FLORES Y FRUTOS

—

Á MI QUERIDO AMIGO RAMÓN MARÍN

En deuda contigo estoy,
en verdad, algo atrasada,
mas como deuda sagrada
quiero pagártela hoy.

Y ya que mi FLOR SILVESTRE
te arrancó una inspiración,
ahí tienes otra canción,
cual ella también campestre.

Al ofrecértela, quiero
que, pues comprenderme sabes,
te inspire notas tan suaves
cual las del canto primero.

Y que en igual diapasón
acordes nuestros sonidos,
vayan, como van, unidos
el tuyo y mi corazón.

. . . .

Érase un Juan, labrador,
hombre de sano consejo,
y, á fuer de cristiano viejo,
de franco y jovial humor.

Una hija moza tenía,
gentil doncella y gallarda,
que al dulce nombre de Anarda
por el suyo respondía.

Labraban con vario fin
la niña y el viejo al par,
las eras de un pegujar
y los cuadros de un jardín.

Y en diferentes labores
al año daban tributos,
el viejo sembrando frutos,
la niña cogiendo flores.

En primavera y verano
llenaban los dos sin tasa
de ramilletes la casa
y las paneras de grano.

Y en el invierno cruel
ponían del cierzo al abrigo,
así el rubicundo trigo
como el purpúreo clavel.

Y un año tras otro en pos,
hija y padre en compañía,
pasábanlos día por día
en paz y en gracia de Dios.

Mas, veleidosa la niña,
quiso cambiar sus faenas,
y los nardos y azucenas
por la mies y por la viña.

Sin consultar pareceres,
la inexperta labradora,
convierte el atrio de Flora
en grave claustro de Ceres.

Allí donde tuvo asiento
el perfumado rosal,
albergue da al cereal
y al lado suyo al sarmiento.

Y cuando el otoño llega,
lleno el pecho de esperanzas,
váse alegre á sus labranzas,
á la vendimia y la siega.

Pero en vez de fruto opimo
halló con amarga pena,
la vid de pámpanos llena
y sin un solo racimo.

Y entre el lujoso atavío
de verdes hojas lozanas,
de las espigas livianas
el seno encontró vacío.

Entonces llorando antojos
la pobre niña medita,
y al viejo narra su cuita
con lágrimas en los ojos.

Oyó el prudente labriego
las quejas de la doncella,
y á su sentida querella
así la responde luego:

«Enjuga, niña, del llanto

el abundoso raudal,
que no es tan grave tu mal
para que lo llores tanto.

Pon término á ese cuidado,
pues con razón y en conciencia,
pecaste de inexperiencia
que no es tan grande pecado.

Acaso tu fe sencilla
creyó que todo terreno
es á propósito y bueno
para nutrir la semilla.

Que en el llano y en la loma,
sin esfuerzos ni fatigas,
dan las mieses sus espigas
como las flores su aroma...

Ora podrás comprender
que no en cualquiera barbecho
brota el germen del provecho
como el germen del placer.

Que si al azar y á destajo
nacen flores á porfía,
es el fruto, Anarda mía,
hijo sólo del trabajo.

Del ancho seno al calor
la madre-tierra lo brota,
cuando gota sobre gota
la damos nuestro sudor.

Cuando la reja profunda
en surcos abre su entraña
y entre sus linfas la baña
el riego que la fecunda;

Cuando en su primera hoja
la azada la regenera,

y luego la podadera
de vástagos la despoja,

Entonces con más vigor
lozano cunde el retoño,
que cuando viene el otoño
en fruto cambia la flor.

Entonces lucen galanes
los tallos su pompa bella
y ve el labrador en ella
el premio de sus afanes.

Si así labras la campiña
no temas, hija, un revés;
verás el grano en tu mies
como el racimo en tu viña.

Y cuando así no consigas
tal éxito en tus labores,
vuélvete, Anarda, á tus flores
y darte hé yo las espigas.»

. . . .

Y habló el viejo, á no dudar,
como cuerdo, y á derechas,
que siempre obtiene cosechas
el que las sabe sembrar.

A MI LIRA

—

Fragmento

Extingido el calor, gastado el brío,
plega el numen sus alas de diamante,
de la nostalgia presa y del hastío:
el iris fulgurante
desvanece sus átomos de oro
en la nevada bruma del rocío:
el cántico sonoro
que estalló por los ámbitos bravío,

fúndese, débil, en lejano coro...
¡Adiós, mi pobre lira!...
Huérfana quedas en el mundo y sola...
¡Alga del mar, que, en abandono, gira
entre la espuma hirviente de la ola!

¿Cuál será tu destino?...
¡Acaso, imagen del listón marino,
Un vaivén de las ondas, moribundo,
lleve á la tierra en ti gérmen fecundo!...
¡Acaso, en impetuoso torbellino,
de la tormenta el hálito iracundo
te arrastre de la mar á lo profundo,
enroscada en el turbio remolino!...
Acaso á la playa ignota
llegues, herida y rota,
donde al caer sobre la orilla inerte,
cisne que llora su cercana muerte,
cantes, para morir, la última nota!...

* * *

Pero, templa tu afán y tu quebranto:
vivir debes aún, ¡oh lira mía!...
Tal vez de tu energía,
del acento brioso de tu canto
necesite la patria todavía.
Y tú, que por su nombre y su belleza,
por su honor y su gloria,
luchaste siempre con viril fiereza,
para ser digna de tu noble historia
fiel has de ser también á su grandeza.

¡Oh! Si al escudo toca de su fama,
una vez más, el hierro del insulto,
el numen que te inflama,
sacudiendo tus nervios en tumulto,
y sangrando la herida de la ofensa,
surgirá vengador á la defensa

de la Patria-deidad de nuestro culto.

Entonce, ¡oh lira! entonce,
de tu cuerda de bronce
arrancará valiente
un clamor estridente,
y desde el mar Levante
al inquieto Morrillo,
desde el volcán que duerme en el Luquillo,
hasta la sierra virgen de Asomante,
llamando al corazón del borincano,
eléctrico, vibrante,
hará rugir en torno el Oceano.

En la misma época en que floreció en Puerto Rico el ingenio de José G. Padilla, lograron fama notoria otros hombres no menos esclarecidos entre sus contemporáneos: Santiago Vidarte, inspiradísimo poeta que en solo dos años conquistó nombre y lauros; también como Padilla estudió en Barcelona, donde dió expansión á la fantasía y cantó con plectro de oro. En la capital de Cataluña murió Vidarte, á los veintiún años y cuando todavía era estudiante.

Alejandro Tapia y Rivera, es otra entidad que debe citarse no sólo como periodista y escritor notable, sino muy particularmente por haber sido el verdadero iniciador del movimiento literario en Puerto Rico. Cultivó todo género de literatura: la épica, la lírica, la novela y el drama, invadiendo á la vez el campo de la crítica, del periodismo y del magisterio.

El sabio portorriqueño publicó trabajos históricos valiosos, y combatió incesantemente con su pluma.

No debemos olvidar el boceto de una figura tan simpática como digna por su erudición de ser mencionada; la del presbítero don José M.ª Nazario y Cancel, hombre docto, literato atildado, inteligencia despejadísima y amante de todo estudio sobre todo en el campo de la ciencia.

Al ocuparnos de José G. Padilla, hemos llenado un deber rindiendo parias á otros talentos portorriqueños.

Rodríguez de Tió (Dolores)



La más inspirada de las poetisas de Puerto Rico, honra y prez de aquel suelo risueño y pintoresco que ha prestado á la naturaleza de la escritora todas sus galas, todos sus esplendores, toda su maravillosa poesía toda la estética admirable y delicada peculiar en los más insignes ingenios

Lola Tió, como cariñosamente la llaman sus amigos, acusa en la impetuosidad de su carácter, en la franqueza y en las nobles aspiraciones, todo lo que su corazón encierra de noble, apasionado y tierno. A primera vista la mujer seduce, y la poetisa encanta después.

Seguramente, y como ha dicho Carlos Peñaranda, *de haber nacido en los remotos siglos, habría como Safo celebrado el ideal eterno de los amores ó hubiera gemido con Ovidio en el destierro.*

Es la escritora portorriqueña de aquellas que al decir mucho es también porque mucho han pensado y profundamente han concebido la idea de sus producciones que son variadísimas y del mayor mérito Diríase que en algunas tiene puntos de contacto con aquel inmortal español Fray Luis de León; en otras nos recuerda á Quintana, y en

todas admiramos un vigor, una entonación y tal exquisito gusto poético, que no sabríamos entre tantas joyas, cual escoger como muestra de su estilo; sin embargo, damos la preferencia á las que traducen la hermosa inspiración de aquella que con tanta gloria rinde culto á la poesía.

A MI ESPOSO AUSENTE

¡Mi amor, cuando te ausentas
Qué triste estoy sin tí!
Sólo respiro ansiando
Que vuelvas junto á mí;
Mas cuando sé que vuelves
¡Me siento tan feliz!
¿Qué cosa hacer podría
Para lograr ¡ay, dí!
Que siempre estés llegando
Y al mismo tiempo aquí?

CANTARES

Del suelo nacen las flores,
Nacen perlas en el mar,
Y del amor que es tan bello
Brota siempre algún pesar.

—

Por el cielo de mi vida
También cruzan nubes negras
Que el alma tiene sus nubes
Conque anuncia sus tormentas.

—

Errante voy por el mundo
En busca de la verdad;
¡Pero si se oculta tanto!
¿Cómo poderla encontrar?

—

La amistad es como un cielo
Por donde las nubes pasan;
Unas llevan desengaños
Otras nos traen esperanzas.

Dos almas que á unirse vuelan
En el altar del amor,
Tienen mucho que elevarse,
Porque el sacerdote es Dios.

—

De la flor que se muere
brota semilla,
Que de la muerte siempre
surge la vida.
Por eso dicen
Cuando los cuerpos mueren
Las almas viven.

Las obras principales de Dolores Rodríguez de Tió son: «Mis Cantares», publicados en 1876; «Claros y Nieblas», que en 1885 salieron á la luz pública; «Mi libro de Cuba», que los impulsos patrióticos dictaron á su pluma en 1893, y numerosos artículos y folletos que completan la guirnalda de la escritora á la cual en estas líneas tributamos nuestras alabanzas, cerrando este pálido bosquejo con otras producciones de su pluma.

AÑORANZA

—

Si estás ausente tú, nada me alegra,
La misma luz del sol es importuna.
¡La noche de la ausencia es siempre negra
Aunque brillen los rayos de la luna!
En ese mundo interno de la mente
Sólo tiene fulgor el claro día,
Cuando el alma respira el puro ambiente
Que despide la flor de la alegría.
¡Cuando vive el amor sin cruda guerra
Que perturbe su dulce poderío...
Cuando no se separan en la tierra
Corazones que sienten como el mío!
Mi espíritu rebelde se resigna
Al áspero dolor que lo redime

Mas desdeña la bárbara consigna
Del mundo miserable que lo oprime.
  Dicta leyes de amor naturaleza
Que obedecen la flor, la estrella, el ave...
Y el hombre en sus alardes de grandeza
Perturbar esas leyes sólo sabe.
  ¿De qué nos sirve el incesante anhelo,
El vivo afán, la mundanal contienda,
Si en campos de dolor y desconsuelo
Sólo podemos levantar la tienda?
  ¡Quiero la dulce paz! Mi blando nido
Ajeno á las mentiras y al engaño,
Quiero á solas vivir en el olvido
Donde no me lastime el desengaño.
  ¡Quiero el aire y la luz! Y libre quiero
Gozar de mi contento la dulzura...
En el mundo falaz y lisonjero
Sin ti, la vida me parece obscura.
  Y aquí donde las puras sencilleces
De la verdad no encubren goce insano,
Al calor de mi fe, una y mil veces
Feliz me siento al estrechar tu mano.
  ¡Torna, torna al hogar! Seguro abrigo
Halla en él nuestro amor, sin pena alguna;
No lo puede arrollar si estás conmigo,
En su mudable rueda la fortuna.
  ¡Ya el sol las nieblas de la ausencia dora!
¡Ya se acerca otra vez la primavera!
¡Qué triste es el amor si el alma llora!
¡Qué dulce es el amor si el alma espera!

A MI AMIGA CAMILA CARDONA DE RUÍZ

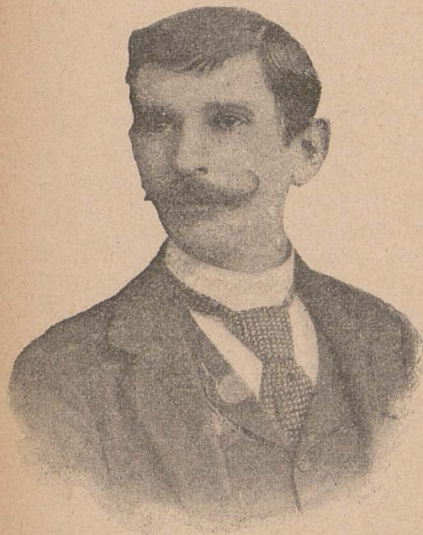
EN LA MUERTE DE SU PRIMOGÉNITA

—

  ¡Parece que fué ayer cuando la aurora
De su florido abril le sonreía,
Y en su nítida tez resplandecía

El puro rayo que el botón colora!
¡Parece que fué ayer! pero á deshora
Se anticipa su ocaso y muere el día,
Y esperanzas, y amores, y alegría,
Se pierden en la sombra abrumadora...
Yo que ví florecer su primavera,
Y de sus dulces glorias fuí testigo
Lloré también su desventura fiera...
¡Quiero prestarle á su recuerdo abrigo
Para que nunca en la memoria muera!...
¡Quiero en su ausencia suspirar contigo!

Zeno Gandía (Manuel)



Es poeta y novelista de sentimiento y á la vez con tintes filosóficos muy acentuados debidos también á sus estudios psicológicos necesarios en su carrera de medicina, la que siguió en Madrid, distinguiéndose también por la corrección del lenguaje y por el lirismo que rebosa en sus versos, de los cuales «La Palmada» es popularísimo en América, no menos que «Rosa de Mármol», novela que, á la par de su interesante argumento, deleita por la facilidad con que está escrita y el interés que despierta en el lector.

No ha sido Zeno Gandía de los afiliados en banderías

políticas, pero sí sus aspiraciones y sus ideas se han distinguido siempre en el terreno del más puro liberalismo, y cuando ha sido preciso sacrificarse en aras del bien general no ha vacilado en abandonar á sus enfermos y sobre todo á sus queridos niños—pues que es especialista en las enfermedades de la infancia,—su patria y todas sus múltiples obligaciones, para ser uno de los más activos gestionadores que en Wáshington, y formando parte de la comisión portorriqueña, compuesta de tres individualidades á cual más notables, el sabio y celebrado médico J. Julio Henna, el patriota acendrado Eugenio María Hostos y Zeno Gandía, influyeron con todas sus energías para que el gobierno norteamericano fijara su atención en las reformas administrativas indispensables en la nueva era que se iniciaba en Puerto Rico.

Aquella comisión no sólo fué favorablemente acogida, sino muy elogiada y atendida por el presidente de los Estados Unidos y por sus ministros.

Zeno Gandía nació en Guayanilla el 10 de Enero de 1855 y cuenta á la sazón cuarenta y cinco años, empleados en su mayor parte en provecho de la humanidad y de las letras. Una de sus novelas que más lisonjeros aplausos ha merecido es «La Charca», que es, en la literatura americana, una verdadera joya. Para que juzgue el lector, copiamos uno de sus capítulos, poniendo con él punto final al boceto biográfico del escritor portorriqueño:

«Caminaba delante el padre Esteban, cura de la parroquia, que recogidos los hábitos hasta el arzón, mitad cura, mitad seglar, dejaba ver las piernas forradas por las botas de montar. Seguíale Ciro, montado en una mula aparejada con albardas que casi ocupaban el ancho de la vereda.

El padre Esteban, en funciones de su ministerio, recorría con frecuencia las montañas. Era un hombre de cincuenta años, de genio muy vivo y complexión enérgica. Cosa corriente era verle aparecer por los cerros inespera-

damente, cuando algún campesino, queriendo reconciliarse con la fe, le llamaba á su lado.

En aquella ocasión, andaba por el barrio desde la tarde anterior. Hizo noche en una cabaña y, viniéndole de paso, quiso, de regreso, entrar en la granja de Juan.

Juan y él se entendían perfectamente. Ambos amaban la investigación y con gran facilidad se enmarañaban en arduas y apasionadas discusiones.

El padre Esteban era un carácter abierto, franco. Su condición de sacerdote no había logrado imponerle esa solemnidad amanerada con que á algunos de su ministerio les gusta mostrarse, como si fueran hombres distintos, naturalezas más perfectas, seres óptimos. No: el padre Esteban se pirraba por un buen vinillo; fumaba, si podía, buenos vegueros, y comprendía, con instinto esencialmente humano, que unos ojos negros de mujer hermosa pudieran empujar á ciertos pecadillos. Era, en suma, un carácter alegre, expansivo, al alcance de todo el mundo, sin que esto excluyese alguna que otra exageración genial, con la que probaba, en determinadas ocasiones, que no era tan oveja como pudiera aparecer, y el natural apegamiento y convicción en asuntos del culto. Su amistad con Juan, íntima é igual, venía de viejo; amistad que conoce los rincones de la casa amiga, los secretos de todos los parientes. El padre Esteban llegaba siempre allí con la familiaridad de quien conoce bien el camino.

Ciro, el hermano menor de Marcelo, había sido enviado el día anterior al poblado. Todas las semanas solíase enviar un emisario listo para llenar competencias necesarias al servicio de la granja. De regreso Ciro, muy de mañana, encontró en el camino al padre Esteban, y siguiendo sus huellas, llegaron juntos á la finca.

—Buenos días decía pocos momentos después Juan al padre cura,—buenos días. Dichosos mis ojos, que le pueden ver tan fuerte como siempre y tan diestro en este afanoso repechar de las montañas.

—Hombre, no va mal. Ayer tarde, por ahí, por esas abras, agonizaba un infeliz. Me quiso á su lado (cosa que va siendo rara entre estas ovejas sin hato) y yo cumplí á su cabecera mi divino oficio. Pero anoche no pude regresar: era muy tarde. Dormí allá arriba ¿qué sé yo dónde? En casa de un saltamontes, á juzgar por lo escabroso de su vivienda. Siempre fué misericordia el darme donde dormir, ¿eh?... pero, ¡qué noche, amigo! ¡qué noche! Me chupaba los dedos de frío.

Y el padre Esteban refirió los detalles de la noche en la selva. Tuvo que dormir vestido y con botas para defenderse de los helados hilos de aire que por los intersticios del tabique se filtraban como soplos misteriosos. Juan reía y protestaba. El padre Esteban debió hacer noche allí, en su finca, en donde hay hogar hermético y frazadas capaces de hacer sudar á un carámbano. Mas el sacerdote no era hombre exigente: llegó la noche, le sorprendió entre dos barrancos, y por allá pernoctó tan santamente. Ahora la cosa variaba: hacía buen día y no eran granos de anís las millas que había que correr hasta llegar á la feligresía. Por lo tanto, se le impuso la necesidad de un buen aperitivo como avanzada de un mejor almuerzo.

Juan se dispuso á complacer sus deseos. Bebieron un moscatel que, aunque muy alcoholizado, pasaba por bueno en la comarca. Y asi, en cordiales expansiones, esperaron la interesante hora del almuerzo.

Como siempre sucedía, la conversación recayó en el tema predilecto. Las cosas de la vida, el estado social de la colonia, la miseria pública, la perversión de las costumbres, la necesidad de una gran espumadera que depurase el corrompido menstruo de las cordilleras...

—Y la única depuración posible—decía el sacerdote con tono convencido,—lo único que puede sanear este osario de vivos, es la fe. Sí, la fe que llena de salud el gran pulmón del Mundo; la sublime fe que redime á los esclavos del espíritu. Es preciso que este montón de ilotas

levante la cabeza y vea detrás de esa bóveda azul la felicidad suprema de otra vida. ¡Que crea en Dios, hombre, que crea en Dios! Porque aquí no se cree en nada, aquí no se espera nada. Esta gente vive muriendo, acabando poco á poco á cambio de placer, como la piel de zapa de Balzac.

Juan sonreía, haciendo movimientos negativos con la cabeza. Como de costumbre, la gran cuestión estaba planteada. El padre Esteban, empeñado en salvar la sociedad, arrastrándola en el carro de las creencias No, aquello era volver sobre lo mismo; encerrarse en el secular círculo vicioso de todos los escolásticos. Para creer es menester reflejar sobre la materia organizada el haz luminoso de ideas que inspiren las creencias; es menester digerir esas ideas en el admirable estómago perceptivo del cerebro, transformándolas después en juicios justos, serenos, sensatos, razonables.. Y el cerebro de aquellas gentes presidía doliente á las enfermizas reacciones de un cuerpo herido de muerte. ¿Cómo, entonces, pedirles aquella soberbia digestión del pensamiento para forrarles el cuerpo de convicciones inconmovibles, capaces de resistir las luchas contra el genio del mal?

El padre Esteban escuchaba con impaciencia.

—No—decía,—¡error! ¡error! y ¡error! La fe no necesita ese flujo de ideas que la filosofía profana exige como condimentos irreemplazables de sus manjares. Para creer, basta con creer. Que suene la campana de la iglesia; que el ruido se desdoble con vibr ción mística y abarque los horizontes; que llegue del llano á la cumbre; que suba como onda suave y penetre en todos los hogares y llegue á todos los corazones, y todos los corazones experimenten la emoción del humilde ante el grande; eso es fe. Que se ilumine el perfumado altar; que irradien fulgor cariñoso los cirios; que se desprenda el aroma del incienso; que los fieles sientan el poderoso atractivo de la dicha entrevista y lleguen y se prosternen y oren: eso es fe. Que la palabra de Dios acaricie con mano maternal, desde el púlpito, las

cabezas dobladas de los devotos; que explique en olas de elocuencia los sagrados misterios de la Iglesia; que se desgranen sobre el concurso, como bendita simiente, las leyes religiosas, y ese concurso escuche, y se conmueva, y rece contrito y aspire al perdón de sus culpas; eso es fe. Y no lo dude usted; eso salva las clases y regulariza el Mundo, y en estos montes, llenos de parias, haría levantar una clase regulada, ennoblecida por el trabajo y la redención. Pero no... Suena la campana, y como quien oye llover; se ilumina el altar, y abren con estupidez la boca para seguir las espiras humosas de los cirios; habla el sacerdote desde el púlpito, y por un oído les entran y por otro les salen las palabras. ¡Hay que insistir, hay que luchar! Fe y sólo fe puede salvar esta generación de fantasmas, sacándola de la terrible alberca en que se revuelve.

Juan negaba, interrumpía al padre Esteban, trataba de probarle que no era posible tan honda influencia en las prácticas religiosas. Las religiones positivas eran efluvios efusivos del sentimiento que, cuando no perfección más absoluta, necesitaban, para nacer en el hombre, que éste tuviera organización nerviosa, suficiente para determinarlas. Además, pueblos enteros, exagerando los sentimientos religiosos, habían caído en la superstición, estacionándose en la ignorancia. El consideraba anacrónicas tales filosofías. Decía que los tiempos son hoy de análisis, de amplio examen, de libre crítica; que era menester investigar en los horizontes, porque lo mismo los fenómenos físicos que los morales, se encadenan y gravitan entre sí como los astros.

El padre Esteban alzaba la voz, discutiendo con calor. Aquello era la disipación, la crápula del buen sentido. La fe era una potencial, como la honda agitada en torno de la mano del hombre. Una vez abierta esa mano, iba la piedra, arrojadiza y veloz, á determinar con fuerza la amplia trayectoria. La creencia era como la honda: iniciado el sentimiento á través del tiempo, y venciendo todos los obstáculos, volaba trazando inmensa trayectoria para ganar

las lontananzas del porvenir. Y Juan, sintiéndose poseído de entusiasmos analíticos, se enardecía también, se acaloraba, penetrando en ideas de otro orden y en profundidades en que había pensado muchas veces.

—No, páter,—decía;—su natural devoción por el dogma religioso le hace considerar como causa lo que es sencillamento efecto. El descreimiento, la indiferencia que observa usted en estas gentes, no obedece á otra causa que á la ineptitud para pensar. Concedo que en el corazón de otros pueblos obre como causa la propaganda impía que aleja las multitudes del culto, relajando los vínculos de la fe. Pero aquí, no. Es imposible que haya creencias donde no hay creyentes...

—¿Y por qué no los hay?... Porque no se les ha formado el alma...

—No; porque no se les ha formado el cuerpo... Y para probar á usted la firmeza de este parecer, le diré que aquí las supersticiones dominan tanto como los vicios. Y, al cabo, ¿qué son las supersticiones más que productos morbosos? Desengáñese usted, mi querido páter: las causas de este gran infortunio se remontan á lejanos orígenes. Imagine usted un elemento étnico venido á las colonias en dias de conquista para sufrir una difícil adaptación á la zona cálida. Aquel elemento inicial no pudo prosperar físicamente, las luchas, los recelos, las acampadas á la descubierta, las influencias del nuevo suelo, la dureza del nuevo clima, la diversidad alimenticia... todo, en fin, desecó aquellas corrientes de vida, empobreciendo la generación trashumante y deprimiendo la estirpe. Después, vinieron los cruces. ¡Cuánta mezcla! ¡Qué variedad de círculos tangentes! Un cruce caucásico y aborígene determinó la población de estas selvas. También la hembra del conquistador engendró en la nueva zona á los hijos del recién llegado; pero éstos fueron los menos, porque la hembra europea tardó en venir al paraíso encontrado en los mares. La hembra aborígene fué el pasto; su gentileza

bravía, el único manjar genésico, el único fecundo claustro en donde se formó la nueva generación. Esa mezcla fué prolífica, ¡pero á qué precio! El tipo brioso de la selva cedió energía física; el tipo gallardo y lozano que pisó el lampo de occidente cedió robustez y pujanza. De esta suerte, el compuesto nacido, el tipo derivado, resultó físicamente inferior, organización deprimida que había de ser abandonada al incansable discurrir de los siglos. La raza aborígene fué débil ante el choque, y sucumbió, borrándose para siempre del haz de la tierra. Su prole, el tipo hijo de la mezcla, fué engendrado en la desgracia, en el recelo, bajo la sugestión del miedo, en el amplio tálamo de los bosques, bajo la imposición del más fuerte. La hembra fué máquina. El amor, hijo del sueño, humareda del sentimiento, harmonía del espíritu, no tomó parte en la impregnación. Fué un sér caído bajo el ardor epiléptico de otro, en medio de la soberana grandeza de un suelo cuajado de esplendores, en la umbría lujuriosa de las selvas, bajo el galvanismo incontrastable de un sol ardiente. Y allí, de esa caída, se levantó la nueva estirpe; la congénere de la que debía poblar el Canaán del siglo xv, la región más hermosa de la tierra. Después, el tiempo hizo lo demás. Nuevas tangencias de vida continuaron la labor. La marmita generadora continuó produciendo nuevas capas, cada vez menos fuertes, cada vez más deprimidas, cada vez más desemejantes á la originaria. ¡Horrible corriente que va fatalmente á la muerte! ¡Caudal de vida condenado á extinguirse bajo la depresión constante que fermenta en los organismos!

Y así diciendo, Juan se erguía, enardecido, elocuente, formulando los conceptos con profunda convicción, como quien departe sobre lo que tiene aprendido, como quien abriga la seguridad de convencer á los demás.»

SAN SALVADOR

A. Ambrogi (Arturo)

En aquellas vegas siempre ri-ueñas y feraces, en aquella tierra que el sol ilumina con rayos de fuego, allí nació el autor de «Cuentos y Fantasías», lienzo donde la pluma ha dibujado escenas á su antojo, personajes que viven, alientan y tienen el delicioso relieve que les ha dado la fecunda imaginación del autor. A decir verdad, el cuento que preferimos en esa colección es «El vestido de seda», porque en él encontramos pompas y galas de buen gusto y afiligranados detalles que forman un todo delicioso. «De blanco» merece también predilección, por más que las ideas del escritor sean un tanto atrevidas y acusen demasiado la escuela francesa.

Con deleite leímos algunas de las siluetas literarias como, por ejemplo, la del autor de «María», Jorge Isaacs, la de Salvador Rueda y la de Gutiérrez Nájera, que nos recordaban á los amigos que han desaparecido y al castizo escritor español á quien admiramos.

Tendría apenas de dieciséis á diecisiete años cuando Arturo Ambrogi publicó, en 1894, su libro «Bibelots», el que dignísimo de su título es un bello conjunto de juguetes seductores, un ánfora repleta de perfumes y de rosados ensueños; de ella robamos la

CANCION DEL CHAMPAGNE

(Del libro «Bibelots»)

«Soy el rey de los vinos y nací en el bello y rico país de Provenza, entre las cigarras que cantan y los pífanos que gimen. Llevo en mis venas todo lo ardiente del sol meridional.

Soy el favorito de los labios rojos, el amado de los ojos azules.

Gozo de París. Por sus salones regios arrastro mi manto de púrpura, hago rodar mi carruaje de cristal.—¡Salve!— Y los poetas me saludan con entusiasmo, haciendo sonar la música de sus consonantes; me sonríen los labios rojos con sonrisa enloquecedora.

Mío es el triunfo.

Pueblo de ensueños las cabecitas adorables. Al esparcirme por las venas de los amantes produzco la fiebre loca, el apetito brutal.

Soy rey.

Tengo mis coraceros. Y á la puerta de mi real castillo, heraldos de trajes de colores, anuncian la llegada de los caballeros con sus clarines de acero.

Bajo mi palio rosado vibra el beso; las manos de marfil, trémulas, acarician las cabelleras rubias.

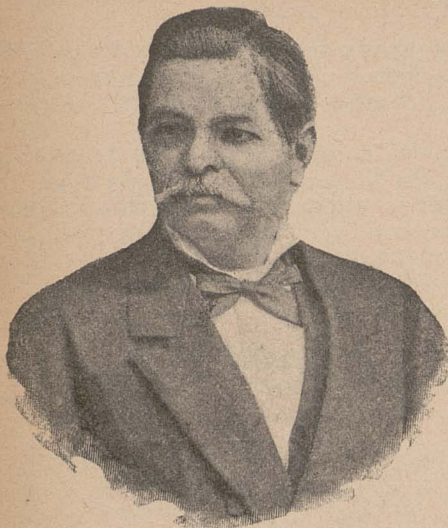
Impero hasta en plena selva. Un ruiseñor cantaba su canción, posado en un laurel. Allí, al pie, sobre el césped, una muchacha tomaba y en el fondo del vaso quedó algo de mi sér. El ruiseñor se posó al borde y tomó las heces. Voló de rama en rama; ebrio, lleno de locura, y el canto brotó limpio, divinal, saturado de algo desconocido.

Mío es el viejo achacoso que va camino del sepulcro; mío el joven *sport* que cabalga y juega á la ruleta; mía la hermosa viuda que á través de su traje negro, hace resaltar las redondeces soberbias, los contornos exquisitos; mía la joven de talante imperial que marcha triunfante entre la admiración que la escolta.

Soy el triunfador.»

Al joven escritor salvadoreño le esperan largos días de gloria si hemos de juzgar por la precocidad de su talento.

Cañas (Juan)



Comenzaremos esta semblanza ó boceto del escritor popularísimo en Centro América con un rasgo que de lleno dará á conocer su carácter. Tenía diecisiete años cuando, al volver de Nicaragua donde en la Universidad de León había cursado el latín, inició sus estudios de filosofía en las clases universitarias de San Salvador, que por entonces habían sido creadas. El alumno era estudioso por demás; tenía impaciencia de investirse con el grado de Bachiller que no podía conseguir sino dos años después. Parecióle largo el plazo, y sin consultar á sus padres, emprendió el camino de Guatemala y en aquella ciudad alcanzó el anhelado título cuatro meses después de su llegada.

Lo original del caso fué que al llevar á cabo la ardua empresa carecía de recursos y hubo de apelar á sus amigos, no sólo para los gastos indispensables del viaje, sino hasta para procurarse ropa y llevar alguna economía que le permitiera vivir aquel corto espacio de tiempo.

Al cursar después los estudios de medicina, continuaba soportando privaciones y escaseces, prolongándose tal es-

tado de cosas hasta que la famosa revolución llamada de *Los Lucios* le hizo emprender el viaje de regreso á su patria. De allí pasó á California, formando parte de aquella inmensa falange que al portentoso descubrimiento del oro acudía á los antes silenciosos lugares.

Juan Cañas no permaneció largo tiempo en el país de las minas; su carácter activísimo le hizo buscar en los campos de batalla ocasión propicia para distinguirse y colmar sus anhelos de gloria, al combatir el filibusterismo que había entronizado en Nicaragua el famoso Walker.

Sucesivamente se le ve ocupando puestos de importancia hasta llegar á ser Gobernador de San Salvador. Ha lucido en la diplomacia como Ministro Plenipotenciario en Chile. El ameno trato, la franqueza de su carácter, la caballeresca intención en todos sus actos y su amor á las letras, fueron los elementos que le concedieron en la República Chilena el aprecio de todos y justísima popularidad.

Allá por los años de 1873 escribió Juan Cañas una preciosa poesía que, cruzando los mares, fué como un heraldo de simpatías á despertar en la mente de la autora de este libro el vivo deseo de visitar el Nuevo Continente. La composición citada fué reproducida en Chile en 1876, precisamente al encontrarse por primera vez el vate salvadoreño con la viajera española.

La inspiración es mucha en los versos del noble centroamericano que hoy en su patria vive rodeado del amor de su familia y de sus conciudadanos. Transcribimos para nuestros lectores una de sus más sentidas inspiraciones que completará este corto estudio.

DESPEDIDA

—

¡Adiós, Chile!... los versos que te dejo
«Los escribo con tinta de mi llanto;»
Y son un dulce pálido reflejo
del más agudo y pertinaz quebranto.

¿Y cómo puedo abandonar en calma
El lugar do encontré tanto cariño,
Sin que el dolor en que agoniza el alma
Me haga llorar á mares como un niño?

. . . .

No te amo, Chile, no, por tus mujeres
Cuya hermosura con asombro admiro,
Hasta juzgarlas celestiales seres
Y hasta pensar al verlas que deliro.

No sé si es realidad tanta belleza,
Tanto donaire, majestad y gracia
Que se une á la altivez y gentileza
Del alma que detesta la falacia.

No es la mujer un fin de los sentidos,
Es algo angelical, algo concreto
Que sublima del pecho los latidos;
Que inspira adoración... y hondo respeto.

No me atrae tampoco tu opulencia,
Ni el violento huracán de tu progreso,
Ni el esplendor que baña tu existencia
De tu lujo estupendo en el exceso.

No es tu admirable tino ni cordura
Ni la invencible fe con que penetras
En la vasta región de la cultura
Y en el campo infinito de las letras.

Todo lo admiro en ti porque es hermoso;
Pero tiene mi afecto otras razones.
¿Cuáles serán? Porque eres generoso
Y eres nido de nobles corazones.

. . . .

Huérfano aquí de todos los amores,
En cada mano que estrechó mi mano
Siempre hallaron alivio mis dolores
Pues de un amigo fué, casi de hermano.

. . . .

Y me hallarás de un árbol en el hueco
Cuando hacia el norte la mirada vuelvas,
Tu nombre modulando, pero el eco
Del Salvador lo esparcirán las selvas.

. . . .

Sigue siendo feliz bajo el amparo
Que benigna te da la Providencia,
¡Del Nuevo Mundo, majestuoso faro,
De tu grandeza alumbra la evidencia!

Jamás te olvidaré. Te lo repito,
Porque la esencia de mi vida espera
Cruzar en tu memoria el infinito
Y que cubra el cadáver tu bandera.

No es menos bella la nota de sus pesares cuando dice:

ENDECHAS

A MI EXCELENTE AMIGA LA SEÑORA DOÑA
ANDREA P. DE SANDOVAL

—

Con inaudito furor
A mi puerta ayer llamaron:
—¿Quién? dije, y me contestaron:
—Abra usted, soy el dolor.

—¿El dolor? pero es extraño
Cuando aquí está, respondí.
—No importa, repuso, aquí
Viene un nuevo desengaño.

Entonces abrí al momento
Y le dije: ve tú mismo
Que hay de penas un abismo
Y que no hay alojamiento.

Mira con toda confianza
Que ya hasta de los rincones

De los pobres corazones
Se ha arrojado á la esperanza.

De este hogar las alegrías
Son por períodos muy largos
Los desengaños amargos
Que vienen todos los días.

De horrible calamidad
Sería evidente seña
Si se acercara risueña
Aquí la felicidad.

Causa inquietud y delirio
Si la aflicción falta un día;
Cuya falta es ironía
Del implacable martirio.

Que si hoy no llega un quebranto
Cual siempre con furia insana
Es porque espera mañana
Ver brotar ríos de llanto.

Ya ves que tú no me espantas
Desde que estoy habituado
A ver este sitio hollado
Por tus fatídicas plantas.

Me encuentras en el camino
Que no recorres en vano,
Bajo la acerada mano
Del más adverso destino.

Una vez más tus rigores
Inútil hacen tu viaje,
Al romperse en mi blindaje
de perpetuos sinsabores.

Márchate luego á otra parte,
Pues bajo este pobre techo,
No hallarás un solo pecho

En quien con furia cebarte.

Pero oye: de los lugares
Que á visitar se te obliga
No llegues do está la amiga
A quien mando estos cantares.

Déjala siempre tranquila,
Si no dichosa, serena,
Y evita que ruda pena
Bañe en llanto su pupila.

Ya me parece que escucho,
Si tu garra no la deja,
Que te dice en son de queja:
«¡Me has martirizado mucho!»

Mas si es nada para ti
Mi vehemente y tenaz ruego,
Fiero dolor, desde luego
Te puedes quedar aquí.

Gavidia (Francisco A.)



En esa feraz porción de las regiones centroamericanas, han tenido las bellas letras notabilísimos representantes como Francisco Galindo, socio correspondiente de la Academia Española y poeta de ternuras infinitas; Manuel Delgado, que sobresale por su altiva entonación: Francisco Castañeda, correcto escritor y

atildado vate; Andrés Rodríguez, ingenioso en sus pensamientos, y la inspirada poetisa Antonia Galindo, pléyade de ingenios, honra de aquella tierra tan risueña como productora.

Francisco A. Gavidia es de los escritores que han rendido culto á los modernos giros, pero siempre bajo una forma acertadísima y con fondo de alto vuelo filosófico que no pocas veces se sobrepone á la rima impulsado por la plétora de inspiración. Gavidia ha sido el fundador del periodismo de doctrina en Costa Rica y ha sostenido una tarea por demás provechosa en el «Repertorio Salvadoreño,» que con acierto sumo ha dirigido y editado.

Muy joven todavía, en la plenitud de sus aptitudes, con numen potente, con facultades especiales para el combate periodistico, para la crítica, y para la literatura dramática, reune además los profundos conocimientos que hacen de él un pensador notable con fecundidad extraordinaria.

El docto salvadoreño ha enriquecido la literatura centro-americana con vigorosos destellos poéticos y bellísimos conceptos vertidos en estrofas elegíacas; en arrullos donde fraternizan los aromas con las suavidades de la naturaleza. Leyendo un artículo ó un libro del autor de «Ursiono y Júpiter,» sin apelar á ver su nombre, se le adivina porque el estilo es original suyo, y se aparta de imitaciones ó semejanzas.

Al hablar de la influencia de los principios liberales sobre la juventud, nos dice en hermosas rimas:

Tiene su ley, ¡oh amigo! la juventud. En vano
La conmoverá el mágico soplo primaveral:
Se le estancará el hálito del espíritu humano
Y aún la copa más dulce se amargará en su mano
Si no es alma de su alma, el alma libertad.

Ay de aquel pueblo obscuro donde la fe se enerva,
Donde crecen los hombres como la baja hierba
En la que cuela un viento que parece gemir;
Mar sobre cuyo abismo se tuerce la onda acerba

Donde va el alma, tétrica, náufraga, sin morir.

. . . .

Esa juventud mustia, desosegada y yerma,
Sin una fe profunda, sin un profundo amor,
Lleva la antigua herida de su raza; está enferma:
La libertad, fantasma, estará mientras duerma
Sobresaltando en sueños su tremendo sopor.

. . . .

Faltó la savia al hombre, le maniató en sus hilas
La limaza; le atiere frío de humanidad:
En las estepas áridas donde abrió sus pupilas
Al nacer, no vertía sus miradas tranquilas
El ángel de la vida,—faltó la libertad.

. . . .

La imaginación del poeta es errante y cambia sus pensamientos propensos de suyo á señalar las llagas sociales; Gavidia nos da la medida de lo hondo que piensa y escribe en la siguiente composición:

LA CALLE

¡Aborreced la suerte, cuya mano
Le premia su egoísmo al opulento,
Y le allana la senda al miserable,
Y lleva á las alturas al perverso!
¡Aborreced la suerte que levanta
Una muralla al paso de los buenos,
Y abre una sima á la virtud y ahoga
El corazón más noble entre sus dedos!

La calle es la morada del mendigo.
La indiferencia la cubrió de hielo.
Y en ella al sol, al aire, y al espacio,
El mendigo es su libre prisionero:
Con la ciudad por cárcel, se detiene
A las puertas, no más: no pasa dentro!
Es cojo; tiene grillos á las plantas.
Es manco; sus esposas son de hierro.
Es sordo; ni él se escucha, está murado.
Es mudo; tiene una mordaza. Es ciego;
Está preso en la tumba.
La miseria,
He allí al invisible carcelero.

¿Quién dice que la suerte—¡oh tú que pasas
Cerca de esos harapos y sin verlos!—
Quién dice que en los hombros, algún día,
No te puede poner la mano, y luego,
Llevándote á la puerta, al sol, al aire,
Entregarte á las calles, prisionero?
¿Volviste, pues, la vista al desgraciado?
¡Quién la volverá á tí, si no la has vuelto?
¿Alargaste la mano al desvalido?
¡Quién te la ha de alargar, si no lo has hecho!
¿Apagaste su sed? ¿Saciaste su hambre?
¿Diste una cama al doblegado al sueño?
No diste agua, ni pan, ni diste cama:
¡Ve soñoliento, pues, sediento, hambriento!

¡Ah! muchas veces, quien negó un bocado,
Vió á su mesa doblársele el sustento;
Quién negó una limosna, vió doblarse
La plata en la arca, el grano en el granero;
Quién negó un lecho, descansó tranquilo
Hasta muy tarde, abandonado al sueño.

¡Alza, que llega el día! . . . .
. . . . el de la muerte:
¿Quién no la vió llegar sobrado presto?
¿Y entonces quién no pide una limosna?
¿Quién, señor, ante tí, no es pordiosero?

El tributo á las pompas descriptivas no lo desaira Gavidia, y en las cumbres del espíritu viven ideales que prodigan susurros, guirnaldas, notas de amor y celosas vibraciones. Para concluir nos holgamos citando otra poesía rica en imágenes y en originalidad.

RAPSODIUM

I

Por el negro sendero
Galopa un caballero
Como visión fatal:
Arde en su diestra una rojiza tea,
Y la llama destrénzase y flamea,
Y la quiebra á su soplo el huracán.

. . . .
De noche con las sombras la floresta
Es un mar negro que los vientos mecen:
En las obscuras noches los zarzales
Como un sembrado de tinieblas, crecen.
Sombras. Sus alas la luciérnaga abre
Y sus llamas en tétrico espejismo,
En un jardín espléndido y macabre,
Revientan, como flores del abismo.

II

Una mujer un día
Que tierna me amaría
Para siempre juró:
Ora en la selva en brazos de otro amante,
Solitaria mansión fué á hallar distante,
A que hoy prende su tea el vengador.

. . . .
Negra de la espesura
Suelta la tierra y tiende hacia la altura
Sus vaporizaciones:
Bajo de los sombríos,
Agrestes pabellones,
Están los ojos de ascuas y las garras,
Mientras sueltan el orbe las cigarras
Sus estridulaciones.

III

Guardando la salida,
La espada enfurecida,
Riñe con su rival,
Y aun no cesa el estruendo del acero
Ya el incendio soterra al caballero,
Y al amante dichoso, y á la mujer desleal.

. . . .
Allá, sobre los montes,—
Como piedra preciosa de la obscura
Diadema de los tristes horizontes,
Deshaciéndose en aguas y destellos,
Como chispa de amor que se ve arder,—
Cual si fuese la mística pupila
De Dios, viendo á través de los cabellos
De la negra y tranquila
Noche,—resplandecía Lucifer.

URUGUAY

Magariños y Cervantes (Alejandro)

El insigne autor del «Celiar», es el poeta uruguayo que ha ocupado durante más de medio siglo las columnas de los periódicos, tanto americanos como europeos, y numerosas obras han sido el producto de su talento, que desde muy joven empezó á manifestarse con sus lecciones de literatura, filosofía y jurisprudencia; en su carrera de abogado alcanzó en breve lauros y demostraciones justísimas por su brillante imaginación, que ya anteriormente había sido aplaudida con la publicación de «El Lazarino», composición en verso que, cuando contaba quince años Magariños y Cervantes, vió la luz pública en «El Nacional» de Montevideo.

Numen fecundo, inspiración rica, imágenes bellísimas, abundan en todas las notables concepciones del poeta que en 1826 nació en las hermosas márgenes del Plata; de ese profundo y legendario río que por el Paraná y el hundoso Paraguay, es navegable hasta confundirse con el ancho é histórico Amazonas. Núcleo de altas capacidades intelectuales ha sido y es la hermosa capital de la República Oriental, y esclarecidos hijos han dado timbres por su idealidad, por su clasicismo romántico á la literatura nacional.

Leyendas como «Caramún» y el «Celiar», poesías harmoniosas y rebosando sentimientos como las que deleitan en «Las Brisas del Plata», el lirismo de buen gusto y la fluidez que se admira en «Horas de melancolía», han dado su diploma de poeta á Magariños y Cervantes, y su título de escritor serio y profundo los «Estudios Históricos sobre el Río de la Plata», «La Iglesia y el Estado» y otras varias producciones que revelan el caudal de conocimientos y el estudio científico del publicista.

Celebradísimas fueron las poesías del bardo hispanoamericano durante su estancia en Madrid y en la época de su larga permanencia en París, donde era querido y respetado por propios y extraños. Entre sus amigos más predilectos contábase entonces al egregio José Zorrilla, que se ocupaba á la sazón en publicar su inmortal poema «De Granada». Ambos trovadores se unieron con fraternal cariño, y juntos sintieron, pensaron y crearon.

¡Loor y gloria para los que como el poeta uruguayo logran alcanzar el inmarcesible laurel!

Reproducimos una composición en verso y algo en prosa que el anciano escritor paraguayo dedicó á la memoria de Colón en el centenario tan brillantemente celebrado en Montevideo.

COLÓN Y LA NIETA DE ISABEL

—

(Versos escritos en el álbum destinado á conservarse en el convento de la Rábida como memoria de su reedificación, hecha á expensas de SS. AA. RR. los Duques de Montpensier).

Rey de las palmas, el Corifo excelso
Medio siglo al contar se alza potente,
Y la triunfal guirnalda de su frente
Al viento arroja en lluvia de azahar.
Con su corona la existencia pierde;
Pero llevan las auras su semilla,
Y en la tierra do cae, más tarde brilla
De lozanos retoños un millar.

Tus hechos ¡oh Colón! fecundos guardan,
Brotando eternos entusiasmo y gloria,
En su más blanca página, la historia,
En su más noble fibra, el corazón!
Quien comprende tu genio, quien se eleva
A la sublime altura de tu hazaña,
En el nombre de América y España
Que reciba de Dios la bendición!

La nieta de Isabel, la que piadosa
Tu derruido albergue ahora levanta,
Abriga aquella fe robusta y santa
Que un mundo te llevara á descubrir.
Pasará la belleza, el poderío,
Lo que nos presta Dios por un minuto...
Pero su nombre y celestial tributo
Unidos á tu nombre han de vivir!

LÁGRIMA—ESTRELLA

—

Las maravillas y excelencias humanas, son un pálido reflejo de las divinas. No siempre nos está manifiesto el secreto enlace de las causas y los efectos; pero cuando nos es dado profundizar la esencia de las cosas, vemos que lo visible tiene su raíz y está sostenido por lo invisible.

En la naturaleza hay fúlgidos rayos de luz que no queman, y otros negros que se revelan por la combustión.

Colón no es grande por haber atravesado el Océano y descubierto el nuevo mundo.

Sobre este punto, es decir, la prioridad del descubrimiento, la crítica moderna ha destruído muchas afirmaciones de la leyenda.

Sin hablar de los tiempos prehistóricos en que el Continente, llamado más tarde Americano, estaba unido, antes del hundimiento de la Atlántida, á otras regiones del mundo antiguo, basta recordar, entre otros antecedentes, los viajes de los Fenicios y Escandinavos, los planos y papeles de Perestrello, padre político de Colón, los cadáveres autóctonos, de color cobrizo, que vió flotando en las co-

rrientes de las Azores, el pequeño globo que aun existe en Nuremberg y que le fué mostrado por su autor Martín Behaim, años antes del primer viaje del atrevido navegante, etc., basta para persuadirse que éste tenía certidumbre de la existencia del referido hemisferio y de la esfericidad de la tierra.

¿En qué consiste, pues, su mérito y su gloria, que algunos le niegan, fundados en que el resultado fué casual?... Consiste en su fe inquebrantable; consiste en haber buscado por todos los medios á su alcance la solución del problema; haberse entregado en cuerpo y alma á su propósito, y apurado hasta las heces el cáliz del sufrimiento para realizarlo, durante largos años, azotado por la miseria, escarnecido por la ignorancia, traicionado, víctima de la envidia, el odio, la calumnia, el desprecio, la ingratitud, el ultraje; y después del triunfo, haber muerto, fijos los ojos en las cadenas que le remachó Bobadilla, y que él hizo clavar en la pared, en frente de su lecho de agonía.

Partió bajo la fe de una idea—supóngasela tan errónea como se quiera—y en pos de tremenda lucha, recogió del polvo su corona como los mártires, esmaltada con las fibras más nobles de su vida.

Por ley misteriosa, simbolizada en las grandes tradiciones divinas y humanas, y en la vida de los hombres ilustres, el esfuerzo supremo, el dolor y el sacrificio voluntariamente aceptados, constituyen la verdadera grandeza, el mérito imperecedero, el justo homenaje que la humanidad agradecida tributa á sus hijos predilectos, en presencia de los beneficios recibidos, sea cual fuere el éxito y las circunstancias que hayan intervenido en su obra.

Por eso brilla fulgurante en el Cielo de la gloria, y arde y arderá eternamente como inextinguible estrella de primera magnitud sobre el nombre de Colón:

¡La lágrima expiatoria de la posteridad!

Zorrilla de San Martín (Juan)



En vistoso y brillante cuadro están encerradas las hermosas trovas del singular poeta que en la gentil Montevideo tuvo su cuna. Sus versos arrullan, cantan, y como collar de níveas perlas, son todo poesía, belleza y suavidad. Tiene en su lira mágicos ideales, inefables melodías; luz intensa, esperanzas y anhelos de quien posee un alma apasionada y un corazón que anida grandes aspiraciones.

A su nombre de escritor, á la fama que le creara su talento, se añade el prestigio del hombre público y del diplomático que en España y en otras naciones europeas ha representado al Uruguay con hábil tino y recto criterio.

Para juzgar cómo escribe, cómo canta, y cuál es el estilo conquistador de laureles, transmitamos una de sus inspiradas poesías, no sin expresar nuestro sentimiento por no tener á mano mayor caudal revelador de su clarísimo ingenio.

El poeta uruguayo es uno de aquellos que en este siglo han levantado á gran altura la bandera de la inteligencia y que en América y Europa ha conquistado lugar preponderante en el templo de las letras.

MARIS STELLA

—

(FRAGMENTOS DE UN CANTO)

Murieron sin nacer muchos cantares
aquí en el alma mía:
cantos de amor, leyendas seculares,
gritos de juventud y de esperanza
llenos de vibración y de harmonía.
Pero el tuyo, ¡oh María!
el tuyo, Madre, el que soñé mil veces,
ese no morirá.

. . . .

Yo alcanzo esas estrellas milenarias
las viejas conocidas de los hombres
que nos revelan trémulas sus huellas
y á ti te encuentro más allá; mi mente
sueña alcanzar las jóvenes estrellas
sin órbitas ni nombres
en viaje hacia los mundos ignorados,
y *aun más allá*, muy MÁS ALLÁ TE VEO;
subo más alto; sueño con los astros
niños, recién nacidos,
que al primer soplo del Señor alientan
con la luz infantil del primer día,
y AUN MÁS ALLÁ, y AUN MÁS ALLÁ, ¡oh María!
Yo te veo radiosa, transparente,
palpitante en tu luz inmaculada,
como la única fuente
que las auroras de los orbes crea,
como la sola alada
como la eterna idea
encendida de Dios en la mirada.

. . . .

Confusa resonancia que te nombra
y que acaso repite en mi memoria
que eres luz en la luz, gloria en la gloria,
y en el seno de Dios tú no eres sombra.

. . . .

Todo aquello que ríe,
todo aquello que canta,
todo aquello que es puro
y de tu nombre al plácido conjuro
del fondo de la niebla se levanta.

. . . .

Cuando la noche, la infinita noche
se cierna sobre mí; cuando no encuentren
mis ojos luz; mi corazón latidos...

. . . .

enciende en mis tinieblas tu mirada,
conoceré por ella
cuál es el rumbo de mi eterno día;
pon tu lumbre en mi senda, dulce estrella,
pon tu nombre en mis labios, Madre mía!

PAZ ES RIQUEZA

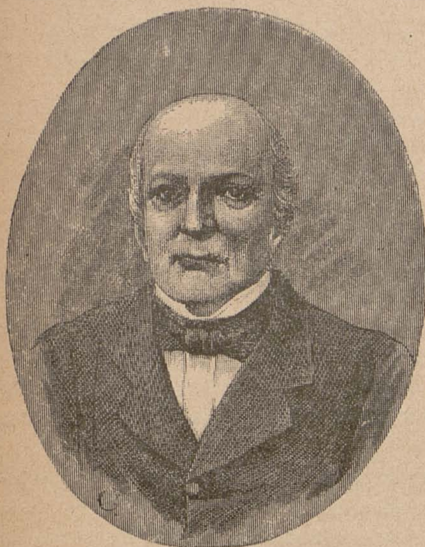
—

Patria, patria adorada
Duerme ese sueño de los pueblos grandes
De paz y noble orgullo,
Rompa tu arado de la madre tierra
El seno en que rebosa
La mies temprana en la dorada espiga,
Y la siega abundosa,
Corone del labriego la fatiga:
Cante el yunque los salmos del trabajo,
Muerda el cincel el alma de la roca
Del arte inoculándole el aliento,
Y en el riel de la idea electrizado
Muera el espacio y vibre el pensamiento.



VENEZUELA

Bello (Andrés)



Faltaríanos en esta colección una entidad excelsa, si después de mencionar en ella á determinados ingenios que en principios de esta centuria impulsaron y dieron nueva faz á la literatura en el Nuevo Mundo, no dibujáramos, y siquiera sea en incorrectas pinceladas, un carácter, una existencia, un entendimiento de grandes altezas y de trascendental influjo en las bellas letras hispano americanas.

Nos holgaríamos de escribir una larga y concienzuda reseña de las muchas obras que el sapientísimo venezolano

dejó para gloria de su nombre, de su patria y de la que lo fué de adopción; Chile. Nació en Caracas en 1780, y las singulares aficiones que manifestó por el estudio fueron tales, que le dieron el perfecto conocimiento del idioma francés sin otro maestro que su deseo de aprender y su amor por los clásicos de la literatura francesa; enseñoreándose también de la lengua inglesa con las mismas condiciones y por la fuerza de su poderosa voluntad.

La exquisita pureza y corrección del lenguaje se observa desde las primeras poesías que entre amigos y en tertulias se leyeron por entonces, es decir, en los primeros años de este siglo. Su fácil versificación y su irreprochable buen gusto, diéronle desde luego prestigio y discípulos entre las familias de la más alta clase, lo cual ensanchaba los elementos necesarios para su subsistencia.

Andrés Bello es una entidad tan importante, que por esto mismo no ha menester de extensas biografías, porque su nombre figura y ha figurado en cuantos libros se han escrito referentes á las Bellas Letras, y esto en todos los países donde se habla el idioma de Calderón y de Cervantes.

En 1829 radicóse en Chile y desde entonces empezó á tener relieve aquella figura inmortal. Los hombres de Estado se disputaron sus consejos; los diplomáticos sus hábiles observaciones, y la instrucción pública chilena tuvo en él un reformador sólido, pues á esta obra progresista y de trascendentales consecuencias, consagró los mejores años de su vida.

El docto caraqueño logró ser árbitro en no pocas espinosas cuestiones diplomáticas con diferentes países americanos. Fué profesor de enseñanza superior; Rector de la Universidad; innovador en todas las clases de estudio escribiendo para ello libros-modelo; podemos asegurar que pocas veces se han dado casos de tan extensa popularidad como la que alcanzó Andrés Bello.

Sabio legislador, filólogo profundo, diplomático, filósofo, filántropo insigne y poeta de elevadísimo aliento, tal fué

el hombre que á través de las edades conservará sin marchitarse el laurel que coronó su frente.

La principal y más sublime de sus composiciones poéticas es «La Agricultura de la Zona tórrida», y á pesar de ser universalmente conocida, reproducimos un fragmento que dice:

Tú das la caña hermosa
De do la miel se acendra
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales.
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave
Para los hijos vierte
De la Analmac feliz; y la hoja es tuya
Que cuando de suave
Humo en espiras vagorosas huya
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará á Lieo.

. . . .

El fénix de los talentos americanos tiene entre la mucha variedad de sus producciones el himno «Al Dieciocho de Septiembre», la elegíaca poesía al «Incendio de la Compañía», y las preciosas estrofas siguientes:

LA ORACIÓN POR TODOS

—

FRAGMENTOS

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pesar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto

Manto de la sutil neblina envuelto
Se ve temblar al viejó torreón.

Mira, su ruedo de cambiante nacar
El occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa,
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezada
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra, el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza todo gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso, y oración, y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados,
Invocan de rodillas al Señor,
Las manos juntas y los pies desnudos,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
Sobre su cuna volarán en sueños
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.

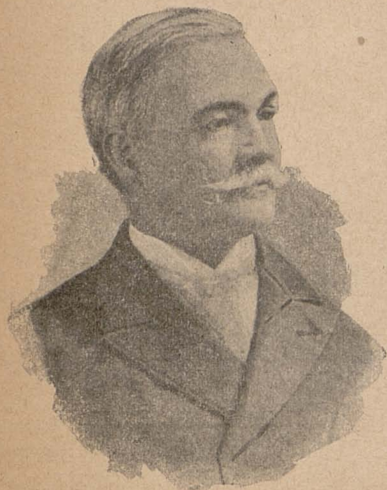
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oración sencilla
Adormece su frente virginal.
¡Oh dulce devoción que reza y ríe!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

. . . .

Pálido es el bosquejo del egregio bardo, pero hemos cumplido con el deber y el deseo de que su nombre quedase grabado en este libro.

Bolet Peraza (Nicanor)



Escritor ingenioso, original en sus producciones, correctísimo en la forma, con facilidad suma para los cuadros gráficos de costumbres; sobresaliendo en todo, dando toques admirables con su pluma elegante y fecunda; produciendo sin reposo, brindando amenísimos cuentos, artículos artísticos, misivas de crítica atildada y finísima como son sus

«Cartas Gredalenses,» chispeantes de ingenio, eruditos y razonados trabajos filosóficos, y dotado de un criterio tan valioso como recto y por demás justo y caballeresco.

Tal es el general Bolet Peraza, que á sus elevadas dotes intelectuales une un corazón tan grande como generoso, y un valor á toda prueba al que debe sus lauros militares que en estrecho consorcio están con aquellos obtenidos en la política y en la diplomacia.

Socio de públicas y particulares academias, periodista eminente, amigo incomparable, maestro y consejero de todo el que vale, de toda naciente inteligencia que se desarrolla, y amantísimo de impulsar las letras y las ciencias, presenta el tipo más perfecto y el modelo más acabado del hombre en la vida pública y privada.

Durante largo tiempo ha publicado en Nueva York, un interesante periódico literario «Las Tres Américas,» y con esfuerzos incansables logró sostenerlo algunos años. En sus columnas están retratadas individualidades culminantes ya por sus producciones literarias ó por los razonados juicios críticos que á toda obra nueva se consagraban, siendo un estímulo poderoso para los talentos que comenzaban á desarrollarse.

Mucho le deben las letras al insigne caraqueño que hoy cuenta sesenta y dos años de edad.

Muestra de su fecunda y variada imaginación serán los fragmentos que reproducimos.

CARTAS GREDALENSES

—

. . . .

Aquí me tiene usted (1) en este país como mudo y sordo que ni habla ni entiende, y dando más botes que un cuerno en un empedrado. Pero bien dicen que la necesidad tiene cara de hereje; porque es el cuento de que la precisión en que estoy de hacerme entender, y de entender á

(1) El autor escribe desde Nueva York.

estos arrevesados yankees, me ha puesto en el caso de aprender el inglés; y puedo asegurarle, paisano don Frutos, que la cosa es de lo más sencillo del mundo. Todo está en cogerle el golpe á la maldita gerigonza.

Yo he descubierto que el secreto para hablarla consiste en cambalachear unas palabras por otras. (1) Por ejemplo. ¿Quiere usted pedir pan?; pues pida el *sombrero*. ¿Qué se le antoja luego mantequilla? No tiene más que pedir las *botas*. Cualquier sirviente á quien usted le grite: *¡Pepe!*, le trae pimienta; y si lo que se le antoja á usted pedir es queso, no se apure usted mucho; estornude y diga *¡chis!*, y se lo traen volando. Cuando le falte la sal, no se ande corto, y diga que le traigan, nada menos que el *sol;* y para que á uno le sirvan el cacao, (¡miren qué ocurrencia!) hay que decir que le traigan el *coco.*

Ayer tuve que comprar una docena de cuellos, pues aquí no es como en el Gredal, en donde con uno solo hay para rustir tres semanas. Y sucedió que me bajaron toda la tienda, sin saber lo que yo pedía, hasta que me acordé de mi regla de trocar las palabras, y comencé á mentar cosas de carpintería, y cuando llegué á *cola*, como por ensalmo, me dieron los cuellos. ¿Y qué me dice usted, paisano, de esto de llamar á la tinta *Inca*, al tintero *instante* y al lápiz *pensil?*

A cualquiera señorita, á la más encopetada, la llama usted *miss*, como á los gatos, y no se ofende; les dice usted que usted quiere ser su *lobo*, y ellas no se asustan; porque *lobo* quiere decir «amor.» A la criadita del hotel le pregunto yo, así por pura chacota: chica, ¿tú me *lobas?* Y ella, la muy pícara, siempre me responde: *¡yeso!* Con las muchachas se practica muy bien el inglés. Pero eso sí, paisano, mucho cuidado en no mentar aquí piernas, y aunque no es pecado el mostrarlas, sí es escándalo el nombrarlas.

---

(1) A las personas que no hablan inglés nos permitimos advertirles que las palabras inglesas en esta carta subrayadas suenan efectivamente en castellano como las equivalentes aquí mencionadas.

Aquí las piernas existen y no existen, son una cosa que es y no es, y por eso me figuro yo que las llaman *limbos*. De suerte que no puede decir usted que ha visto una pierna, sino que vió el *limbo;* y entonces nadie se alarma.

A los pasteles les dicen aquí *páis*. Yo me como todos los días un *páis*. La verdad es que esto es ya casi castellano; porque allá entre nosotros, cuando un Presidente está haciendo su mandado, decimos que se está tragando el *páis*.

Al fin de cada semana me presentan en el hotel el borderó, que aquí lo llaman el *vil*. Si estoy corto de plata en ese día, me toco el bolsillo, ó sea el lado del hígado, y digo muy tristemente *¡tumor!;* que quiere decir ¡mañana!

. . . .

Para esta gente Dios es *Godo*, y al diablo lo llaman *débil*. Todo al revés, paisano.

Una sola cosa no he podido explicarme, y es el por qué á los números se les han de dar aquí nombres de personas. Por ejemplo, al número uno le bautizan *Juan*, y al sesenta lo llaman *Sixto*; de manera que cuando va usted á contar sesenta y uno, tiene que decir *Sixto Juan*.

Ayer no más me reía yo oyendo sacar sus cuentas al cajero del hotel. En vez de decir: diez, dos, uno; diez, dos, sesenta; once, catorce, decía:—*ten tú, Juan; ten tú, Sixto; eleven el fortín*. Vuelvo á asegurarle, paisano, que aquí hay que usar las palabras como las medias, metiéndolas al revés.

Hay otra reglita que he descubierto, y es que todas las palabras debe uno acentuarlas en la primera sílaba; especialmente si son santos de comer. Por ejemplo; nosotros decimos por allá *San Güíche;* y aquí hay que decir *Sándwich;* y si nó, se queda uno y el que los vende, en ayunas. Por eso reparará usted, paisano, que los gringos que van por nuestras tierras, no dicen, ni que los maten, *San Cócho* sino *Sáncocho*; y con su acento en el Sán se lo zámpan los muy zánganos.

. . . .

EL ARTE

. . . .

Compañero generoso del hombre es el arte. El nos lleva sobre sus alas poderosas fuera del mundo de miserias que nos rodea, y nos conduce á regiones encantadas, en donde desaparece la realidad triste y sombría. Desde allí nos muestra: las cosas gratas, los hombres buenos, la vida dulce y necesaria. La luz se descompone en matices seductores; el ruido en acentos deliciosos. Tiempla el poeta su lira y canta; deslíe el pintor el sol sobre su paleta, y crea; hiere el escultor el duro mármol, y lo hace vivir; y en tanto que trabajan, es como si genios compasivos ciñesen de adormideras sus frentes y enervasen en ellas la reflexión y el recuerdo, dejando tan sólo activo el corazón; como centro de vida y la imaginación como única manifestación del espíritu...

Los pueblos que con más pasión y éxito han cultivado el arte, han vencido al tiempo y á sus leyes fatales. Grecia fué arrasada; pero Grecia vive en sus obras excelsas, dispersas por el mundo. Todavía el viejo Homero camina errante, cantando de pueblo en pueblo sus épicas rapsodias; y Praxiteles, Scopas, Agesandro, y toda una pléyade de escultores inmortales desafían á las civilizaciones, á la imposible supeditación de sus mármoles divinos. Peregrinos van todavía los pueblos á Italia, expoliadora de Grecia, á rendir homenaje al arte expoliado y al arte aprendido en el pillaje por la gran conquistadora, generosa para todo el orbe, tolerante para todas las creencias, en la idea universal del arte. Confúndense en Roma el culto de Cristo en su fe y el culto del paganismo en sus obras supremas. El rayo de las excomuniones hizo pavesas de la antigua fe, pero indultó sus ídolos, que el arte había hecho sagrados. Venus y Apolo, en voluptuosa desnudez, asisten á la pompa de San Pedro; y las figuras semigriegas de Miguel Angel viven recibiendo la fragante humareda

que los áureos incensarios de la Capilla Sixtina arrojan á la veneranda cabeza de los Pontífices.

¡Bendito el arte, que inmortaliza las razas, que reune las civilizaciones, que reconcilia las creencias, que crea el lenguaje universal del sentimiento! Hijo inseparable de la Naturaleza, que con ella nos juntas, yo te debo consuelos inefables en mis tristezas. Por ti he vivido el doble de mis años, en inacabable enamoramiento de tu hermosura; súbdito gozoso de tu mágico prestigio; vicioso incorregible de tu sacratísima embriaguez; ¡creyente ciego de tu influencia universal!

Mata (Andrés A.)



Pertenece el joven escritor á la escuela modernista y á la nueva generación que se levanta con brioso empuje y arrollando, sin parar mientes, todo lo que á sus ideales pueda oponerse, y esto sin pensamientos ni principios contradictorios á la estética y á la poesía, pero sí, revelando los misterios de la naturaleza, rindiendo culto á la diosa Razón y con el exacto colorido que á poco estudiar encontraríamos en los clásicos helénicos que nunca se apartaron de la gráfica pintura naturalista.

Andrés A. Mata es uno de esos tipos que por sí solos se abren un camino radiante, ancho y cubierto de laureles con las bizarrías de un carácter extraño ya creyente, ya excéptico, ya satírico, apasionado algunas veces, iracundo otras, ó semejándose á los trovadores de la Edad Media que entonaban amorosas endechas al pie de los balcones de la dama de sus pensamientos.

Fisiológicamente hablando se adivina desde luego la voluntad que se impone en la mirada que domina y magnetiza, leyendo en su frente el caudal de ideas que en el santuario del *pensar* se esconden. Tiene al rostro esos tonos que el sol ardiente graba, y en su corazón han de agitarse las pasiones vehementes y la fogosidad del hombre lleno de vida y de ardientes aspiraciones.

Por una feliz casualidad vino hasta mí su hermoso libro «Pentélicas», que por sí bastaría para ser el pedestal glorioso de su autor. Ya por el prólogo se adivina lo que vale la musa de Andrés A. Mata y la variedad de sus aficiones, volubles, luminosas, bellas, y en muchas de sus manifestaciones hasta diabólicas; no faltando tampoco la nota donde vibra el intenso pesar como en «Balada Negra» ó el entusiasmo erótico que se desborda en inspirados versos. «Pentélicas» es un libro-joya de la literatura venezolana y de un golpe colocó á su autor en la cúspide reservada al verdadero talento, pues todas las composiciones y cada una de por sí son un joyel de valor incalculable.

Le despojamos de alguna de sus perlas para engalanar con ellas las páginas de este libro.

PENTÉLICA

El viejo sol: Osiris
Que las arenas del desierto dora,
Después que enciende con la luz del iris
Las transparentes gasas de la aurora
Esplende en el zénit su roja hoguera,
Que finge el brillo de purpúreas clámides
Los átomos inflama y reverbera,

Al pie de las pirámides,
Mudas las aguas del sagrado Nilo
Sueñan con inundar pueblos remotos;
Y moviendo las ondas con sigilo,
Sobre azulados cálices de lotos
Asoma la cabeza un cocodrilo.
Entre el follaje verde
Que la ribera esmalta
Pareja de ibis jugueteando salta
Y otra en el seno del marjal se pierde.
El viejo sol: Osiris,
Que colorea con la luz del iris
Las gasas de la aurora y de la tarde
En lo más alto de los cielos arde,
Y á través del desierto solitario
Se divisa, á lo lejos, del camino,
La silueta borrosa del beduino
En la giba dorsal de un dromedario.

SÍMBOLO

Abajo: sangre corrompida, cieno,
Atmósfera preñada de veneno
Montón de horruras que la senda obstruye,
Y arriba: alturas donde el viento brama
El sol su regia claridad derrama
Y entre peñascos el torrente fluye.
Mientras en la revuelta podredumbre
El tigre ruge y al rugir husmea
El águila caudal sobre la cumbre
Del vigor de sus remos alardea.
Jamás el huésped del jaral pretenda
Al águila vencer en la contienda
Y de la cumbre hacerse soberano;
Que, suspendido por el cuello hirsuto,
Bañado en sangre el indomable bruto,
Desde la altura rodará al pantano!

¡VEN!

De pie, sobre el peñón árido y solo
Que el negro mar de mi dolor azota,
Al cielo clamo y en el cielo busco

De mi dolor la incógnita.
Y ruge viento de huracán; cabalga
La tempestad en las soberbias olas;
El horizonte se obscurece; tiembla,
como un cetáceo al expirar, la roca;
¡Y no hay un trueno que acobarde al alma!
¡Y no hay un rayo que mi frente rompa!
Tú, que en galera empavesada cruzas
No lejos de la costa
Y el rumbo fijas al divino puerto
Donde el amor entona
El himno de sus sueños y esperanzas
Y la canción eterna de sus bodas;
Acércate á mi playa, tuerce el rumbo,
Y atiende el ruego de mis penas hondas,
Antes de que mi cuerpo desfallezca
Y mi cadáver en el mar recojas!

Con cariñosa dedicatoria recibimos un día «Idilio trágico», y sorprendiónos agradablemente el nombre de su autor; era el de Andrés A. Mata: de sus versos escultóricos regalamos al lector los siguientes fragmentos:

. . . .

VI

No lejos del humilde caserío
Y bajo arcadas de tupidas frondas
Sobre piedras y troncos rompe el río
La blanca espuma de sus blancas ondas.

En sus cristales diáfanos retrata
Discurriendo sonoro,
Lo mismo la campánula de plata
Que la corbla del botón de oro
Y, espejo de celajes y de nubes,
Se apropia los fantásticos paisajes
De nubes y celajes
Que en el cielo dibujan los querubes.

VII

¡Oh tú, la candorosa compañera
De mis mejores años! El olvido
No ha logrado borrar de mi memoria

Aquella breve, perdurable historia
Que comenzó del río en la ribera...
¡Yo buscaba en los árboles un nido
Cuando nos vimos por la vez primera!

VIII

Vibraba la canción de los rumores,
Del soto en lo interior. La Primavera
Pisando sobre nubes fulgurantes
Volcaba sobre el llano y los alcores
Ánforas de perfumes tentadores
Y cráteras de perlas y brillantes.
La mañana era espléndida en el cielo,
Patria de la esperanza y del consuelo
El sol quebraba su carcaj de llamas,
Y bajo la explosión de los colores
Entonaban los pardos ruiseñores
El cántico nupcial entre las ramas.

IX

¡Eva de aquel Edén donde la planta
Que produce el ensueño se levanta
Protegiendo el remanso transparente;
Diana de aquella fuente,
Oculta siempre en la floresta umbría,
Ni contemplé en el árbol la serpiente
Ni la fiera jauría
Hincó en mi pecho el afilado diente.

X

Después de la mañana de aquel día,
Nosotros fuimos la feliz pareja
Que, ya junto á la reja
De la humilde alquería
O camino del monte que desbroza
El humilde labriego cuando trunca
Las ramas para el fuego de la choza,
Hablábamos de amores, pero nunca
De aquel amor ardiente
Que en nuestros corazones se escondía,
Y que al querer hablar enmudecía,
Y no hablando jamás era elocuente.

. . . .

XII

Despótico y sarcástico el destino

Lo mismo que juntó nuestras dos almas
Las separó después.
En el camino
Juntas dábanle sombra al peregrino,
Acariciadas por el sol, las palmas.
Sopló viento gracial: el viento ronco
Que llena de pavor al campesino;
Y cúpula y raíz, ramaje y tronco
Dispersó en la comarca el torbellino.

. . . .

XVIII

¡Después..... el hondo abismo:
Un piélago de sangre sin riberas!
La ingrata soledad del ostracismo;
Y tras noches enteras
De rudo afán en el hogar extraño
Las penas, mis dolientes compañeras,
Cantando la canción del desengaño!

Troconís M. (Armando)



Leemos en las líneas de su semblante pensador y bello, en la ancha y despejada frente, en la mirada profunda de sus hermosos ojos, toda la magnitud del pensamiento, todo el universo de ideas que bullían en lo recóndito del laboratorio imaginativo y hasta las tendencias exquisitas del artista y del soñador excelso.

Su talento brilló como un meteoro dejando la estela luminosa de sus versos y de sus trabajos periodísticos.

Era idealista y al triunfo de sus idealismos consagró las fuerzas morales y todas las aptitudes propicias para el bien universal.

Armando Troconís tenía al par de un alma grande, benevolencia suma, y la rectitud, la cordialidad y la nobleza de los grandes talentos.

Murió muy joven dejando el aroma de sus ensueños, la revelación de principios propios de un gran carácter y de ideas sanas y redentoras.

Fué redactor de «El Fonógrafo,» de Maracaibo, y este periódico, en su número del 22 de Mayo de 1896, consagraba una corona fúnebre al joven escritor del Julia, que acababa de bajar al sepulcro.

Algo de los destellos de su mente quedará grabado en este libro. Veamos:

A UN AMIGO NATURALISTA

—

Deja, amigo, que vaya con la lira
Cantando mis tristezas y dolores;
Y que semeje mi alma que suspira
En la ruda esquivez de la fortuna,
Melancólico rayo de la luna
Vagando entre las flores.
Si es mito la virtud, si los senderos
Del mundo están sembrados de zarzales,
Y son nuestros placeres pasajeros,
Déjame así perdido en el tumulto
De mentiras tan bellas y que culto
Rinda á mis ideales.
Que mientras con tenaz excepticismo
Van otros en sus dudas escarbando
En las charcas inmundas del realismo,
Revolviendo la hez de la materia
Para mostrar al mundo su miseria,
Yo soy feliz soñando.

FIN

ÍNDICE

ECUADOR

(*Continuación*)

